



UNIVERSITATIS
AUTONOMAE DE INDIIS
GENERAL DE BIBLIOTECA

CC

V. HUGO



LOS

TRABAJADORES
DEL MAR

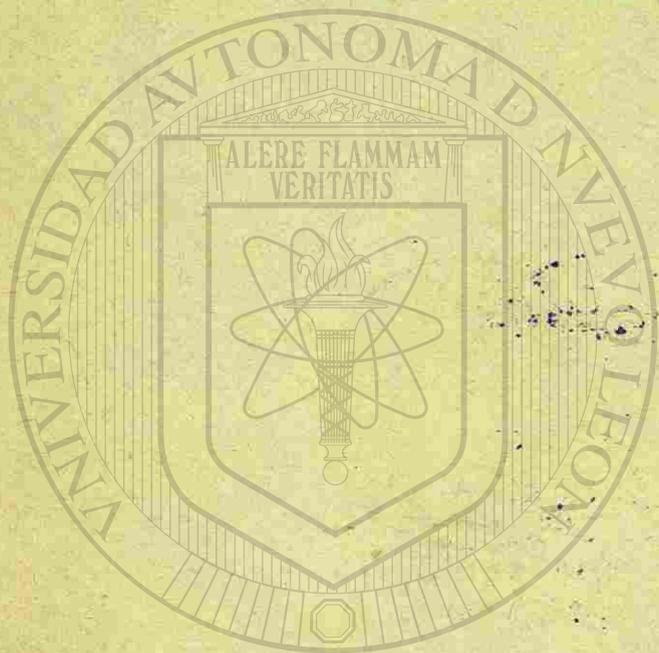
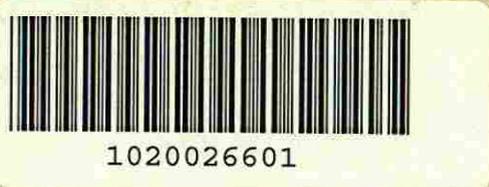
TOMO I

PQ2289

.T7

S6

v. 1

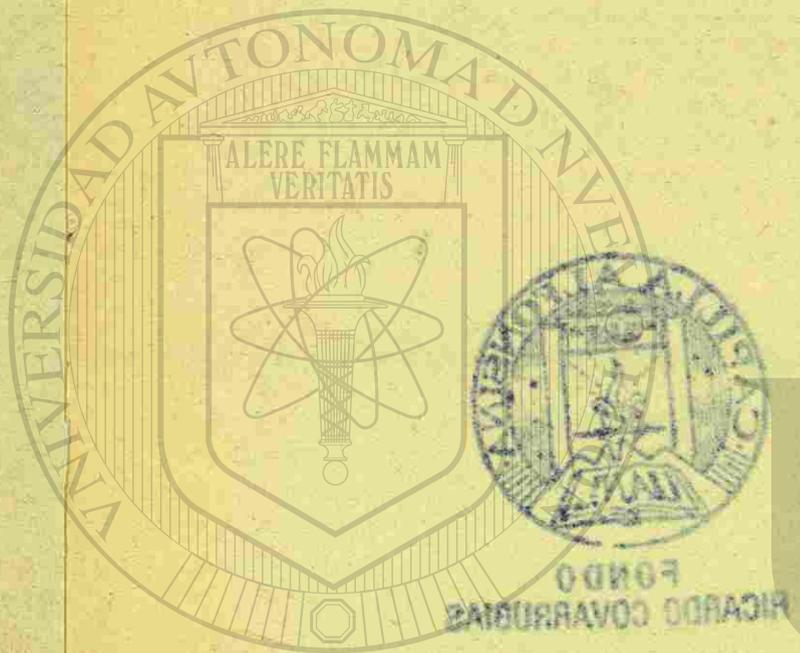


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

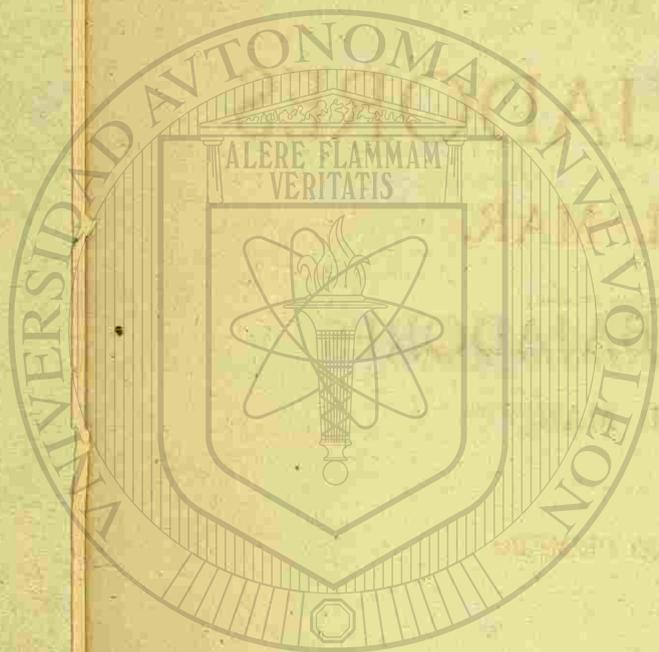




LOS TRABAJADORES
DEL MAR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas _____
Núm. Autor H 845
Núm. Adg. 30333
Procedencia -E-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó Gay
Catalogó _____



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VICTOR HUGO

LOS

TRABAJADORES

DEL MAR.

VERSION ESPAÑOLA

POR D. ANTONIO RIBOT.

TOMO PRIMERO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID:
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG,
EDITORES, PRINCIPE, 4.

PARIS:
LIBRERIA DE D. F. BRACHET,
8 RUE DE L' ABBAYE.

1866.

099342

30333

843
H.

P92289
T7
S.F.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ADVERTENCIA.

Los editores Gaspar y Roig han adquirido el derecho exclusivo para publicar esta obra en idioma castellano en Francia, España y sus posesiones ultramarinas, por lo que se perseguirá á cualquiera que infrinja las leyes de propiedad literaria vigentes en la materia.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DEDICO ESTE LIBRO Á LA ROCA DE HOSPITALIDAD Y DE LIBERTAD, Á ESTE RINCON DE ANTIGUA TIERRA NORMANDA DONDE VIVE EL NOBLE PUEBLO DEL MAR, Á LA ISLA DE GUERNESEY, SEVERA Y DULCE, MI ASILO ACTUAL, MI TUMBA PROBABLE.

V. H.

La religion, la sociedad, la naturaleza; tales son las tres luchas del hombre. Estas tres luchas son al mismo tiempo sus tres necesidades; es menester que crea de ahí el templo; es menester que cree de ahí la ciudad; es menester que viva, de ahí el arado y el buque. Pero estas tres soluciones contienen tres guerras, y de las tres sale la misteriosa dificultad de la vida. El hombre tiene que luchar con el obstáculo bajo la forma de supersticion, de preocu-

pacion y de elemento. Un triple ananké (1) pesa sobre nosotros; el ananké del fanatismo, el ananké de las leyes y el ananké de los elementos. En *Nuestra Señora de París* el autor ha denunciado el primero; en *Los Miserables* ha señalado el segundo; en este libro indica el tercero.

Con estas tres fatalidades que envuelven al hombre se mezcla la fatalidad interior, el ananké supremo, el corazón humano.

(1) Palabra griega que significa fatalidad.

PRIMERA PARTE.

SIEUR CLUBIN.

LIBRO PRIMERO.

DE QUE SE COMPONE UNA MALA REPUTACION.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARILLA ALFONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



pacion y de elemento. Un triple ananké (1) pesa sobre nosotros; el ananké del fanatismo, el ananké de las leyes y el ananké de los elementos. En *Nuestra Señora de París* el autor ha denunciado el primero; en *Los Miserables* ha señalado el segundo; en este libro indica el tercero.

Con estas tres fatalidades que envuelven al hombre se mezcla la fatalidad interior, el ananké supremo, el corazón humano.

(1) Palabra griega que significa fatalidad.

PRIMERA PARTE.

SIEUR CLUBIN.

LIBRO PRIMERO.

DE QUE SE COMPONE UNA MALA REPUTACION.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARILLA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



I.
UNA PALABRA ESCRITA EN UNA PÁGINA
BLANCA.

El día primero del año de 182* fue notable en Guernesey. Nevó, y en las islas de la Mancha, donde un invierno con heladas es memorable, una nevada es un acontecimiento.

En la mañana de dicho día, el camino que sigue á lo largo del mar desde Saint-Pierre Port á Valle estaba enteramente blanco.

Habia nevado desde media noche hasta la madrugada.

A cosa de las nueve, poco despues de salir el sol, como no habia llegado aun el momento para los anglicanos de

ir á la iglesia de Saint-Sampson ni para los wesleyanos de ir á la capilla de Eldad, el camino estaba casi desierto.

En todo el trozo que separa la primera torre de la segunda, no habia mas que tres transeuntes, un niño, un hombre y una mujer.

El niño, que tendria unos ocho años, miraba la nieve con curiosidad.

El hombre venia en pos de la mujer, á unos cien pasos de distancia, y, lo mismo que ella, avanzaba por el lado de Saint-Sampson.

Jóven aun, parecia ser un trabajador ó un marinero. Llevaba su traje de todos los dias, una chaqueta de oscuro paño burdo y un pantalon embreado, lo que parecia indicar que, no obstante ser dia festivo, no iria á ninguna capilla. Sus gruesos zapatos de tosco cuero, con suelas guardadas de grandes clavos, dejaban en la nieve una huella mas parecida á una cerradura de cárcel que á un pie de hombre. En cuanto á la mujer, llevaba sin duda su tocado de iglesia; se cubria con una ancha toca de seda negra acolchada, debajo de la cual se ajustaba muy graciosamente un vestido de muselina de Irlanda con listas blancas y de color de rosa, y si no hubiese gastado medias coloradas, se la habria podido tomar por una parisiense.

Andaba con desembarazo y soltura, y en su manera de andar, propia de la mujer á quien aun no pesa la vida, se veia que era casi una niña.

Tenia la gracia fugitiva que indica la mas delicada de las transiciones, la adolescencia, los dos crepúsculos mez-

clados, el principio de una mujer y la conclusion de una niña. El hombre no fijaba la atencion en ella.

De repente, junto á un grupo de verdes encinas que se halla en el ángulo de un huerto, en el lugar llamado de las Basses Maisons, la jóven se volvió, y este movimiento hizo que el hombre la mirase.

Ella se detuvo, pareció contemplarle un momento, despues se bajó, y el hombre creyó notar que con uno de sus dedos escribia algo en la nieve.

La jóven se irguió nuevamente, se puso otra vez en marcha, redobló el paso, volvió la cabeza riéndose, y desapareció á la izquierda del camino, por un sendero cercado que conduce á la quinta de Lierre.

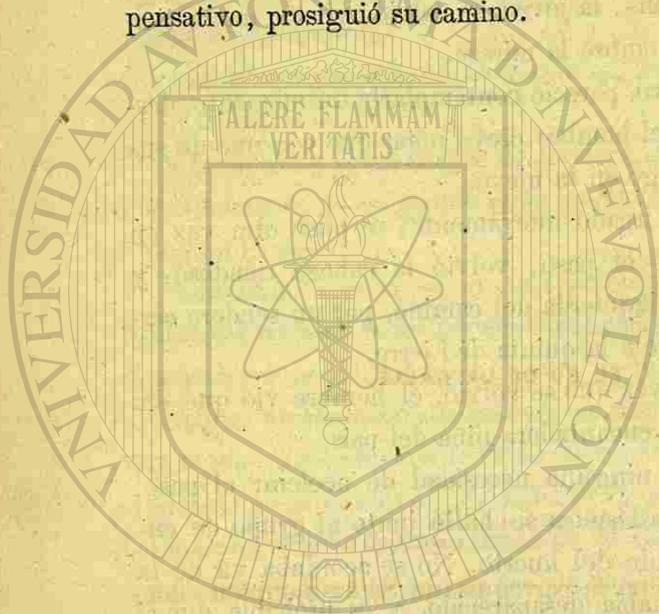
La segunda vez que se volvió, el hombre vió que era Deruchette, una encantadora niña del pais.

No sintió él ninguna necesidad de acelerar el paso, y pocos instantes despues se halló junto al grupo de encinas en el ángulo del huerto. No se acordaba ya de la transeunte que habia desaparecido, y es probable que si en aquel mismo instante alguna marsopla hubiese saltado por encima de las olas ó algun reyezuelo hubiese aparecido en los zarzales, aquel hombre hubiera seguido su camino con la mirada fija en el reyezuelo ó en la marsopla. Quiso la casualidad que tuviese la vista baja, y su mirada cayó maquinalmente hácia el punto en que la jovencita se habia parado. En aquel punto se habian impreso dos pies diminutos, y á su lado se leia esta palabra trazada en la nieve: *Gilliatt*.

Esta palabra era su nombre.

El se llamaba Gilliatt.

Permaneció largo tiempo inmóvil, contemplando aquel nombre, aquellos piecitos, aquella nieve, y despues, pensativo, prosiguió su camino.



II.

EL BU DE LA CALLE.

Gilliatt vivia en la parroquia de Saint-Sampson, donde por varias razones tenia muy pocas simpatias.

En primer lugar, su alojamiento era una casa «endemoniada.»

Sucede algunas veces en Jersey y en Guernesey que en el campo y en la misma ciudad, pasando por algun andurrial desierto ó por una calle atestada de gente, se encuentra una casa cuya entrada está como embarrera- da; el acebo obstruye la puerta; asquerosos emplastos de tablas claveteadas tapan las ventanas de la planta baja; las de los cuartos de encima se hallan á la vez cerradas y

abiertas; en todos los bastidores está echado el cerrojo y todas las baldosas están resquebrajadas ó rotas. Si la casa tiene patio ó corral, la yerba brota en él, y la cerca se desmorona; si hay jardín, se cubre de ortigas, cambrones y cicuta, y raros insectos fijan en él su residencia. Las chimeneas se resquebrajan, los techos se hunden; lo que se ve del interior de los aposentos está desmantelado; la madera se pudre y la piedra se enmohece. Se despega el papel de las paredes, y en ellas se pueden estudiar las antiguas modas de papel pintado, los grifos del imperio, las colgaduras con alzapaños del Directorio, las balaustrias y los cipos de Luis XVI. El grosor de las telarañas llenas de moscas indica la paz profunda de las arañas.

Algunas veces se encuentra un puchero roto encima de una mesa.

Aquella casa es una casa endemoniada.

El diablo la visita durante la noche.

La casa como el hombre puede convertirse en un cadáver. Basta al efecto que la mate una superstición.

Entonces es una cosa terrible. Las casas muertas no son raras en las islas de la Mancha.

Las poblaciones campesinas y marítimas no las tienen todas consigo tratándose del diablo. Las de la Mancha, archipiélago inglés y litoral francés, poseen respecto del particular nociones muy precisas.

El diablo tiene emisarios en todas partes.

Es incontestable que Belphegor es embajador del infierno en Francia, Hutgino en Italia, Belial en Turquía,

Thamuz en España, Martineto en Suiza y Mammon en Inglaterra. Satanás es un emperador como cualquier otro. Satanás César. Su casa está muy bien montada; Dagon es gran mayordomo; Succor Benot es jefe de los eunucos; Asmodeo lleva la banca en el juego; Kobal es director del teatro y Verdelot gran maestro de ceremonias. Nybbas es bufon. Widrus, hombre sabio, muy estrigólogo, y demonógrafo que posee muchos datos, llama á Nibbas «el parodiador por excelencia.»

Muchas precauciones tienen que tomar en esta mar los pescadores normandos de la Mancha á consecuencia de las ilusiones que el diablo produce.

Se creyó por espacio de mucho tiempo que San Maclou habitaba la gran roca cuadrada de Ortach, situada entre Aurigny y los Casquets, y algunos viejos marineros de otro tiempo afirmaban haberle con frecuencia visto allí, sentado y leyendo un libro. Así es que los marineros hacían al pasar muchas genuflexiones delante de la roca de Ortach hasta el día en que la fábula se disipó y cedió su puesto á la verdad. Se ha descubierto y se sabe actualmente que el habitante de la roca de Ortach no es un santo, sino un diablo. Este diablo, llamado Jochmus, tuvo la malicia y la audacia de hacerse tomar durante muchos siglos por San Maclou.

Por lo demás, otras veces se ha incurrido en equivocaciones análogas.

Los diablos Raguhel, Oribel y Tobiel fueron santos hasta el año de 745 en que Zacarías los arrojó del calen-

dario. Para semejantes espulsiones, que son incontestablemente muy útiles, es preciso ser muy inteligente.

Los ancianos del país cuentan, si bien estos hechos pertenecen al pasado, que la población católica del archipiélago normando se hallaba en otro tiempo muy á pesar suyo, mas en comunicacion con el demonio que la población hugonote. ¿Por qué? Lo ignoramos. Lo cierto es que esa minoría fué en otro tiempo muy enojosa para el diablo.

Habia tomado aficion á los católicos y procuraba visitarles con frecuencia. Una de sus mas insoportables familiaridades consistia en hacer visitas nocturnas á los lechos conyugales en el momento de hallarse el esposo completamente dormido y la mujer dormida solo á medias.

De aquí procedian muchos engaños.

Patouillet opinaba que Voltaire habia nacido á consecuencia de una de esas diabólicas visitas, lo que nada tiene de inverosímil. Sobre todo, el hecho está perfectamente comprobado y descrito en los formularios de exorcismo bajo la rúbrica: *de erroribus nocturnis et de semine diabolorum*. Es un hecho que se reprodujo muy particularmente en Saint-Hélier á fines del último siglo, probablemente en castigo de los crímenes de la revolucion.

Las consecuencias de los escesos revolucionarios son incalculables.

Como quiera que sea, la aparicion posible del demonio, de noche, cuando no se ve claro, cuando se duerme, preocupaba á muchas mujeres ortodoxas.

Dar á luz un Voltaire no tiene nada de agradable.

Una de ellas, inquieta y azorada, consultó con un pastor acerca del medio de aclarar á tiempo el quiprocuó.

El pastor respondió:—para aseguraros de si teneis que habéros las con el diablo ó con vuestro marido, palpadle la frente, y si tocáis unos cuernos, estad segura...—¿de qué? preguntó la mujer.

La casa en que vivia Gilliatt habia estado endemoniada, y ya no lo estaba, por lo que se hacia aun mas sospechosa. Sabido es que cuando un brujo se establece en una habitacion frecuentada por el diablo, éste comprende que no hace ya falta en ella, y por consideraciones al brujo no la vuelve á visitar, á no ser que se le avise, como al médico.

La casa se llamaba el Bu de la Calle.

Estaba situada en la punta de una lengua de tierra, ó, por mejor decir, de roca, que formaba una pequeña rada ó fondeadero independiente en el ancon de Houmet Paradis. Hay allí profundidad de agua.

La casa estaba enteramente sola en aquella punta casi fuera de la isla, con la tierra absolutamente necesaria para un jardinito, anegado algunas veces por las mareas altas. Entre el puerto de Saint-Sampson y el ancon de Houmet Paradis hay una robusta colina que corona la enorme masa de torres y de hiedra que se llama el palacio del Valle ó del Arcángel, de suerte que desde Saint-Sampson no se veia el Bu de la Calle.

Nada hay en Guernesey tan comun como un brujo. Los brujos ejercen su profesion en ciertas parroquias, mal que pese al siglo IX. Se entregan á prácticas verdadera-

mente criminales. Hacen hervir oro. Cogen yerbas á media noche. Miran de reojo los ganados de los campesinos. Se les consulta; hacen que se les traigan en botellas «las secreciones líquidas de los enfermos,» y se les oye decir á media voz: *esas aguas presentan mal carácter.*

Un día, en marzo de 1857, uno de ellos encontró en el líquido de un enfermo siete diablos. Son temidos y temibles.

Otro ha hechizado recientemente á un panadero y «también su horno.»

Otro ha cometido la avilantez de cerrar y sellar con el mayor esmero carpetas dentro de las cuales nada había.

Otro ha llegado al extremo de tener en un vasar de su casa tres botellas con rótulo en que se lee la letra B.

Estos hechos monstruosos están comprobados. Algunos hechiceros son complacientes, y por dos ó tres guineas cargan con las enfermedades ajenas. Entonces se revuelcan en su cama lanzando gritos, y mientras se retuercen, el que ha recurrido á ellos dice: Yo ya no siento nada.

Otros libran al prójimo de todos sus males atándole un pañuelo alrededor del cuerpo. El medio es tan sencillo, que parece imposible exista una sola persona que no haya dado con él.

En el último siglo el real tribunal de Guernesey los colocaba sobre un montón de leña y los asaba vivos.

En la actualidad les condena á ocho meses de cárcel, cuatro á pan y agua, y cuatro de incomunicación, alternativamente.

Amant alterna catenæ.

La última quema de hechiceros en Guernesey se verificó en 1747.

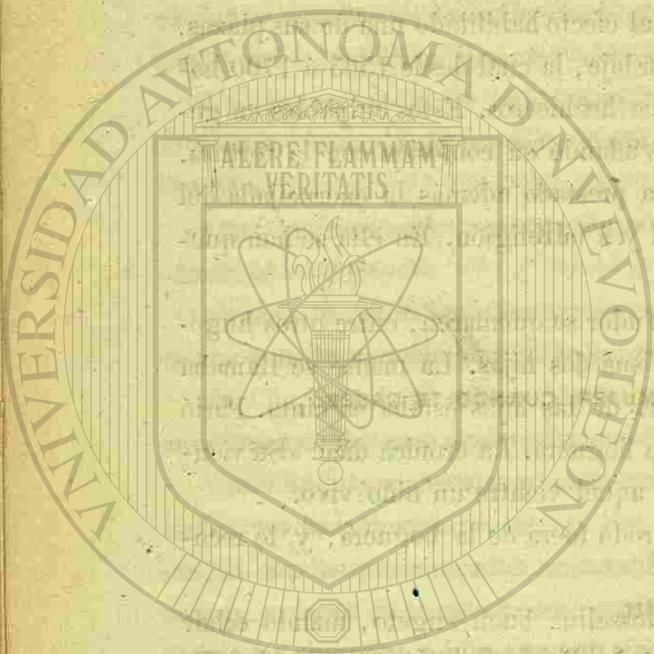
La ciudad había al efecto habilitado una de sus plazas, la encrucijada del Bordaje, la cual desde 1565 á 1700 había visto quemar once hechiceros. Estos culpables en general confesaban, ayudando su confesión con la tortura.

Otros servicios ha prestado además la encrucijada del Bordaje á la sociedad y á la religión. En ella se han quemado herejes.

Reinando María Tudor se quemaron, entre otros hugonotes, una madre y sus dos hijas. La madre se llamaba Perrotina Massy. Una de las hijas estaba en cinta. Parió entre las llamas de la hoguera. La crónica dice: «Su vientre estalló.» Salió de aquel vientre un niño vivo.

El recién nacido rodó fuera de la hoguera, y le recogió un tal Housse.

El baile Helier Gosselin, buen sugeto, mandó echar de nuevo la criatura á las llamas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

III.

PARA TU MUJER, CUANDO TE CASES.

Volvamos á Gilliatt.

Contábase en el país que una mujer que vivía en compañía de un chiquillo, al tocar la revolución á su fin se había establecido en Guernesey. Debía ser inglesa, á no ser que fuese francesa. Tenía un nombre cualquiera, cuya pronunciación guerneseyana y ortografía de la gente vulgar habían convertido en Gilliatt. Vivía sola con el niño, el cual, según algunos, era su sobrino, según otros su hijo, según otros su nieto y según otros nada absolutamente.

Tenía un poco de dinero para pasarlo pobremente. Había comprado un pradecillo en Sergentée y un pedazo

de tierra en la roca Crespel, cerca de Rocquaine. En aquella época la casa del Bu de la Calle estaba endemoniada, y hacia ya treinta años que nadie la habitaba.

Amenazaba ruina. El jardín, harto visitado por el mar, nada podía producir. Además de los rumores y resplandores nocturnos, la tal casa ofrecía algunas particularidades terroríficas. Si al anochecer se dejaba encima de la chimenea algun ovillo de estambre, agujas de hacer calceta y un plato de sopa, al día siguiente se notaba que la sopa se la habían comido, que el plato estaba vacío, y se encontraban un par de mitones de punto de media.

Por todas estas razones la casa se puso en venta con el demonio que estaba dentro, y por ella no se pedían más que unas cuantas libras esterlinas.

La mujer la compró, tentada evidentemente por el diablo ó por la baratura.

Hizo más que comprarla. Se estableció en ella con el chico, y desde aquel momento cesaron los resplandores y ruidos. *La casa tiene lo que quería*, dijeron las gentes del país. Ya no hubo más visiones. Dejaron de oírse gritos al apuntar el día, y no apareció otra luz que la de la vela de sebo que al anochecer encendía la buena mujer.

Vela de bruja equivale á antorcha de diablo. Esta explicación satisfizo al público.

La mujer sacaba algun partido de la poca tierra que poseía.

Tenia una buena vaca de manteca amarilla. Cogía guisantes de caldo blanco, alcachofas y patatas Golden

Drops. Vendía «cargas de nabos, manojos de cebollas y celemines de habas.»

No iba ella misma al mercado, pero hacía vender su cosecha á Gilbert Falliot en los Abreveurs Saint-Sampson.

El registro de Falliot demuestra que una vez vendió por su cuenta doce fanegas de *patatas llamadas de tres meses, de las más tempranas.*

La casa había sido reparada nada más que lo estrictamente necesario para hacerla habitable. No llovía en los cuartos sino cuando caían grandes chubascos. Se componía de una planta baja y un granero. La planta baja se dividía en tres salas, dos de ellas dormitorios y la otra comedor. Se subía al granero por una escalera de mano. La mujer guisaba y enseñaba á leer al niño.

No iba á la iglesia, por lo que, considerándolo bien todo, se la declaró francesa. No ir «á ninguna parte» es grave.

En suma, eran gentes que nada significaban.

Es probable que ella fuese francesa. Los volcanes arrojan piedras y las revoluciones hombres. Familias enteras son enviadas á grandes distancias; se truecan los destinos; se dispersan y desmenuzan los grupos; caen como de las nubes gentes sobre Alemania, sobre Inglaterra, sobre América. Asombran á los naturales del país. ¿De dónde vienen esos desconocidos? Aquel Vesubio que humea allá abajo los ha esputado, los ha espectorado. Se dan

nombres á esos aerolitos, á esos individuos espulsados y perdidos, á esos eliminados de la suerte. Se les llama emigrados, refugiados, aventureros. Si se quedan, se les tolera; si se van tanto mejor. Algunas veces son seres absolutamente inofensivos, ajenos, por lo menos las mujeres, á los acontecimientos que les han arrojado, no teniendo ni odio, ni cólera, proyectiles sin quererlo y sin saberlo. Echan raíces cómo y donde pueden. No hacen ningun daño á nadie y no saben lo que les pasa. Yo he visto una pobre mazorca de yerba lanzada al aire por una esplosion de mina.

La revolucion francesa, mas que todas las otras esplosiones, ha tenido esas violencias.

La mujer conocida en Guernesey por la Gilliatt, era tal vez la mazorca de yerba.

La mujer envejeció; el chico creció. Vivian solos y esquivados. Se bastaban. Loba y lobezno se lamian mutuamente: esta era otra de las fórmulas que les aplicó la benevolencia de sus convecinos. El niño se hizo adolescente, el adolescente se hizo hombre, y entonces, como es fuerza que caigan siempre las viejas cortezas de la vida, la madre murió. Dejó al niño el prado de la Sergentée, la tierra de la Roca Crespel, la casa del Bu de la Calle, y además, dice el inventario oficial, «cien guineas de oro metidas en un calcetín.»

La casa se hallaba suficientemente amueblada con dos cofres de encina, dos camas, seis sillas y una mesa, con los utensilios necesarios. Habia en un estante algu-

nos libros, y en un rincon una maleta nada misteriosa que debió abrirse para inventariarse. Era de badana amarilla con arabescos de clavos de cobre y estrellas de estaño, y contenia un equipo nuevo y completo de hermoso lienzo de Dunkerque, camisas y sayas, y además cortes de vestidos de seda, con un papel en que se leia, lo siguiente, escrito de puño y letra de la muerta: *Para tu mujer cuando te cases.*

Esta muerte fue para el que sobrevivió un golpe terrible. Era salvaje y se volvió feroz. En torno suyo concluyó el desierto. Donde habia el aislamiento se formó el vacío. Entre dos la vida es posible. Unó solo parece que no puede arrastrarla. Se renuncia á ella. Es la primera forma de la desesperacion. Mas adelante se comprende que el deber es una serie de aceptaciones.

Se mira la muerte, se mira la vida, y se consiente en vivir. Pero es un consentimiento que hace sangre.

Como Gilliatt era jóven, su herida se cicatrizó. A su edad, la carne del corazon retoña.

Su tristeza, borrada poco á poco, se mezcló á su alrededor con la naturaleza, se convirtió en una especie de encanto, le atrajo hácia las cosas y le alejó de los hombres, y amalgamó mas y mas su alma con la soledad.

Además, los grandes libros que tenía en un estante y que leía.

Otras razones.

¿Por qué vivía solo? El Bu de la Calle era una especie de lazareto; Gilliatt hacia cuarentena, y era por tanto muy sencillo que llamase la atención su aislamiento y se le hiciese responsable de la soledad que reinaba en torno suyo.

No iba jamás á la capilla. De noche salía con frecuencia. Un día se le vió sentado en la yerba con ademán estático. Visitaba con frecuencia el cerro de la Ancresse y las piedras encantadas esparcidas por los campos. No faltaba quien creyese estar seguro de haberle visto saludar respetuosamente la Roque qui Chante. Compraba todos los pájaros que le presentaban y los soltaba. Era atento con las personas acomodadas de la calle de Saint-Sampson, pero daba más de un rodeo para no pasar por ella. Pescaba con frecuencia, y volvía siempre con buena pesca. Trabajaba en su huerto los domingos. Tenía un boug pipe (especie de gaita) comprado á unos soldados escoceses que pasaban por Guernesey, y lo tocaba sentado en una roca á la orilla del mar, al declinar de la tarde.

* Hacia gestos como un sembrador de granos. ¿Qué le ha de suceder á un país que alberga á un hombre semejante?

En cuanto á los libros, que procedían de la muerte y él los leía, eran poco tranquilizadores. El reverendo Jaquemin Hérode, rector de Saint-Sampson, cuando en-

tró en la casa para el entierro de la mujer, leyó en el lomo de dichos libros los títulos siguientes: *Dictionnaire de Rosier*, *Candide*, por Voltaire, *Avis au peuple sur sa santé*, por Tissot. Un caballero francés, emigrado, que vivía en Saint-Sampson, había dicho: *Ese Tissot debe ser el que llevó en sus manos la cabeza de la princesa de Lamballe*.

El reverendo había notado en uno de los libros un título verdaderamente fatídico y amenazador: *De Rhubarbaro*.

Digamos, sin embargo, que estando la obra, como su título indica, escrita en latín, era muy dudoso que Gilliatt, que no sabía latín, la hubiese leído.

Pero precisamente los libros que un hombre no lee son los que más le acusan. La inquisición de España ha juzgado este punto y le ha puesto fuera de duda.

Por lo demás, el libro era ni más ni menos que el tratado del doctor Tilingius *sobre el Ruibarbo*, publicado en Alemania en 1679.

No se podía asegurar si Gilliatt se dedicaba á encantamientos, filtros y otras diabluras. Lo cierto es que tenía redomas.

¿Por qué por la tarde, y algunas veces por la noche, se paseaba por los alcantilados?

Sin duda alguna lo hacía para trabar conversación con las malas gentes que durante la noche se hallan en la playa.

Una vez ayudó á la hechicera de Torteval á desato-

llar su carro. La hechicera era una vieja que se llamaba Montonne Gahy.

Interrogado sobre su profesion en un empadronamiento que se hizo en la isla, respondió.—*Pescador, cuando hay peces que coger.*

Pongimonos en el puesto de los interrogadores. Semejantes respuestas no gustan á nadie.

La pobreza y la riqueza son relativas. Gilliatt tenia tierras y una casa, y comparado con los que nada absolutamente tenian, no era pobre. Un dia para experimentar, y tal vez tambien para iniciar una declaracion, pues hay mujeres que con tal de casarse se casarian con el diablo si fuese rico, una jóven dijo á Gilliatt: ¿Cuándo pensais en tomar esposa? El respondió: *Tomaré esposa cuando la ROQUE QUI CHANTE tome marido.*

La Roque qui Chante es un peñasco que se levanta verticalmente en un huerto próximo á la casa del señor Lemézurier de Fry. Es una piedra que debe ser muy vigilada. No se sabe lo que hace allí. Se oye cantar en ella un gallo, lo cual es muy desagradable. Está perfectamente demostrado que la han colocado en aquel huerto las fantasmas, que es como si dijéramos los duendes.

De noche, cuando truena, si se ven volar hombres en las nubes rojas y en el aire tembloroso, estos hombres son duendes. Una mujer, que reside en Grand Mielles, los conoce perfectamente. Una tarde que habia duendes en una encrucijada, la tal mujer dijo á un carretero que no sabia qué camino tomar: *Preguntádselo á ellos; son ge-*

nios benéficos y la gente mas atenta del mundo. Podia apostarse cualquiera cosa que aquella mujer era una bruja.

El juicioso y sabio rey Jacobo I hacia cocer vivas á las mujeres de esta especie, cataba el caldo, y segun el gusto que le encontraba decia: *Era una bruja, ó bien: no era una bruja.*

Es de sentir que los reyes actuales no posean ya esos talentos.

No sin poderosos motivos vivia Gilliatt en olor de brujería.

Durante una tempestad, á media noche, se oyó á Gilliatt que se hallaba solo en el mar metido en una barca por el lado de la Sommeilleuse, preguntar:

—¿Hay paso?

Una voz exclamó desde lo alto de las rocas:

—¿Eres valiente?

¿A quién hablaba, á no haber alguien que le respondiese? La prueba nos parece decisiva.

En otra noche tempestuosa y tan negra que no se veia ningun objeto, muy cerca de la Catiau-Roque, que es una doble hilera de peñas á que van los hechiceros, las cabras y los duendes á bailar los viernes, se creyó reconocer la voz de Gilliatt mezclada en la siguiente espantosa conversacion:

—¿Qué tal se encuentra Vésin Brovard? (albañil que habia caido de un tejado).

—Está en via de curacion.

—Parece imposible. Ha caído de una inmensa altura, y es asombroso que no se haya roto ni un hueso.

—La última semana los pescadores de la costa tuvieron buen tiempo.

—Mejor que hoy.

—Y tanto. Hoy no habrá en el mercado un pescado para un remedio.

—Hace demasiado viento.

—Será imposible echar las redes.

—¿Cómo está Catalina?

—Encantadora.

«Catalina» era evidentemente una hechicera.

Segun todas las apariencias, Gilliatt ejercía de noche sus malas artes.

Por lo menos nadie dudaba de ello.

Algunas veces se le veía echar agua en el suelo con un cántaro. Y el agua que cae en tierra traza la firma de los diablos.

En el camino de Saint-Sampson, delante del parador número 1, hay tres piedras sobrepuestas que forman una escalera. En su plataforma, actualmente vacía, había habido una cruz, si no una horca. Estas piedras son muy malignas.

Algunas personas muy cuerdas y otras muy dignas de crédito, aseguraban haber visto cerca de las tres piedras á Gilliatt platicando con un sapo.

Y como en Guernesey no hay mas que culebras, y donde abundan los sapos es en Jersey, es claro que el sapo

se había trasladado á nado desde Jersey á Guernesey, para hablar con Gilliatt. La conversacion era amistosa.

Estos son hechos probados, y la prueba es que las tres piedras se hallan aun allí. Los incrédulos pueden verlas, si gustan, y á poca distancia distinguirán una casa en cuya fachada se lee este letrero: *Comerciante en ganado muerto y vivo, en jarcias viejas, hierro, huesos y cacharros, paga puntualmente.*

Mala fe se necesitaria para negar la existencia de las mencionadas piedras y de la mencionada casa. Todo eso perjudicaba á Gilliatt.

Solo los estúpidos ignoran que el mayor peligro en los mares de la Mancha es el Roi des Auxeriniens. No hay personaje marítimo mas terrible. El que le ha visto naufraga entre un San Miguel y otro.

Es pequeño, siendo enano, y es sordo, siendo rey. Sabe el nombre de todos los que han perecido en el mar y el punto en que se encuentran. Conoce á fondo el cementerio Océano. Su cabeza es gruesa en la base y estrecha en la coronilla; tiene un cuerpo rechoncho, un vientre glutinoso y disforme, abolladuras en el cráneo, piernas cortas, brazos largos, en lugar de pies aletas, en lugar de manos garras, y un ancho semblante verde.

Sus zarpas son membranosas como las patas de los palmípedos y sus aletas están armadas de uñas.

Imaginémonos un espectro pez con cara de hombre. Para acabar con él seria menester exorcizarlo ó pescarlo. Entre tanto es siniestro.

Nada asusta tanto como percibirle. Encima de las olas y de la marejada, al trasluz del denso velo de la bruma, se entrevé un lineamiento que es un ser; una frente deprimida, una nariz aplastada, unas orejas chatas, una boca desmedida y sin dientes, un hocico verdoso, unas cejas triangulares y unos grandes ojos muy alegres.

Es rojo cuando el relámpago es lívido, y pálido cuando el relámpago es de color de púrpura. Tiene una barba rígida que, cortada en cuadro, se destaca de una membrana á manera de esclavina que está adornada con catorce conchas, siete anteriores y siete posteriores. Estas conchas son extraordinarias en concepto de todos los peritos en conchas. El Roi des Auxeriniens no es visible sino cuando está el mar violentamente agitado. Es el farsante lúgubre de la tempestad. Se ve esbozarse su forma en la niebla, en la racha de viento, en la lluvia. Su vientre es asqueroso. Una armadura de escamas le tapa los costados como si fuese un chaleco.

Se sube á lo mas alto de las olas encrespadas que brotan bajo la presión de las ráfagas, y se retuercen como las virutas que salen del cepillo del carpintero. Se mantiene todo entero fuera de la espuma, y si hay en el horizonte buques en peligro, palidece en la sombra con el semblante iluminado por el resplandor de una vaga sonrisa, y empieza á bailar con ademanes locos y terribles.

Es un terrible encuentro.

En la época en que Gilliatt era una de las preocupaciones de Saint-Sampson, las últimas personas que habían

visto al Roi des Auxeriniens, declaraban que en su esclavina no habían notado mas que trece conchas. Trece; esto era muy peligroso.

¿Qué se había hecho la que hacia el número catorce? ¿Se la había dado á alguien? ¿A quién se la había dado? Nadie podia decirlo, y era preciso limitarse á simples congeturas.

Lo cierto es que M. Lupin-Mabier, del lugar de las Godainas, hombre de peso, propietario de muchas campañas, estaba dispuesto á asegurar, bajo juramento, que vió un dia en manos de Gilliatt una concha singularísima.

No era raro oír entre dos lugareños entablarse los diálogos siguientes:

—¿No es verdad, vecino, que tengo un buey excelente?

—Hinchado, compadre,

—Es posible.

—Tiene mas sebo que carne.

—¿De veras?

—¿Estais seguro de que Gilliatt no le ha hecho mal de ojo?

Gilliatt se detenía en la márgen de los campos cerca de los labradores, y en la de las huertas cerca de los hortelanos, y solía dirigirles palabras misteriosas:

—Cuando el mordisco de diablo florezca, segad el centeno de invierno.

(Paréntesis: el mordisco de diablo es la escabiosa).

—Si el fresno echa hojas, habrán terminado las heladas.

- Solsticio de verano, cardo en flor.
- Si no llueve en junio, blanquearán los trigos. Temed el tizon.
- Si el cerezo forma sus racimos, desconfiad de la luna llena.
- Si el sexto día de la luna el tiempo sigue como el cuarto ó el quinto, seguirá lo mismo, de doce veces nueve en el primer caso, y de doce once en el segundo, durante la luna toda.
- No perdais de vista á los vecinos que pleiteen con vosotros. Temed sus venganzas. Un cerdo á quien se da á beber leche caliente, revienta. Una vaca cuyos dientes se frotan con puerro, no come ya nunca mas.
- El esperinque desova, cuidado con las calenturas.
- La rana aparece, sembrad los melones.
- La hepática florece, sembrad el centeno.
- El tilo florece, segad los prados.
- El álamo de Flandes ú olmo de Iprea florece, entoldad los carros.
- El tabaco florece, cerrad los invernaderos.

Y, cosa terrible, el que seguía estos consejos no tenía motivos de arrepentirse.

En una noche de junio en que tocó el bug pipe sentado en un mégano, por el lado de la Demie de Fontenelle, la pesca de la sarga tuvo un éxito desgraciado.

Cierta tarde, al bajar la marea, en la playa de en frente de su casa del Bu de la Calle, volcó una carreta cargada de fuco. Sin duda tuvo miedo de que se le encausase,

pues se dió mucha prisa en ayudar á levantar la carreta, y la volvió á cargar él mismo.

Una niña de la vecindad estaba llena de piojos. Gilliatt había ido á Saint-Pierre Port, y volvió con un unguento con que frotó á la pobre criatura. Gilliatt con este procedimiento consiguió librarla de sus piojos, lo que prueba que él se los había pegado.

No hay quien no sepa que hay un maleficio para cargar al prójimo de piojos.

Decíase que Gilliatt miraba los pozos, lo que es peligroso cuando la mirada es mala, y el hecho es que un día en los Arculons, cerca de Saint-Pierre Port, el agua de un pozo se tornó malsana.

La buena mujer á quien pertenecía el pozo dijo á Gilliatt: Ved lo que os parece esta agua, y le dió un vaso de ella. Gilliatt dijo que le parecía muy gruesa. La buena mujer, que estaba recelosa, repuso: Saneadla pues. Gilliat le preguntó si tenía un establo, y si el establo tenía un sumidero, y si el conducto del sumidero pasaba cerca del pozo. La buena mujer contestó afirmativamente, y entonces Gilliatt entró en el establo, trabajó en el sumidero, varió el curso del conducto, y el agua del pozo volvió á ser potable. X

En el país se despacharon á su gusto al comentar el hecho. Un pozo no es malo y luego bueno sin motivo; la enfermedad de aquel pozo no pareció natural, y era efectivamente difícil no creer que Gilliatt se había permitido respecto de su agua algún sortilegio.

Se notó que un día que había ido á Jersey se había alojado en Saint-Clement, calle de los Alleurs, que es como si dijéramos calle de los Aparecidos.

En las aldeas se recogen datos respecto de un hombre, se suman estos datos, y el total forma una reputación.

Sucedió que Gilliatt fue sorprendido echando sangre por las narices. ¡Cosa grave! El patron de un barco que había navegado mucho, que había casi dado la vuelta al mundo, afirmó que en el país de los Tungosos todos los habitantes echan sangre por las narices.

Cuando se ve á un hombre echar sangre por las narices, ya se sabe lo que esto significa. Sin embargo, las gentes reflexivas hicieron notar que lo que caracteriza á los hechiceros en Tungosia, puede muy bien no caracterizarles del mismo modo en Guernesey.

En las inmediaciones de un San Miguel se le vió detenerse en un prado de los cercados de los Huriaux, que forman la margen de la carretera de los Videelins. Dió un silbido en el prado, y un momento despues apareció un ciervo, y otro momento despues apareció una marica. Fue testigo del hecho un hombre notable, que, despues de haber sido guarda de un soto, suministró importantes datos al encargado de componer un nuevo libro sobre reclamos.

En Hamel, en la veintena de la Epine, había algunas viejas que decían estar seguras de haber oído una mañana, al rayar el alba, á las golondrinas llamar á Gilliatt.

Añádase á lo dicho que Gilliatt no era bueno. Un día

un pobre hombre apaleaba á un jumento. El jumento no se movía.

El pobre hombre le dió algunos puntapiés en el vientre, y el animal cayó.

Gilliatt acudió para ayudarle á levantarse, pero inútilmente.

El asno estaba muerto. Gilliatt abofeteó al pobre hombre.

Otro día, viendo á un muchacho bajar de un árbol con un nido de verderones recién nacidos, sin plumas casi y enteramente desnudos, Gilliatt se lo quitó, y llevó su perversidad al extremo de colocarlo de nuevo en el árbol.

Los transeuntes le reconvinieron, y él por toda excusa no hizo más que indicarles el padre y la madre de los inocentes pajarillos que chillaban encima del árbol y volvían á su nido.

Tenia mucho cariño á los pájaros, y esta es otra señal en que se reconocen generalmente los hechiceros.

Los rapaces se complacen en vaciar los nidos de las gabiotas y alciones que anidan en los alcantilados. Cogen un gran número de huevos azules, amarillos y verdes con que forman rosetones en las delanteras de las chimeneas. Como los alcantilados están cortados á pico, algunas veces los rapaces resbalan, caen y se matan. Nada es tan hermoso como las mamparas adornadas con huevos de aves marítimas. Gilliatt no sabía qué inventar para hacer daño. Se encaramaba con peligro de su propia vida por las escarpaduras de las rocas marítimas, y colocaba en sus picos ha-

ces de heno con sombreros viejos y todo género de espantajos, á fin de impedir á los pájaros que anidasen en ellos, y por consiguiente que los rapaces cogiesen sus nidos.

Por todas estas razones Gilliatt era casi odioso en el país. Era un odio el que inspiraba muy fundado y legítimo.

OTROS LADOS OSCUROS DE GILLIATT.

La opinion respecto de Gilliatt no se habia fijado de una manera bien determinada.

Generalmente se le creia *marcou*, como dicen los franceses, y algunos llegaban á tenerle por *cambion*. El *cambion* es el hijo que una mujer tiene del diablo.

Cuando una mujer ha tenido de un hombre siete varones seguidos, el sétimo es *marcou*, pero para eso es menester que ni una sola hembra interrumpa la serie de los varones.

El *marcou* tiene una flor de lirio natural impresa en una parte cualquiera de su cuerpo, lo que hace que cure

ces de heno con sombreros viejos y todo género de espantajos, á fin de impedir á los pájaros que anidasen en ellos, y por consiguiente que los rapaces cogiesen sus nidos.

Por todas estas razones Gilliatt era casi odioso en el país. Era un odio el que inspiraba muy fundado y legítimo.

OTROS LADOS OSCUROS DE GILLIATT.

La opinion respecto de Gilliatt no se habia fijado de una manera bien determinada.

Generalmente se le creia *marcou*, como dicen los franceses, y algunos llegaban á tenerle por *cambion*. El *cambion* es el hijo que una mujer tiene del diablo.

Cuando una mujer ha tenido de un hombre siete varones seguidos, el sétimo es *marcou*, pero para eso es menester que ni una sola hembra interrumpa la serie de los varones.

El *marcou* tiene una flor de lirio natural impresa en una parte cualquiera de su cuerpo, lo que hace que cure

los lamparones y escrófulas tan bien como los reyes de Francia.

En Francia hay algunos marcous en todas partes, particularmente en el Orleanés. Cada aldea del Gatinesado tiene su marcou. Basta para curar á los enfermos que el marcou sople en sus llagas ó que les haga tocar su flor de lirio. El éxito es sobre todo seguro en la noche del Viernes Santo. Diez años atrás el marcou de Ormes en el Gatinesado, llamado por sobrenombre el *Hermoso Marcou* y consultado en toda la provincia, era un tonelero llamado Foulon, que tenia caballo y coche. Para impedir sus milagros fue menester poner en juego la gendarmería.

Tenia la flor de lirio debajo de la tetilla izquierda. Otros marcous la tienen en otra parte.

Hay marcous en Jersey, en Aurigny y en Guernesey, lo que depende sin duda de los derechos que Francia tiene sobre el ducado de Normandía. ¿Qué significaría de otro modo la flor de lirio?

Hay tambien en las islas de la Mancha escrofulosos, por lo que en ellas los marcous son necesarios.

Algunas personas que se hallaban presentes un día que Gilliatt se bañaba en el mar creyeron verle la flor de lirio. Interrogado acerca del particular, por toda respuesta se echó á reir.

Porque algunas veces reia como los demás hombres.

Desde entonces no se le volvió á ver bañándose; no se bañaba sino en sitios peligrosos y solitarios, probablemente

de noche, á la claridad de la luna, lo que no dejó de despertar sospechas.

Los que se obstinaban en creerle cambion, es decir, hijo del diablo, se engañaban evidentemente. Habrian debido saber que apenas hay cambiones mas que en Alemania. Pero cincuenta años atrás el Velle y Saint-Sampson eran paises ignorantes.

Decir que en Guernesey hay quien cree en algun hijo del diablo es evidentemente una exageracion.

Gilliatt, por lo mismo que inspiraba inquietudes, era consultado. Los labradores, aunque con miedo, le visitaban para hablarle de sus enfermedades. Este miedo contribuye á inspirar confianza, y entre los campesinos cuanto mas sospechoso es el médico, tanto mas seguros parecen sus remedios. Gilliatt poseia medicamentos que habia heredado de la mujer muerta, y los administraba sin retribucion alguna á quien se los pedia. Curaba los panadizos con la aplicacion de ciertas yerbas; con el licor de una de sus redomas cortaba las calenturas, y el químico de Saint-Sampson, que en Francia seria farmacéutico, era de opinion de que el líquido con que Gilliatt combatia las tercianas era un cocimiento de quina. Los menos benévolos convenian sin repugnancia en que Gilliatt era un diablo bastante bueno para los enfermos cuando se trataba de sus remedios ordinarios; pero como marcou, no queria oír nada, y si un escrofuloso le pedia que le dejase tocar su flor de lirio, por toda respuesta le daba con la puerta en los hocicos. Hacer milagros era una cosa á que se negaba

obstinadamente, lo que en un hechicero es ridículo. No seas hechicero, pero si lo eres, cumple con tu oficio.

La antipatía universal tenia una ó dos escepciones. El señor Landoys, del Clos-Landes, era escribano cartulario de la parroquia de Saint-Pierre Port, encargado de las escrituras y guarda del registro de los nacimientos, matrimonios y defunciones. Hacia alarde de descender del tesoro de Bretaña Pedro Landoys, ahorcado en 1485. Un dia el señor Landoys se estaba bañando, y alejándose demasiado de la orilla, corrió gran peligro de ahogarse. Gilliatt se echó al agua y salvó á Landoys, esponiéndose á ser él el ahogado. Desde entonces Landoys no habló mal de Gilliatt. A los que le echaban en cara su benevolencia, les respondía: *¿Por qué quereis que aborrezca á un hombre que no me ha causado ningun daño y me ha prestado sus servicios?*

El escribano cartulario hasta llegó á ser amigo de Gilliatt. Era un hombre sin preocupaciones. Se reia de los que tienen miedo á los aparecidos. Tenia un barquichuelo, dedicaba á la pesca algunas horas de ocio, y nada extraordinario habia visto nunca, como no fuese un dia que á la claridad de la luna distinguió á una mujer blanca que se agitaba en el agua, y aun de eso no estaba muy seguro. Montonne Gahy, la bruja de Torteval, le habia dado un taleguillo que se ata al cuello debajo de la corbata y protege contra los espíritus.

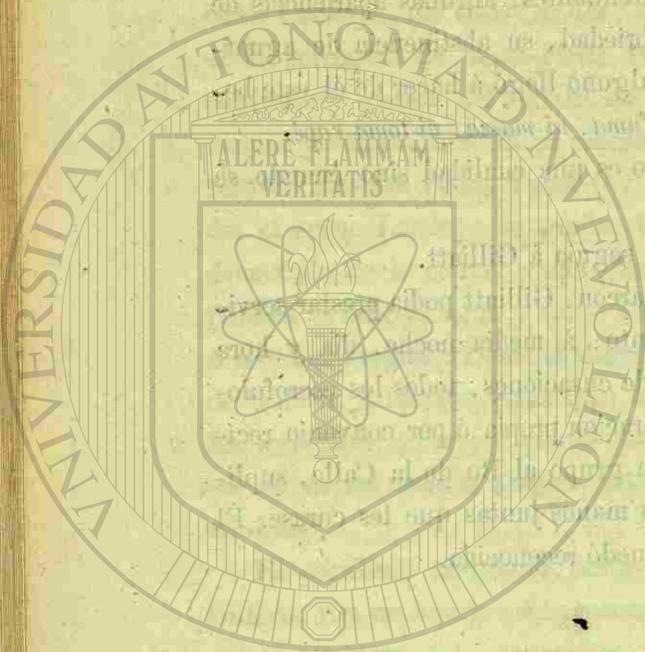
El se burlaba del talego ignorando lo que contenia, sin embargo lo llevaba, sintiéndose mas seguro con el amuleto.

Algunas personas atrevidas se aventuraban, siguiendo el ejemplo del señor Landoys, á reconocer en Gilliatt ciertas circunstancias atenuantes, algunas apariencias de buenas prendas, su sobriedad, su abstinencia de aguardiente y de tabaco, y alguno llegó á hacer de él este bello elogio: *No bebe, ni fuma, ni masca, ni toma rapé.*

Pero la sobriedad no es una cualidad sino cuando se tienen otras.

La aversion pública seguia á Gilliatt.

Pero al fin, como marcou, Gilliatt podia prestar servicios. Cierta Viernes Santo, á media noche, dia y hora usados para esa especie de curaciones, todos los escrofulosos de la isla, por inspiracion propia ó por convenio reciproco, se trasladaron en grupo al Bu de la Calle, suplicando á Gilliatt con las manos juntas que les curase. Él se negó, y su maldad quedó reconocida.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

VI.

LA PANZA.

Tal era Gilliatt.

Parecía feo á las muchachas.

No lo era sin embargo. Era tal vez hermoso. Había en su perfil algo de un bárbaro antiguo. Cuando estaba inmóvil, parecía un Dacio de la columna trajana. Sus orejas eran pequeñas, delicadas, sin lóbulo, y de una admirable forma acústica. Tenía entre los dos ojos la altiva arruga vertical del hombre audaz y perseverante. Los dos ángulos de su boca estaban como caídos, lo que da á las facciones una apariencia de amargura; su frente ofrecía una curva noble y serena; su pupila franca miraba bien

aunque estaba enturbiada por ese fruncimiento á que habitúa á los pescadores la reverberacion de las olas.

Su risa era pueril y encantadora. No hay marfil mas puro que sus dientes. Pero el solano le habia casi ennegrecido. No se mezcla un hombre impunemente con el Océano, la tempestad y la noche; tenia treinta años, y parecia tener cuarenta y cinco. Llevaba la sombría máscara del viento y del mar.

Se le habia dado el sobrenombre de Gilliatt el Maligno.

Una fábula de la India dice: Un dia Brahma preguntó á la Fuerza: ¿quién es mas fuerte que tú? La Fuerza respondió: La Destreza. Un proverbio chino dice: ¿Qué no podria el leon si fuese mono? Gilliatt no era leon ni mono; pero las cosas que hacia confirmaban el proverbio chino y la fábula india. De estatura regular y de fuerza ordinaria, era su destreza tan ingeniosa y potente, que hallaba medios de levantar fardos de gigante y de llevar á cabo prodigios de atleta.

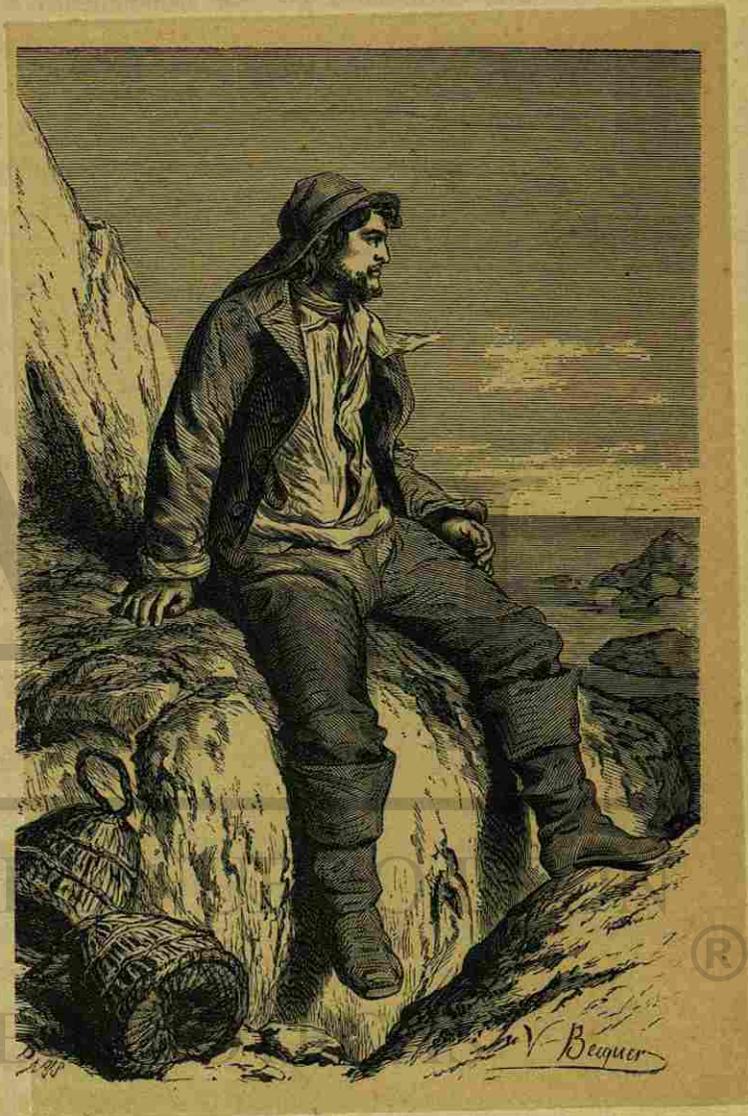
Habia en él algo de gimnasta, y se servia del mismo modo de una mano que de otra.

No cazaba, pero pescaba. Tenia lástima á los pájaros, pero no á los peces.

Era nadador escelente.

Lo soledad aguza el ingenio del hombre, ó le vuelve idiota.

Gilliatt se presentaba bajo los dos aspectos. De cuando en cuando se le veia con el «ademan atónito» de que hemos hablado, y parecia una bestia.



GILLIATT.

En otras ocasiones tenia una misteriosa profundidad en la mirada. La antigua Caldea ha tenido hombres análogos; á ciertas horas la opacidad del pastor se volvía transparente y dejaba ver al mago.

En resúmen, Gilliatt no era mas que un pobre hombre que sabia leer y escribir. Es probable que se hallase en el límite que separa al soñador del pensador. El pensador quiere, el soñador se somete. La soledad se añade á los simples, y los complica de cierta manera. Ellos se penetran sin saberlo de horror sagrado.

La sombra en que se sumergia el espíritu de Gilliatt se componia en cantidades casi iguales de dos elementos, ambos oscuros, pero muy diferentes.

En él, la ignorancia, achaque; fuera de él, el misterio, inmensidad.

A fuerza de trepar por los alcantilados, de escalar las peñas tajadas, de ir y venir por el archipiélago en todos los tiempos, de navegar y maniobrar en la primera embarcacion que se le presentaba, de arriesgarse de dia y de noche en los derroteros mas difíciles, habia llegado á ser, sin sacar de ello ningun partido y solo por placer y por capricho, un marino sorprendente.

Era piloto nato. El verdadero piloto es el marino que navega mas aun sobre el fondo que sobre la superficie. Lo ola es un problema exterior, continuamente complicado por la configuracion submarina de los lugares que el buque recorre. Al ver á Gilliatt entre los escollos y los arrecifes del archipiélago normando, parecia que debajo

30333

de la bóveda del cráneo tenía una carta geográfica del fondo del mar. Conocía todos los peligros, y todos los retaba.

Conocía las balizas mejor que los cuervos marinos y filocorcoras que se paran en ellas. Las diferencias imperceptibles que distinguen una de otra las cuatro boyas del Creux, de Alligande, de los Tremies y de la Sardrette, eran para él, hasta en días nebulosos, perfectamente claras.

No vacilaba ni sobre la estaca oval de Anfré, ni sobre la lanza de tres puntas de la Rousse, ni sobre la bola blanca de la Corbette, ni sobre la bola negra de Longne-Pierre, y ningún miedo había de que confundiese la cruz de Goubeau con la espada clavada en tierra de la Platte, ni la baliza en forma de martillo de los Barbées, con la baliza en forma de cola de golondrina del Moulinet.

Su rara ciencia de marino la manifestó especialmente un día en que hubo en Guernesey una de esas justas marítimas que se llaman regatas.

La cuestión era la siguiente: estar solo en una embarcación de cuatro velas, conducirla desde Saint-Sampson á la isla de Herm, que está á una legua, y volver en ella desde Herm á Saint-Sampson. Hacer maniobrar un hombre solo un buque de cuatro velas, es empresa que no hay pescador que no la acometa, y la dificultad no parece grande, pero hé aquí lo que la agravaba; en primer lugar, la misma embarcación, que era una de esas anchas y fuertes chalupas ventradas de otro tiempo, que estaban

de moda en Rotterdam, y que los marinos del último siglo llamaban *panzas holandesas*.

Aun en la actualidad se encuentra algunas veces en el mar á esa antigua gabarra de Holanda, mofletuda y chata, que tiene á babor y á estribor dos alas que se bajan alternativamente según el viento y reemplazan la quilla. En segundo lugar, la vuelta de Herm, vuelta que se complicaba con un pesado lastre de piedras. El buque debía salir vacío y volver cargado. El premio del certamen era la misma chalupa, dada de antemano al vencedor.

Aquella panza había servido de buque-piloto; el piloto que la había montado y conducido por espacio de veinte años, era el marino más robusto de la Mancha, y cuando él murió no quedó nadie para gobernar la panza, y se resolvió hacer de ella el galardón de una regata.

La panza, aunque sin alcázar ni cubierta, era una embarcación que tenía ciertas cualidades, y podía tentar á un maniobrista. Tenía el mástil inclinado hácia adelante, lo que aumentaba la fuerza de tracción del velamen. Otra ventaja, la arboladura no estorbaba el cargamento. Tenía un casco sólido, era pesada, pero espaciosa, y tomaba bien el viento; era una verdadera barca de confianza.

Hubo empeño en disputársela; la lucha era ruda, pero el premio valía la pena. Se presentaron siete ú ocho pescadores, los más vigorosos de la isla. Hicieron sucesivamente el ensayo, y ni uno pudo llegar á Herm. El último

que luchó era conocido por haber salvado á remo, estando la mar muy gruesa, la peligrosísima barra que hay entre Serz y Breig-Hou. Sudando á mares, condujo la panza á la orilla, y dijo: Es imposible. Entonces Gilliatt entró en la barca; empuñó primero el palo de virar, luego la escota mayor, y se hizo mar adentro. Después, sin aferrar la escota, lo que hubiera sido una imprudencia, y sin soltarla, lo que le hacia dueño de la vela mayor, dejando á la escota rodar en los estrobos á merced del viento sin trivar, cogió con la mano izquierda el timon. En tres cuartos de hora llegó á Herm. Tres horas después, no obstante haberse levantado un fuerte viento del Sur, y haber tomado la rada á lo ancho, regresaba á Saint-Sampson con el cargamento de piedras.

Por lujo y bravata, habia añadido al cargamento el pequeño cañon de bronce de Herm, que todos los años, el día 5 de noviembre, los habitantes de la isla disparaban en conmemoracion de la muerte de Guy Fawkes.

Digamos de paso que Guy Fawkes, cuya muerte es causa de tanta alegría, murió hace ya doscientos sesenta años.

Así sobrecargado y reventado, Gilliatt, aunque tenia de sobra el cañon de Guy Fawkes en su barca, y el viento del Sur en su vela, condujo, ó por mejor decir arrastró, la panza á Saint-Sampson.

Mess Lethierry, en vista de eso, exclamó: ¡Hé aquí lo que se llama un marino valiente!

Y tendió la mano á Gilliatt.

Volveremos á hablar de mess Lethierry.

La panza fue adjudicada á Gilliatt.

Esta aventura no hizo mas que confirmar el apodo que le daban de Maligno.

Algunos declararon que el hecho nada tenia de admirable, en atencion á que Gilliatt habia escondido en el buque una rama de meliloto silvestre, lo que no pudo probarse.

Desde aquel día Gilliatt no se embarcó mas que en la panza.

En aquella pesada barca iba á la pesca. La amarraba en el pequeño fondeadero que tenia para él solo debajo de la pared misma de su casa del Bu de la Calle. Al anocheecer se echaba al hombro sus redes, atravesaba su huerto, pasaba al otro lado del parapeto de áridas piedras, brincaba de una roca á otra, y saltaba á bordo de la panza. De allí, mar adentro.

Cogia mucha pesca, pero se aseguraba que tenia siempre en el buque la rama de meliloto. El meliloto es el níspero. Nadie habia visto la rama, pero todo el mundo creia en ella á pies juntillos.

El sobrante de la pesca no lo vendia, lo regalaba.

Los pobres recibian la dádiva, mas no por eso se la agradecian, á causa de la rama del meliloto. Es una picardía hacer fullerías con el mar.

No se limitaba á ser pescador. Por aficion y para distraerse, habia tomado tres ó cuatro oficios. Era carpintero, herrero, carretero, calafate, y tenia tambien algo de ma-

quinista. Nadie gobernaba una rueda tan bien como él.

Se construía él mismo, por un mecanismo propio suyo, todos los chismes de pesca.

En un rincón del Bu de la Calle tenía una pequeña fragua y un yunque, y como la panza no tenía más que una ancla, él mismo y sin auxilio de nadie se hizo otra, que era excelente. El arganeo tenía la fuerza que requería, y Gilliatt, sin que nadie se lo hubiese enseñado, había hallado la dimensión exacta que debe tener el cepo para que el ancla no zozobre.

Había á fuerza de paciencia reemplazado todos los clavos del bordaje con cabillones y cabillas, haciendo así imposible los agujeros de la herrumbre.

De esta manera había aumentado considerablemente las buenas cualidades de la panza, de la cual se aprovechaba para ir de cuando en cuando á pasar un mes ó dos en algún islote solitario como Chousey ó los Casquets.

La gente decía: Gilliatt se ha marchado. Y su ausencia no desazonaba á nadie.

VII.

EN CASA ENDEMONIADA, MORADOR ENDEMONIADO.

Gilliatt era el hombre del sueño, y de esta circunstancia nacían sus audacias y sus timideces. Tenía ideas propias, ideas que podían llamarse suyas.

Había tal vez en Gilliatt algo del alucinado y del iluminado. El alucinamiento lo invade todo; se apodera lo mismo de un rústico como Martín, que de un rey como Enrique IV. Lo desconocido causa algunas veces sorpresas al espíritu del hombre. Una rasgadura brusca de la sombra deja de repente ver lo invisible, y luego vuelve á cerrarse. Estas visiones son algunas veces trasfigurativas; hacen de un conductor de camellos un Mahoma

quinista. Nadie gobernaba una rueda tan bien como él.

Se construía él mismo, por un mecanismo propio suyo, todos los chismes de pesca.

En un rincón del Bu de la Calle tenía una pequeña fragua y un yunque, y como la panza no tenía más que una ancla, él mismo y sin auxilio de nadie se hizo otra, que era excelente. El arganeo tenía la fuerza que requería, y Gilliatt, sin que nadie se lo hubiese enseñado, había hallado la dimensión exacta que debe tener el cepo para que el ancla no zozobre.

Había á fuerza de paciencia reemplazado todos los clavos del bordaje con cabillones y cabillas, haciendo así imposible los agujeros de la herrumbre.

De esta manera había aumentado considerablemente las buenas cualidades de la panza, de la cual se aprovechaba para ir de cuando en cuando á pasar un mes ó dos en algún islote solitario como Chousey ó los Casquets.

La gente decía: Gilliatt se ha marchado. Y su ausencia no desazonaba á nadie.

VII.

EN CASA ENDEMONIADA, MORADOR ENDEMONIADO.

Gilliatt era el hombre del sueño, y de esta circunstancia nacían sus audacias y sus timideces. Tenía ideas propias, ideas que podían llamarse suyas.

Había tal vez en Gilliatt algo del alucinado y del iluminado. El alucinamiento lo invade todo; se apodera lo mismo de un rústico como Martín, que de un rey como Enrique IV. Lo desconocido causa algunas veces sorpresas al espíritu del hombre. Una rasgadura brusca de la sombra deja de repente ver lo invisible, y luego vuelve á cerrarse. Estas visiones son algunas veces trasfigurativas; hacen de un conductor de camellos un Mahoma

y de una pastora una Juana de Arco. La soledad provoca el desprendimiento de cierta cantidad de estravío sublime. Es el humo de la antorcha que arde. De aquí resulta un misterioso temblor de ideas que dilata al doctor en visionario: de aquí resultan las embriagueces del laurel de Castalia machacado, las revelaciones del mes Busion; de aquí resultan Peleya en Dódena, Hemonoes en Delfos, Trofonio en Lebadea. El estado visionario agobia generalmente al hombre y le vuelve estúpido. El faquir tiene por achaque su vision como su papera el cretino. Lutero, platicando con los diablos en el granero de Witemberg, Pascal tapando el infierno con la mampara de su gabinete, el obí negro dialogando con el dios Bossum de rostro blanco, constituyen el mismo fenómeno, diversamente modificado por los cerebros que atraviesa, segun su dimension y su fuerza. Lutero y Pascal fueron y son grandes; el obí es imbécil.

Gilliatt no se hallaba tan alto, ni tan bajo. Era un hombre meditabundo, y nada mas.

Veia la naturaleza de una manera un poco estraña.

De haber distinguido algunas veces en el agua del mar perfectamente limpia animales inesperados bastante voluminosos, de diversas formas, de la especie medusa, los cuales fuera del agua parecian un cristal blando, y echados al agua se confundian con el medio en que vivian por la identidad de diafanidad y de color hasta el punto de desaparecer en él, concluia que, puesto que poblaban el agua transparencias vivientes, otras transparencias, vivien-

tes tambien, podian poblar el aire. Los pájaros no son los habitantes del aire; son sus anfibios. Gilliatt no creia en el aire desierto. Decia: puesto que el mar está poblado, ¿cómo la atmósfera habia de estar vacía? Criaturas del color del aire se borran con la luz y escapan á nuestras miradas; ¿quién es capaz de probar la inexistencia de esas criaturas? La analogía indica que el aire debe tener sus peces como el mar tiene los suyos; estos peces del aire son tal vez diáfanos, beneficio de la prevision creadora para nosotros como para ellos; dejando pasar la luz al través de su forma, y no haciendo sombra, no proyectando ninguna silueta, permanecen ignorados de nosotros, y no nos es dado cogerlos. Gilliatt opinaba que si fuese posible dejar la tierra en seco de atmósfera, y se pescase en el aire como se pesca en un estanque, se hallarian en él muchos seres sorprendentes. Y, añadía en su delirio, entonces se esplicarian muchas cosas.

El desvarío, que es el pensamiento en estado nebuloso, confina con el sueño, y tiene en éste su frontera. El aire habitado por las transparencias vivientes seria el principio de lo desconocido; pero mas allá se presenta la vasta abertura de lo posible. Allí otros seres, allí otros hechos.

Gilliatt, en esa desocupacion laboriosa que constituia su existencia, era un observador estraño. Hasta llegaba á observar el sueño. El sueño está en contacto con lo posible, al cual nosotros llamamos lo inverosímil.

El mundo nocturno es un mundo.

La noche, como noche, es un universo. El organismo

material humano; sobre el cual pesa una columna atmosférica que tiene cinco leguas de altura, se halla fatigado por la noche, cae de cansancio, se echa y reposa; los ojos de carne se cierran; entonces en la cabeza aletargada, menos inerte de lo que se cree, otros ojos se abren; aparece lo desconocido. Las cosas sombrías del mundo ignorado se aproximan al hombre, ya sea que haya comunicacion verdadera, ya sea que las lontananzas del abismo tengan un engruesamiento visionario; parece que los vivientes indistintos del espacio vienen á mirarnos, y que tienen la curiosidad de conocernos, á nosotros vivientes terrestres; una creacion fantasma sube ó baja hácia nosotros y nos sumerge en un crepúsculo; delante de nuestra contemplacion espectral, otra vida que no es la nuestra se agrega y se segrega, compuesta de nosotros mismos y de otra cosa; el durmiente, visionario á medias, no del todo inconsciente, entrevé esas animalidades estrañas, esas vegetaciones estraordinarias, esas livideces terribles ó risueñas, esas larvas, esas máscaras, esas figuras, esas hidras, esas confusiones, ese claro de luna sin luna, esas oscuras descomposiciones del prodigio, esos crecimientos y decrecimientos en una densidad turbia, esa flotacion de formas en las tinieblas, todo ese misterio á que nosotros llamamos sueño y que no es mas que la aproximacion de una realidad invisible.

El sueño es el aquarium de la noche.

Así soñaba Gilliatt.

VIII.

LA SILLA GIL-HOLM-UR.

En vano en la ensenada del Humet buscaríamos hoy la casa de Gilliatt, su huerto y el ancon donde se abrigaba la panza.

El Bu de la Calle no existe ya. La pequeña península en que esta casa se levantaba, ha caido bajo el pico de los demoleedores de acantilados y ha sido trasladada á carretadas á los buques de los chalanes y mercaderes de granito. Ha pasado á ser en la capital malecon, iglesia y palacio. Hace mucho tiempo que toda la cresta de escollos partió para Lóndres.

Esas prolongaciones de rocas en el mar, con sus que-

brajas y dentellones son verdaderas cordilleras de montañas en miniatura, y al verlas nos causan la impresión que experimentaría un gigante mirando las Cordillieres. El idioma local les llama Banques.

Estos bancos tienen figuras diversas. Los unos parecen una espina dorsal, de que cada roca es una vértebra, los otros afectan la forma de un arete de pescado, los otros la de un cocodrilo que bebe.

A la estremidad del banco del Bu de la Calle había un enorme peñasco que los pescadores del Houmet llamaban el Corne de la Bête. Aquella roca, especie de pirámide, se parecía, aunque menos elevada, al Pinnacle de Jersey. Estando alta la marea, el agua la separaba del banco, y el Corne quedaba aislado. Estando la marea baja, se llegaba á él por el istmo de rocas practicables. Lo que ofrecía esta roca de curioso era que por el lado del mar tenía la forma de una silla, era una verdadera silla natural construida por las olas y pulimentada por las lluvias. Era una silla traidora. El que pasaba se sentía insensiblemente arrastrado á ella por su belleza, ante ella se detenía «por el amor del prospecto,» como se dice en Guernesey; había algo que le sujetaba; hay un encanto en los grandes horizontes. Aquella silla le convidaba á sentarse; formaba una especie de nicho en la fachada cortada á pico de la roca; trepar hasta aquel nicho era fácil; el mar que lo había tallado en la roca había ordenado debajo y dispuesto cómodamente una especie de escalera de piedras planas; el abismo tiene sus agasajos:

no nos fiemos de sus cumplimientos; la silla tentaba; el que pasaba subía hasta ella y se sentaba; allí estaba perfectamente; por asiento el granito desgastado y redondeado por la espuma, por reclinatorio para poner los codos dos fragosidades que parecían hechas espresamente; por respaldo toda la alta muralla vertical de la roca que uno veía y admiraba encima de su cabeza sin pensar en decirse que le sería imposible escalarla: nada más sencillo que olvidarse de todo en aquella poltrona, desde la cual se descubría todo el mar; se veían á lo lejos los buques que se acercaban ó partían; se podía seguir con la vista una vela hasta que se perdía más allá de los Casquets bajo la redondez del Océano; el hombre se estasiaba, miraba, gozaba, sentía la caricia del céfiro y de la ola; hay en Cayena un vespertilio que sabe lo que hace, que os adormece en la sombra con un suave y tenebroso batimiento de alas: el viento es este vespertilio, este murciélago invisible; cuando no es devastador es adormecedor.

El que llegaba á sentarse contemplaba el mar, escuchaba el viento, se sentía dominar por el sopor del éstasis. Cuando los ojos están llenos, saturados de un exceso de belleza y de luz, es una voluptuosidad cerrarlos. De repente el que estaba sentado se despertaba. Era demasiado tarde. La marea había subido poco á poco. El agua envolvía la roca.

El hombre estaba perdido.

El mar que sube es un bloqueo terrible.

La marea crece en un principio insensiblemente y después con violencia.

Al llegar á las rocas , se encoleriza y echa espuma. No siempre basta saber nadar en las rompientes. Escelentes nadadores se habian ahogado en el Corne del Bu de la Calle.

En ciertos lugares y á ciertas horas mirar el mar es un veneno. Es como , algunas veces , mirar á una mujer.

Los habitantes muy antiguos de Guernesey llamaban en otro tiempo á aquel nicho abierto en la roca por el oleaje la Chaise Gild-Holm-Ur, ó *Kidormur*. Dícese que esta es una palabra celta que los que saben el celta no comprenden, y la comprenden perfectamente los que saben francés. *Qui-dort-meurt*. El que duerme muere.

Tal es la traduccion del vulgo.

Queda cualquiera en libertad de escoger entre esta version *Qui-dort-meurt*, y la dada en 1819 en el *Armoricain*, si no me engaño, por M. Athénas.

Segun este distinguido filólogo, Gild-Holm-Ur significa *Parada-de-bandadas-de-pájaros*.

Hay en Aurigny otra silla del mismo género, que se llama la Chaise-au-Moine, tan bien construida por las olas y con una prominencia de piedra tan perfectamente colocada, que pudiéramos decir que el mar ha tenido la complacencia de poner á los pies de la silla un taburete.

Estando alta la marea, desaparecia la silla Gild-Holm-Ur. El agua la cubria enteramente.

La silla Gild-Holm-Ur estaba próxima al Bu de la Calle. Gilliatt la conocia y se sentaba en ella con frecuencia. ¿Meditaba? No. Ya lo hemos dicho, soñaba. El no se dejaba sorprender por la marea.

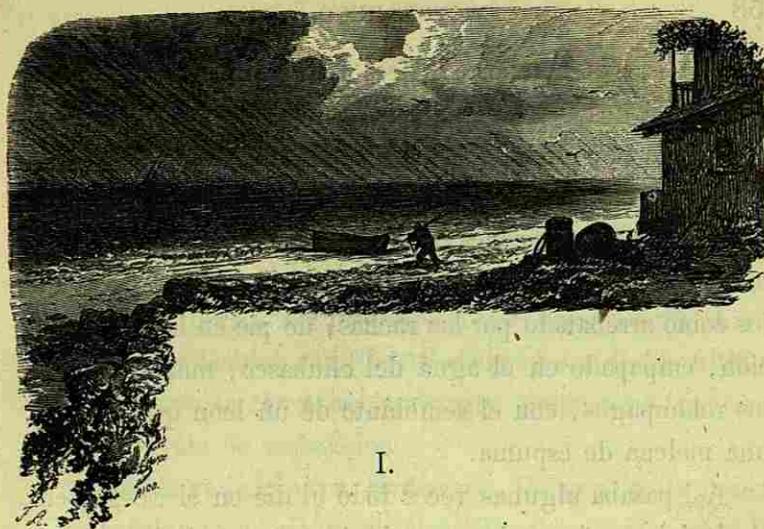
LIBRO SEGUNDO.

MESS LETHIERRY.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1628 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

VIDA AGITADA Y CONCIENCIA TRANQUILA.

Mess Lethierry, el hombre notable de Saint-Samps on era un marino terrible. Habia navegado mucho. Habia sido grumete, velero, gabiero, timonel, contramaestre, jefe de tripulacion, piloto, patron. Luego fue armador. No habia nadie que mejor que él supiese lo que es el mar. Era intrépido para los salvamentos. En los tiempos tempestuosos se paseaba á lo largo de la playa mirando el horizonte. ¿Qué se ve allí abajo? Alguno que está en peligro. Es una balandra de Weymouth, un místico de Aurigny ó una polacra de Courseulle, ó el yate de un lord, es un inglés, es un francés, es un pobre, es un rico, es

el diablo, ¿qué importa? Mess Lethierry se embarcaba, llamaba á dos ó tres hombres resueltos, ó se pasaba sin ellos, era él solo toda su tripulación, soltaba la amarra, cogía el remo, se lanzaba á alta mar, subía, bajaba y volvía á subir en las concavidades de las olas, se sumergía en el huracán, volaba al peligro. Así se le veía desde lejos como arrebatado por las rachas, de pie en la embarcación, empapado en el agua del chubasco, mezclado con los relámpagos, con el semblante de un león que tuviese una melena de espuma.

Así pasaba algunas veces todo el día en el riesgo, en el oleaje, en el granizo, en el viento, acercándose á los buques naufragos, salvando los cargamentos, buscando camorra á la tempestad. Por la noche volvía á su casa, y hacía un par de calcetines.

Llevó esta vida por espacio de cincuenta años, desde la edad de diez á la de sesenta años, mientras fue joven.

A los sesenta echó de ver que ya con un solo brazo no podía levantar el yunque de la herrería de Varclin, que pesaba trescientas libras, y cayó de repente prisionero de los reumatismos.

Tuvo que renunciar al mar.

Pasó entonces de la edad heroica á la edad patriarcal. No fue más que un buen hombre.

Había llegado á un mismo tiempo á los reumatismos y á las comodidades. Estos dos productos del trabajo suelen hacerse compañía.

Luego que se hace uno rico queda paralizado. Es la corona de la vida.

Y el hombre se dice: ahora gocemos.

En las islas como Guernesey, la población se compone de hombres que han pasado su vida en dar la vuelta á su campo y otros que han pasado la suya dando la vuelta al mundo. Forman las dos especies de trabajadores, los de la tierra y los del mar. Mess Lethierry era de los últimos.

Conocía la tierra sin embargo. Había arrostrado una penosa vida de trabajador.

Había viajado por el continente. Había sido algún tiempo carpintero de ribera en el astillero de Rochefort y después en Cette. Acabamos de hablar de la vuelta alrededor del mundo; él había trabajado en los aparatos de extracción de aguas de las salinas de Franco-Condado. Aquel hombre honrado había llevado una vida de aventurero. En Francia había aprendido á leer, á pensar, á querer. Había hecho de todo, y de todo lo que había hecho, había estraido la probidad. En el fondo de su naturaleza era marinero. El agua le pertenecía. Él decía: los peces están en mi casa.

En resumen, toda su existencia, esceptuando dos ó tres años, había sido dada al Océano, *echada al agua*, como él decía. Había navegado en los grandes mares, en el Atlántico y en el Pacífico, pero prefería la Mancha.

Esclamaba con entusiasmo: ¡*Este es el mar bravo!* Había nacido en él y en él quería morir.

Después de haber hecho uno ó dos viajes de circunva-

lacion, sabiendo ya á qué atenerse, habia vuelto á Guernesey, de donde no pensaba salir nunca. Sus viajes sucesivos se reducian á Granville y Saint-Malo.

Mess Lethierry era de Guernesey, es decir normando, es decir inglés, es decir francés. Habia en él esta patria cuádruple, sumergida y como ahogada en su gran patria, el Océano.

En todas partes, durante su vida, habia conservado sus costumbres de pescador normando, lo que no le impedía en ocasiones dadas abrir un libraje, recrearse en su lectura, saber nombres de filósofos y poetas, y farfullar y chapurrar un poco todos los idiomas.

II.

UN GUSTO QUE TENIA.

Gilliatt era un salvaje. Mess Lethierry era otro.

Este salvaje tenia sus elegancias.

Era descontentadizo y difícil con las mujeres.

En su juventud, casi niño aun, entre marinero y grumete, habia oido al baile de Suffren esclamar: *Hé aquí una hermosa jóven. ¡Lástima que tenga unas manos tan grandes y coloradotas!*

En todas las materias una palabra de almirante es una voz de mando. Encima de un oráculo hay una consigna.

La esclamacion del baile de Suffren habia hecho á Le-

thierry delicado y exigente en cuestiones de manos pequeñas y blancas. Las suyas, anchas espátulas de color de caoba, eran ligeras como una maza, y suaves como unas tenazas.

Estando cerradas, rompian una piedra si se dejaban caer encima de ella.

No se había casado.

No había querido, ó no había encontrado con quién, sin duda porque siendo un marinero aspiraba á unas manos de duquesa. Y manos semejantes no se encuentran entre las pescadoras de Portbail.

Contábase, sin embargo, que en Rochefort, en Charenta, había tropezado con una costurera que realizaba su ideal. Era una bella jóven que tenía unas manos preciosas. El meditaba y se rascaba la cabeza. Era menester andar con pies de plomo. Garras en caso necesario, y de una limpieza esquisita, las uñas de la costurera no tenían pero. Uñas tan encantadoras habían entusiasmado á Lethierry, y despues le habían inspirado ciertos recelos.

Temiendo no ser algun día el dueño de su amada, había resuelto no casarse con ella.

Otra vez, en Aurigny, la había gustado una muchacha. Pensaba casarse con ella, cuando uno del país le dijo: *Os felicito por vuestra eleccion. Tendreis una buena boñiguera.* Se hizo explicar el elogio. En Aurigny hay una costumbre. Se coge una boñiga de vaca y se arroja contra la pared. Hay una manera especial de arrojarla. Si está seca, cae, y sirve para calentarse con ella. Estas boñigas

secas se llaman *cripians*. Nadie se casa con una jóven que no sea una buena boñiguera.

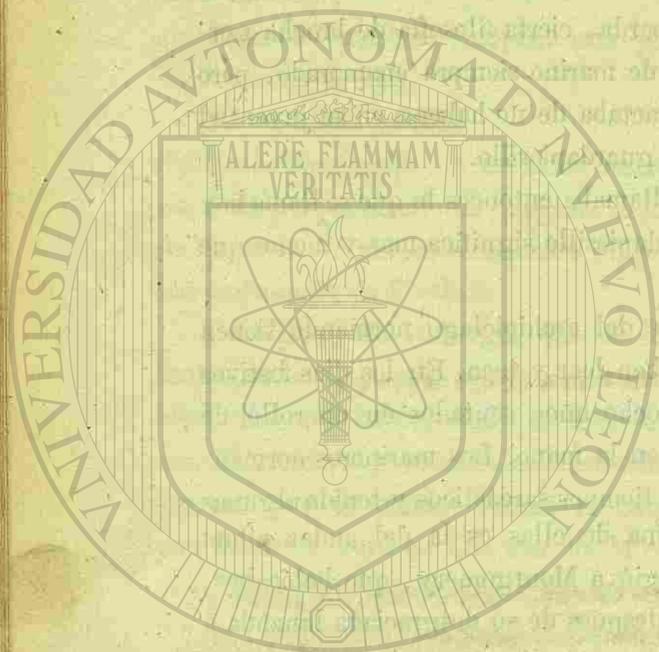
Este título hizo tomar á Lethierry las de Villadiego.

Por lo demás, él tenía en materia de amor y de amantes cierta gramática parda, cierta filosofía de brocha gorda, cierta discrecion de marino siempre enamorado, pero jamás cautivo, y se jactaba de no haberse en su juventud dejado vencer por un guardapiesillo.

Guardapiesillo se llamaba entonces lo que se llama hoy un zagalejo. Un guardapiesillo significa mas y menos que una mujer.

Los rudos marinos del archipiélago normando tienen talento. Casi todos saben leer y leen. En los días festivos se ven grumetes de ocho años sentados en un rollo de cuerdas con un libro en la mano. Los marineros normandos han sido en todos tiempos sarcásticos y tenido algunas felices ocurrencias. Una de ellas es la del audaz piloto Quiripal, el cual dirigió á Montgomery, que había buscado asilo en Jersey despues de su desgraciada lanzada á Enrique II, el siguiente apóstrofe: *Una cabeza loca ha roto una cabeza vacía.* Hé aquí otro chiste: Tonzean, patron en Saint-Brelada, hizo el siguiente *calembour* filosófico, atribuido sin razon al obispo Camus: *A prés la mort les papas devienent papillons et les sires devienent cirons* (1).

(1) Este *calembour* ó juego de vocablos no tiene en español ninguna gracia: «Despues de muertos, los papas se vuelven mariposas y los señores aradores.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

LA ANTIGUA GERIGONZA NÁUTICA.

Los marinos de los Chasmel-Islands son verdaderos antiguos galos. Estas islas, que actualmente se anglicanizan con tanta rapidez, permanecieron por espacio de mucho tiempo autótonas.

El campesino de Serk habla la lengua de Luis XIV. Cuarenta años atrás salía de la boca de los marineros de Jersey y de Aurigny el idioma marítimo chino. El que les oía creía trasportarse á plena marina del siglo XVII. Allí habria podido un arqueólogo especialista estudiar el antiguo patué de maniobra y batalla, rugido por Juan Bart en la bocina que aterrorizaba al almirante Hidde.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

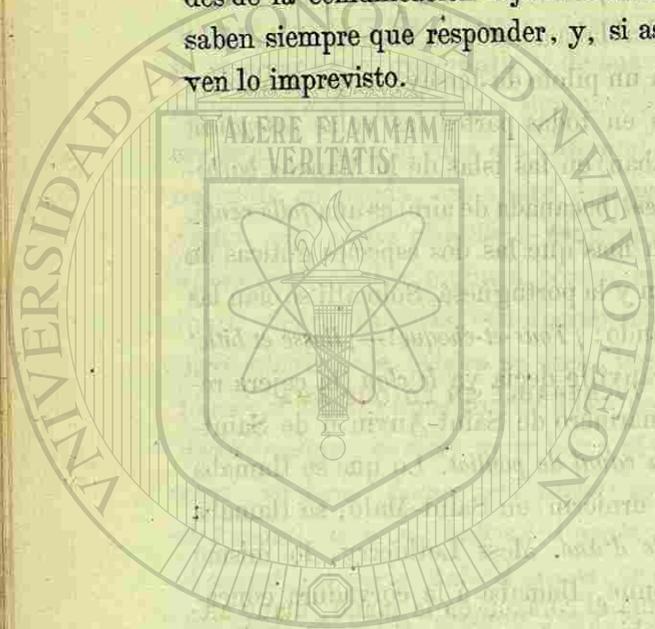
El vocabulario marítimo de nuestros padres, casi enteramente renovado en la actualidad, se usaba aun en Guernesey en 1820. Un buque que andaba bien á bolina y ceñía bien el viento, se llamaba «*Bon Boulinier*;» un buque que casi por sí mismo tomaba su posición favorable al viento, á pesar de su gobernalle y de sus velas de proa, se llamaba «*un vaisseau ardent*.» Empezar á moverse era «*prendre aire*;» estar á la capa era «*capeyer*;» amarrar el cabo de un cable en banda, era «*faire dormant*;» tomar el barlovento, era «*faire chapelle*;» estar agarrado al cable, era «*faire teste*;» haber motín á bordo, era «*etre en patenne*;» tomar viento las velas, era «*porter-plain*.» Nada de eso se dice actualmente. Ahora se dice: bordear (*lonvoyer*), entonces se decía: *leamoyer*; se dice: navegar (*naviguer*), se decía: *naviger*; se dice: virar hácia el viento (*virer vent devant*), se decía: *donner vent devant*; se dice: avanzar (*aller de l'avant*), se decía: *tailler de l'avant*; se dice: halad (*tirez d'accord*), se decía: *halez d'accord*; se dice: quitad el fondo (*derapez*), se decía: *deplantez*; se dice: tirad (*embraquez*), se decía: *abraquez*; se dice: barrotes (*taquets*), se decía: *bittons*; se dice: bureles (*burins*), se decía: *tappes*; se dice: balancines (*balancines*), se decía: *valansines*; se dice: estribor (*tribord*), se decía: *stribord*; se dice: la guardia de babor (*les hommes-de quart á babord*), se decía: los *basbourdis*. Tourville escribía á Hocquincoust: *nous avons singlé* (hemos navegado á toda vela). En lugar de «*la rafale*,» (la ráfaga), *le raffal*; en lugar de «*bossoir*» (serviola), *boussoir*; en lugar de «*drosse*» guardia del timón), *drouse*; en lugar de «*loffter*»

(orzar), *faire onze olofée*; en lugar de «*elonger*» (ponerse á lo largo), *alonger*; en lugar de «*forte brise*» (viento fresco), *survent*; en lugar de «*jonail*» (cepo del ancla), *jas*; en lugar de «*sonte*» (pañol), *fosse*; tal era á principios de este siglo la jerga que se hablaba á bordo en las islas de la Mancha. Oyendo hablar á un piloto de Jersey, Ango se hubiera conmovido. Mientras en todas partes las velas *faseyaient* (flameaban ó relingaban) en las islas de la Mancha *barbeyaient*. Una *saute-de-vent* (bocanada de aire) es una *folle vente*. Allí no se empleaban mas que las dos especies góticas de amarradero, la veltun y la portuguesa. Solo allí se oían las antiguas voces de mando: ¡*Tour-et-choque!*—¡*Bosse et bitte!*—Un marinero de Granville decía ya *le clan* (la cajera reclama), cuando un marinero de Saint-Auvin ó de Saint-Sampson decía aun *la canal de pouliot*. Lo que se llamaba *bout d'alonge* (cabo de urnicrin) en Saint-Malo, se llamaba en Sanit-Hplier *oreille d'âne*. Mess Lethierry, lo mismo que el duque de Vivonne, llamaba á la corvadura cóncava de los puentes ó cubiertas *le tonsure*, al escoplo del calafate *le patarasse*. Con este extraño idioma entre dientes, Duquesne batió á Ruysen, Dugnay Tronin á Wasmaer, y Tourville en 1681 ancló á mitad del día la primera galera que bombardeó Argel. En la actualidad es una lengua muerta.

La gerigonza náutica es actualmente distinta. Duperre no comprendería á Suffren.

No se ha trasformado menos el lenguaje de las señales. Hay mucha diferencia de las cuatro flámulas ó gallardetes

rojo, blanco, azul y amarillo de Labourdonnaye, á los diez y ocho pabellones de hoy, que izados de dos en dos, de tres en tres y de cuatro en cuatro, ofrecen á las necesidades de la comunicacion lejana setenta mil combinaciones: saben siempre que responder, y, si así puede decirse, previenen lo imprevisto.



IV.

EL HOMBRE ES VULNERABLE EN LO QUE AMA.

Mess Lethierry tenia el corazon en la manó, mano ancha y corazon grande.

Su defecto era esta admirable cualidad que se llama confianza. Tenia una manera particular y solemne de contraer un compromiso. Su fórmula habitual era: *Doy mi palabra de honor al buen Dios.*

Dicho esto iba hasta el fin sin cejar nunca. Creia en el buen Dios, y nada mas. Lo poco que frecuentaba las iglesias, era por política.

En el mar era supersticioso.

Sin embargo, jamás un temporal le habia hecho retro-

ceder, lo que dependia de lo poco accesible que era á la contradiccion. No la toleraba ni del Océano ni de nadie. Quería ser obedecido, y tanto peor para el mar si se le resistia; el mar tenia que tomar su partido.

Mess Lethierry no cedia.

Lo mismo conseguia contrarestarle la ola que se encrespaba, que el vecino que le armaba camorra. Lo que él decía estaba dicho, lo que él proyectaba hecho. No se doblaba ni delante de una contradiccion, ni delante de una tempestad. La palabra *no* no existia para él, ni en la boca de un hombre, ni en el ruido de una nube.

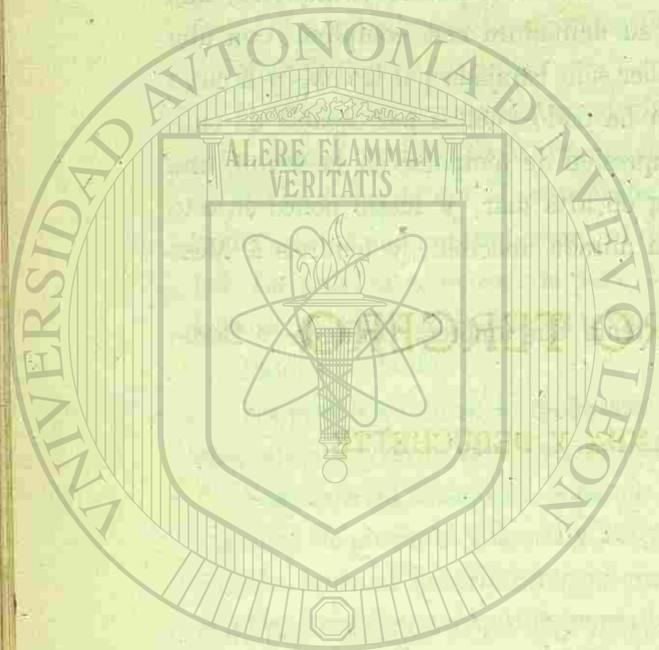
Pasaba adelante.

No permitia que se le rechazase, y de aquí procedian su obstinacion en la vida y su intrepidez en el Océano.

Sazonaba él mismo su sopa de pescado, sabiendo la cantidad de pimienta y de sal y las yerbas que requeria, y gozaba tanto al hacerla como al comerla. Un ser que un sombrero trasfigura y que degenera bajo un gaban, que con los cabellos al aire se parece á Juan Bart y con un sombrero de copa alta se parece á Jocrisse, torpe en la ciudad, extraño y temible en el mar, con una espalda de mozo de cordel, nada de jurar ni de echar votos, muy rara vez colérico, con una vocecilla muy dulce que se convierte en trueno al pasar por la bocina, un plebeyo que ha leído la Enciclopedia, un hijo de Guernesey que ha visto la revolucion, un ignorante muy sabio, sin ninguna santurronería, pero con todo género de visiones, con mas fe en la Dama blanca que en la Santa Virgen, con la

fuerza de Polifemo, la lógica de sotavento, la voluntad de Cristóbal Colon, con algo de un toro y algo de un niño, con una nariz casi chata, poderosos mofletes, una boca que conserva su dentadura casi completa, con una cara que parece haber sido barajada por las olas y á cuyo alrededor la brújula ha dado vueltas por espacio de cuarenta años, una impresion de temporal en la frente, una encarnacion de roca en alta mar, y luego poned en este semblante duro una mirada apacible, y tendreis á Mess Lethierry.

Mess Lethierry tenia dos amores: Duranda y Deruchette.

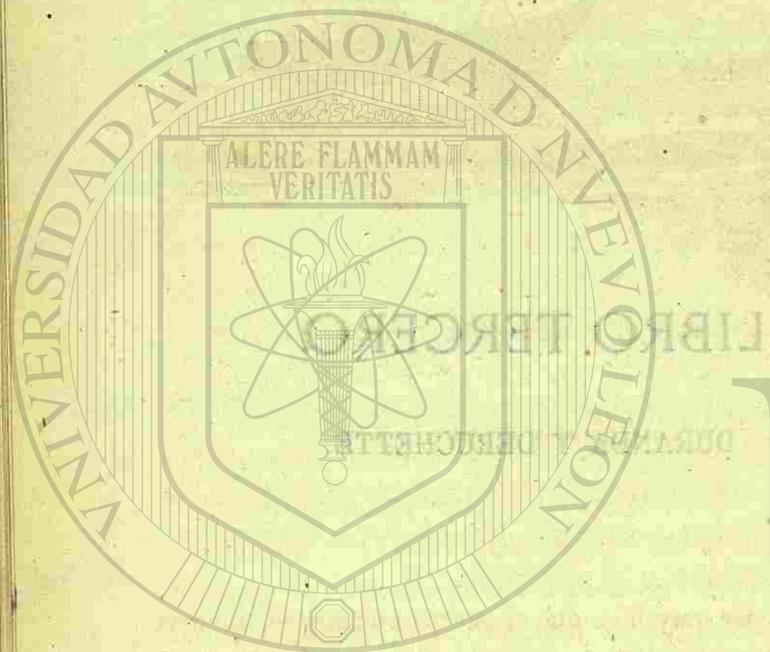


LIBRO TERCERO.

DURANDA Y DERUCHETTE.

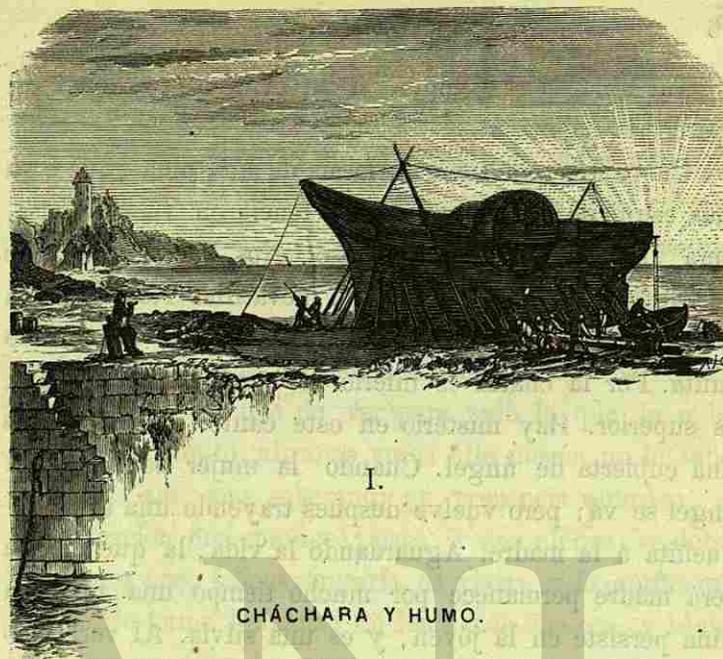
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



CHÁCHARA Y HUMO.

Puede ser muy bien que el cuerpo humano sea no mas que una apariencia que oculta nuestra realidad, y se condensa alrededor de nuestra luz ó de nuestra sombra. La realidad es el alma. Hablando de una manera absoluta, nuestro semblante es una máscara.

El verdadero hombre es el que está debajo del hombre.

Si nos fuese dado percibir este hombre, agachado y abrigado detrás de esa ilusion que se llama la carne, experimentaríamos mas de una sorpresa. El error comun consiste en tomar el ser exterior por el ser real.

Tal niña, por ejemplo, si se la viese tal cual es, aparecería pájaro.

Un pájaro que tiene la forma de una niña ¡qué cosa mas esquisita! Figuraos que la teneis en vuestra casa. Será Deruchette. ¡Ser delicioso! Nos darán ganas de decirle: Buenos días, señorita nevatilla. No se le ven las alas, pero se oye su gorgojo; de cuando en cuando canta. Por la charla es inferior al hombre; por el canto, es superior. Hay misterio en este canto; una virgen es una cubierta de ángel. Cuando la mujer se forma, el ángel se vá; pero vuelve despues trayendo una alma pequeña á la madre. Aguardando la vida, la que un dia será madre permanece por mucho tiempo una niña; la niña persiste en la jóven, y es una silvia. Al verla, no podemos abstenernos de pensar: ¡cuán amable es no marchándose de un vuelo! El dulce ser familiar tiene sus placeres en la casa, de rama en rama, es decir, de cuarto en cuarto, entra, sale, se acerca, se aleja, alisa sus plumas ó peina sus cabellos, produce toda especie de ruidos delicados, murmura á nuestros oidos no sabemos qué música inefable.

Pregunta, respondemos; la interrogamos, gorgojo.

Charlamos con ella. La charla es el descanso del habla. Este ser tiene en sí algo del cielo. Es un pensamiento azul que se mezcla con nuestro pensamiento negro. Le agradecemos que sea tan ligera, tan frívola, tan fugaz, tan poco susceptible de dejarse coger, y que tenga la bondad de no ser invisible, cuando parece que podría, si quisiera,

volverse inpalpable. Acá abajo, lo hermoso es lo necesario. Hay en la tierra pocas funciones mas importantes que ésta: ser encantador. El bosque se entregaria á la desesperacion sin el colibrí. Desprender alegría, despedir rayos de felicidad, tener entre las cosas sombrías una trasudacion de luz, ser la doradura del destino, ser la armonía, ser la gracia, la gentileza, es prestarnos un servicio. La belleza nos hace un bien siendo bella. Tal criatura posee el arte de ser para todo lo que la rodea un encantamiento; algunas veces ella misma no lo sabe, lo que es aun mas soberano; su presencia alumbra, su aproximacion nos enardece; pasa, y nos alegra; se detiene, y nos hace felices; mirarla es vivir; es la aurora que ha tomado forma humana; no hace mas que eso, y basta; torna en un eden la casa; de todos sus poros brota un paraíso; distribuye el éstasis entre todos sin darse otra molestia que respirar á su lado.

Tener una sonrisa que, sin saber cómo, disminuye el peso de la enorme cadena arrastrada en comun por todos los vientos, ¡qué quereis que os diga? eso es divino.

Deruchette tenia esta sonrisa. Decimos mas, Deruchette era esta sonrisa misma.

Hay algo que se nos parece mas que nuestro semblante, nuestra fisonomía; hay algo que se nos parece mas que nuestra fisonomía, nuestra sonrisa. Deruchette riéndose, era Deruchette.

Es una sangre particularmente atractiva la de Jersey y Guernesey. Las mujeres, las jóvenes sobre todo, son

de una belleza florida y cándida. Son la combinación de la blancura sajona y la frescura normanda. Mejillas sonrosadas y miradas azules.

A estas miradas falta la estrella.

La educación inglesa las amortigua. Aquellos ojos limpios serán irresistibles el día que aparezca en ellos la profundidad parisiense. París, felizmente, no ha entrado aun en las inglesas. Deruchette no era una parisiense, pero tampoco era una guernesiana. Había nacido en Saint-Pierre-Port, pero mess Lethierry la había educado. La había educado para ser linda, y lo era.

Deruchette tenía la mirada indolente, y era agresiva sin saberlo. No conocía tal vez el sentido de la palabra amor, pero se complacía en enamorar á los que la rodeaban. Pero sin mala intención.

No pensaba en ningún matrimonio. El viejo hidalgo emigrado que se había establecido en Saint-Sampson, decía: *esa niña lo pulveriza todo.*

Deruchette tenía las más hermosas manecitas del mundo y piececitos dignos de sus manecitas; *cuatro patitas de mosca*, decía mess Lethierry. Tenía en toda su persona bondad y dulzura. Por familia y por riqueza tenía á mess Lethierry, su tío, por trabajo ir viviendo, por talento algunas canciones, por ciencia la belleza, por ingenio la inocencia, por corazón la ignorancia; tenía la graciosa pereza criolla con mezcla de atolondramiento y viveza, la alegría insustancial de la niñez con una tendencia á la melancolía, tocados algo insulares,

elegantes, pero incorrectos, sombreros con flores todo el año, la frente cándida, el cuello suelto y tentador, los cabellos castaños, y el cutis blanco con algunas pecas en verano, la boca grande y sana, y en esta boca la adorable y peligrosa claridad de la sonrisa.

Tal era Deruchette.

Algunas veces, por la tarde, puesto ya el sol, en el momento en que la noche se mezcla con el mar, á la hora en que el crepúsculo da una especie de vapor á las olas, se veía entrar en la boca del puerto de Saint-Sampson, cortando las encrespadas olas, no sabemos qué masa informe, una silueta monstruosa que silbaba y esputaba, una cosa horrible que mugía como una bestia y echaba humo como un volcán, una especie de hidra babeando en la espuma y arrastrando una niebla y rodando hácia la ciudad con un espantoso sacudimiento de aletas natatorias y una boca que vomitaba llamas.

Era la Duranda,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No se sabe si el buque de vapor que se ve en la ilustración es el mismo que se menciona en el texto. En todo caso, el buque de vapor que se ve en la ilustración es el mismo que se menciona en el texto.

II.

HISTORIA ETERNA DE LA UTOPIA.

En 182*, un buque de vapor en las aguas de la Mancha era una novedad prodigiosa que tuvo por espacio de mucho tiempo azorada á toda la costa normanda. En la actualidad diez ó doce vapores cruzándose en sentido inverso en su horizonte marítimo no llaman la atención de nadie. Cuando mas, atraen un momento la mirada del conocedor especial que distingue por el color del humo que tal buque quema carbon de Wales y tal otro carbon de Newcastle.

Pasan, y nada mas. Bien venidos sean, cuando lleguen. Buen viaje, cuando parten.

No se miraban con tanta tranquilidad esas invenciones en el primer cuarto de este siglo, y sus máquinas y su humo eran particularmente mal vistos entre los isleños de la Mancha. En aquel archipiélago puritano en que la reina de Inglaterra, fue acusada de haber violado la Biblia* por haberse en un parto auxiliado del clorofor-
mo, el primer éxito que obtuvo el buque de vapor fue que se bautizase con el nombre de: *el Buque-Diablo* (Devil-Boat). A los buenos pescadores de entonces, antes católicos, despues calvinistas, siempre santurrones, les parecía ver el infierno flotante. Un predicador local trató esta cuestion: *¿Hay derecho de hacer trabajar juntos al agua y al fuego que Dios ha separado? ¿Esa bestia de fuego y de hierro no se parece á Leviatan? ¿No es eso rehacer el caos por un capricho humano?*

No era aquella la primera vez que la ascencion del progreso se calificaba de vuelta al caos.

Idea loca, error grosero, absurdo: tal habia sido el fallo de la academia de ciencias consultada, á principios de este siglo, sobre el buque de vapor por Napoleon. Los pescadores de Saint-Sampson merecen escusa por no hallarse, en materia científica, mas que al nivel de los geómetras de París; y en materia religiosa, una isla como Guernesey no está obligada á tener mas luces que un gran continente como América. En 1807, cuando el primer buque de Fulton, patrocinado por Livingston, pro-

* Génesis, cap. III, vers. 16: Parirás los hijos con dolor.

visto de la máquina de Watt enviada de Inglaterra, y montada, á mas de la tripulacion, solo por dos franceses, Andrés Michaux y otro, cuando este primer buque de vapor hizo su primer viaje de Nueva-York á Albany, quiso la casualidad que fuese el 17 de agosto. Sobre este particular el metodismo tomó la palabra, y en todas las capillas los predicadores maldijeron aquella máquina, declarando que el número *diez y siete* constituia el total de las diez antenas y siete cabezas de la bestia de la Apocalipsis.

En América se invocaba contra el buque de vapor la bestia del Apocalipsis y en Europa la bestia del Génesis. Hé aquí toda la diferencia.

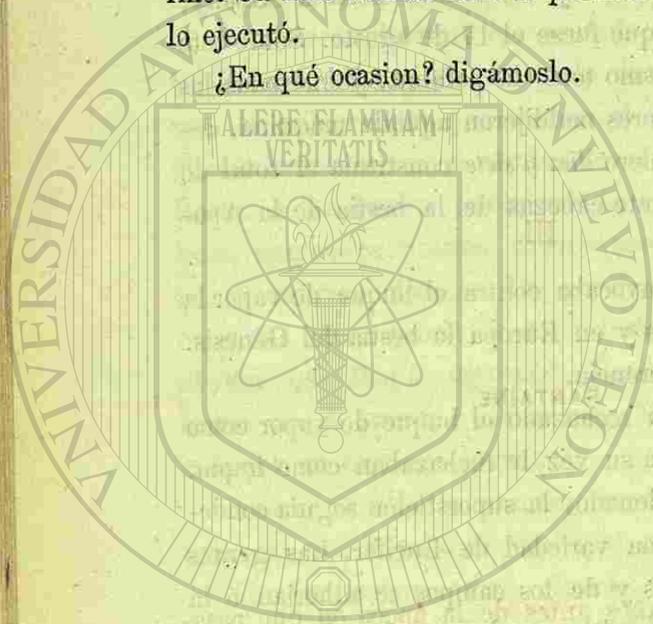
Los sabios habian rechazado el buque de vapor como imposible; los curas á su vez le rechazaban como impío. La ciencia habia condenado, la supersticion seguia condenando. Fulton era una variedad de Lucifer. Las gentes sencillas de las costas y de los campos se adherian á la reprobacion por el desasosiego que les causaba aquella novedad. En presencia del buque de vapor, el punto de vista religioso era el siguiente:—el agua y el fuego son un divorcio. Este divorcio está ordenado por Dios. No se debe desunir lo que Dios ha unido; no se debe unir lo que Dios ha desunido.

El punto de vista de la plebe era el siguiente: eso me da miedo.

Para atreverse en aquella época lejana á tal empresa, á hacer navegar un buque de vapor de Guernesey á

Saint-Malo, se necesitaba nada menos que un mess Lethierry. Solo un mess Lethierry podría concebir esta idea como libre pensador, y realizarla como audaz marino. Su lado francés tuvo el pensamiento, su lado inglés lo ejecutó.

¿En qué ocasión? digámoslo.



DIRECCIÓN GENERAL

III.

RANTAINÉ.

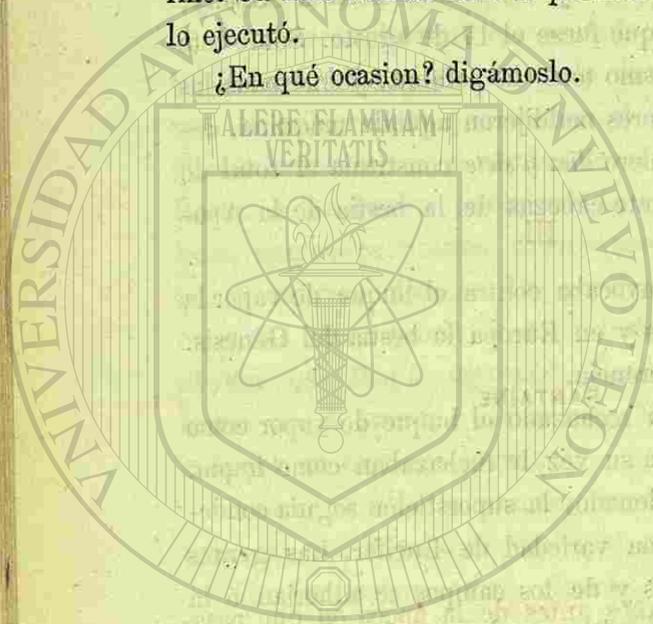
Unos cuarenta años antes de la época en que pasaban los sucesos que estamos refiriendo, había en el rastro de París, cerca del muro de circunvalación, entre la Fosse-aux-loups y la Tombe Issoire, una morada sospechosa. Era una casa aislada, mal paso en caso necesario. Allí vivía con su mujer y su hijo una especie de bandido de levita, antiguo pasante de procurador en el Chatelet, convertido por último en ladrón, ni mas ni menos. Figuró mas adelante en los tribunales de justicia. Esta familia se llamaba los Rantaine. Se veían en la casa encima de una cómoda de caoba dos jarros de porcelana con flores,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FUNDADA EN 1863 MONTERREY, NUEVO LEÓN

®

Saint-Malo, se necesitaba nada menos que un mess Lethierry. Solo un mess Lethierry podría concebir esta idea como libre pensador, y realizarla como audaz marino. Su lado francés tuvo el pensamiento, su lado inglés lo ejecutó.

¿En qué ocasión? digámoslo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

RANTAINÉ.

Unos cuarenta años antes de la época en que pasaban los sucesos que estamos refiriendo, había en el rastro de París, cerca del muro de circunvalación, entre la Fosse-aux-loups y la Tombe Issoire, una morada sospechosa. Era una casa aislada, mal paso en caso necesario. Allí vivía con su mujer y su hijo una especie de bandido de levita, antiguo pasante de procurador en el Chatelet, convertido por último en ladrón, ni mas ni menos. Figuró mas adelante en los tribunales de justicia. Esta familia se llamaba los Rantainé. Se veían en la casa encima de una cómoda de caoba dos jarros de porcelana con flores,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FUNDADA EN 1863 MONTERREY, NUEVO LEÓN

®

en uno de los cuales se leía en letras doradas: *recuerdo de amistad*, y en el otro: *prueba de afecto*. El niño se hallaba en el chivirtil mezclado con el crimen. Como el padre y la madre habían pertenecido á la clase media, el niño aprendía á leer; se le educaba. La madre pálida, casi haraposa, daba maquinalmente educacion á su pequeño, le hacía deletrear, é interrumpir su tarea para ayudar á su marido á alguna alevosía ó para prostituirse á un transeunte.

Entre tanto, el abecedario, abierto en la página en que se le había dejado, permanecía encima de la mesa, y junto á él el chiquillo meditaba.

El padre y la madre, cogidos en algun flagrante delito, desaparecieron en el abismo de la noche penal. El niño desapareció igualmente.

Lethierry en sus escursiones encontró á un aventurero como él, le sacó de no sabemos qué compromiso ó atolladero, le prestó un servicio, le fue reconocido, le cayó en gracia, le recogió, le condujo á Guernesey, le encontró inteligente para el cabotaje, y le hizo su asociado. Este asociado era el chicuelo Rantaine que había crecido.

Rantaine tenía como Lethierry un cuello robusto, una ancha y poderosa espalda para llevar fardos entre los dos hombros, y lomos de Hércules Farnesio. Lethierry y él tenían el mismo modo de andar é idéntico continente, si bien Rantaine era mas alto. El que los veía pasearse por el puerto, uno al lado del otro, decía: Hé aquí dos hermanos. Mirados de frente, se diferenciaban mucho. Todo

lo que era franco y abierto en Lethierry era nebuloso y cerrado en Rantaine. Rantaine era circunspecto. Rantaine era maestro de armas, á veinte pasos despabilaba una vela de un balazo, daba puñetazos magníficos, recitaba versos de la Henriada y adivinaba los sueños. Sabía de memoria *les tombeaux de Saint-Denis*, por Trenenil. Decía haber estado en relaciones con el sultan Calicut «á quien los portugueses llaman el Zamorino.» Si hubiese sido posible hojear el librito de memorias que llevaba, se hubieran encontrado en él entre otras notas, datos del género del siguiente: «en Lem de Francia, en una de las hendiduras del muro de uno de los calabozos de Saint-Josep, hay escondida una lima.» Hablaba con una lentitud discreta. Se decía hijo de un caballero de San Luis. Su ropa blanca estaba descabalada y marcada con iniciales diferentes. Nadie era mas quisquilloso que él en puntos de honor; se batía y mataba. Tenía en la mirada algo de una madre de actriz.

La fuerza sirviendo de corteza á la astucia, tal era Rantaine.

La magnificencia de su puñetazo, aplicado en una feria á una *cabeza de moro*, había en otro tiempo cautivado el corazón de Lethierry.

En Guernesey se ignoraban completamente sus aventuras, que eran abigarradas. Si los destinos tienen un vestuario, el destino de Rantaine debía estar vestido de arlequin. Había visto el mundo y sabía vivir.

Era un circunnavegante.

Sus oficios eran un diapason. Habia sido cocinero en Madagascar, pajarero en Sumatra, general en Hoenlun, periodista religioso en las islas de los Galápagos, poeta en Oomrawutee, francmason en Haiti, donde en cualidad de tal pronunció en Orand-Goáve una oracion fúnebre de la cual los periódicos han conservado el siguiente fragmento;... «¡Adios, pues, alma bella! en la azulada »bóveda de los cielos hácia la cual tornas actualmente »tu vuelo, encontrarás sin duda al buen abate Leandro »Crameau del Petit-Goáve. Dile que, gracias á diez años »de gloriosos esfuerzos has terminado la iglesia de l' Anse- »á-Veau. ¡Adios, genio trascendental, francmason mo- »delo!» Como se ve, su máscara de francmason no le impedía llevar la falsa nariz católica.

La primera le conciliaba con los hombres del progreso, y la segunda con los hombres de orden. Se declaraba blanco de pura sangre y odiaba á los negros, por lo que hubiera admirado sin duda alguna á *Soulouque*. En Burdeos, en 1515, habia sido polizonte. En aquella época el humo de su *realismo* le salia de la frente en forma de un inmenso penacho blanco. Habia pasado su vida en eclipses, apareciendo, desapareciendo y volviendo á aparecer. Era un pícaro de siete suelas. Poseia el turco; en lugar de *guillotinado* decia *néboissé*. Habia sido esclavo de un taleb en Trípoli, donde habia aprendido el turco á palos; sus funciones habian consistido en ir por la noche á la puerta de las mezquitas y leer allí en alta voz delante de los fieles el Alcoran escrito en tablas de

madera ó en omoplatos de camello. Era probablemente renegado.

Era capaz de todo y de algo mas.

Soltaba carcajadas y fruncia al mismo tiempo las cejas. Decia: *En política, yo no aprecio sino á las gentes inaccesibles á las influencias*. Decia: *Estoy por las buenas costumbres*. Decia: *Es menester volver la sociedad á su asiento*. Tenia mas de alegre y cordial que de otra cosa. La forma de su boca desmentia el sentido de sus palabras. Las ventanas de su nariz no eran menores que las de un caballo. Tenia en el ángulo de los ojos una encrucijada de arrugas en que se habian dado cita pensamientos oscuros de todo género. Solo allí podia descifrarse el secreto de su fisonomía. Estas arrugas formaban una especie de pata de ganso, ó por mejor decir, una garra de gavilan. Su cráneo estaba deprimido por el vértice y era ancho en los temporales.

Sus orejas disformes y erizadas de maleza parecian decir: no hableis á las bestias feroces que se guarecen en estos antros.

Un dia en Guernesey, no se supo donde estaba Rantaine.

El asociado de Lethierry habia desaparecido, dejando vacía la caja de la sociedad.

En aquella caja habia sin duda dinero de Rantaine, pero habia tambien 50,000 francos de Lethierry.

Lethierry, con su oficio de marino costeño y de calafate, habia, en cuarenta años de industria y de probidad, ganado 100,000 francos.

Rantaine se le llevó la mitad.

Lethierry, medio arruinado, no se abatió y pensó inmediatamente en rehacerse del golpe recibido. Se arruina la fortuna, pero no el valor de los hombres de corazón. Se empezaba entonces á hablar del buque de vapor. Asaltó á Lethierry la idea de ensayar la máquina de Fulton, tan combatida, y de unir por medio de un buque de vapor el archipiélago normando á Francia.

En este pensamiento se jugó el todo por el todo. Dedicó á él el resto de su fortuna. Seis meses despues de la fuga de Rantaine, se vió salir del asombrado puerto de Saint-Sampson un buque que echaba humo, produciendo el efecto de un incendio en el mar, el primer buque de vapor que ha surcado las aguas de la Mancha.

Aquel buque que el odio y el desden de todos motejaron inmediatamente con el apodo de «la Galeota de Lethierry,» se anunció como destinado al servicio regular de Guernesey á Saint-Malo.

Como es fácil de comprender, la cosa fue acogida muy desfavorablemente. Todos los patrones que hacian el viaje de la isla de Guernesey á la costa francesa, pusieron el grito en el cielo. Denunciaron el atentado á la Santa Escritura y á su monopolio. Algunas Iglesias fulminaron sus rayos. Un reverendo, llamado Élihu, calificó al buque de vapor de *libertinaje*.

IV.

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE LA UTOPIA.

El barco de vela fue declarado ortodoxo. Se vieron distintamente los cuernos del diablo en el testuz de los bueyes que el buque de vapor traia y desembarcaba. La protesta duró bastante tiempo. Sin embar-

go, poco á poco se fue notando que los bueyes llegaban menos fatigados, y se vendian á mas precio, que era mejor la carne, que hasta para los hombres los riesgos marítimos eran menores, que la travesía, menos costosa, era mas segura y mas corta, que se partia y llegaba á hora fija, que el pescado, viajando mas de prisa, se compraba mas fresco, y que en lo sucesivo se podia despachar en los mercados franceses el escedente de las grandes pescas tan frecuentes en Guernesey; que la manteca de las admirables vacas de Guernesey, hacia mas rápidamente el trayecto en el Devil-Boat que en las chalupas y corbetas, y nada perdía de su calidad, de suerte que Dinan la solicitaba, y la solicitaba Saint-Briena, y la solicitaba Resmes, que en fin, gracias á lo que se llamaba la *Galeota de Lethierry*, habia seguridad de viaje, regularidad de comunicacion, idas y vueltas fáciles y prontas, desarrollo de circulacion, multiplicacion de salidas para las mercaderías, estension de comercio, y que en suma, era menester tomar un partido respecto de aquel Devil-Boat que violaba la Biblia y enriquecía la isla.

Algunos despreocupados se atrevieron á aprobar hasta cierto punto. Sieur Landoys, el escribano cartulario, otorgó al buque sus simpatías, lo que de su parte fue imparcialidad, pues no queria bien á Lethierry, en primer lugar porque Lethierry era *mess* y él no era mas que *sieur*, y además, porque Landoys, aunque escribano en Saint-Pierre-Port, era feligrés de Saint-Sampson, y en aquella parroquia no habia mas que dos hombres, Lethierry y él,

que no tuviesen preocupaciones. Era de consiguiente natural que el uno aborreciera al otro. Estar en la misma orilla aleja.

No obstante sieur Landoys tuvo la franqueza é imparcialidad de aprobar el buque de vapor, y otros se adherieron á su dictámen. El hecho fue subiendo insensiblemente en la consideracion pública; los hechos son una marea. Con el tiempo, con el buen éxito continuo y creciente, con la evidencia del servicio prestado, quedando demostrado el aumento de bienestar de todos, un dia llegó en que, esceptuando unos cuantos sabios, todo el mundo admiró «La Galeota de Lethierry.»

Actualmente se la admiraria menos. Aquel buque de vapor de cuarenta años atrás haria reír á nuestros actuales constructores.

Aquella maravilla era deforme, aquel prodigio estaba achacoso.

No hay menos distancia de los actuales buques de vapor tras-atlánticos á los de ruedas tambien de vapor que hizo maniobrar Dionisio Papin en el Fulde en 1707, que la que hay del navío de tres puentes *Le Montebello*, con sus doscientos pies de longitud y cincuenta de anchura, con su antena mayor de quinientos pies, con sus tres mil toneladas, con sus mil y cien hombres de tripulacion y ciento sesenta sacos de metralla, vomitando en cada andanada, cuando combate, tres mil trescientas libras de hierro, y desplegando al viento, cuando marcha, cinco mil seiscientos metros cuadrados de lienzo, á la

carabela dinamarquesa del siglo II, que se encontró cargada toda de hachas de piedra, de arcos y de mazas, en las playas de Wester-Setrup, y se depositó en el ayuntamiento de Flensburgo.

Cien años justos de intervalo, de 1707 á 1807, separan el primer buque de Papin del primer buque de Fulton. «La Galeota de Lethierry,» era indudablemente un progreso comparado con aquellos dos esbozos, pero ella misma era un esbozo también, lo que no la impedía ser una obra maestra. Todo embrion de la ciencia ofrece este doble aspecto; monstruo como feto, maravilla como germen.

EL BUQUE-DIABLO.

«La Galeota de Lethierry» no estaba arbolada en conformidad con las exigencias de los buques de vela, y esto no era un defecto, porque teniendo el buque por motor el vapor, el velámen era su accesorio.

Añádase que el buque de ruedas es casi insensible á la acción del velámen. La galeota era demasiado corta, demasiado redonda, demasiado recogida; tenía demasiados mofletes y demasiadas caderas. No se llevó el atrevimiento hasta el extremo de hacerla ligera. La galeota tenía los inconvenientes y algunas de las cualidades de la panza.

carabela dinamarquesa del siglo II, que se encontró cargada toda de hachas de piedra, de arcos y de mazas, en las playas de Wester-Setrup, y se depositó en el ayuntamiento de Flensburgo.

Cien años justos de intervalo, de 1707 á 1807, separan el primer buque de Papin del primer buque de Fulton. «La Galeota de Lethierry,» era indudablemente un progreso comparado con aquellos dos esbozos, pero ella misma era un esbozo también, lo que no la impedía ser una obra maestra. Todo embrion de la ciencia ofrece este doble aspecto; monstruo como feto, maravilla como germen.

EL BUQUE-DIABLO.

«La Galeota de Lethierry» no estaba arbolada en conformidad con las exigencias de los buques de vela, y esto no era un defecto, porque teniendo el buque por motor el vapor, el velámen era su accesorio.

Añádase que el buque de ruedas es casi insensible á la acción del velámen. La galeota era demasiado corta, demasiado redonda, demasiado recogida; tenía demasiados mofletes y demasiadas caderas. No se llevó el atrevimiento hasta el extremo de hacerla ligera. La galeota tenía los inconvenientes y algunas de las cualidades de la panza.

Cabeceaba, arfaba poco, pero rodaba mucho. Los tambores eran demasiado altos. Tenia demasiada anchura respecto á su longitud. La máquina, maciza, la agoviaba, y para poderla cargar mucho, hubo necesidad de levantar desmedidamente sus obras muertas, lo que le hacia casi adolecer de los defectos de los buques de setenticuatro, que son gabarras bastardas cuyas obras muertas han de quitarse para darles condiciones marineras y de combate. Siendo corta, hubiera debido virar con prontitud, hallándose el tiempo empleado en la evolucion en razon directa de la longitud de un buque, pero su pesadez la quitaba la ventaja que la daba esta circunstancia. Su costillaje era demasiado ancho, lo que la entorpecia, hallándose como se halla la resistencia del agua proporcionada á la mayor seccion sumergida y al cuadrado de la velocidad del buque. La proa era vertical, lo que actualmente no seria una falta, pero en aquel tiempo era costumbre invariable dar á la proa una inclinacion de cuarenta y cinco grados. Todas las corvas del casco estaban bien igualadas, pero no eran bastante largas respecto de la oblicuidad y sobre todo respecto del paralelismo con el prisma de agua desalojado, el cual no debe jamás ser rechazado sino lateralmente. Estando la mar gruesa la galeota, ya anterior, ya posteriormente, echaba demasiada agua, lo que indicaba un vicio en el centro de gravedad. No hallándose colocada la carga donde era conveniente, con motivo del peso de la máquina, el centro de gravedad pasaba frecuentemente detrás del palo mayor, y entonces era

preciso no contar mas que con el vapor, y desconfiar de la vela mayor, porque el efecto de ésta en dicho caso hacia arribar el buque á la banda en lugar de permitirle ceñir el viento.

El recurso que quedaba, cuando se estaba á fil de proa era largar en banda la escota mayor, y de este modo el viento se fijaba en la proa por la amarra, y la vela mayor no producía el efecto de una vela de popa. Esta maniobra era difícil.

El gobernalle era el gobernalle antiguo, no de rueda como el actual, sino de palanca, volviendo alrededor de sus goznes, unidos al estambor ó codaste y moviéndose por una vigueta horizontal que pasaba por debajo de los yugos principales. El buque tenia dos botes, especie de canoas, y cuatro anclas, la mayor, la segunda, que es el ancla trabajadora, *working-anclur*, y dos anclas de horca.

Estas cuatro anclas, todas con cadena, funcionaban por medio del cabrestante mayor de popa ó del pequeño de proa, segun las ocasiones. A la sazón el molinete de bomba no habia aun reemplazado al esfuerzo intermitente de la barra de espeque. No teniendo mas que dos anclas de horca, una á estribor y otra á babor, no podia el buque fondear con bastante asiento, lo que delante de ciertos vientos le desarmaba algo. Podia no obstante en este caso recurrir á la segunda ancla.

Las boyas eran normales, y estaban construidas de modo que, permaneciendo á flote, llevaban el peso del

orinque. La chalupa tenia la dimension conveniente. Verdadera lancha de auxilio del buque, era bastante fuerte para llevar su ancla maestra. Consistia una de las novedades de la galeota, en que se hallaba en parte aparejada con cadenas, sin que esta circunstancia menoscabase la movilidad de las maniobras corrientes ni la tension de las durmientes. La arboladura, aunque secundaria, no tenia ninguna incorreccion; la capilladura, bien cerrada, bien desenvuelta, salia poco. Los tablonés, eran sólidos, pero groseros, no exigiendo el valor respecto del particular la misma delicadeza que la vela. El buque andaba con una velocidad de dos leguas por hora. Puesto en facha, se echaba perfectamente.

Tal cual era «la Galeota de Lethierry» resistia bien el mar, pero carecia de tajamar para dividir el líquido, y no se podia decir que tuviese buenas maneras. Se comprendia que en un peligro, escollo ó sifon, debía ser poco manejable. Producia el crugido de una cosa informe. Rodando sobre las olas, metia un ruido de suela nueva.

La galeota era sobre todo un recipiente, y como todo buque destinado principalmente al comercio, estaba exclusivamente bien dispuesto para la estiva.

Admitia pocos pasajeros.

El transporte del ganado hacia la estiva difícil y muy singular. Se arrimaban los bueyes en la sertina, lo cual era una complicacion.

Actualmente se les estiva en la cubierta.

Los tambores del Devil-Boat Lethierry estaban pinta-

dos de blanco, el casco, hasta la línea de flotacion, de color de fuego, y todo el resto del buque de negro, según el mal gusto del siglo.

Vacío, calaba siete pies, y cargado catorce.

En cuanto á la máquina era poderosa. Tenia la fuerza de un caballo por cada tres toneladas, que es casi la fuerza de un remolcador. Las ruedas estaban bien colocadas, algo delante del centro de gravedad del buque. La máquina tenia una presión máxima de dos atmósferas.

Gastaba mucho carbon, no obstante ser de condensador y fiador. No tenia volante á causa de la inestabilidad del punto de apoyo, y lo suplía, como se hace aun actualmente, por medio de un doble aparato que hacia alternar dos manubrios, fijos en las estremidades del árbol de rotacion, y dispuestos de modo que el uno se hallaba siempre en un punto fuerte cuando el otro estaba en un punto muerto. Toda la máquina descansaba sobre una sola plancha de fundicion, de suerte que, ni aun en un caso de grave avería, ningun golpe de mar le quitaba el equilibrio y el casco deformado no podia deformar la máquina.

Para volver á ésta mas sólida aun, se habia colocado el contrapeso principal cerca del cilindro, lo que trasportaba desde el medio á la estremidad del centro de oscilacion. Posteriormente se han inventado los cilindros oscilantes que permiten suprimir los contrapesos; pero á la sazón el contrapeso cerca del cilindro parecia ser la última palabra de la maquinaria. La caldera tenia tabiques y es-

taba provista de su correspondiente bomba. Las ruedas eran muy grandes, lo que disminuía la fuerza, y la chimenea era muy alta, lo que aumentaba la tracción del humo, pero la magnitud de las ruedas hacía que éstas tomaran más agua y la altura de la chimenea hacía que ésta tomara más viento. Palas de madera, clavos de hierro, cubos de fundición, tales eran las ruedas, bien construidas, y lo que era admirable, podían desmontarse. Había siempre tres palas sumergidas. La velocidad del centro de las palas no excedía sino en una sexta parte la velocidad del buque, y este era el defecto de aquellas ruedas.

Además, la mano de la ciguiñuela era demasiado larga, y el cajón distribuía el vapor en el cilindro con demasiado roce. En aquel tiempo, la máquina de la galeota parecía y era admirable.

Se había forjado en Francia en el taller de fundición de Berey. Mess Lethierry la había ideado en parte, y el mecánico que la había compuesto según sus instrucciones había muerto, de suerte que era una máquina única y de reemplazo imposible. Quedaba el dibujante, pero faltaba el constructor.

La máquina había costado 40,000 francos.

Lethierry había él mismo construido la galeota en el astillero cubierto que se encuentra al lado de la primera torre entre Saint-Pierre Port y Saint-Sampson. Había ido á Bresna á comprar la madera. Había empleado en su construcción toda su habilidad de calafate, y se reconocía su talento en el bordaje cuyos tablones eran estrechos é

iguales, y estaban cubiertos de sarangusti, betún de la India, superior á la brea. El forro estaba claveteado. Lethierry había untado la coraza de gallegalle.

Para remediar en lo posible la redondez del casco, había ajustado su botavante al bauprés, lo que le permitía añadir á la cebadera otra cebadera falsa. El día que se botó el buque al agua dijo Lethierry: ¡estoy á salvo! La galeota tuvo efectivamente buen éxito.

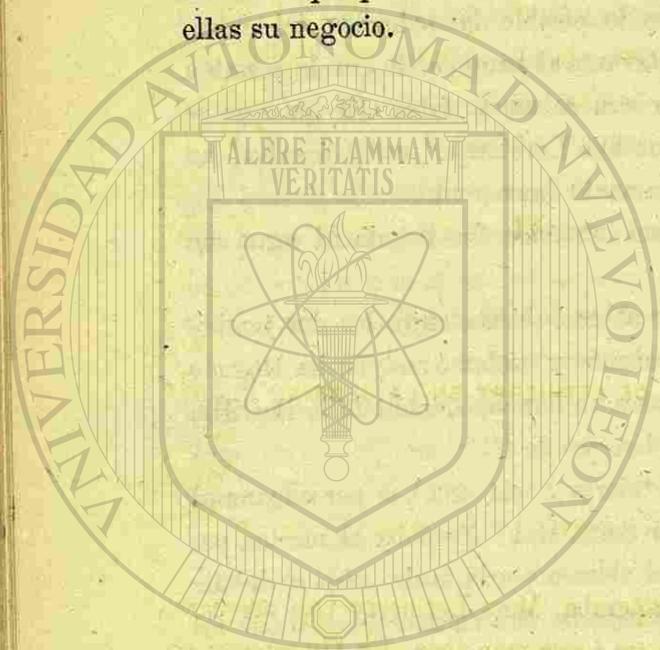
Casualmente ó con intención fue botada al agua un 14 de julio.

Lethierry, en pie sobre cubierta entre los dos tambores, miró el mar fijamente y exclamó:— ¡Te ha llegado tu vez! ¡Los parisienses se han apoderado de la Bastilla; ahora, mar, me apodero yo de tí!

La galeota de Lethierry hacía una vez por semana el viaje de Guernesey á Saint-Malo. Zarpaba el martes por la mañana y volvía el viernes por la tarde, víspera del día de mercado que es el sábado. Era de mayor casco que los mayores buques de cabotaje de todo el archipiélago, y hallándose su capacidad en razón directa de su dimensión, uno solo de sus viajes valía por su porte y rendimientos cuatro viajes de un buque ordinario. Los beneficios eran, pues, considerables. La reputación de un buque depende de su estiva, y Lethierry era un estivador admirable. Cuando él mismo no pudo ya embarcarse, instruyó al efecto á un marincro para que le reemplazase.

A los dos años, el buque de vapor producía limpias 750 libras esterlinas anuales, es decir, 8,000 francos. La

libra esterlina de Guernesey vale 24 francos, la de Inglaterra 25 y la de Jersey 26. Esas tonterías son menos tonterías de lo que parecen; los bancos de comercio hacen con ellas su negocio.



VI.

ENTRADA DE LETHIERRY EN LA GLORIA.

La galeota prosperaba. Mess Lethierry veía acercarse el momento de llegar á ser monsieur. En Guernesey no se llega á ser monsieur de buenas á primeras. Entre el hombre y el monsieur hay toda una escala que recorrer. El primer escalon es el nombre á secas, Pedro, por ejemplo. El segundo escalon es vecino Pedro. El tercero tío Pedro. El cuarto señor (sieur) Pedro. El quinto don (mess) Pedro. El último señor don (monsieur) Pedro.

Esta escala, que sale de tierra, se continúa en el mar. Toda la gerárquica Inglaterra entra y se establece en ella.

Hé aquí los escalones, sucesivamente mas voluminosos: Encima del señor (*gentleman*) hay el escudero, encima del escudero el caballero (*sir vitalicio*), despues, subiendo siempre, el vice-baron (*baronnet*) título entre baron é hijodalgo (*sir hereditario*), despues el lord, *laird* en Escocia, despues el baron, despues el vizconde, despues el conde (*earl* en Inglaterra, *jarl* en Noruega), despues el marqués, despues el duque, despues el par de Inglaterra, despues el príncipe de sangre real, despues el rey.

Esta escala sube del pueblo á la clase media, de la clase media á la nobleza, de la nobleza á la pairia, de la pairia al trono.

Gracias á su empresa llevada á feliz término, gracias al vapor, gracias á su máquina, gracias al Buque-Diablo, mess Lethierry habia llegado á ser algo. Para construir «la Galeota» habia tenido que tomar dinero prestado; habia contraido deudas en Bresna y en Saint-Malo; pero iba anualmente amortizando su pasivo.

Habia además comprado á crédito, en la misma entrada del puerto de Saint-Sampson, una hermosa casa de piedra, enteramente nueva, situada entre el mar y un jardín, en cuyo ángulo se leia: *les Bravées*.

La casa de las Bravées, cuya fachada anterior formaba parte de la muralla misma del puerto, era notable por una doble hilera de ventanas que por la parte del Norte daban á un cercado lleno de flores y por la parte del Sur al Océano; de suerte que aquella casa tenia una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

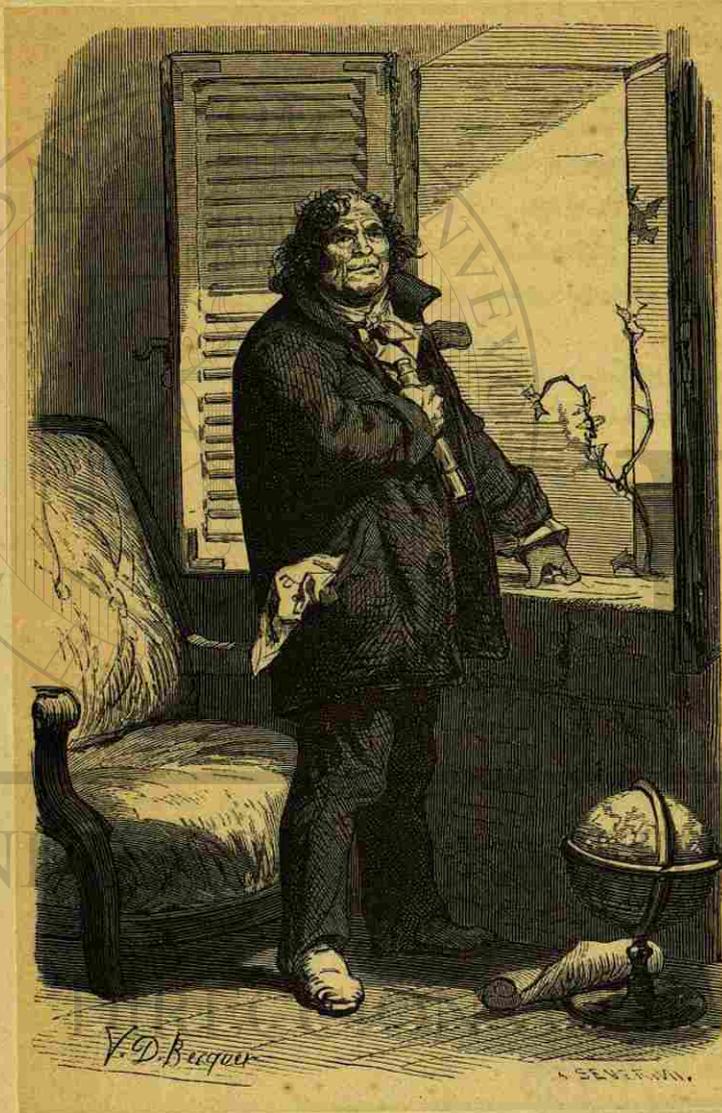
fachada que miraba á las tempestades y otra que miraba á las rosas.

Las dos fachadas parecían hechas para los dos habitantes, mess Lethierry y miss Deruchette.

La casa de las Bravées era popular en Saint-Sampson. Mess Lethierry se había hecho popular al cabo. Su popularidad procedía en parte de su bondad, de su desprendimiento y su valor, en parte de los muchos hombres que había salvado, y en parte también de la circunstancia de haber dado al puerto de Saint-Sampson el privilegio de las salidas y entradas del buque de vapor. Viendo que el Devil-Boat era decididamente un buen negocio, Saint-Pierre, la capital lo había reclamado para su puerto, pero mess Lethierry quería mantenerse en Saint-Sampson, que era su ciudad natal.—Desde allí, decía él, me lancé al mar.—Así adquirió una gran popularidad local. Su cualidad de propietario contribuyente hacia de él lo que se llama en Guernesey un ciudadano. Había sido nombrado prohombre.

El pobre marinero había subido cinco escalones de los seis del orden social guernesiano; era más, se hallaba cerca del monsieur, ¿y acaso no era posible que pasase aun más allá? ¿Quién sabe si un día se leerá en el almanaque de Guernesey en el capítulo *Gentry and Nobility* esta inscripción inaudita y soberbia: *Lethierry, esq.*

Pero mess Lethierry desdeñaba ó tal vez ignoraba el lado de vanidad de las cosas. Su satisfacción consistía en sentirse útil.

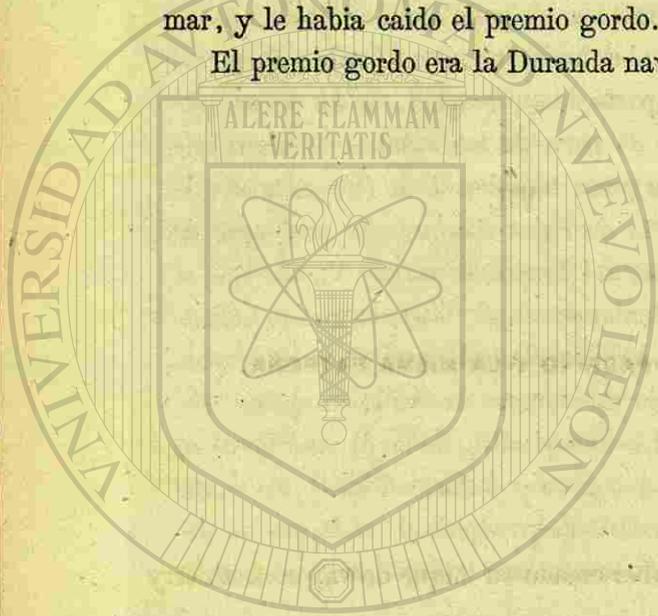


MESS LETHIERRY.

Ser popular le halagaba menos que ser necesario. No tenia, como hemos dicho, mas que dos amores, y de consiguiente dos ambiciones: Duranda y Deruchette.

Ello es que habia tomado su cédula en la lotería del mar, y le habia caído el premio gordo.

El premio gordo era la Duranda navegando.



VII.

EL MISMO PADRINO Y LA MISMA PATRONA.

Después de haber creado su buque de vapor, Lethierry le llamó *Duranda*.

La Duranda será como le llamemos en lo sucesivo, y cualquiera que sea el uso tipográfico, se nos permitirá que no subrayemos el vocablo *Duranda*, adhiriéndonos respecto del particular al pensamiento de mess Lethierry, para quien la Duranda era casi una persona. ®

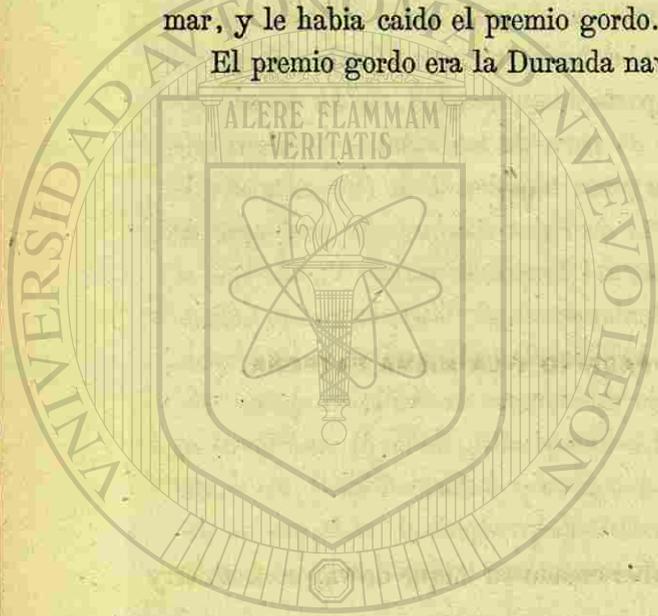
Duranda y Deruchette son el mismo nombre. Deruchette es el diminutivo, diminutivo muy usado en el Oeste de Francia.

Los santos en las aldeas llevan frecuentemente su

Ser popular le halagaba menos que ser necesario. No tenia, como hemos dicho, mas que dos amores, y de consiguiente dos ambiciones: Duranda y Deruchette.

Ello es que habia tomado su cédula en la lotería del mar, y le habia caído el premio gordo.

El premio gordo era la Duranda navegando.



VII.

EL MISMO PADRINO Y LA MISMA PATRONA.

Después de haber creado su buque de vapor, Lethierry le llamó *Duranda*.

La Duranda será como le llamemos en lo sucesivo, y cualquiera que sea el uso tipográfico, se nos permitirá que no subrayemos el vocablo *Duranda*, adhiriéndonos respecto del particular al pensamiento de mess Lethierry, para quien la Duranda era casi una persona. ®

Duranda y Deruchette son el mismo nombre. Deruchette es el diminutivo, diminutivo muy usado en el Oeste de Francia.

Los santos en las aldeas llevan frecuentemente su

nombre con todos sus diminutivos y aumentativos. Se creeria que hay varias personas donde no hay mas que una. Esas identidades de patronos y patronas bajo nombres diferentes no son raras.

Lise, Lisette, Lisa, Elisa, Isabelle, Lisbeth, Betsy, todo significa Elisabeth. Es probable que Mahout, Maclon, Malo y Magloire sean el mismo santo, pero no tenemos empeño en demostrarlo.

Santa Duranda es una santa del Angoumois y de la Charente.

¿Estaba ó no conforme con las reglas? Que otros lo averigüen. Nosotros solo diremos que tenia capillas.

Hallándose en Rochefort, Lethierry, jóven marinero, habia conocido á la santa, probablemente en la persona de alguna jóven del pais, que podia muy bien ser la costurera de las uñas bonitas.

Se le quedó en la memoria lo suficiente para dar su nombre á las dos cosas que amaba en el mundo, llamó Duranda á la galeota, Deruchette á la niña.

Era el padre de la una y el tio de la otra.

Deruchette era la hija de un hermano suyo, y no tenia padre ni madre. Lethierry, adoptándola, reemplazó á los dos.

Deruchette no era solamente su sobrina. Era tambien su ahijada.

Él fue quien la sacó de pila, y le encontró una patrona: santa Duranda, y un prenombre: Deruchette.

Deruchette, como hemos dicho, habia nacido en Saint-

Pierre Port. Se hallaba inscrita con la fecha correspondiente en el registro de la parroquia.

Mientras la sobrina fue niña y el tio pobre, nadie hizo caso de la denominacion *Deruchette*; pero cuando la niña se hizo una *miss* y el marinero fue casi un *gentleman*, *Deruchette* llamó la atencion. El nombre chocó de tal modo, que alguno preguntaba á mess Lethierry: ¿Por qué se llama *Deruchette*? Y él respondia: porque sí. Se trató varias veces de hacer tomar á *Deruchette* otro nombre, á lo que mess Lethierry se negó terminantemente. Un dia una buena mujer de la *high life* de Saint-Sampson, casada con un herrero rico que no trabajaba ya, dijo á mess Lethierry: En lo sucesivo llamaré á vuestra hija *Nancy*.—Y mi hija no responderá á semejante nombre, dijo él.

La buena mujer insistió, y le dijo al dia siguiente: Decididamente nos oponemos á que vuestra hija se llame *Deruchette*. He encontrado para ella un bonito nombre: *Mariana* (Mariana).—¡Bonito nombre en efecto! replicó mess Lethierry; se compone de dos grandes bestias, un *mari* y un *anne* (un marido y un asno). *Deruchette* siguió llamándose *Deruchette*.

Se engañaria el que dedujese de lo que acabamos de decir que Lethierry no queria casar á su sobrina. Quería casarla, pero á su manera. Estaba empeñado en que diese la mano á un hombre que se le pareciese á él, que trabajase mucho, y que ella no trabajase gran cosa. Le gustaban las manos negras del hombre y las manos blancas de la mujer. Para que *Deruchette* no echase á perder

sus graciosas manos, la habia dado inclinaciones de señorita.

Le habia puesto maestro de música, un piano, una biblioteka, y tambien un poco de hilo y agujas en una cesta de labor. Ella era mas aficionada á la lectura que á la costura, y á la música mas que á la lectura.

Asi la queria mess Lethierry. Se contentaba con que fuese encantadora, y no la pedia otra cosa. La habia educado mas para ser flor que para ser mujer; lo que comprenderá fácilmente cualquiera que haya estudiado á los marinos.

Los hombres rudos gustan de las cosas delicadas.

Para que la sobrina realizase el ideal del tio, era menester que fuese rico. A eso aspiraba mess Lethierry, y no con otro objeto trataba su máquina marítima.

Habia encargado á Duranda que dotase á Deruchette.

VIII.

LA ENDECHA BONNY DUNDEE.

Deruchette habitaba la mas bonita habitacion de las Bravées. Era un aposento con dos ventanas, que tenia muebles de caoba, y una cama con pabellon verde y blanco, y cuyas vistas eran el jardin y á la elevada colina que corona el castillo del Valle. Al otro lado de esta colina estaba el Bu de la Calle.

En este aposento tenia Deruchette su música y su piano. Se acompañaba con el piano cantando su cancion favorita, la melancólica melodía escocesa *Bonny Dundee*. Toda la noche está en esta cancion, toda la aurora estaba en su voz, lo cual formaba un contraste que sorprendia agradablemente. Cuando miss Deruchette tocaba el piano,

los que pasaban por la falda de la colina se detenían algunas veces delante de la tapia del jardín de las Bravées para oír aquel canto tan fresco y aquella canción tan triste.

Deruchette era la alegría de la casa, haciendo reinar en ella una primavera perpétua. Era bella, pero más que bella bonita, y más que bonita gentil. Recordaba á los viejos pilotos camaradas de mess Lethierry aquella princesa de una canción de soldados y marineros que era tan bella, *que pasaba por tal en el regimiento*. Mess Lethierry decía: Mi niña tiene un cable de cabellos.

Desde la niñez había sido encantadora.

Por mucho tiempo había su nariz infundido recelos, pero la niña, que probablemente estaba resuelta á ser bonita, no desistió de su empeño, y el desarrollo no la jugó ninguna mala pasada. Su nariz no se había prolongado ni acortado en demasía, y al llegar á la juventud había quedado deslumbradora.

No llamaba á su tío más que «padre.»

Él la consentía algunos talentos de jardinería y hasta de hortelana. Regaba ella misma los cuadros de su jardín cubiertos de rosas de Alejandría, de verbasco purpúreo, de dalias de mil colores y cariofilictas de color de escarlata; cultivaba la adelfa y la oxílida; sacaba partido del clima de Guernesey, tan hospitalario para las flores. Como todos los gernesianos, tenía aloes y cactus espuestos al aire libre, y, lo que es lo más difícil, logró lo potentilla de Nepaul.

Su huertecillo estaba ingeniosamente ordenado; hacia sucederse en él las espinacas á los repollos, y los guisantes

á las espinacas; solía sembrar coliflores de Holanda y berzas de Bruselas que trasplantaba en julio, nabos en agosto, achicorias rizadas en setiembre, pastinacas redondas en otoño y rábanos en invierno.

Mess Lethierry la dejaba hacer, con tal que no manejase demasiado la azada y la mielga, y con tal, sobre todo, que no echase ella misma el abono. Le había dado dos criadas, llamadas la una Gracia y la otra Dulce, que son dos nombres de Guernesey. Gracia y Dulce hacían el servicio de la casa y del jardín, y las quedaba el derecho de tener las manos rojas.

En cuanto á mess Lethierry, su cuarto consistía en un pequeño gabinete que daba al puerto, y comunicaba con la sala baja del entresuelo donde se abría la puerta de entrada y en que confluían las varias escaleras de la casa. Su mueblaje se reducía á su coí, su cronómetro y su pipa. Había también una mesa y una silla. El techo, que mostraba sus vigas, había sido blanqueado con cal, é igualmente las cuatro paredes; á la derecha de la puerta estaba clavado el archipiélago de la Mancha, bella carta marina que llevaba esta inscripción: *W. Faden, 5. Charing Cross. Geographer so Flis Majesty*, y á la izquierda colgaba en la pared de otros clavos uno de esos grandes pañuelos de algodón en que se hallan pintados los pabellones de toda la marina del globo, teniendo en las cuatro puntas las banderas de Francia, Rusia, España y Estados-Unidos de América, y en el centro la Union-Jack de Inglaterra.

Dulce y Gracia eran dos criaturas como todas las otras.

en el buen sentido de la palabra. Dulce no era mala, y Gracia no era fea. No se habian hecho enteramente indignas de estos nombres peligrosos. Dulce, no casada, tenia un «galan.» Esta palabra en las islas de la Mancha está admitida; el hecho tambien. Las dos jóvenes tenian lo que se podria llamar el servicio criollo, una especie de dejadez propia de las criadas normandas en el archipiélago. Gracia, amiga de devaneos y bonita, miraba sin cesar el horizonte con una inquietud de gato, porque teniendo como Dulce, un galan, tenia además, segun pública voz y fama, un marido marinero cuyo regreso temia,

Allá se las haya.

La diferencia entre Gracia y Dulce consistia en que en una casa menos austera y menos inocente, Dulce hubiera seguido siendo la fámula, y Gracia hubiera llegado á ser la confidenta. Con una niña cándida como Deruchette, los talentos posibles de Gracia se perdian. Por lo demás, los amores de Dulce y de Gracia eran latentes.

Nada sabia de ellos mess Lethierry, y nada tampoco adivinaba Deruchette.

La sala baja del entresuelo, especie de alhóndiga con chimenea, rodeada de bancos y de mesas, habia servido en el siglo último de punto de reunion á un conventículo de refugiados franceses protestantes.

La pared de piedra desnuda tenia por todo lujo un marco de madera negro en que se encerraba un cartelón de pergamino adornado con las proezas de Benigno Bossuet, obispo de Meaux.

Algunos pobres diocesanos de aquella águila, perseguidos por él cuando la revocacion del edicto de Nantes, al encontrar un asilo en Guernesey habian colgado aquel cuadro en la pared como glorioso monumento del prelado.

El que llegaba á descifrar su libre garabatura escrita con tinta que se habia ya vuelto amarilla, leia los siguientes poco conocidos hechos;

«El 29 de octubre de 1685, demolicion de los templos de Morcef y de Nanteuil solicitada al rey por el señor obispo de Meaux.»

«El 2 de abril de 1686, arresto de Cochard, padre é hijo, por causa religiosa á instancias del señor obispo de Meaux. Puestos en libertad, habiendo abjurado.»

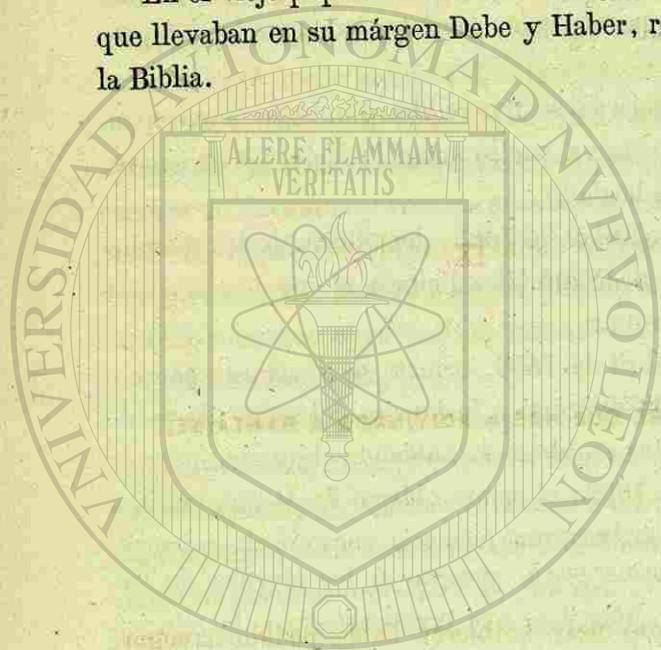
«El 28 de 1699, el señor obispo de Meaux envió á Mr. de Pontchartrain una memoria encaminada á demostrar que seria necesario encerrar á los jóvenes de Urchandes y de Nenville, que perteneciesen á la religion reformada, en la casa de los Nonvelles-Catholiques de París.»

«El 7 de julio de 1703, es ejecutada la orden solicitada al rey por el señor obispo de Meaux de hacer encerrar en el hospital al llamado Bendoín y á su mujer, *ma- los católicos* de Publaines.»

En el fondo de la sala, junto á la puerta del cuarto de mess Lethierry, una pequeña trinchera de tablas que habia sido el púlpito hugonote, se habia convertido por medio de una verja en despacho del buque de vapor, es decir, de

la Duranda, de que se hallaba encargado mess Lethierry en persona.

En el viejo pupitre de encina, un registro con páginas que llevaban en su margen Debe y Haber, reemplazaba á la Biblia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX.

EL HOMBRE QUE HABIA ADIVINADO Á RANTAINÉ.

En tanto que mess Lethierry había podido navegar, había dirigido la Duranda, y no había tenido mas piloto y capitán que él mismo, pero, como hemos dicho ya, había llegado el día en que mess Lethierry tenía que hacerse reemplazar.

Había escogido al efecto á sieur Clubin, de Torteral, hombre de pocas palabras. Sieur Clubin tenía en toda la costa una reputación de probidad severa. Era el *alter ego* y el vicario de mess Lethierry.

Sieur Clubin, aunque mas tenía facha de notario que de marino, era un marino capaz y raro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA ALFONSO REYES

Tenia todos los talentos que reclama el riesgo perpetuamente trasformado.

Era estivador hábil, gabiero meticoloso, contra maestre celoso y conocedor, timonel robusto, piloto sabio y atrevido capitán.

Era prudente y llevaba algunas veces la prudencia hasta el extremo de arrojado, lo que es una gran cualidad en el mar.

Tenia el temor de lo probable templado por el instituto de lo posible. Era uno de esos marinos que desafían el peligro en una proporción por ellos conocida y que saben sacar partido de todos los accidentes.

Tenia toda la seguridad que el mar puede dejar á un hombre.

Además, sieur Clubin era un nadador famoso; pertenecía á aquella raza de hombres versados en la gimnasia de las olas, que permanecen en el agua cuanto tiempo quieren, que en Jersey parten del Havre-des-Pas, doblan la Colette, dan la vuelta alrededor del Hermitage y del castillo Elisabeth; y á las dos horas regresan á su punto de partida.

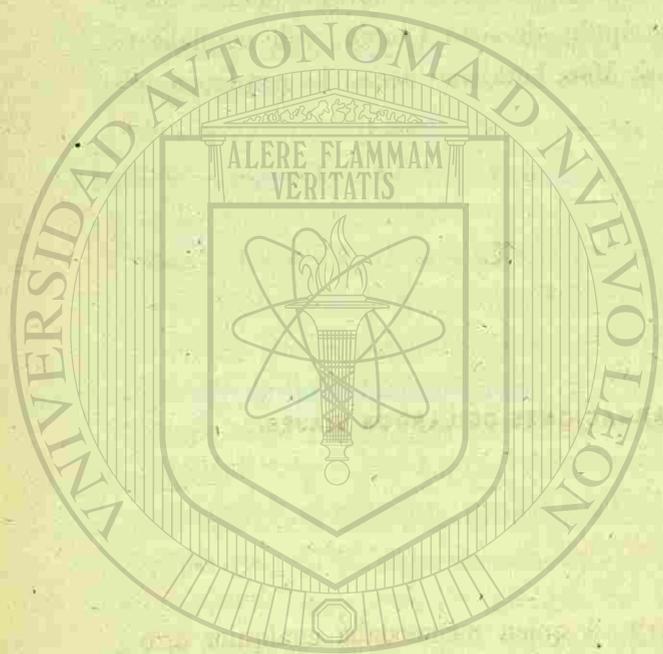
Era de Torteral, y pasaba por haber atravesado con frecuencia á nado el temido trayecto de los Hanvis en la punta de Plainmont.

Una de las circunstancias por las cuales sieur Clubin se habia principalmente recomendado á mess Lethierry era que, conociendo ó penetrando en el fondo de Rantaine, habia indicado á mess Lethierry la falta de probidad de su asociado, diciéndole; *Rantaine os robará.*

Así fue en efecto.

Mas de una vez, aunque en negocios poco importantes, mess Lethierry habia puesto á prueba la honradez, llevada hasta el escrúpulo, de sieur Clubin, y le confiaba todos sus asuntos. Mess Lethierry decia: La confianza debe ser completa.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII
UNIVERSIDAD DE BURGOS



X.

LAS NARRACIONES DE LARGOS VIAJES.

Mess Lethierry, á quien incomodaba cualquier otro traje, llevaba siempre el suyo de á bordo, y hasta preferia su chaqueta de marinero á su chaqueta de piloto, lo que hacia poner mal gesto á Deruchette.

Nada es tan hermoso como los visajes de la gracia encolerizada. Deruchette refunfuñaba y reía.—*¡Qué peste!* exclamaba, *oleis á brea.* Y le golpeaba ligeramente el hombro.

Aquel buen viejo héroe del mar, habia traído de sus viajes relatos sorprendentes. Habia visto en Madagascar plumas de ave de las cuales tres bastaban para cubrir el

techo de una casa. Había visto en la India tallos de acedera que tenían nueve pies de altura. Había visto en la Nueva Holanda bandadas de pavos y de gamos conducidos y guardados por un perro de pastor que es un pájaro llamado aganis. Había visto cementerios de elefantes. Había visto en Africa gorillas, que son una especie de hombres-tigres, de siete pies de alto.

Conocía las costumbres de todos los monos, desde el macaco salvaje, el cual llamaba *macaco bravo*, hasta el macaco hablador, el cual llamaba *macaco barbudo*. En Chile había visto una macuca que enternecía á los cazadores mostrándoles su pequeñuelo. Había visto en California el tronco de un árbol hueco derribado, en cuyo interior un hombre á caballo podía dar ciento cincuenta pasos. Había visto en Marruecos á los mozabitas y los brikris batirse con matraks y barras de hierro, por haber los brikris sido tratados de *kelb*, que quiere decir perros, y por haber los mozabitas sido tratados de *kham*s, que quiere decir gentes de la quinta secta. Había visto en la China cortar en pedacitos menudos al pirata Chanh-Hung-quan-larh-Qoni, por haber asesinado el ap de una aldea.

En Thu-dan-mot, había visto cómo un león se llevaba una vieja en medio del mercado de la ciudad.

Había asistido á la llegada de la gran serpiente que de Cantin venía á Saigon para celebrar en la pagoda de Cholen la fiesta de Quan-nam, diosa de los navegantes. Había contemplado en el país de los Mói al gran Quan-Sú. En Rio Janeiro había visto que las elegantes brasileñas se po-

nían por la noche en los cabellos unas burbujitas de gasa, conteniendo cada una de ellas un cocuyo, especie de luciérnaga ó insecto fosforescente, con lo que parecía que llevaban un tocado de estrellas.

Había combatido en el Uruguay los hormigueros y en el Paraguay unas arañas velludas, grandes como la cabeza de un chiquillo, que con sus patas cubrían un diámetro de un tercio de vara, y aterraban al hombre arrojándole sus pelos que se hundían como flechas en la carne y levantaban pústulas.

En la orilla del rio Arinos, afluente del Tocantins, en los bosques vírgenes al Norte de Diamantins, había comprobado la existencia del pueblo de los murciélagos, hombres que nacen con los cabellos blancos y los ojos colorados, que habitan los bosques sombríos, duermen de día, se despiertan de noche, y pescan y cazan en las tinieblas, viendo mejor cuando no hace luna. Cerca de Beyrouth, en un campamento de una expedición de que él formaba parte, había sido robado de una tienda un pluviómetro; un hechicero, cubierto solo con dos ó tres fajas de cuero, había agitado con tanto furor una campanilla puesta en el extremo de un cuerno, que una hiena devolvió al momento al pluviómetro.

Ella misma había sido la ladrona.

Historias tan verdaderas se parecían tanto á cuentos que divertían á Deruchette.

La *muñeca* de la Duranda era el lazo que unía al buque con la jóven. Llaman muñeca en las islas normandas

al mascarón tallado en la proa, estatua de madera esculpida con mas ó menos esmero. Por eso en las islas normandas quiere decir *navegar* la siguiente locucion local: *etre entre poupe et poupee* (hallarse entre popa y mascarón.)

El mascarón de la Duranda era particularmente apreciado de mess Lethierry. Habia encargado al carpintero que se pareciese á Deruchette. El carpintero hizo lo que pudo, pero pudo muy poco.

Aquel mascarón era un tronco que se esforzaba en parecer una jóven hermosa.

No obstante ser asaz disforme aquel mascarón, bastaba para la ilusion de mess Lethierry. La miraba con una contemplacion de creyente, y se estasiaba de buena fe en su presencia. En él reconocia perfectamente á Deruchette. Algo hay por el estilo en la manera de parecerse el dogma á la verdad y el ídolo á Dios.

Mess Lethierry tenia dos grandes alegrías cada semana; una el martes y otra el viernes. La primera estaba motivada por la partida de la Duranda y la segunda por su regreso. Se apoyaba de codos en su ventana, contemplaba su obra y era feliz.

Algo hay de eso en el Génesis. *Et vedit quod esset bonum.*

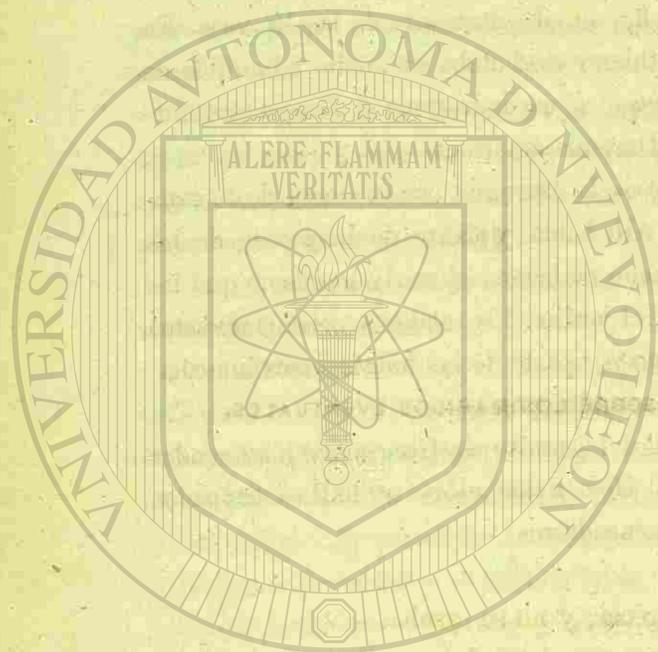
El viernes, la presencia de mess Lethierry en su ventana equivalia á una señal. Cuando se le veía asomado á ella encendiendo su pipa, la gente decia: El buque de vapor está en el horizonte.

Un humo anunciaba otro.

Al llegar al puerto la Duranda anudaba su cable debajo de las ventanas de mess Lethierry á una grande argolla de hierro fija en el baramento de las Bravées. En tales noches, Lethierry disfrutaba un sueño admirable en su coí, al pensar que á un lado tenia á Deruchette dormida y al otro á Duranda amarrada.

El amarradero de la Duranda estaba cerca de la campana del puerto. Allí habia, delante de la puerta de las Bravées, un pequeño malecón, el cual, lo mismo que las Bravées, la casa, el jardín, los senderos orlados de setos vivos y hasta la mayor parte de las habitaciones inmediatas, no existe ya actualmente.

La explotacion del granito de Guernesey hizo vender aquellos terrenos. Hoy todos ellos se hallan ocupados por canterías de picapedreros.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI.

OJEADA SOBRE LOS MARIDOS EVENTUALES.

Deruchette crecía, y no se casaba.

Mess Lethierry, convirtiéndola en una señorita de manos blancas, la había hecho difícil de contentar.

Semejantes educaciones se vuelven mas adelante contra uno mismo.

Y es el caso que Mess Lethierryera mas difícil de contentar todavía. El marido que él quería para Deruchette había de ser tambien un marido para Duranda. Hubiera querido casar de un solo golpe á sus dos hijas. Hubiera querido que el conductor de la una hubiese podido ser tambien el piloto de la otra. ¿Qué es un marido mas que el capitán de un

CARILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

viaje? ¿Por qué, pues, no dar el mismo patron á la hija y al buque? Un matrimonio obedece á las mareas. Quien sabe conducir un barco sabe conducir á una mujer. La mujer y el barco son los dos súbditos de la luna y del viento. Sieur Clubin, teniendo solo unos quince años menos que mess Lethierry, no podia ser para Duranda mas que un patron provisional; se necesitaba un piloto j6ven, un patron definitivo, un verdadero sucesor del fundador, del inventor, del creador. El piloto definitivo de Duranda tendria por esta sola circunstancia algo de yerno de mess Lethierry. ¿Por qué no fundir los dos yernos en uno solo?

Acariciaba esta idea.

Tambien 61 veia crecer en sus sueños un prometido. Un robusto gabiero tostado y brusco, atleta del mar, hé aqui su ideal.

Pero no era enteramente el de Deruchette.

El sueño de ésta era mas de color de rosa.

De todos modos, el tio y la sobrina habian al parecer acordado no precipitarse. Cuando se vió á Deruchette convertirse en una heredera probable, empezaron á menudear los partidos.

Esos genios tan vivos no son siempre de buena calidad.

Mess Lethierry lo comprendia, y murmuraba: novia de oro, novio de cobre. Y despedia á los pretendientes. Aguardaba. Ella lo mismo.

¡Cosa singular! tenia pocas aspiraciones á la aristocracia. Respecto de este punto, mess Lethierry era un

inglés inverosímil. Difícilmente se creará que llegase á rehusar para Deruchette un Landuel, de Jersey, y un Bugnet-Nicolin, de Serk.

Hasta alguno se ha atrevido á afirmar lo que no nos parece siquiera posible, que no habia aceptado una proposicion procedente de la aristocracia de Aurigny, y que habia desatendido la de un miembro de la familia de Edan, la cual descende evidentemente de Eduardo el Confesor.

cita isla de Guernesey los vaciados de una invencion nueva, era, ya lo hemos dicho sin tapujos, una temeridad condenable. Asi es que el clero le habia condenado.

No se olvide que hablamos aquí del clero antiguo, no del de hoy, el cual, en casi todas las iglesias locales, tiene una tendencia liberal hácia el progreso.

Lethierry se habia visto contrariado de mil maneras; toda la cantidad de obstáculos que puede haber en pláticas y sermones se le habia opuesto. Detestado de los curas luteranos y calvinistas, él les detestaba. El odio de aquellos era la circunstancia atenuante del suyo.

Pero, digámoslo, su aversion á los curas era idiosincrática. No tenia necesidad de que los curas le odiasen para odiarles á ellos. Como él decia, era el perro de aquellos gatos. Estaba contra ellos por la idea, y, lo que es aun mas irresistible, por el instinto. Entreveia sus uñas escondidas, y les enseñaba los dientes. Convenimos en que se los enseñaba á tontas y á locas, y no siempre oportunamente.

En no distinguir hay injusticia. Los odios en globo no son racionales.

Delante de Lethierry no hubiera encontrado indulgencia ni el mismo vicario saboyano. No sabemos si en su concepto habia un solo cura bueno. A fuerza de ser filósofo, perdía algo de su discrecion.

La intolerancia de los tolerantes existe, como existe la rabia de los moderados.

Pero Lethierry era tan bondadoso, que no podia odiar

verdaderamente. No tanto atacaba como rechazaba. Se mantenía distante de las gentes de iglesia. Le habian hecho mal, y se limitaba á no quererlas bien.

La diferencia entre el odio de los curas y el suyo consistía en que el de los curas era animosidad, y el suyo era antipatía.

Tan pequeña como es la isla de Guernesey, tiene sitio para dos religiones. Contiene religion católica y religion protestante. Añadamos que no encierra las dos religiones en la misma iglesia. Cada culto tiene su templo ó su capilla.

En Alemania, en Heidelberg, por ejemplo, no se andan con tantos repulgos; se corta la iglesia en dos, la mitad para San Pedro, la otra mitad para Calvino; entre las dos mitades se levanta un tabique para prevenir camorras; partes iguales; los católicos tienen tres altares, los hugonotes tienen tambien tres altares, y como se oficia á las mismas horas, una campana misma llama á la vez para las distintas ceremonias. Llama á un mismo tiempo á Dios y al diablo. Simplificacion.

La flemma alemana consiente esas aproximaciones. Pero en Guernesey cada religion tiene su casa. Hay la parroquia ortodoxa y la parroquia herética. Se puede escoger. Ni una ni otra: tal habia sido la eleccion de mess Lethierry.

Aquel marinero, aquel obrero, aquel filósofo, aquel aventurero del trabajo, muy simple en apariencia, no lo era enteramente en el fondo. Tenia sus contradicciones y

sus obstinaciones. Respecto de los curas era inflexible. Podía dar quince y falta á Montlosier.

Se permitía chanzas las mas intempestivas. Tenía dichos que le eran propios, muy estafalarios y de malicioso sentido. Llamaba el ir al sermón «ir á pintar la conciencia.»

La poca instruccion literaria que tenía, limitada á cierta lectura espigada sin concierto, entre dos borrascas, se complicaba con faltas de ortografía.

Tenía también defectos de pronunciaci6n no siempre inocentes. Cuando despues de la batalla de Waterlóo se firmó la paz entre la Francia de Luis XVIII y la Inglaterra de Wellington, mess Lethierry dijo: *Bourmont a été le traître d'union entre les deux camps.* (Bourmont ha sido el traidor (el tratado) de union entre los dos campos.) Un día escribió *papa oté* (papa quitado) en lugar de *papauté* (papado.) No creemos que lo hiciese espresamente.

Su antipapismo no le captaba la benevolencia de los anglicanos. No le querían mas los rectores protestantes que los curas católicos.

En presencia de los dogmas mas graves, su falta de religion se manifestaba casi sin recato.

Habiéndole la casualidad conducido á un sermón sobre el infierno, del reverendo Jaquemin Hérode, cura protestante, sermón magnífico, salpicado de la cruz á la fecha de textos sagrados, que prueban las penas eternas, los suplicios, los tormentos, las condenaciones, los castigos inexorables, las quemas sin fin, las maldiciones inestin-

guibles, las cóleras de la Omnipotencia, los furores celestiales, las venganzas divinas, cosas incontestables, se le oyó decir en voz baja al salir con uno de los fieles:—¿Qué quereis? Yo tengo mi idea. Yo me figuro que Dios es bueno.

Toda su levadura de ateísmo le venía de su residencia en Francia.

Aunque guernesiano, y guernesiano de bastante pura sangre, se le llamaba en la isla el francés, á causa de su carácter *improper*. Él mismo no lo ocultaba; estaba impregnado de ideas subversivas. Su tenacidad en construir aquel buque de vapor, aquel Devil-Boat, lo había probado por completo.

Él decía: *Yo he mamado el 89.* Y el 89 era una nodriza que no podía dar buena leche.

Cometía, además, contrasentidos. Es muy difícil no malearse en las pequeñas poblaciones. En Francia, *guardar las apariencias*, en Inglaterra, *ser respetable*; la vida tranquila solo se consigue á este precio. Ser respetable implica una multitud de observancias, desde el domingo bien santificado hasta la corbata bien puesta.

«No hacerse señalar con el dedo.» hé aquí otra ley terrible.

Ser señalado con el dedo, es el diminutivo del anatema.

Las aldeas, pantanos de comadrerías, sobresalen en esa malignidad aisladora, que es la maldici6n vista por el pequeño agujero del anteojo. Los mas osados temen esos

chismes de vecindad. Se desafia la metralla, se desafia el huracan, y se retrocede delante de unas cuantas bachilleras.

Mess Lethierry era mas terco que lógico, y eso no obstante, bajo la presion del *¿qué dirán?* su misma tenacidad se doblaba. «Echaba agua en su vino,» decia, y esta frase es una locucion preñada de concesiones latentes y algunas veces repugnantes.

Se mantenía separado de los hombres del clero, pero no les cerraba resueltamente la puerta. En ciertos actos oficiales, y en épocas dadas de visitas pastorales, recibía con suficiente urbanidad, lo mismo al rector luterano que al capellan papista. Tenía de cuando en cuando que acompañar á la parroquia anglicana á Deruchette, la cual, como hemos dicho, no iba á ella sino en las cuatro grandes solemnidades del año.

En resúmen, esos compromisos le repugnaban, le irritaban, y lejos de inclinarle hácia las gentes de iglesia, aumentaban su aversion interior. Se desquitaba multiplicando sus chanzonetas. Aquel hombre sin hiel no tenía otras asperezas, y no había medio de corregírselas.

De hecho y de una manera absoluta, este era su temperamento, y no había mas que dejarle. Cada loco con su tema.

Todo el clero le desagradaba. Tenía la irreverencia revolucionaria. Distinguía poco entre formas de culto.

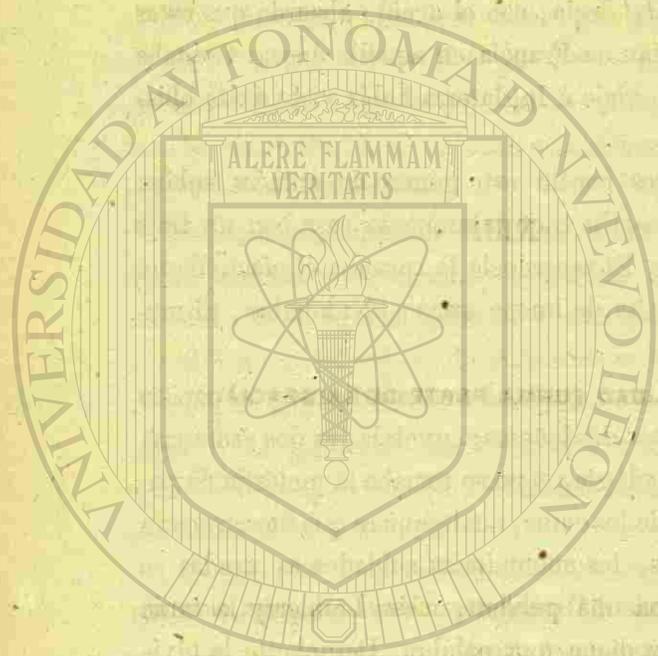
Su miopía sobre el particular llegaba al extremo de no ver la diferencia entre un ministro y un abate. Confundía

á un reverendo doctor con un reverendo padre. Decía: *Wesley no vale mas que Loyola.*

Cuando veía pasar á un pastor con su mujer, volvía la cara. *¡Cura casado!* decía, con el acento absurdo que estas dos palabras tenían en Francia en aquella época. Contaba que en su último viaje á Inglaterra había visto á «la obispa de Londres.»

Sus rebeliones contra este género de enlaces subían hasta la cólera.—*¡Un traje talar no se casa con un traje talar!* exclamaba. El sacerdocio le causaba el efecto de un sexo. Hubiera dicho de buena gana: «Ni hombre, ni mujer; cura.»

Aplicaba con mal gusto al clero anglicano y al papista los mismos epítetos desdeñosos; envolvía las dos «sotanas» en la misma fraseología, y no se tomaba la molestia de parodiar, respecto de los curas, cualesquiera que fuesen, católicos ó luteranos, las metonimias soldadescas usadas en aquel tiempo. Decía á Deruchette: *Cásate con quien quieras, con tal que no sea con un clerizonte.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII.

LA FRIVOLIDAD FORMA PARTE DE LA GRACIA.

Una vez dicha una palabra, mess Lethierry la tenia presente; una vez dicha una palabra, Deruchette la olvidaba. Hé aquí la diferencia entre el tio y la sobrina.

Deruchette, educada como hemos visto, se habia acostumbrado á poca responsabilidad.

Insistimos en ello, hay mas de un peligro latente en una educacion que no se ha tomado bastante por lo serio, Querer hacer demasiado pronto feliz á una criatura, es tal vez una imprudencia.

Deruchette creia que con tal que ella estuviese contenta, todo iba á pedir de boca. Comprendia además que

LIBRERIA ALFONSO
UNIVERSIDAD

su tío se alegraba de verla alegre. Tenía con leve diferencia las ideas de mess Lethierry. Su religión se satisfacía con ir á la parroquia cuatro veces al año. Se la había visto muy compuesta en Navidad. De la vida lo ignoraba todo. Tenía todo lo necesario para un día enloquecer de amor. Entre tanto, estaba alegre.

Cantaba sin pensar en que cantaba, hablaba sin ton ni son, vivía para vivir, decía una palabra y pasaba, hacía cualquier cosa y huía, estaba encantadora. Unid á eso la libertad inglesa.

En Inglaterra las niñas van solas, las solteras son dueñas de sí propias, la adolescencia tiene la brida echada al cuello. Tales son las costumbres. Mas adelante las solteras libres son esposas esclavas. Tomamos aquí los dos vocablos en su buena acepción; libres en el desarrollo, esclavas de su deber.

Deruchette se levantaba todas las mañanas con la inconciencia de sus acciones de la víspera.

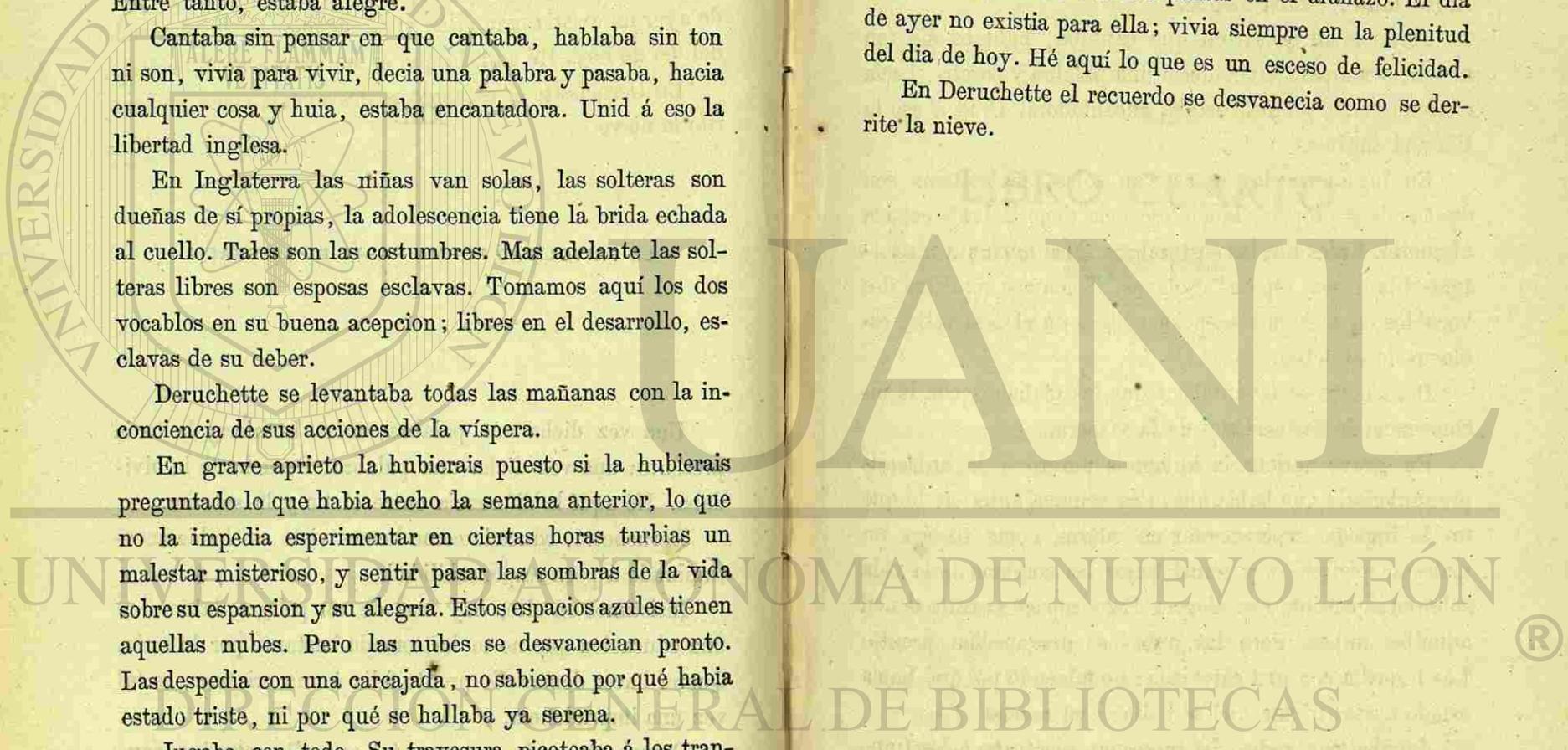
En grave aprieto la hubierais puesto si la hubierais preguntado lo que había hecho la semana anterior, lo que no la impedía experimentar en ciertas horas turbias un malestar misterioso, y sentir pasar las sombras de la vida sobre su expansión y su alegría. Estos espacios azules tienen aquellas nubes. Pero las nubes se desvanecían pronto. Las despedía con una carcajada, no sabiendo por qué había estado triste, ni por qué se hallaba ya serena.

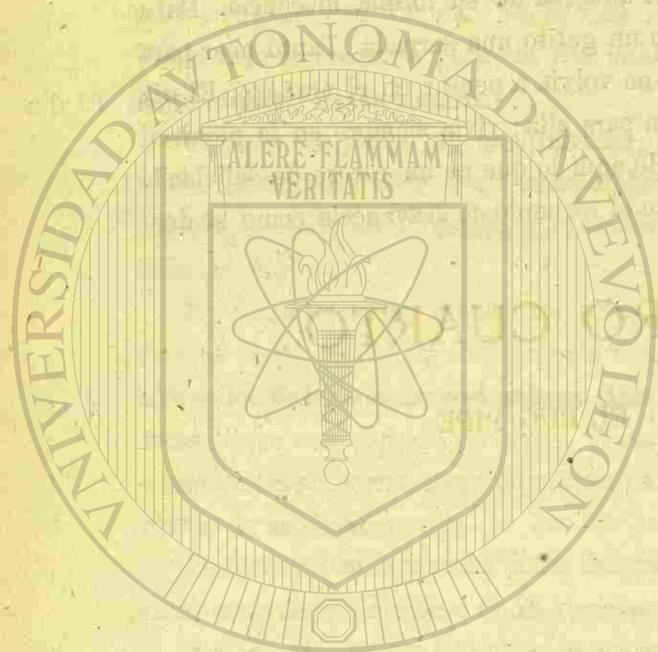
Jugaba con todo. Su travesura picoteaba á los transeúntes. Hacía burla de los mocitos. Si hubiese encontrado

al diablo, no le hubiera tenido compasión, y le hubiera dirigido un sarcasmo. Era hermosa, y al mismo tiempo tan inocente, que abusaba de su misma inocencia. Daba una sonrisa como un gatito una zarpada. Tanto peor para el arañado. Ella no volvía á pensar en el arañazo. El día de ayer no existía para ella; vivía siempre en la plenitud del día de hoy. Hé aquí lo que es un exceso de felicidad.

En Deruchette el recuerdo se desvanecía como se derite la nieve.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII
UNIVERSIDAD





LIBRO CUARTO.

EL BUG PIPE.

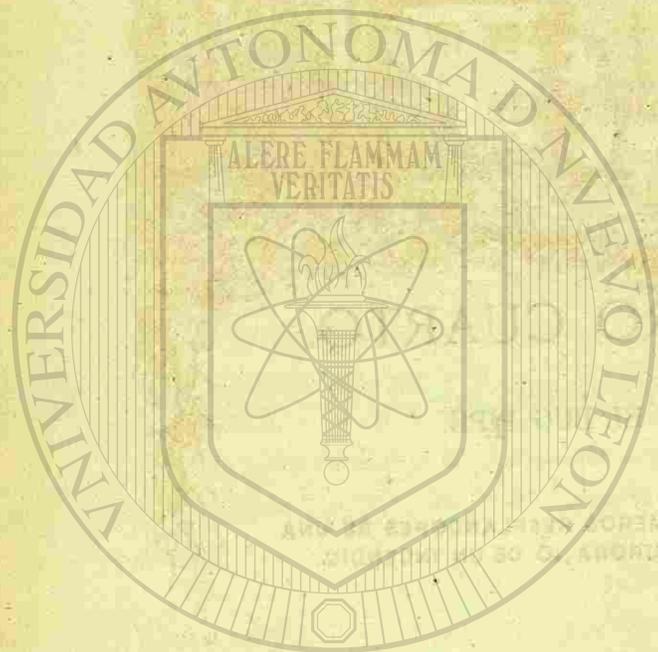
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

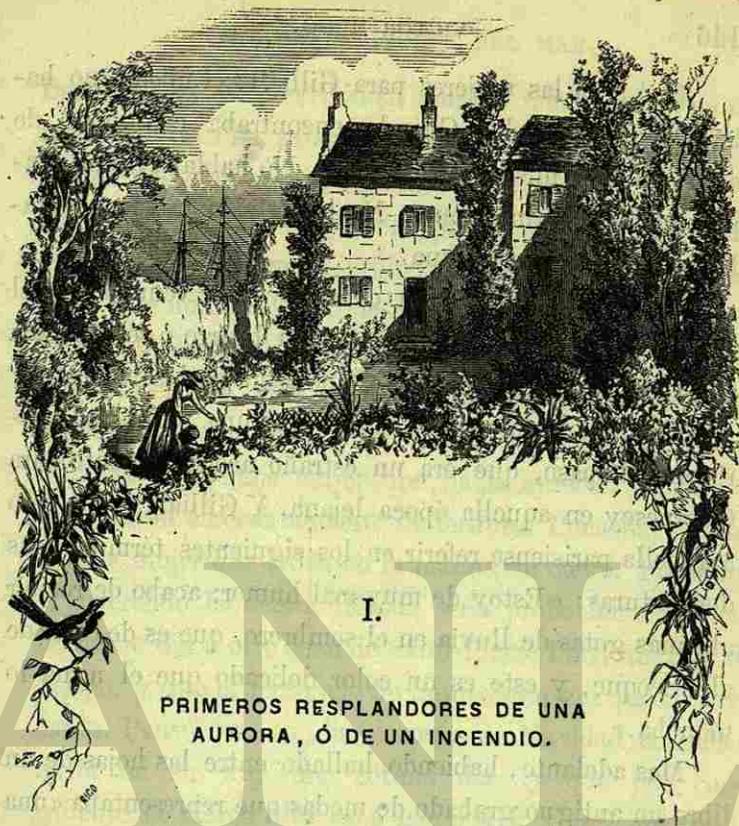


ESCUELA ALFONSO
UNIVERSIDAD



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

PRIMEROS RESPLANDORES DE UNA
AURORA, Ó DE UN INCENDIO.

Gilliatt no había hablado nunca á Deruchette. La conocía por haberla visto de lejos, como se conoce la estrella de la mañana.

En la época que Deruchette había encontrado á Gilliatt en el camino de Saint Pierre-Port á Valle, y le había sorprendido escribiendo su nombre en la nieve, ella tenía diez y seis años. Precisamente la víspera le había dicho mess Lethierry. No hagas mas travesuras. Eres ya mujer.

El nombre *Gilliatt*, escrito por Deruchette, se había sumergido en una profundidad desconocida.

TOMO I.

10

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¿Qué eran las mujeres para Gilliatt? él mismo no habría podido decirlo. Cuando encontraba cualquiera de ellas, le daba miedo, y él lo tenía. No hablaba á una mujer sino en el último apuro. No habia sido jamás el «galan» de campesina alguna.

Cuando iba solo por un camino y veia venir hácia él á una mujer, saltaba la tapia de un huerto ó se escondia en la maleza y se marchaba. Huia hasta de las viejas.

No habia visto en la vida mas que una parisiense, parisiense de paso, que era un estraño acontecimiento para Guernesey en aquella época lejana. Y Gilliatt habia oido á aquella parisiense referir en los siguientes términos sus desventuras: «Estoy de muy mal humor; acabo de recibir algunas gotas de lluvia en el sombrero, que es de color de albaricoque, y este es un color delicado que el agua lo mancha.»

Mas adelante, habiendo hallado entre las hojas de un libro un antiguo grabado de modas que representaba «una dama del malecon de Antin,» lujosamente puesta, lo pegó á la pared de su huerto para recordar la aparicion.

En las tardes de verano, se escondia detrás de las rocas del ancon Houmet-Paradis para ver á las hijas del país cómo se bañaban en camisa en el mar. Un dia, al trasluz de un seto vivo, habia visto cómo la hechicera de Torteval se ataba la liga. Probablemente era vírgen.

En aquella mañana de *Navidad* (1) en que encontró á

(1) En Guernesey y demás islas del archipiélago de la Mancha, el dia de Navidad, entre los protestantes se celebra el 1.º de año.

Deruchette y ésta escribió su nombre riendo, volvió á entrar en su casa sin saber por qué habia salido.

Al llegar la noche, no durmió.

Pensó en mil cosas;— en que haria bien en cultivar reponches negros en su jardin; que la esposicion era buena;— que no habia visto pasar el buque de Serk, ¿le habria sobrevenido algun accidente?— que habia visto siemprevivas en flor, cosa rara para la estacion. Nunca habia sabido de una manera precisa qué lazo de parentesco le unia con la anciana mujer que habia muerto, y pensó en ella con un acrecentamiento de ternura. Pensó en el ajuar de una mujer que habia en la maleta de cuero. Pensó que el reverendo Jaquemin Hérode seria probablemente nombrado un dia ú otro dean de Saint-Pierre Port, auxiliar del obispo, y que el rectorado de Saint-Sampson quedaria vacante. Pensó que un dia despues de Navidad la Luna se halla en su vigésimo sétimo dia, y que por consiguiente la marea alta es á las tres y veinticinco minutos, la media retirada á las siete y quince, la marea baja á las nueve y treinta y tres, y la media subida á las doce y treinta y nueve.

Recordó con todas sus mas minuciosas circunstancias el traje del highlander que le vendió el bug pipe, su sombrero adornado con un cardo, su claymore, su vestido ceñido con faldones cortos y cuadrados, el sciltor philaberg, adornado con el bolso sporrán y con el smushing mull (caja de cuerno), su alfiler hecho de una piedra escocesa, sus dos cintos, la sashwise y el belts, su espada

(el swond), su machete (el dirck), y el skene dhu (cuchillo negro con mango tambien negro), armado de dos cairgo-runs, y las rodillas desnudas de aquel soldado, sus medias, sus pulseras y sus zapatos con hebillas. Con traje tal se convirtió en espectro, que le persiguió, le dió calentura y le amodorró.

Se despertó ya muy entrado el día, y su primer pensamiento fue Deruchette.

Al día siguiente durmió, pero durante toda la noche vió al soldado escocés. En medio de su sueño se dijo que los Chep-Plaads despues de Navidad se celebrarían el 21 de enero. Soñó tambien con el viejo rector Jaquemin Hérode.

Al despertar pensó en Deruchette, y concibió contra ella una cólera violenta; sintió no ser ya pequeño, porque hubiera querido ir á romper á pedradas los cristales de su casa.

Despues reflexionó que si fuese pequeño, tendria aun á su madre, y se puso á llorar.

Formó el proyecto de ir á Chousey ó á los Minquiers para pasar allí tres meses. Sin embargo, no partió.

No volvió á poner los pies en el camino de Saint-Pierre Port an Valle.

Se figuraba que su nombre, *Gilliatt*, habia quedado grabado en el suelo, y que todos los transeuntes tenian por precision que mirarle.

II.

ENTRADA, UN PASO TRAS OTRO, EN LO DESCONOCIDO.

En cambio, iba todos los días á los Bravées. No lo haria espresamente, pero iba por aquel lado.

Sucedia que su camino le obligaba siempre á pasar por el sendero que seguia á lo largo de la tapia del jardin de Deruchette.

Una mañana, como él se hallase en dicho sendero, una mujer del mercado que volvia de los Bravées, dijo á otra: *Miss Lethierry tiene aficion á los seakales.*

Destinó una porcion de su huerto del Bu de la Calle al cultivo de seakales. El seakale es una col que tiene el sabor del espárrago.

La tapia del jardín de los Bravées era muy baja; de un salto se podía pasar al otro lado. La idea de saltarlo le hubiera parecido espantosa. Pero no le estaba prohibido oír al pasar, como oía todo el mundo, las voces de las personas que hablaban en las habitaciones ó en el jardín.

No escuchaba, pero oía. Una vez oyó disputar á las dos criadas, Dulce y Gracia. Era un ruido de la casa, y sin otra razón le quedó en el oído como una música.

Otra vez distinguió una voz que no era como las otras y que le pareció deber ser la de Deruchette. Huyó como si le persiguieran.

Las palabras que esta vez había pronunciado permanecieron eternamente grabadas en su pensamiento. Él mismo se las repetía á cada instante: *¿Os gusta mi retama?*

Se envalentonó gradualmente. Se atrevió á detenerse. Llegó un día en que Deruchette, á la cual no se podía ver desde fuera aunque estuviese abierta la ventana de su cuarto, estaba sentada al piano, y cantaba. Cantaba su canción *Bonny Dundee*. Él palideció, pero tuvo la suficiente firmeza para escuchar.

Llegó la primavera. Un día Gilliatt percibió una visión; el cielo se abrió. Gilliatt vió á Deruchette que regaba unas lechugas.

Bien pronto hizo algo más que detenerse. Observó sus costumbres, investigó las horas de su aparición, y la aguardó.

Ponia el mayor cuidado en no ser visto.

Poco á poco, al mismo tiempo que los espesillos se lle-



DERUCHETTE.

naban de mariposas y de rosas, inmóvil y mudo l oras enteras, oculto detrás de la tapia, sin ser visto de nadie, conteniendo su aliento, se acostumbró á ver á Deruchette ir y venir por el jardin.

El hombre se acostumbra al veneno.

Desde su escondrijo oia con frecuencia á Deruchette conversar con mess Lethierry debajo de un pabellon de ojaranzos en que habia un banco. Las palabras llegaban á él distintamente.

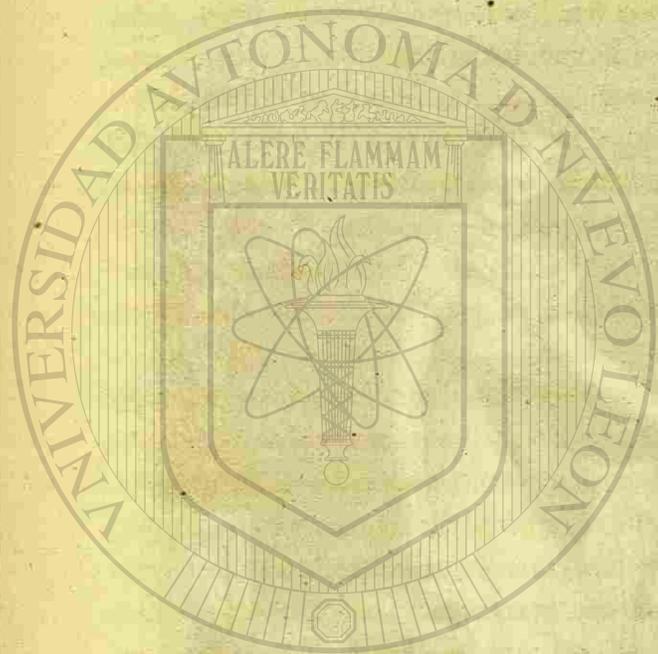
¡Cuánto camino habia andado! Habia llegado ya al estremo de atisbar y escuchar. ¡Ay! El corazon humano es un espía.

Observando las flores que veia á Deruchette coger y oler, habia adivinado sus gustos en materia de perfumes. El albolol era el olor que preferia, despues el clavel, despues la madre selva, despues el jazmin. La rosa no ocupaba mas que el quinto lugar en el órden de sus preferencias. Contemplaba los lirios, pero no los olia.

Despues de la eleccion de perfumes, Gilliatt hizo su composicion de lugar en su pensamiento. A cada olor hacia corresponder una perfeccion.

La sola idea de dirigir la palabra á Deruchette le hacia erizársele los cabellos.

Una pobre vieja, cuya industria ambulante la colocaba de cuando en cuando en la senda que corria á lo largo del cercado de los Bravées, llegó á notar confusamente la asiduidad de Gilliatt junto á aquella tapia y su devocion á aquel lugar desierto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

¿Refirió la presencia del joven en aquel sitio á la posibilidad de una mujer detrás de la tapia? ¿Percibió vagamente el hilo invisible? ¿En su estado de mendicante decrepitud, habia permanecido bastante joven para recordar algo de sus bellos años, y sabia aun, en su invierno y en su noche, lo que es el alba? Lo ignoramos, pero parece que una vez, pasando cerca de Gilliatt, «desempeñando sus funciones,» le dirigió toda la cantidad de sonrisa de que era aun capaz, y refunfuñó entre encías, porque ya no tenia dientes: *La cosa marcha.*

Gilliatt oyó la frase, que le impresionó, y murmuró con un punto de interrogacion interior:—¿La cosa marcha? ¿Qué querrá decir la vieja?

Repitió maquinalmente la palabra durante todo el dia, pero sin comprenderla.

Una noche que se hallaba en su ventana del Bu de la Calle, cinco ó seis muchachas de la Ancresse empezaron á bañarse por puro placer en el ancon de Houmet. Jugaban en el agua, muy inocentemente, á cien pasos de distancia. Él cerró la ventana con violencia.

Se apercibió de que una mujer desnuda le causaba horror.

III. LA CANCION BONNY DUNDEE ENCUENTRA UN ECO EN LA COLINA.

Detrás de la cerca del jardín de los Bravées, en un ángulo de pared cubierto de acebo y de hiedra, erizado de ortigas, con una malva salvaje arborescente y un gran gordolobo blanco que brotaba en el granito, allí, en aquel rincon, pasó él todo el verano. Allí estaba, indeciblemente pensativo.

Los lagartos, acostumbrados á él, se calentaban al sol encima de las mismas piedras.

El verano fue espléndido y apacible. Gilliatt tenia encima de su cabeza la circulacion de las nubes. Estaba sentado en la yerba. Todo estaba poblado de cantos de pá-

jaros. Se cogia la frente con las dos manos y se preguntaba: ¿Por qué habrá escrito mi nombre en la nieve?

El viento del mar arrojaba á lo lejos fuertes bocanadas. Por intervalos, en la cantera lejana de la Vanduc, la trompa de los mineros rugia bruscamente, advirtiendo á los pasajeros que se separasen, porque iba á reventar una mina. No se veía el puerto de Saint-Sampson, pero se veían los topos de los mástiles por encima de los árboles. Las paviotas volaban dispersas.

Gilliatt había oído decir á su madre que las mujeres podían enamorarse de los hombres, y que esto sucedía algunas veces. Y él se respondía: Hélo aquí. Ya lo comprendo, Deruchette está enamorada de mí.

Se sentía profundamente triste, y se decía: Pero ella también piensa en mí; es muy justo. Se acordaba de que Deruchette era rica y de que él era pobre. Opinaba que el buque de vapor era una invención execrable. No podía jamás recordar á cuántos estaba del mes.

Miraba vagamente los grandes abejorros negros de grupas amarillas y alas cortas que se hundían zumbando en los agujeros de las tapias.

Una noche Deruchette entró en su cuarto para acostarse. Se acercó á su ventana para cerrarla. La noche estaba oscura. De repente Deruchette se puso á escuchar atentamente. En la profundidad de la sombra había una música.

Alguno que se hallaba probablemente en la pendiente

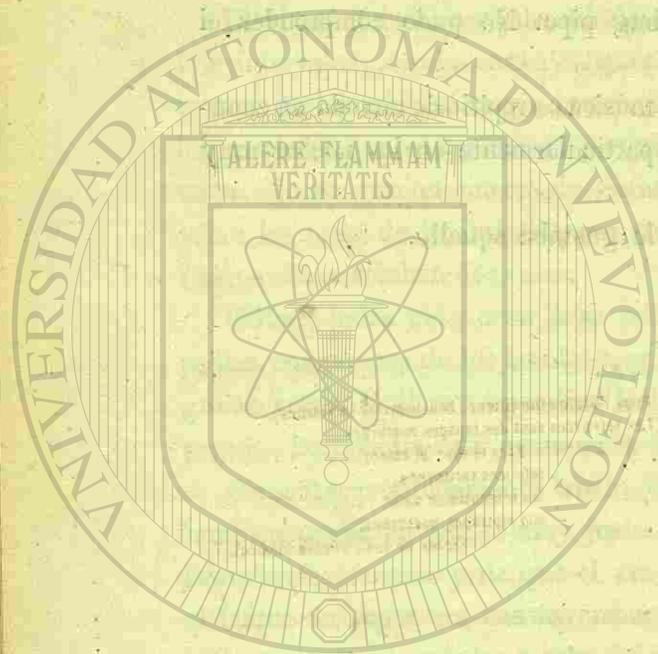
de la colina, ó al pie de las torres del castillo del Valle, ó tal vez mas lejos aun, tocaba un instrumento.

Deruchette reconoció su melodía favorita *Bonny Dundee*, reproducida por el bug pipe. No pudo comprender el misterio.

Desde entonces la música se repitió de cuando en cuando á la misma hora, particularmente en las noches muy negras.

A Deruchette no le gustaba aquello.

ALFONSO ALFONSO ALFONSO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Pour l'oncle et le tuteur, bonshommes taciturnes,
Les sérénades sont des tapages nocturnes.

Para el tío y el tutor,
infelices taciturnos,
las serenatas de amor
son cipizapes nocturnos.

(Versos de una comedia inédita).

Trascurrieron cuatro años.

Deruchette frisaba en los veintiuno, y no estaba aun casada.

No sé quién ha escrito no sé dónde:—Una idea fija es una barrena. Cada año penetra una vuelta mas. Si se la quiere quitar al primer año, nos arrancará los cabellos; al segundo nos destrozará el tegumento; al tercero nos romperá el hueso; al cuarto nos estirpará el cerebro.

Gilliatt se hallaba en el cuarto año de su idea fija.

No habia aun dirigido una palabra á Deruchette.

®

LIBRERIA ALFONCINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Soñaba y pensaba siempre en la encantadora jóven, y nada mas.

Sucedió que una vez, hallándose por casualidad en Saint-Sampson, habia visto á Deruchette hablando con mess Lethierry delante de la puerta de los Bravées, que se abria en el malecon del puerto. Se habia aventurado á aproximarse mucho.

Creia estar seguro de que en el momento de pasar, ella se habia sonreido, en lo que nada habia que pareciese imposible.

Deruchette seguia oyendo de cuando en cuando el bug pipe.

Mess Lethierry lo oia tambien. Habia al fin y al cabo notado aquel encarnizamiento de música debajo de las ventanas de Deruchette. Música tierna, circunstancia agravante. Un amante nocturno no era de su gusto.

Quería casar á Deruchette cuando le llegase el dia, cuando ella quisiera y él quisiera, pura y simplemente, sin aventuras y sin música. Impacientado, se habia puesto al acecho y creia haber vislumbrado á Gilliatt. Se pasó las uñas por las patillas, señal de cólera, y dijo refunfuñando:

¿Por qué está tocando el reclamo ese animal? Ama á Deruchette, es claro. Pierdes miserablemente el tiempo. El que ama á Deruchette tiene que dirigirse á mí, y sin tocar la flauta.

Sobrevino un acontecimiento de trascendencia, previsto desde mucho tiempo. Se anunció que el reverendo Jaquemin Hérode habia sido nombrado subrogado del obispo de Winchester, dean de la isla y rector de Saint-Pierre

Port, y que saldria de Saint-Sampson para Saint-Pierre inmediatamente despues de tomar posesion su sucesor.

El nuevo rector no podia tardar mucho en llegar. Era un gentleman de origen normando, que se llamaba Joë Ebenezer Caudray, en inglés Cawdry.

Se daban respecto del futuro rector pormenores que la benevolencia y la malevolencia comentaban en sentido inverso.

Decíase que era jóven y pobre, pero su juventud estaba compensada por mucha doctrina, y su pobreza por mucha esperanza.

En el lenguaje especial creado por la herencia y la riqueza, la muerte se llama esperanza.

Era el sobrino y el heredero del anciano y opulento dean de Saint-Asaph. Muerto el dean, él seria rico. M. Ebenezer Caudray tenia parientes distinguidos; tenia casi derecho á la calidad de honorable.

En cuanto á su doctrina, se la juzgaba de diversas maneras. Era anglicano; pero, segun la espresion del obispo Tillotson, era muy «libertino,» es decir, muy severo.

Repudiaba el farisismo, y hacia mejores migas con el presbiterio que con el episcopado.

Acariciaba el sueño de la primitiva Iglesia, en que Adan tenia el derecho de escoger á Eva, y en que Frumentanus, obispo de Hierápolis, se apoderaba de una jóven para hacer de ella su esposa diciendo á los padres: *Ella lo quiere y yo lo quiero, vos no sois ya su padre y vos no*

sois ya su madre, yo soy el ángel de Hierápolis, y ella es mi esposa. El padre es Dios.

A creer lo que se decía, M. Ebenezer Caudray subordinaba el testamento: *Honrarás padre y madre*, al testamento, según el superior: *La mujer es la carne del hombre. La mujer abandonará á su padre y á su madre por seguir á su marido.*

Por lo demás, esta tendencia á circunscribir la autoridad paterna, y á favorecer religiosamente todos los modos de formación del vínculo conyugal, es propia de todo el protestantismo, particularmente en Inglaterra y mas aun en América.

V.

EL TRIUNFO LEGÍTIMO ES SIEMPRE ABORRECIDO.

Hé aquí cuál era en aquel momento el balance de mess Lethierry.

La Duranda había dado de sí todo lo que había prometido. Mess Lethierry había pagado sus deudas, reparado sus brechas, satisfecho los créditos de Bresna, y hecho frente á los vencimientos de los plazos de Saint-Malo.

Había desembarazado su casa de los Bravées de las hipotecas que la gravaban, y había redimido todos los censos y pequeñas rentas locales que sobre ella se percibían. Era dueño de un gran capital productivo, la Duranda, cuyo producto neto ascendía ya á mil libras esterlinas é iba en

aumento. Propiamente hablando, la Duranda era toda su fortuna.

Era también la fortuna del país. Siendo el transporte de bueyes uno de los mayores beneficios del buque, para mejorar la estiva y facilitar la entrada y salida de las reses, hubo que suprimir las dos perchas y los dos botes, lo que era tal vez una imprudencia. La Duranda no tenía más que una embarcación, la chalupa. Verdad es que esta era excelente.

Diez años habían pasado desde el robo de Rantaine.

La prosperidad de la Duranda tenía un lado débil, y era que no inspiraba confianza; se la creía un azar. La situación de mess Lethierry no era aceptada sino como excepción. Pasaba por haber cometido una locura feliz.

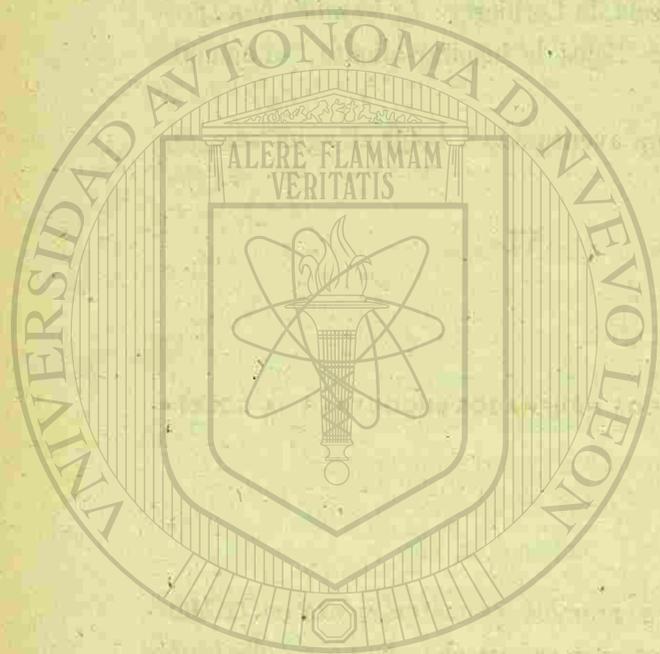
Algun imitador que tuvo en Cowes, en la isla de Wight, no había alcanzado un éxito favorable. El ensayo había arruinado á sus accionistas. Lethierry decía: La máquina estaba mal construida. Pero todo el mundo meneaba la cabeza.

La generalidad está prevenida contra todas las novedades, y el menor paso que den en falso las compromete. Uno de los oráculos comerciales del archipiélago normando, el banquero Jauge, de París, consultado sobre una especulación de buques de vapor, respondió, según se dijo, volviendo la espalda: *Lo que me proponéis es una conversión. Conversión del dinero en humo.* En cambio los buques de vela hallaban cuantas compañías en comandita querían. Los capitales se obstinaban en pró del trapo contra la caldera.

En Guernesey, la Duranda era un hecho, pero el vapor no era un principio.

Tal es el encarnizamiento de la negación en presencia del progreso. Se decía de Lethierry: *Le ha salido bien, pero no lo haría otra vez.* Lejos de inspirar aliento, su ejemplo intimidaba.

Nadie se hubiera aventurado á botar al agua una segunda Duranda.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

FORTUNA FUE DE LOS NÁUFRAGOS ENCONTRAR LA GOLETA.

El equinoccio se anunció prematuramente en la Mancha. La Mancha es un mar estrecho que opone obstáculos al viento y le irrita.

Desde febrero empiezan los vientos del Oeste, y toda el agua está sacudida en todos los sentidos. La navegación se hace inquieta; las gentes de la costa miran el palo de seña, preocupando su imaginación las embarcaciones que puedan hallarse en un conflicto. El mar parece estar en alevoso acecho; un clarín invisible lanza no se sabe qué gritos de guerra; ventarrones furiosos trastornan el horizonte; sopla un viento terrible. La sombra silba y sopla.

En la profundidad de las nubes, la cara negra de la tempestad hincha sus carrillos.

El viento es un peligro, la niebla otro.

Desde los tiempos mas remotos las nieblas han sido temidas de los navegantes. En ciertas nieblas se hallan en suspension prismas microscópicos de hielo á que Mariotte atribuye los halos, las parelias y las paraselenas.

Las nieblas tempestuosas son de un órden compuesto; diversos vapores, de peso específico desigual, se combinan en ellas con el vapor de agua, y se sobreponen en un órden que divide la bruma en zonas y hace de la niebla una verdadera formacion; el iodo está debajo, el azufre encima del iodo, el bromo encima del azufre, el fósforo encima del bromo.

Este, en cierta medida, y atribuyendo á la tension eléctrica y magnética la parte que les corresponde, explica varios fenómenos, el fuego de San Telmo, de Colon y de Magallanes, las estrellas vagas mezcladas con los buques de que habla Séneca, las dos llamas Cástor y Póllux de que habla Plutarco, la legion romana en cuyas azagayas creyó César ver prenderse fuego, la pica del castillo de Druino en el Friul que el soldado que estaba de centinela hacia centellear tocándola con la punta de su lanza, y hasta tal vez esas fulguraciones de acá abajo que los antiguos llamaban «los relámpagos terrestres de Saturno.»

En el ecuador una inmensa nube permanente parece atada alrededor del globo, es el *Cloud-ring*, el anillo de

nubes. La mision del *Cloud-ring* es refrescar el trópico, así como la mision del *Gouff-Stream* es calentar el polo.

Bajo el *Cloud-ring*, la niebla es funesta. Aquellas latitudes son las de los caballos, *Horse latitude*; al llegar á ellas los navegantes de los últimos siglos arrojaban los caballos al mar, en tiempos tempestuosos para aligerarse, en tiempos de calma para economizar la provision de agua. Colon decia: *Una nube baja es la muerte.*

Los etruscos, que son para la metereología lo que los caldeos para la astronomía, tenian dos pontificados, el del trueno y el de la nube; los fulguradores observaban los relámpagos y los aquilegos observaban la niebla.

El colegio de los sacerdotes-augures de Tarquinias era consultado por los tirios, los fenicios, los pelasgos y todos los navegantes primitivos del antiguo Marinterno. Ya entonces se entrevió la manera de engendrarse las tempestades, que está íntimamente ligada con el modo de formarse las nieblas, y constituye, propiamente hablando, el mismo fenómeno.

Existen en el Océano tres regiones de brumas, una ecuatorial y dos polares. Los marinos les dan un solo nombre: *El puchero negro.*

En todas partes, y especialmente en la Mancha, las nieblas del equinoccio son peligrosas. Forman brusca-mente la noche en el mar. Uno de los peligros de la niebla, aun cuando no sea muy densa, consiste en que impide reconocer la variacion de fondo por la variacion de

color del agua, de lo que resulta un disimulo terrible de la aproximacion de las rompientes y de los bajíos.

El navegante se encuentra junto á un escollo sin que nada se lo advierta. Con frecuencia las nieblas no dejan al buque que navega mas recurso que ponerse al paio ó echar anclas. Hay tantos naufragios de niebla como de viento.

No obstante, despues de una borrasca muy violenta que sucedió á uno de esos dias de niebla, la goleta correo *Cashmere* arribó de Inglaterra sin accidente alguno. Entró en Saint-Pierre Port al primer rayo del sol que salió del mar, en el momento mismo que el castillo Cornet tiraba su cañonazo de leva. El cielo se habia despejado.

La goleta *Cashmere* era aguardada con impaciencia, porque en ella debia venir el nuevo rector de Saint-Sampson.

Poco despues de la llegada de la goleta, circuló por la poblacion la voz de que por la noche en el mar habia atracado á ella una chalupa que contenia una tripulacion náufraga.

VII.

FORTUNA FUE PARA EL DISTRAIDO QUE LE VIERA
UN PESCADOR.

Aquella noche Gilliatt, apenas hubo caido el viento, se fué á pescar, si bien alejándose poco la panza de la costa.

A las dos de la tarde, al bajar la marea, hacia un sol hermoso, y Gilliatt, ya de regreso, pasando por delante del Corne de la Bete, creyó ver en la proyeccion de la silla *Gild-Holm-Ur* una sombra que no era la de la roca.

Dejó arribar á la panza por aquel lado, y vió que un hombre estaba sentado en la silla *Gild-Holm-Ur*.

La marea habia subido ya mucho, la roca estaba baticida por el oleaje, y el regreso no era ya posible. Gilliatt

color del agua, de lo que resulta un disimulo terrible de la aproximacion de las rompientes y de los bajíos.

El navegante se encuentra junto á un escollo sin que nada se lo advierta. Con frecuencia las nieblas no dejan al buque que navega mas recurso que ponerse al paio ó echar anclas. Hay tantos naufragios de niebla como de viento.

No obstante, despues de una borrasca muy violenta que sucedió á uno de esos dias de niebla, la goleta correo *Cashmere* arribó de Inglaterra sin accidente alguno. Entró en Saint-Pierre Port al primer rayo del sol que salió del mar, en el momento mismo que el castillo Cornet tiraba su cañonazo de leva. El cielo se habia despejado.

La goleta *Cashmere* era aguardada con impaciencia, porque en ella debia venir el nuevo rector de Saint-Sampson.

Poco despues de la llegada de la goleta, circuló por la poblacion la voz de que por la noche en el mar habia atracado á ella una chalupa que contenia una tripulacion náufraga.

VII.

FORTUNA FUE PARA EL DISTRAIDO QUE LE VIERA
UN PESCADOR.

Aquella noche Gilliatt, apenas hubo caido el viento, se fué á pescar, si bien alejándose poco la panza de la costa.

A las dos de la tarde, al bajar la marea, hacia un sol hermoso, y Gilliatt, ya de regreso, pasando por delante del Corne de la Bete, creyó ver en la proyeccion de la silla *Gild-Holm-Ur* una sombra que no era la de la roca.

Dejó arribar á la panza por aquel lado, y vió que un hombre estaba sentado en la silla *Gild-Holm-Ur*.

La marea habia subido ya mucho, la roca estaba baticida por el oleaje, y el regreso no era ya posible. Gilliatt

hizo al hombre mil señas, y el hombre permaneció inmóvil.

Gilliatt se acercó. El hombre estaba dormido.

Era un hombre vestido de negro.—Parece un cura, dijo para sí Gilliatt. Se acercó mas aun, y vió un rostro de adolescente.

Este rostro le era desconocido.

Felizmente la roca estaba cortada á pico, habia allí mucho fondo, Gilliatt atracó, y se puso de costado al muro. El oleaje levantaba el barco lo suficiente para que Gilliatt poniéndose de pie en la orla de la panza pudiese alcanzar los pies del hombre.

Se encaramó por encima del bordaje, y levantó las manos.—Si en aquel momento hubiese caido, difícilmente hubiera reaparecido en la superficie del agua. El agua se estrellaba contra la roca, y entre ésta y la panza era el aplastamiento inevitable.

Tiró de un pie al hombre dormido.

—¡Eh! ¿qué haceis aquí?

El hombre se despertó.

—Miro, dijo.

Y restregándose los ojos, añadió:

—Acabo de llegar á este pais; he venido por aquí paseando; he pasado la noche en el mar; la perspectiva me ha parecido bella; estaba fatigado, y me he quedado dormido.

—Diez minutos mas de sueño, y moriais ahogado, dijo Gilliatt.

—¡Bah!

—Saltad á mi barca.

Gilliatt mantuvo con el pie atracada la barca, con una mano se agarró de la roca y tendió la otra al hombre vestido de negro, que saltó con ligereza á bordo. Era un jóven de muy buena presencia.

Gilliatt cogió el remo, y en dos minutos la panza llegó al ancon del Bu de la Calle.

El jóven desconocido llevaba un sombrero redondo y una corbata blanca. Su largo redingote negro estaba abrochado hasta la corbata. Tenia el pelo rubio formando cerquillo, el semblante mujeril, los ojos puros, el continente grave.

La panza habia llegado á tierra. Gilliatt pasó el cable por la argolla de amarra, se volvió luego, y vió la mano muy blanca del jóven que le presentaba un soberano de oro.

Gilliatt separó suavemente aquella mano.

—Me habeis salvado la vida.

—Tal vez, respondió Gilliatt.

La amarra estaba atada. Salieron de la barca.

El jóven desconocido repuso:

—Os debo la vida, señor.

—¿Y eso qué?

Esta respuesta de Gilliatt fue tambien seguida de una pausa.

—¿Sois de esta parroquia? preguntó el jóven desconocido.

—No, respondió Gilliatt.

—¿De qué parroquia sois, pues?

Gilliatt levantó la mano derecha, indicó el cielo, y dijo:

—De aquella.

El jóven desconocido le saludó y se fué.

Dió unos cuantos pasos y se detuvo, se metió la mano en el bolsillo, sacó de él un libro, y volviéndose á Gilliatt, se lo entregó.

—Permitidme ofreceros este recuerdo.

Gilliatt tomó el libro.

Era una Biblia.

Un instante despues, Gilliatt, puesto de bruces en su parapeto, miraba cómo el jóven desconocido corria por el ángulo de la senda que va á Saint-Sampson.

Bajó gradualmente la cabeza, olvidó al reciénvenido, no supo ya si la silla de Gild-Holm-Ur existia, y todo desapareció para él en la inmersión sin fondo del delirio.

Gilliatt tenia un abismo, Deruchette.

Una voz que le llamaba le puso sobre sí.

—¡Hola, Gilliatt!

Reconoció la voz y levantó los ojos.

—¿Qué hay de nuevo, sieur Landoys?

Era en efecto sieur Landoys que pasaba por la carretera á cien pasos del Bu de la Calle en su faeton, tirado por una jaquita. Se había detenido para llamar á Gilliatt, pero parecia estar azorado y tenia mucha prisa.

—Hay novedades, Gilliatt.

—¿Dónde?

—En los Bravées.

—¿Qué novedades son esas?

—Estoy demasiado lejos para contároslo todo.

Gilliatt se estremeció.

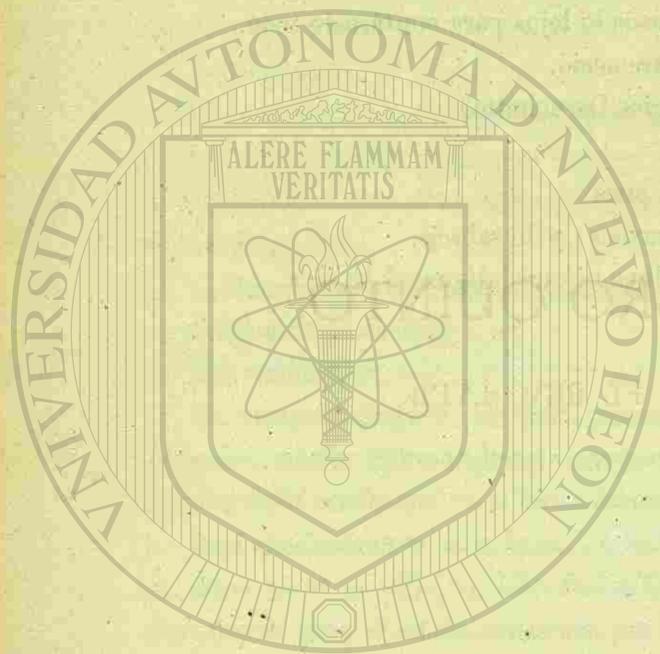
—¿Se casa miss Deruchette?

—No.

—¿Qué pasa pues?

—Id á los Bravées, y lo sabreis.

Y sieur Landoys dió un latigazo á su jaca.



LIBRO QUINTO,

EL REWOLVER.

UANL

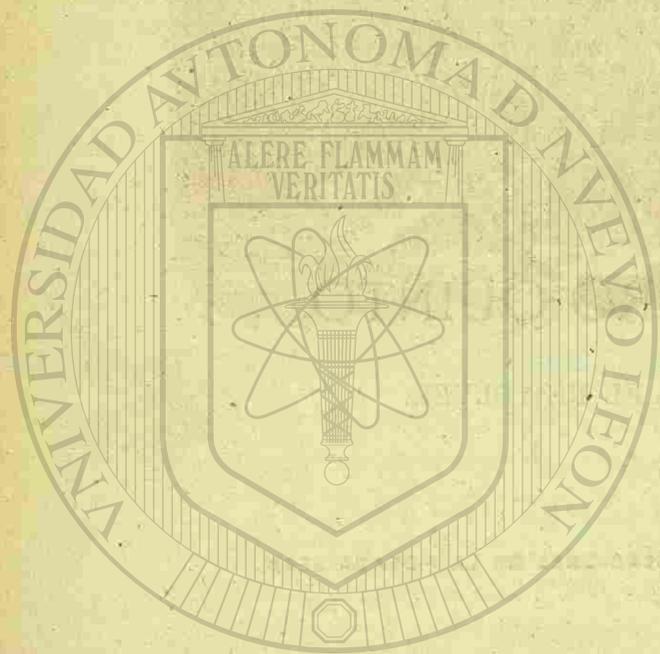
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



REINA ALFONSO

UNIVERSITARIA



I LAS CONVERSACIONES DE LA POSADA JEAN.

Sieur Clubin era el hombre que aguardaba una ocasión.

Era pequeño y pálido, con la fuerza de un toro. El mar no consiguió curtirle ni volverle moreno. Su carne parecía de cera. Era del color del cirio, del cual tenía en los ojos la claridad discreta.

Su memoria tenía algo de imperturbable y de particular. Para él, ver una vez a un hombre era tenerle siempre presente, como se tiene una nota en un registro. Su mirada lacónica agarraba. Su pupila tomaba una copia de un semblante y la estereotipaba; por más que el semblante

envejeciese, sieur Clubin volvía á encontrarle. Era imposible hacer perder la pista á su tenaz recuerdo.

Sieur Clubin era conciso, sobrio, frío; jamás un gesto. Su actitud de candor cautivaba á todo el mundo.

Muchos le creían simple; en el ángulo del ojo tenía un pliegue que le daba la apariencia de una estupidez asombrosa. No había mejor marino que él, ya lo hemos dicho; nadie como él para amurar una vela, para amarrarla, para mantenerla orientada con la escota. Ninguna reputación de religión é integridad escedía á la suya. El que hubiese sospechado de él, se hubiese hecho sospechoso. Lazos de amistad le unían con M. Rebuchet, cambista en Saint-Malo, calle Saint-Vincent, al lado del armero, y monsieur Rebuchet decía: *daria á guardar mi establecimiento á Clubin.*

Sieur Clubin era viudo. Su mujer había sido la mujer honrada como él era el hombre honrado. Murió con el renombre de una virtud á toda prueba. Si el Baile la hubiera echado un requiebro, hubiera ido á decírselo al rey, y si el buen Dios se hubiera enamorado de ella, se lo hubiera ido á decir al cura. Aquella pareja, sieur y dame Clubin, había realizado en Torteval el ideal del epíteto inglés «*respectable.*»

Dame Clubin era el cisne; sieur Clubin era el armiño. Una mancha le hubiera muerto.

No hubiera podido hallar un alfiler sin buscar á su dueño. Hubiera hecho pregonar un mazo de pajuelas que se hubiera encontrado.

Entró un día en un bodegón en Saint-Servan, y dijo al amo: tres años atrás almorcé aquí, y os equivocásteis

al darme la vuelta. Y le devolvió sesenta y cinco céntimos. Tenía una probidad suma, y un ademán de vigilancia constante.

Parecía un perro de muestra. Acechaba siempre. ¿A quién? Probablemente á los pícaros.

Todos los martes conducía la Duranda desde Guernesey á Saint-Malo. Llegaba á Saint-Malo el martes por la noche, permanecía allí dos días haciendo su cargamento y volvía á partir para Guernesey el viernes por la mañana.

A la sazón había en Saint-Malo una botillería en el puerto, que se llamaba la posada Jean.

Esta posada ha sido demolida para la construcción de los actuales muelles. En aquella época el mar venía á besar la puerta Saint-Vincent y la puerta Dinan; Saint-Malo y Saint-Servan, en la baja marea, se comunicaban por medio de carrmatos que circulaban entre los buques en seco, evitando las boyas, las áncoras y las jarcias, y arriesgándose algunas veces á romper las capillas de cuero de una verga baja ó de un bauprés. Entre dos mareas, los cocheros arreaban sus caballos en aquella arena donde seis horas después el viento azotaba las olas.

En aquella misma playa correteaban en otro tiempo los veinticuatro alanos porteros de Saint-Malo que se zamparon un oficial de marina en 1770, por cuyo exceso de celo fueron suprimidos.

Actualmente no se oyen ya ahullidos nocturnos entre el Talard menor y el Talard mayor.

Sieur Clubin bajaba á la posada Jean. Allí estaba el despacho francés de la Duranda.

Los aduaneros y guardacostas almorzaban y bebían en la posada Jean, donde tenían mesa aparte. Allí se encontraban, con ventajas para el servicio, los aduaneros de Binic con los aduaneros de Saint-Malo.

También acudían allí patrones de buques, pero comían en otra mesa. Sieur Clubin tan pronto se sentaba en la una como en la otra, si bien prefería la de los aduaneros á la de los patrones. En las dos era bien recibido.

Las dos mesas estaban bien servidas. Había refinamiento de bebidas locales extranjeras para los marinos de otros países. Un marinero de Bilbao hubiera hallado allí un helado. Allí se bebía stout como en Greenwich y gueuse brune como en Anveres.

Capitanes de larga carrera y armadores figuraban algunas veces en la mesa de los patrones. Allí las noticias mercantiles y políticas caían como un chubasco.

—¿Qué tal marchan los azúcares?—Los azúcares no se presentan en el mercado mas que en pequeñas partidas. Sin embargo, los terciados no escasean; tres mil sacos de Bombay y quinientas barricas de Sagua.—Vereis cómo la derecha acaba por derribar á Villele.—¿Y el añil?—No se han negociado mas que siete corachas de Guatemala.—La *Nanine-Julie* está en rada. Hermosa fragata de Bretaña.—Y siguen las dos ciudades de la Plata con sus peloterías.—Cuándo Montevideo engorda, Buenos-Aires enflaquece.—Ha sido preciso trasladar el cargamento del

Regina Cæli, condenado en el Callao.—Los cacaoos marchan; los sacos de Caracas han costado doscientos treinta y cuatro y los de Trinidad setenta y tres.—Parece que en la revista del Champ de Mars se ha gritado: Abajo los ministros.—Los cueros de Buenos-Aires se venden á sesenta francos los de buey y á cuarenta y ocho los de vaca.—¿Se ha pasado el Balkan? ¿Qué hace Diebitsch?—En San Francisco falta el anisete. El aceite de olivas Plagniol está en calma. El queso de Gruyere á treinta y dos francos el quintal.—¿Con que, Leon XII ha muerto?—etc.

Todas las cuestiones indicadas y otras muchas se comentaban estrepitosamente. En la mesa de los aduaneros y guardacostas no se hablaba tan alto.

Los asuntos de policía de las costas y de los puertos requieren menos sonoridad y menos claridad en el diálogo.

La mesa de los patrones estaba presidida por un viejo capitán de larga carrera, M. Gertrai-Saboureaux. Monsieur Gertrai-Gaboureaux no era un hombre, sino un barómetro. Su práctica marítima le había dado una sorprendente infalibilidad de pronóstico.

Decretaba el tiempo que haría al día siguiente. Amanesaba el viento, tomaba el pulso al mar. Decía á la nube: Muéstrame tu lengua. Es decir, el relámpago. Era el doctor de las olas, de la brisa, de la ráfaga. El Océano era su enfermo. Había hecho un viaje alrededor del mundo como se hace una clínica, examinando cada clima en su buena y mala salud; sabía á fondo la patología de las estaciones.

Se le oían consignar hechos como el siguiente:—

«En 1796 el barómetro bajó una vez á tres líneas debajo de tempestad.» Era marino por afición. Odiaba á Inglaterra tanto como queria al mar. Habia estudiado cuidadosamente la marina inglesa para conocer su lado vulnerable. Esplícabá en que el *Sovereign* de 1637 se diferenciaba del *Royal William* de 1670 y de la *Victory* de 1755. Comparaba los acastillajes. Echaba de menos las torres en la cubierta y las cofas en forma de embudo del *Great-Harry* de 1513, probablemente bajo el punto de vista de las balas francesas, que tan bien se adecuaban á su superficie.

Las naciones para él no existían sino por sus instituciones marítimas, y le eran peculiares sinonimias estrañas.

Designaba á Inglaterra con el nombre de *Trinite House*, la Escocia con el de *Northen commissioners*, y la Irlanda con el de *Ballast board*.

Abundaba en datos; era alfabeto y almanaque, mapa y tarifa. Sabía de memoria el peaje de los faros, sobre todo de los ingleses; un penny por tonelada pasando por delante de este, un farthing pasando por delante de aquel. Decía: *El faro de Small's, Rock que no consumía mas que doscientos gallons de aceite, quema en la actualidad mil quinientos gallons.* Un día, á bordo, en una enfermedad grave que tuvo, se le creía muerto; la tripulación rodeó su camarote, y él interrumpió el hipo de la agonía para decir al carpintero:—Sería ventajoso adaptar al grueso de los tamboretas una muesca á cada lado para recibir una pieza de fundición con eje de hierro por donde pasasen las guindaletas.

De todo eso resultaba una figura magistral.

Rara vez el objeto de la conversacion era el mismo en la mesa de los patrones y en la de los aduaneros

Este caso, sin embargo, se presentó precisamente en los primeros dias del mes de febrero á que nos han conducido los sucesos que narramos. La fragata *Tamaulipas*, capitán Zuela, procedente de Chile, donde estaba próxima á regresar, llamó la atención de las dos mesas.

En la de los patrones se habló de su cargamento, y en la de los aduaneros de sus condiciones marineras.

El capitán Zuela, de Copiapo, era un chileno algo colombiano, que habia hecho con independencia las guerras de la Independencia, tan pronto perteneciendo al partido de Bolívar como al de Morillo, segun le convenia. Se habia enriquecido sirviendo á todo el mundo.

No habia otro hombre mas borbónico, mas bonapartista, mas absolutista, mas liberal, mas ateo y mas católico. Pertenecía á ese gran partido que se podría llamar el partido lucrativo.

Hacia de cuando en cuando en Francia apariciones comerciales, y, si es cierto lo que se decia, admitía á su bordo á gentes fugitivas, lo mismo á los que habian hecho una bancarota fraudulenta que á los proscritos políticos. Pagándole bien, poco le importaba lo demás.

Su procedimiento de embarque era sencillo. El fugitivo aguardaba en un punto desierto de la costa, y en el momento de aparejar, Zuela le enviaba una lancha que lo tomaba á bordo. En su precedente viaje habia hecho evadir á

un contumaz del proceso Berton, y ahora, según se decía, contaba con llevarse á algunos comprometidos en el negocio del Bidasoa. La policía, advertida, no le perdía de vista.

Aquellos tiempos eran una época de fugas. La restauración era una reacción, y así como las revoluciones acarrearán emigraciones, las reacciones producen proscripciones.

Durante los siete ú ocho primeros años que mediaron á la vuelta de los Borbones, el pánico reinaba en todas partes, en la hacienda, en la industria, en el comercio, que sentían temblar la tierra y menudear las quiebras. Había en política un «sálvese el que pueda.»

Lavalette había huido; Lefebvre Desnouettes había huido; Delon había huido. Los tribunales excepcionales funcionaban, ayudando á Trestaillon. Se huía del puente de Saumur, de la esplanada de la Beole, del muro del Observatorio de París, de la torre de Taurias de Avignon, siluetas lúgubrementemente levantadas en la historia, que la reacción ha marcado, y en que se distingue aun actualmente su sangrienta mano.

En Londres el proceso Thistlewood con ramificaciones en Francia, en París el proceso Trogoff con ramificaciones en Bélgica, Suiza é Italia, habían multiplicado los motivos de inquietud y desaparición y aumentado el profundo derrotero subterráneo que formaba el vacío hasta en las más altas filas del orden social. Ponerse en seguridad, tal era el cuidado común.

Estar comprometido era estar perdido. El espíritu de

los tribunales prebostales había sobrevivido á la institución. Había condenas por complacencia. Quién se salvaba en Tejas, quién en las montañas Rocosas, quién en el Perú, quién en Méjico.

Los hombres del Loire, entonces bandidos, hoy paladines, habían fundado el campo de asilo. Una canción de Beranger, decía: *Salvages, nosotros somos franceses; tened piedad de nuestra gloria.* La espatriación era el único recurso.

Pero nada es menos sencillo que huir; este monosílabo contiene abismos. Todo sirve de obstáculo al que se evade.

Ponerse á salvo implica disfrazarse. Personas considerables, y hasta ilustres, estaban reducidas á expedientes de malhechores. Y aun así, hacían mal su papel. Eran inverosímiles. Su costumbre de llevar siempre la cara descubierta hacía difícil su paso por entre las mallas de la reacción. Un bandido escapado de presidio era en presencia de la policía más correcto que un general. ¿Sabeis lo que es la inocencia obligada á disimularse á sí misma, la virtud contrahaciendo su voz, la gloria poniéndose una máscara?

Un transeunte de aspecto sospechoso era una celebridad que iba en busca de un pasaporte falso. Las maneras torpes del hombre que se escapa no probaban que no se tuviese delante de los ojos á un héroe. Rasgos fugitivos y característicos de los tiempos, que la historia llamada regular descuida, y que el verdadero pintor de un siglo debe subrayar.

Detrás de esas fugas de personas honradas se hilvanaban, menos vigiladas y menos sospechosas, las fugas de los bribones. Un foragido obligado á eclipsarse se aprovechaba de la confusion, formaba número entre los proscritos, y con frecuencia, como hemos dicho, gracias á su mayor arte, parecia en aquel crepúsculo mas honrado que el hombre honrado.

Nada es tan torpe como la probidad perseguida. No sabe lo que le pasa y comete imprudencias.

Un falsario se escapa mas fácilmente que un convencional.

Pudiéramos casi decir que, particularmente para la gente de mala vida, la evasion conducia á todo.

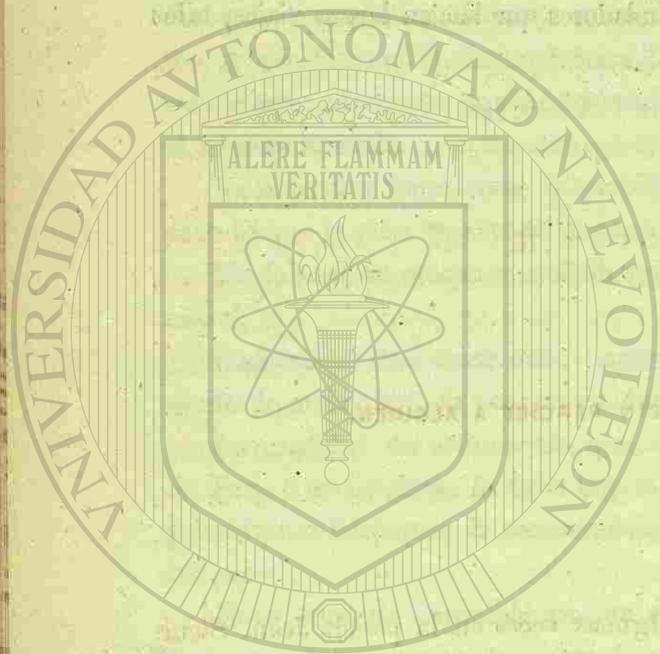
La cantidad de civilizacion que un pícaro esportaba de París ó de Lóndres, le daba importancia en los países primitivos ó bárbaros, le recomendaba y hacia de él un iniciador.

Nada tenia de imposible que un aventurero se escapase aquí del código para llegar en otra parte al sacerdocio.

Habia fantasmagoría en la desaparicion, y mas de una evasion tuvo resultados que antes de realizarse hubieran parecido un sueño. Una fuga de ese género conducia á lo desconocido y á lo quimérico. Un quebrado huido de Europa, Dios sabe cómo, ha reaparecido veinte años despues gran visir en el Mogol ó rey en Tasmania.

Favorecer las evasiones era una industria, y, atendida la frecuencia del hecho, una industria beneficosa. Era

una especulacion que completaba ciertos comercios. El que queria hallar su salvacion en Inglaterra se dirigia á los contrabandistas; el que queria hallarla en América se dirigia á los defraudadores que hacian largos viajes, tales como Zuela.



II.

CLUBIN PERCIBE Á ALGUIEN.

Zuela comia algunas veces en la posada Jean. Sieur Clubin le conocia de vista.

Sieur Clubiu no era orgulloso; no se desdenaba de conocer de vista á los foragidos. Llegaba algunas veces hasta á tratarles, dándoles en medio de la calle la mano y los buenos dias. Hablaba inglés al smogler y chapurraba el español con el contrabandista.

Tenia acerca del particular para conducirse en la vida práctica, algunas sentencias:—Se puede sacar el bien del conocimiento del mal.—El guarda de un soto platica útilmente con el matutero.—El piloto debe echar la sonda

al pirata, pues un pirata es un escollo.—Yo pruebo un pícaro como un médico prueba un veneno.—Eran apotegmas sin réplica.

Todo el mundo decía que el capitán Clubin tenía razón. Se le aprobaba que no adoleciese de delicadezas y miramientos ridículos. ¿Quién se hubiera atrevido á censurarle? Todo lo que hacía era evidentemente «para bien del servicio.» Todo en él era sencillo. Nada podía comprometerle. El cristal no podía mancharse aunque quisiese. Esta confianza era la justa recompensa de una larga honradez, y es la que constituye la escelencia de las reputaciones bien sentadas.

En cuanto hacia ó parecía hacer Clubin, se suponía que había malicia en sentido favorable á la virtud; tenía adquirida la fama de impecable, y al mismo tiempo la de sagaz, y de tal ó cual familiaridad que en otro hubiera infundido sospechas, su probidad salía con un relieve de destreza. Su reputación de hábil se combinaba armoniosamente con su reputación de sencillez, sin contradicción ni violencia.

Un cándido hábil es un tipo que existe. Es una de las variedades del hombre honrado y de las más apreciadas.

Sieur Clubin era de esos hombres que, sorprendidos en conversación íntima con un estafador ó un bandido, son sin embargo aceptados, penetrados, comprendidos y tienen á favor suyo la guñada satisfecha y de inteligencia de la estimación pública.

El *Tamaulipas* había completado su cargamento. Estaba de marcha é iba muy pronto á aparejar.

Un martes por la tarde la *Duranda* llegó á Saint-Malo cuando aun era de día. Sieur Clubin, vigilando desde la cubierta la maniobra de la entrada en el puerto, percibió cerca de Petit-Bey, en la playa de arena, entre dos rocas, en un paraje muy solitario, dos hombres que conversaban.

Les miró con su anteojo de marino, y reconoció á uno de ellos. Era el capitán Zuela. Le pareció reconocer también al otro.

Este otro era un personaje de elevada estatura, algo canoso. Llevaba el ancho sombrero y grave traje de los Amigos. Era probablemente un cuáquero. Bajaba la vista con modestia.

Al llegar á la posada Jean, sieur Clubin supo que el *Tamaulipas* pensaba zarpar dentro de diez días.

Se supo después que había tomado algunos otros informes.

Por la noche entró en casa del armero de la calle de Saint-Vincent y le dijo:

—¿Sabeis lo que es un revolver?

—Sí, respondió el armero, es de invención americana.

—Es una pistola que sigue la conversación.

—En efecto, tiene la pregunta y la respuesta.

—Y la réplica.

—Justo, monsieur Clubin. Un cañon giratorio.

—Y cinco ó seis balas.

El armero entreabrió el ángulo de su boca y produjo con la lengua un ruido que, acompañado de un movimiento de cabeza, espresa la admiración.

—Es una buena arma, monsieur Clubin. Creo que se popularizará pronto.

—Yo quisiera un revolver de seis cañones.

—No lo tengo.

—¿Cómo, siendo armero?

—Es artículo nuevo, que no me ha llegado aun. Ahora empieza. En Francia no se hacen aun mas que pistolas.

—Lo siento.

—El revolver no se ha entregado aun al comercio.

—¿Cómo lo haremos pues?

—Tengo excelentes pistolas.

—Quiero un revolver.

—Convengo en que es mas ventajoso. Pero aguardad, monsieur Clubin.

—¿Qué?

—Creo que en este momento en Saint-Malo se vende uno de lance.

—¿Un revolver?

—Sí.

—¿Y se vendé?

—Sí.

—¿Dónde?

—Creo poderlo saber. Me informaré.

—¿Cuándo podreis darme una respuesta?

—De lance. Pero bueno.

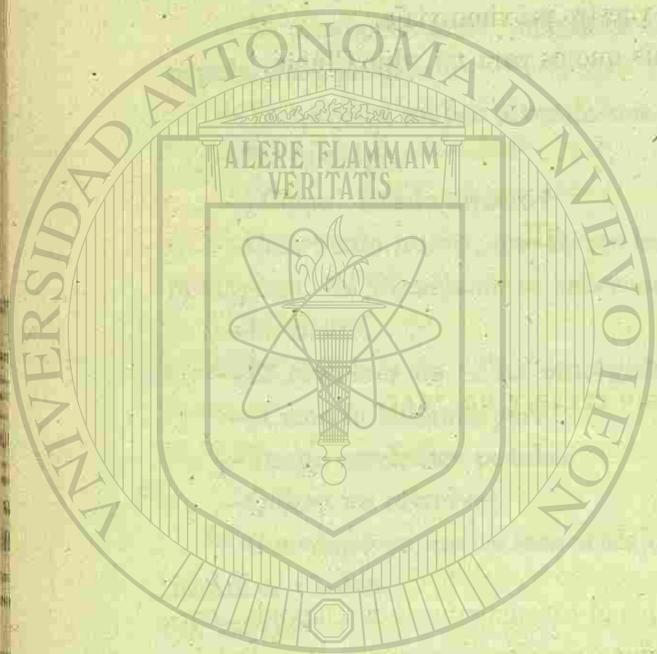
—¿Cuándo quereis que vuelva?

—Si os procuro un revolver, será de toda confianza.

—¿Cuándo me dais la respuesta?

—Al volver de vuestro próximo viaje.

—A nadie digais que es para mí, dijo Clubin.



III.

CLUBIN. LLEVA Y NO TRAE.

Sieur Clubin hizo el cargamento de la Duranda, embarcó bueyes y algunos pasajeros, y, como de ordinario, salió de Saint-Malo para Guernesey el viernes por la mañana.

Quando el buque estuvo en alta mar, lo que permite al capitan ausentarse algunos instantes de su puesto de mando, Clubin entró en su camarote, se encerró en él, metió algunos vestidos en el compartimiento elástico de un saco de viaje, galleta, algunos botes de conservas, algunas libras de cacao, un cronómetro y un anteojo de marino en el compartimiento sólido, cerró con candado el

saco, y pasó por las asas un cable enteramente dispuesto para izarlo en caso necesario.

Después bajó á la sentina, entró en el departamento de los cables, y se le vió volver á subir con una de esas cuerdas de nudos armadas de un gancho que en el mar sirven á los calafates y en tierra á los ladrones. Estas cuerdas facilitan los escalamientos.

Al llegar á Guernesey, Clubin se trasladó á Torteval, donde pasó treinta y seis horas. Llevó allí la balija y la cuerda de nudos, y no se las volvió á traer.

Digámoslo de una vez para siempre, el Guernesey de que se trata en este libro es el antiguo Guernesey, que no existe ya y que sería imposible volver á encontrar como no fuese en los campos.

En estos vive aun, pero en las ciudades ha muerto.

Lo que decimos de Guernesey debe aplicarse á Jersey. Saint-Helier equivale á Dieppe; Saint-Pierre Port equivale á Lorient.

Gracias al progreso, gracias al admirable espíritu de iniciativa de este pequeño pueblo insular, en cuarenta años se ha transformado todo en el archipiélago de la Mancha. Donde habia sombra hay luz. Esto dicho, pasemos adelante.

En aquellos tiempos, que por su distancia son ya tiempos históricos, el contrabando era muy activo en la Mancha. Los buques contrabandistas abundaban particularmente en la costa del Oeste de Guernesey. Las personas bien informadas, que saben circunstanciadamente lo que

pasaba hace ya casi medio siglo, llegan casi hasta á citar los nombres de varios de estos buques, casi todos asturianos y guipuzcoanos.

Lo que está fuera de duda es que no trascurrea apenas una semana sin que apareciesen uno ó dos, ya en la bahía de los Saints, ya en Plainmont. Su aparicion tenia casi las apariencias de un servicio regular.

Un subterráneo marítimo en Serk se llamaba y llama aun las Tiendas (*boutiques*), porque en él se compraban á los contrabandistas sus mercancías. Para las necesidades de aquellos comercios se hablaba en la Mancha una especie de dialecto contrabandista, actualmente olvidado, que era al español, lo que el levantino es al italiano.

En muchos puntos del litoral inglés y francés, el contrabando se hallaba en cordial acuerdo secreto con el negocio que pagaba su patente. Tenia sus entradas en la casa del comerciante mas encopetado, si bien es verdad que entraba por la puerta secreta, y penetraba subterráneamente en la circulacion comercial y en el sistema venoso de la industria. Negociante por delante, contrabandista por detrás; hé aquí la historia de muchas fortunas.

Séguin lo decia de Bourgain; Bourgain lo decia de Séguin. No salimos garantes de sus palabras; tal vez se calumniaban recíprocamente. Como quiera que sea, el contrabando, perseguido por la ley, estaba incontestablemente muy bien emparentado con la hacienda. Se hallaba en relaciones «con todo lo mas distinguido.»

Aquella caverna, en que Mandrin se tuteaba en otro

tiempo con el conde de Charolais, era honrada exteriormente y tenia una fachada intachable en la sociedad; la pared delantera, lo que daba á la calle, no tenia pero.

De ahí muchas connivencias, necesariamente ocultas. Semejantes misterios requerian una sombra impenetrable. Un contrabandista sabia muchas cosas, y debia callarlas; una fe inviolable y rígida era su ley. La primera cualidad de un contrabandista era la lealtad. Sin discrecion no hay contrabando posible.

Este secreto era imperturbablemente guardado. El contrabandista juraba callarlo todo, y cumplia su juramento. De nadie podia uno fiarse mejor que de un contrabandista.

El alcalde de Oyarzun cogió un dia á un contrabandista, y lo sometió á la tortura para obligarle á denunciar el depositario de sus fondos secretos. El contrabandista no nombró al depositario. Este era el mismo alcalde. De estos dos cómplices, el juez y el contrabandista, el uno, para parecer en el concepto de todos obediente á la ley, tuvo que ordenar la tortura, á la cual el otro resistió para obedecer á su juramento.

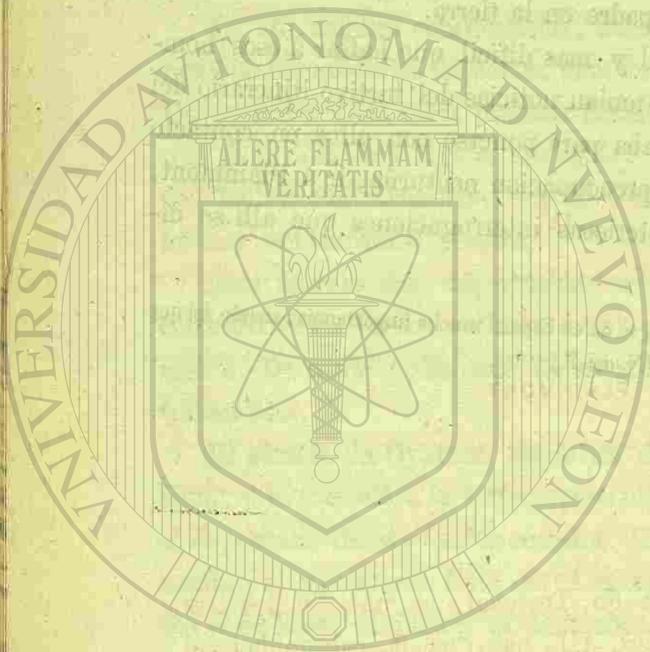
Los dos mas famosos contrabandistas que frecuentaban Plainmont en aquella época, eran Blasco y Blasquito. Eran tocayos (1).

(1) Victor Hugo está en un error. Blasco y su diminutivo Blasquito, no son un nombre de pila, sino un apellido, y tocayos se llaman, no los que llevan el mismo apellido, sino los que llevan el mismo nombre de pila. Además, Victor Hugo supone que, á la circunstancia de llevar dos su-

Este es un parentesco español y católico que consiste en tener el mismo patron en el paraiso, lo que, fuerza es convenir en ello, es no menos digno de consideracion que el tener el mismo padre en la tierra.

Nada mas fácil y mas difícil que hallar á esos hombres cuando ya se tenian noticias del furtivo itinerario del contrabando. Bastaba para ponerse con ellos en contacto no tener ninguna preocupacion nocturna, ir á Plainmont, y arrostrar las misteriosas interrogaciones que allí se dirigian.

getos el mismo nombre, se da en España mucha importancia, siendo asi que no se le da ninguna.—(N. del T.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

PLAINMONT.

Plainmont, cerca de Torteval, es uno de los tres ángulos de Guernesey. Allí hay, en la estremidad del cabo, una cumbre de césped que domina el mar.

Aquella cumbre está desierta.

Y parece mas desierta por lo mismo que hay en ella una casa.

Aquella casa añade horror á la soledad.

Es, segun se dice, una casa hechizada.

Frecuentada ó no, tiene un aspecto extraño.

Es toda de granito, de un cuerpo solo, y está en medio de la yerba. Nada tiene de ruिनosa. Es perfectamente

habitable. Sus paredes son gruesas y su techo es sólido. No falta á aquellas ni una piedra, ni á este una sola teja. Una chimenea de ladrillo se apoya en el ángulo del techo. La casa vuelve la espalda al mar. Su entrada por el lado del océano no es mas que un muro.

Examinando atentamente esta fachada, se distingue en ella una ventana tapiada. Las dos paredes ofrecen tres buhardas, una al Este, dos al Oeste, muradas todas.

En el primer piso, y esto es lo que mas asombra al acercarse á ella, hay dos ventanas abiertas; pero estas ventanas abiertas tienen un aspecto mas siniestro que las que están muradas. Su abertura las hace parecer negras en medio del día.

No tienen cristales, ni siquiera bastidores. Se abren á la sombra del interior. Diríase que son las cuencas vacías de dos ojos arrancados.

Nada dentro de aquella casa. Por las ventanas abiertas se distingue el destrozo interior. No hay ningún artesonado, ningún enmaderamiento de ensambladura; no se ve mas que la piedra pelada.

Parece un sepulcro con ventanas que permite á los espectros mirar lo que pasa fuera.

Las lluvias por el lado del mar descarnan los cimientos. Algunas ortigas agitadas por el viento acarician la parte baja de las paredes. En el horizonte, ninguna habitación humana. Aquella casa es un hueco en que anida el silencio.

Sin embargo, si el transeunte se detiene y aplica el

oído á la pared, oye de cuando en cuando confusamente sacudimientos de alas espantadas.

Encima de la puerta murada, en la piedra que forma el arquitrabe, hay grabadas estas letras: ELM-PBILG, y esta fecha: 1780.

Por la noche penetra en el interior la luna lúgubre.

Todo el mar está alrededor de aquella casa. Su situación es magnífica, y por consiguiente siniestra. La belleza del sitio se vuelve un enigma. ¿Por qué ninguna familia humana habita aquella mansión? El sitio es bello, la casa es buena... ¿Cómo se explica que esté abandonada? A las preguntas de la razón se agregan las del desvarío. Aquella casa tiene un campo cultivable, ¿por qué está inculto? no tiene dueño. La puerta murada. ¿Qué sucede, pues? ¿por qué el hombre huye de aquellos lugares? ¿Qué pasa en ellos? Si allí no pasa nada, ¿por qué no hay allí nadie? Cuando todo está dormido, ¿hay allí alguno que esté despierto?

La ráfaga tenebrosa, el viento, las aves de rapiña, animales ocultos, seres ignorados, asaltan la imaginación y se mezclan con aquella casa. ¿De qué pasajeros es hospedaje?

Los hijos del país se figuran que tinieblas de granizo y de lluvia se abisman en las ventanas. Vagos arroyos formados por las tempestades han dejado sus huellas en la pared interior. Aquellos aposentos murados y abiertos son visitados por el huracán. ¿Se ha cometido allí algún crimen? Parece que por la noche aquella casa entregada á

la sombra ha de pedir auxilio. ¿Permanece muda? ¿salen de ella voces? ¿con quién tiene que habérselas en la soledad?

El misterio de las horas negras está allí en su propio sitio. Aquella casa duerme en la plenitud del día; ¿qué no será en medio de la noche?

Al mirarla, se mira un secreto. Como el desvarío tiene su lógica y lo posible tiene su ilusión, cualquiera se pregunta lo que será aquella casa entre el crepúsculo de la tarde y el crepúsculo de la mañana. La inmensa dispersión de la vida estrahumana, ¿tiene en aquella cumbre desierta un nudo en que se detiene y que la obliga á hacerse visible y á descender? ¿Va allí á remolinar todo lo disperso? ¿Se condensa allí todo lo impalpable hasta que toma forma? Enigmas.

El horror sagrado está en aquellas piedras. La sombra que se encuentra en aquellos aposentos deshabitados es mas que sombra; es lo desconocido.

Puesto el sol, los barcos de los pescadores volverán, los pájaros enmudecerán, el cabrero que se halla detrás de la roca se irá con sus cabras, las grietas y junturas de las piedras franquearán el paso á los primeros esfuerzos de los reptiles tranquilizados, las estrellas empezarán á mirar, soplará el cierzo, la oscuridad será compieta, aquellas dos ventanas estarán allí, abiertas.

La creencia popular, á la vez estúpida y profunda, hace brotar de las sombrías intimidades de aquella mansión con la noche apariciones, larvas, aspectos de fantas-

mas vagamente distintos, máscaras entre luces, misteriosos tumultos de almas en pena y de sombras.

La casa está «hechizada;» esta palabra responde á todo.

Los espíritus crédulos tienen su explicación; pero los espíritus positivos tienen también la suya. Nada mas sencillo, dicen, que aquella casa. Es un antiguo puesto de observación del tiempo de las guerras de la revolución y del imperio, y de los contrabandos. Ha sido construida sin otro objeto. Concluida la guerra, el puesto quedó abandonado. No se ha derribado la casa porque algún día podrá ser útil.

Se han tapiado la puerta y las ventanas de la planta baja contra las inmundicias humanas, y para que nadie pueda entrar en el edificio, se han murado las ventanas de los tres lados que dan al mar, á causa de los vientos del Sur y del Oeste. Hé aquí todo.

Los ignorantes y los crédulos insisten. En primer lugar, la casa no se construyó en la época de las guerras de la revolución. Lleva la fecha de—1780—anterior á la revolución.

Además, no se edificó para ser un puesto militar; lleva las letras ELM-PBYLG, que son el doble monograma de dos familias, é indican, según costumbre, que la casa ha sido levantada para residencia de un matrimonio joven.

Ha estado de consiguiente habitada ¿Por qué no lo está ya? Si se han murado las puertas y las ventanas para que nadie pudiese penetrar en la casa, ¿por qué se

han dejado dos ventanas abiertas? ¿por qué no hay cristales? ¿á qué tapiar las ventanas de un lado y no las del otro?

Se prohíbe á la lluvia entrar por el Mediodía y se la deja entrar por el Norte.

Los crédulos no tienen razon, pero los otros tampoco. El problema persiste.

La verdad es que el edificio pasa por haber sido mas útil que perjudicial á los contrabandistas.

El exceso de horror quita á los hechos su verdadera proporcion. Sin duda alguna, muchos fenómenos nocturnos de los que poco á poco han ido dando á aquella casa la reputacion de hechizada, podrian explicarse por la presencia oscura y furtiva de algunas personas, por la breve permanencia de hombres que se reembarcan en seguida, por las persecuciones y tambien por la osadía de ciertos industriales sospechosos que se ocultan para obrar mal y se dejan entrever para meter miedo.

En aquella época ya lejana, muchas audacias eran posibles. La policía, especialmente en los pueblos pequeños, no era lo que es actualmente.

Añádase que si aquella casa era, como se decía, cómoda para los contrabandistas, sus citas debian hasta cierto punto verificarse allí con cierta libertad y seguridad, precisamente porque la casa tenia mala fama. Su mala fama impedia que fuese denunciada.

No suele ser á los aduaneros y alguaciles á quienes uno se dirige contra los espectros. Los supersticiosos ha-

cen la señal de la cruz y se dejan de procesos verbales. Ven ó creen ver, huyen y callan.

Existe una connivencia tácita, involuntaria pero real, entre los que meten miedo y los que lo tienen.

Los asustadizos, cuando se les ha asustado, se figuran haber sorprendido un secreto, temen agravar su posicion, misteriosa para ellos mismos, y exasperar á los aparecidos. Eso les hace discretos.

Y, aun sin este cálculo, el instinto de las gentes crédulas es el silencio; hay mutismo en el terror; los espantados hablan poco; parece que el miedo les dice: punto en boca.

Es preciso recordar que lo que decimos se remonta á la época en que los lugareños de Guernesey creian que el misterio del Santo pesebre todos los años se repetia por los bueyes y los asnos en un dia fijo, en la noche de Navidad, época en la cual nadie se hubiera atrevido á penetrar en un establo, de miedo de hallar en él á las bestias de rodillas.

Si damos crédito á las leyendas locales y á las relaciones de varias gentes, la supersticion en otro tiempo llegó algunas veces al extremo de colgar en las paredes de la casa de Plainmont, de escarpías, cuyas señales se distinguen aun en varios puntos, ratones sin patas, murciélagos sin alas, esqueletos de animales, sapos aplastados entre las páginas de una Biblia, tallos de altramuz amarillo, estraños ex-voto, colgados allí por imprudentes pasajeros nocturnos que habian creido ver algo, y que con se-

mejantes dádivas esperaban alcanzar su perdon y conjurar el mal humor de los duendes, de las larvas y de las almas en pena ó brucolacos.

Ha habido en todos tiempos quienes han creído en brujas y en sábados, y no todos los crédulos han sido gente de poco mas ó menos. César consultaba á Sagana y Napoleón á la señorita Lenormand.

Hay conciencias inquietas que tratan de obtener indulgencias hasta del mismo diablo. «*Que Dios haga y que Satanás no deshaga;*» era una de las preces de Carlos V.

Otros son aun mas timoratos. Llegan á persuadirse de que se han conducido mal con el diablo. Ser intachables en el concepto del demonio es una de sus preocupaciones. De ahí nacen prácticas religiosas que tienden hácia la inmensa malicia oscura. Es una falsa devoción como otra cualquiera. Los crímenes contra el demonio existen en ciertas imaginaciones enfermas; la violación de las leyes del abismo atormenta á algunos extravagantes casuistas de la ignorancia; hay escrúpulo de haber ofendido las tinieblas. Creer en la eficacia de la devoción á los misterios del Brocken y de Armuyr, figurarse que se ha pecado contra el infierno, recurrir por infracciones quiméricas á penitencias quiméricas, confesarse culpado de verdad ante el espíritu de mentira, rezar un acto de contrición en presencia del padre de la Falta, confesarse en sentido inverso, todo eso existe ó ha existido; los procesos de magia lo prueban en cada una de las páginas de sus legajos. A tal punto llega el desvarío humano.

Cuando el hombre empieza á azorarse, no se detiene. Se inventan faltas imaginarias, se inventan purificaciones imaginarias, y hace barrer su conciencia perturbada con la escoba de las brujas.

Como quiera que sea, si aquella casa es casa de aventuras, allá se las haya; nadie ha de ir á ser testigo de ellas como no sea por alguna casualidad ó escepcion; quéde-se sola, á nadie le acomoda arriesgarse á encuentros infernales.

Gracias al terror que la guarda y que aleja de ella á los que pudieran observarla y atestiguar lo que en ella pasa, en todos tiempos ha sido fácil penetrar de noche en su interior, por medio de una escala de cuerda ó simplemente por medio de una escalera de mano sacada de los huertos vecinos.

Proveyéndola de algunos víveres, se podría aguardar en ella con toda seguridad la oportunidad ó instante propicio de un embarque furtivo.

La tradición cuenta que cuarenta años atrás, un fugitivo, según algunos político, según otros del comercio, permaneció por algún tiempo oculto en la casa hechizada de Plainmont, desde donde logró embarcarse para Inglaterra en una barca pescadora. Desde Inglaterra se gana fácilmente América.

La misma tradición afirma que provisiones depositadas en aquella casa permanecen en ella intactas, por tener interés Lucifer, lo mismo que los contrabandistas, en que el que ha depositado las provisiones vuelva por ellas.

Desde la cumbre en que se halla la casa, se percibe hácia el Sudoeste, á una milla de la costa, el escollo de los Hanois.

Este escollo es célebre. Ha cometido todas las malas acciones que puede cometer una roca. Era de los mas terribles asesinos que se encuentran en el mar. Aguardaba de noche traidoramente á los buques. Ha poblado los cementerios de Torteval y de la Rocquaine.

En 1862, sobre el escollo colocaron un faro.

En la actualidad el escollo de los Hanois alumbrá á los navegantes que antes estraviaba; el traidor tiene una antorcha en la mano. Se busca en el horizonte como un protector y un guia aquel peñasco de que antes se huía como de un malhechor.

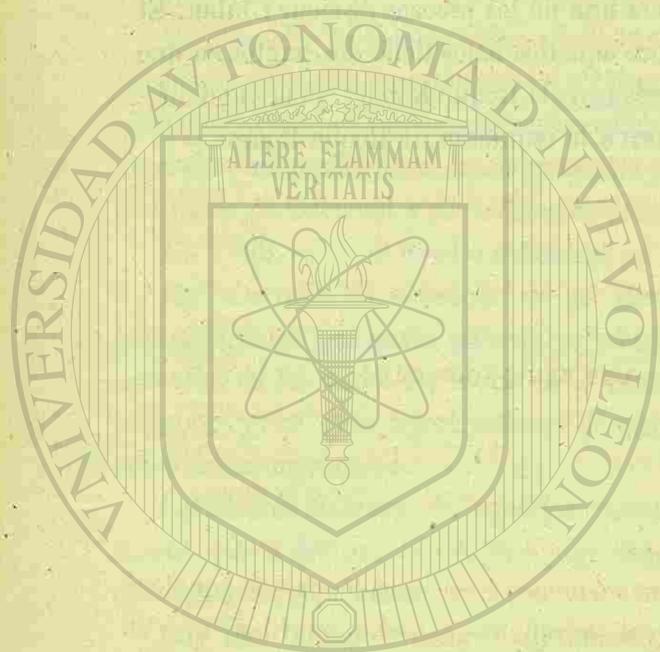
Los Hanois tranquilizan aquellos vastos espacios nocturnos que antes asustaban. Son algo parecido al ladrón convertido en gendarme.

Hay tres Hanois: el mayor, el menor y la Mauve. En el menor se encuentra actualmente el «Light Red.»

Este escollo forma parte de un grupo de peñas, submarinas algunas, y otras salientes. Él las domina todas.

Tiene, como una fortaleza, sus obras avanzadas; hácia alta mar, un cordon de trece rocas; hácia el Norte dos rompientes, las Hautes-Forquies, los Aiguillons, y un banco de arena, el Hérouée; hácia el Sud, tres rocas, el Cat-Rock, la Percée y la Roca Herpin; además dos ciénagas, la South Boue y la Boue de Mouet, y amen de todo Plainmont, á flor de agua, y el Tas de Pois d'Aval.

Difícil es, pero no imposible, que un nadador atraviase el estrecho que existe entre los Hanois y Plainmont. Se recuerda que esta era una de las proezas de sieur Clubin. El nadador que conoce aquellos bajos tiene dos puntos en que hacer pie para descansar, la Roque Ronde, y mas adelante, oblicuando un poco á la izquierda, la Roque Rouge.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

LOS DENIQUOISEAUX *.

Sobre poco mas ó menos á ese sábado, pasado por sieur Clubin en Torteval, se refiere un hecho singular, que en un principio metió poco ruido en el país, y de que solo mucho tiempo despues se vino en conocimiento.

Porque, como acabamos de hacerlo notar, muchas cosas permanecen ignoradas á consecuencia del asombro mismo que han causado á los que han sido testigos de ellas. ®

En la noche del sábado al domingo (precisamos la fe-

* Adulteracion de la palabra francesa *deniche-oiseaux*. No tiene equivalente en castellano, no estando aceptado el vocablo desnidadores. Significa: cogedores de nidos de pájaros.—(N. del T.)

cha y la creemos exacta), tres chiquillos escalaron el tajo de peñas de Plainmont. Los tres chiquillos regresaban á la aldea. Venian del mar. Eran, como se llaman en el dialecto local, «*déniquoiseaux*.» Léase deniche-oiseaux. Donde quiera que cerca del mar hay costas bravas y bajadas y rocas con grietas, los muchachos cogedores de nidos abundan.

Algo hemos dicho ya de eso. Rucuérdese que Gilliatt se ocupaba de ello, con motivo de los pájaros y de los chiquillos.

Los *déniquoiseaux* son una de las especies de pilluelos del Océano, poco meticulosos.

La noche era muy oscura. Densas superposiciones de nubes encapotaban el cénit. Acababan de dar las tres de la mañana en la torre de Torteval, que es redonda y puntiaguda y se parece al sombrero de un mago.

¿Por qué esos rapaces volvian tan tarde á su casa? La razon es muy sencilla. Habian ido á coger nidos de pavistas, en el Tas de Pois d'Aval. Habiendo sido la estacion muy apacible, los amores de los pájaros habian empezado muy prematuramente.

Los tres chiquillos, observando las idas y venidas de los machos y de las hembras alrededor de sus nidos, y distraidos por el encarnizamiento de su persecucion, habian olvidado la hora. El flujo les habia asediado; no pudieron ganar á tiempo la pequeña ensenada en que habian dejado amarrado su bote, y tuvieron que aguardar en una de las puntas del Tas de Pois que la marea bajase.

Hé aquí esplicada su peregrinacion nocturna. Regresos semejantes son esperados por la febril inquietud de las madres, las cuales, tranquilizadas al volver á ver á sus hijos, gastan su alegría en cólera y la disipan en coscorrones. Por eso ellos estaban inquietos, y se daban prisa en volver, pero tenian la manera de darse prisa del que al mismo tiempo desea retardarse, manera que contiene cierto deseo de no llegar. Tenian en perspectiva un abrazo complicado con una zurra.

Solo uno de los tres muchachos no tenia nada que temer, porque era huérfano.

Habia nacido en Francia, no tenia padres conocidos, y en aquel momento se alegraba de no tenerlos. No habiendo nadie que por él se tomase interés, nadie le casaría.

Los otros dos eran guernesianos, de la misma parroquia de Torteval.

Escalada la alta cumbre de rocas, los tres buscadores de nidos llegaron á la meseta en que se levantaba la casa hechizada.

Empezaron por tener miedo, que es el deber de todo pasajero, y principalmente de todo chiquillo, en aquel sitio y hora.

Ganas tuvieron de salvarse á todo correr, y ganas tambien de detenerse para mirar.

Se detuvieron.

Miraron la casa.

Era toda negra y formidable.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Aparecia, en medio de la desierta meseta, como un pedrusco oscuro, como una escrecencia simétrica y repugnante, una elevada mole cuadrada con ángulos rectilíneos, algo parecida á un enorme altar de tinieblas.

La primera idea que á los chiquillos se ocurrió fue huir; la segunda fue acercarse.

No habian visto jamás aquella casa en semejantes horas. La curiosidad de tener miedo existe. Habia con ellos un muchacho francés, lo que hizo que se acercasen.

Sabido es que los franceses en nada creen.

Además, la circunstancia de ser muchos en el peligro tranquiliza; el tener miedo tres, anima á los tres.

Y luego, se trata de cazadores, de niños, que son tres y no suman juntos treinta años; que buscan, que escuchan, que espían las cosas ocultas, ¿cómo detenerse en el camino? meten la cabeza por un agujero, ¿cómo no meterla por otro?

El que está cazando se siente arrastrado por su pasión; el que vá de descubierta obedece á su afán de descubrir.

Habiendo registrado tanto los nidos de los pájaros, entra el prurito de registrar un poco el nido de los espectros. Huronear en el infierno, ¿por qué no?

De un pájaro á otro se llega hasta el demonio. Después de los gorriones vienen los duendes. Se quiere saber á qué atenerse respecto de todos esos miedos que nuestros padres nos han imbuido. Ningun camino es tan resbaladizo como el que lleva á seguir la pista de las brujas de los

cuentos. Es tentadora la ocasion que se presenta de saber tanto sobre el particular como nuestras abuelas.

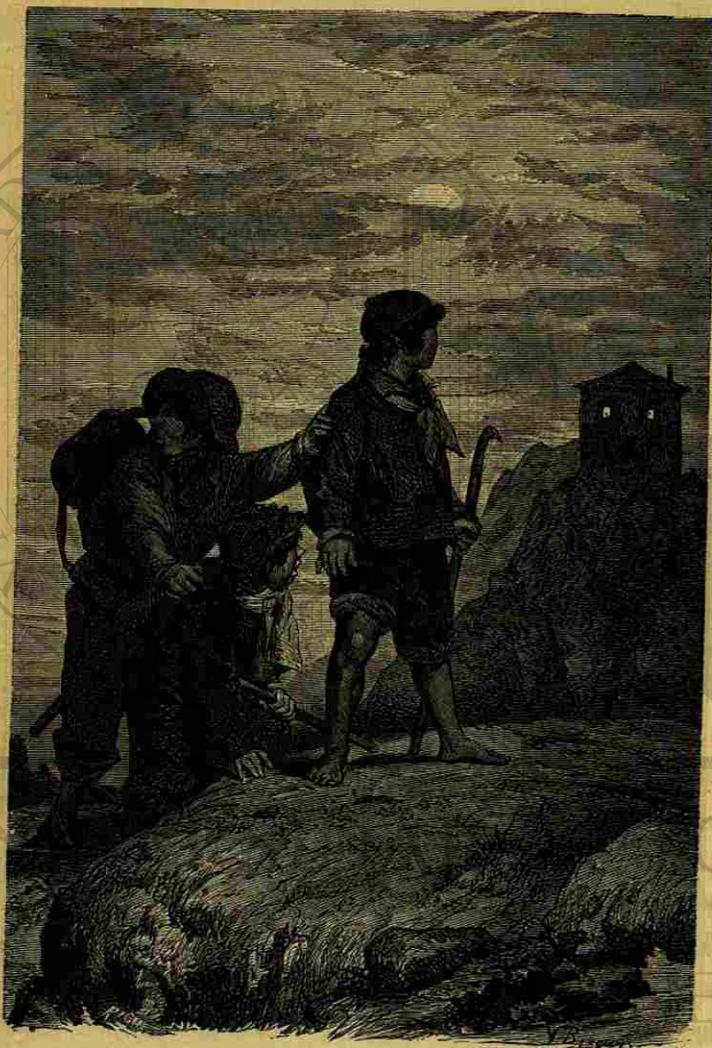
Todo este torbellino de ideas, en estado de confusion y de instinto en el cerebro de los buscadores de nidos guernesianos, dió por resultado su temeridad. Se dirigieron á la casa.

El rapaz que servia á los otros dos de punto de apoyo de su bravura, era digno del papel que se habia impuesto.

Era un muchacho resuelto, aprendiz de calafate, uno de esos niños ya hombres, que se acuestan en el taller sobre un monton de paja, que se ganan la vida, que tienen una voz gruesa, que trepan sin ninguna dificultad por paredes y árboles, que han trabajado en las recorridas de buques de guerra, era un hijo del azar, producto de una chiripa, huérfano alegre, nacido en Francia, y no se sabe en qué punto, dos razones para ser audaz, no reparando en dar una moneda á un pobre, muy pícaro, muy bueno, rubio hasta ser casi rojo, y que habia hablado á parisienses.

A la sazon ganaba un chelin diario calafateando barcas de pescadores que estaban reparando sus averías en Pêquieries. Cuando se le antojaba, se concedia vacaciones, y se iba á coger nidos. Tal era el francesito.

La soledad del sitio tenia algo de fúnebre. Se sentia la inviolabilidad amenazadora. Aquella meseta, escueta y silenciosa, ocultaba á muy poca distancia en el precipicio su combadura inclinada y fugitiva. El mar callaba. No habia viento. Los tallos de yerba no se movian.



LOS CAZADORES DE NIDOS.

Los cazadores de pájaros avanzaban con lentitud, con el francesito delante, mirando la casa.

Mas adelante uno de ellos, refiriendo la aventura ó lo poco que de ella recordaba, añadía:

«La casa no decia nada.»

Se aproximaban reprimiendo su aliento, como si se hubiesen aproximado á una fiera.

Habian ganado el ribazo ó terromontero que habia detrás de la casa y que por el lado del mar iba á parar á un pequeño istmo de rocas poco practicable; habian llegado bastante cerca de la casa; pero no veian mas que la fachada del Sur, que estaba toda murada; no se habian atrevido á volver á la izquierda, lo que les hubiera espuesto á ver la otra fachada en que hay dos ventanas, lo que es terrible.

Sin embargo se animaron, habiéndoles dicho en voz baja el aprendiz de calafate: viremos á babor. Aquel lado es el bueno. Es menester que veamos las dos ventanas negras.

«Viraron á babor» y llegaron al otro lado de la casa.

Las dos ventanas estaban alumbradas.

Los guernesianillos huyeron.

Cuando estuvieron lejos, el francesito se volvió.

—¡Qué rareza! dijo, ya no hay luz.

En efecto, no habia ya claridad en las ventanas. La silueta del edificio se dibujaba, como recortada, en la difusa lividez del cielo.

No se disipó el miedo, pero volvió la curiosidad. Los cazadores de nidos se acercaron nuevamente.

De pronto, en las dos ventanas á la vez, la luz reapareció.

Los dos mocitos de Torteval pusieron otra vez los pies en polvorosa y se salvaron. El diablillo francés no avanzó, pero tampoco retrocedió.

Se quedó inmóvil, con el rostro vuelto á la casa, y mirándola.

La claridad se estinguió, y luego brilló de nuevo. Nada mas horrible.

El reflejo formaba un vago reguero de fuego sobre la yerba mojada por la humedad de la noche. Hubo un momento en que el resplandor dibujó en la pared interior del edificio grandes perfiles negros que se movian y sombras de cabezas enormes.

No teniendo la casa techos ni tabiques y estando reducida á las cuatro paredes y al tejado; no podia salir luz de una ventana sin que saliese tambien de la otra.

Viendo que el aprendiz de calafate no abandonaba su puesto, los otros dos rapazuelos volvieron, paso á paso, uno tras otro, curiosos y trémulos.

El aprendiz de calafate les dijo en voz baja:—Hay aparecidos en la casa. He visto la nariz de uno.—Los dos chiquillos de Torteval se agazaparon detrás del francés, y poniéndose de puntillas, tomándole por escudo, oponiéndole al objeto de su terror, tranquilizándose al considerar que le tenian colocado entre ellos y la vision, miraron tambien por encima de sus hombros.

Parecia que el edificio á su vez les miraba tambien. En

aquella vasta y muda oscuridad tenia dos pupilas rojas. Eran las ventanas.

La luz se eclipsaba, reaparecia y volvía á eclipsarse, como suelen hacer siempre semejantes luces.

Aquellas siniestras intermitencias dependen probablemente del infierno, cuyas puertas se abren y cierran incésantemente. El respiradero del sepulcro tiene efectos de linterna sorda.

De repente un bulto negro muy opaco, que tenia la forma humana, se encaramó por una de las ventanas como si viniese del exterior, y se hundió en el interior de la casa. Parecia que acababa de entrar alguien.

Eso de entrar por la ventana es achaque de las almas en pena.

Por un momento fue la claridad mas viva, despues se estinguió y no reapareció ya. La casa volvió á quedarse negra. Entonces salieron de ella ruidos, ruidos que parecían voces.

Siempre lo mismo. Cuando se ve, no se oye; cuando se oye, no se ve.

La noche tiene en el mar una taciturnidad especial. Allí el silencio de la sombra es mas profundo que en ninguna otra parte. Cuando no hay viento ni marejada, en aquella movediza estension donde ordinariamente no se oyen volar las águilas, se oiria volar una mosca.

Aquella paz sepulcral daba un relieve lúgubre á los ruidos que salian del edificio.

—Veamos, dijo el francesito.

Y dió un paso hácia la casa.

Los otros dos tenian un miedo tal que se decidieron á seguirle. No se atrevian ya á huir solos.

Acababan de pasar por delante de un haz de leña bastante grande que, sin saber por qué, les animaba en aquella soledad, cuando de un zarzal salió volando una lechuza que produjo un estremecimiento de ramas. Las lechuzas tienen una especie de vuelo pesado, de una oblicuidad imponente.

El ave cruzó cerca de los chicos, fijando en ellos la redondez de sus ojos, claros en las tinieblas.

Hubo cierto temblor en el grupo detrás del francesito.

Este apostrofó á la lechuza.

—Pajaruco, vienes demasiado tarde. No es ya tiempo. Quiero ver.

Y avanzó.

El crugido de sus zapatos gruesos y claveteados al pisar las aliagas, no impedia oír los ruidos del interior de la casa que subian y bajaban, con la acentuacion tranquila y la continuidad de un diálogo.

Un momento despues añadió:

—Por otra parte, no hay mas que los bestias que crean en brujas.

La insolencia en el peligro da aliento á los rezagados y les empuja hácia delante.

Los dos rapaces de Torteval se pusieron en marcha, graduando su paso por el del aprendiz de calafate.

A los ojos de los pequeños aventureros la casa hechi-

zada crecia considerablemente. No era todo ilusion óptica del miedo; habia tambien algo de realidad. La casa efectivamente se les presentaba mayor porque se iban acercando á ella.

Las voces que procedian del interior del edificio iban tambien oyéndose mas distintamente. Los chiquillos escuchaban. El oido tiene tambien sus facultades aumentativas. Aquello era algo mas que un murmullo, algo mas que un cuchicheo, menos que una gritería.

De cuando en cuando se destacaban dos ó tres palabras claramente articuladas. Aquellas palabras, de comprension imposible, sonaban estrañamente. Los muchachos se detenan, escuchaban, y despues volvian á avanzar.

—Se oye la conversacion de los aparecidos, murmuró el aprendiz de calafate, pero yo no creo en aparecidos.

Los rapaces de Torteval tuvieron intencion de replegarse detrás del haz de leña, pero le habian dejado ya muy atrás, y su amigo el calafate seguia marchando hácia la casa. Tenian miedo de quedarse sin él, y no se atrevian á dejarle.

Le seguian perplejos, un paso tras otro.

El aprendiz de calafate se volvió hácia ellos y les dijo:

—Ya sabeis que no es verdad que haya aparecidos. No los hay.

La casa se iba haciendo mas alta, y las voces oyéndose mas distintamente.

Se acercaban.

Al estar ya muy cerca, reconocieron que habia en la

casa algo parecido á una luz que se está apagando. Era un resplandor muy vago, uno de esos efectos de linterna sorda que hemos indicado, y que abundan en el alumbrado de los conventículos de brujas.

Cuando estuvieron muy cerca, hicieron alto.

Uno de los dos de Torteval aventuró tímidamente la siguiente observacion:

—No son aparecidos; son damas blancas.

—¿Qué es eso que cuelga de una ventana? preguntó el otro.

—Parece una cuerda.

—Es una serpiente.

—Es una cuerda de ahorcado, dijo el francés con autoridad. De algo les sirve; pero yo no creo en aparecidos.

Y en tres pasos, ó, por mejor decir, en tres saltos, llegó á la pared misma del edificio. Habia algo de calentura en su valeroso arranque.

Los otros dos, tiritando, espeluznados, le imitaron, y se pegaron á él, el uno á su derecha, el otro á su izquierda. Los tres aplicaron su oido á la pared. En la casa seguian hablando.

Hé aquí lo que decian las fantasmas:

—¿Está entendido? (*)

—Entendido.

—¿Quedamos en ello?

—Lo dicho, dicho.

(*) Todo este diálogo está en español en el original francés.—(N. del T.)

—¿Un hombre aguardará aquí, y podrá irse á Inglaterra con Blasquito?

—Pagando.

—Se supone.

—Blasquito le pondrá á bordo.

—¿Sin tratar de saber de qué pais es?

—Eso nos importa poco.

—¿Sin preguntarle su nombre?

—Lo que se quiere no es el nombre, sino el bolsillo.

—Bien está. El hombre aguardará aquí, en esta misma casa.

—Será menester que tenga algo que comer.

—No le faltará.

—¿Traes provisiones?

—Este saco está lleno.

—Corriente.

—¿Puedo dejarle aquí, sin que nadie le meta mano?

—¿Los contrabandistas somos acaso ladrones?

—¿Y vosotros cuándo os vais?

—Mañana por la mañana. Si el hombre estuviese dispuesto, podría ir con nosotros.

—No está preparado todavía.

—Lo siento.

—¿Cuántos dias tendré que aguardar en este casucho?

—Dos ó tres ó cuatro. De fijo no puede decirse.

—¿Blasquito vendrá?

—En persona.

—¿Aquí? ¿A Plaimon?

—Al mismo Plainmont.

—¿Cuándo?

—La semana que viene

—¿Qué dia?

—El viernes, el sábado ó el domingo.

—¿No faltará?

—No falta nunca.

—¿Haga el tiempo que quiera?

—Él no tiene miedo al tiempo. Yo soy Basco, y él es Blasquito.

—Asi, pues, ¿no puede dejar de venir á Guernesey?

—Yo vengo un mes, y el otro.

—Comprendo.

—De hoy á ocho dias, á contar desde el sábado próximo, no pasarán cinco dias sin que Blasquito llegue.

—¿Y si hay tempestad?

—¿Egurraldia gaiztoa *?

—Sí.

—Blasquito tardará mas en venir, pero de todos modos vendrá.

—¿De dónde ha de venir?

—De Bilbao.

—¿Y á dónde irá?

—A Portland.

—Bueno.

—O á Tor Bay.

* Basco. Mal tiempo.
TOMO I.

- Mejor.
- Ese hombre puede estar tranquilo.
- ¿No le venderá Blasquito?
- Los cobardes son traidores. Nosotros somos valientes. El mar es la iglesia del invierno. La traicion es la iglesia del infierno.
- ¿Nadie oye lo que decimos?
- Es imposible. El terror forma un desierto alrededor de esta casa.
- Lo sé.
- ¿Quién habia de atreverse á escucharnos?
- Nadie.
- Además, aunque alguien nos oyese, no nos comprenderia. Hablamos un idioma desconocido aquí de todos, y puesto que tú lo posees, debes ser de los nuestros.
- He venido para tratar contigo.
- Está bien.
- Y ahora ya nada mas tengo que decirte. El negocio está arreglado. Abur.
- Abur.
- Pero dime, ¿si el pasajero quiere que Blasquito no le lleve á Portland ni á Tor Bay, sino á otra parte?
- Como tenga buenas peluconas...
- ¿Hará Blasquito lo que él quiera?
- Lo que quieran las peluconas.
- ¿Se tarda mucho en llegar á Tor Bay?
- El hombre propone y el viento dispone.
- ¿Ocho horas?

- A veces mas, á veces menos.
- ¿Blasquito se someterá al pasajero?
- Falta que el mar se someta á Blasquito.
- Se le pagará bien.
- Se supone. Pero el oro es oro, y el viento es viento.
- Es verdad.
- El hombre con el oro hace lo que puede. Dios con el viento hace lo que quiere.
- El hombre que cuenta partir con Blasquito estará aquí el viernes.
- Perfectamente.
- ¿A qué hora suele llegar Blasquito?
- Por la noche. Por la noche se llega, y por la noche se parte. Nosotros tenemos una mujer que se llama Mar, y una hermana que se llama Noche. La mujer engaña alguna vez, la hermana nunca.
- Ya nada mas tenemos que hablar. Cerrado el trato. Adios.
- Buenas noches. ¿No echamos un trago de aguardiente?
- Gracias.
- Es cosa rica.
- Tengo tu palabra.
- Mi nombre es Pundonor.
- Adios.
- Somos caballeros.

Era evidente que solo los diablos podian hablar de una manera tan estraña. Los rapaces no oyeron una palabra

mas, y huyeron á todo correr, incluso el francesito que, convencido en fin de que habia aparecidos, corria mas de prisa que los otros.

Al llegar el próximo martes, sieur Clubin se hallaba en Saint-Malo, reconduciendo la Duranda.

El *Tamaulipas* seguia en la rada.

Sieur Clubin, fumando su pipa, preguntó al dueño de la posada Jean:

—Y bien, ¿cuándo parte ese *Tamaulipas*?

—Pasado mañana, jueves, respondió el posadero.

Aquella noche Clubin cenó en la mesa de los guardacostas, y, contra su costumbre, salió despues de cenar, de lo que resultó que no pudo estar en el despacho de la Duranda, y casi dejó abandonado su cargamento. Eso pareció raro en un hombre tan exacto.

Parece que habló algunos instantes con su amigo el cambista.

Entró dos horas despues del toque de oraciones de Noguette. La campana brasileña da este toque á las diez. Era, pues, media noche.

VI.

LA JACRESSARDE.

Cuarenta años atrás, Saint-Malo tenia una callejuela llamada la callejuela de Coutanchez, que no existe ya actualmente, por haber sido comprendida en el círculo de los embellecimientos.

Era una doble hilera de casas de madera inclinadas unas hácia otras, que dejaban entre sí bastante sitio para un arroyo que se llamaba la calle. Se andaba con las piernas abiertas por los dos lados del agua, tropezando la cabeza ó los codos con las casas de derecha é izquierda.

Aquellas viejas barracas de la edad media normanda,

mas, y huyeron á todo correr, incluso el francesito que, convencido en fin de que habia aparecidos, corria mas de prisa que los otros.

Al llegar el próximo martes, sieur Clubin se hallaba en Saint-Malo, reconduciendo la Duranda.

El *Tamaulipas* seguia en la rada.

Sieur Clubin, fumando su pipa, preguntó al dueño de la posada Jean:

—Y bien, ¿cuándo parte ese *Tamaulipas*?

—Pasado mañana, jueves, respondió el posadero.

Aquella noche Clubin cenó en la mesa de los guardacostas, y, contra su costumbre, salió despues de cenar, de lo que resultó que no pudo estar en el despacho de la Duranda, y casi dejó abandonado su cargamento. Eso pareció raro en un hombre tan exacto.

Parece que habló algunos instantes con su amigo el cambista.

Entró dos horas despues del toque de oraciones de Noguette. La campana brasileña da este toque á las diez. Era, pues, media noche.

VI.

LA JACRESSARDE.

Cuarenta años atrás, Saint-Malo tenia una callejuela llamada la callejuela de Coutanchez, que no existe ya actualmente, por haber sido comprendida en el círculo de los embellecimientos.

Era una doble hilera de casas de madera inclinadas unas hácia otras, que dejaban entre sí bastante sitio para un arroyo que se llamaba la calle. Se andaba con las piernas abiertas por los dos lados del agua, tropezando la cabeza ó los codos con las casas de derecha é izquierda.

Aquellas viejas barracas de la edad media normanda,

tenian perfiles casi humanos. De una de ellas á una bruja no hay gran diferencia. Sus pisos en ángulo entrante, sus desplomes, sus tejadillos circunflexos y sus malezas de hierro viejo figuraban labios, barbas, narices y cejas. El desvan ó la ventanilla de buhardilla es el ojo tuerto. La mejilla es la pared, arrugada y herpética. Se tocan frente con frente como si maquinasen un mal golpe.

Todas las palabras de la antigua civilizacion, garito, ladronera, mal paso, se refieren á aquella arquitectura.

Una de las casas de la callejuela de Coutanchez, la mayor, la mas famosa ó la mas acreditada, se llama la Jacressarde.

La Jacressarde era la morada de los que no moraban en parte alguna. En todas las ciudades, y muy particularmente en los puertos de mar, hay, debajo de la poblacion, un residuo. Gentes sin oficio ni beneficio, sin casa ni hogar, de tal manera que con frecuencia ni la misma justicia puede adivinar su procedencia, espumadores de aventuras, cazadores de expedientes, químicos de la especie estafa, que echan siempre la vida en el crisol, todas las formas del harapo y todas las maneras de llevarlo, los frutos secos de la falta de probidad, las existencias en bancarota, las conciencias que han renunciado á su balance, los que han abortado en la escalada y robos con fractura (pues los grandes ladrones se ciernen y permanecen en las altas regiones), los trabajadores y trabajadoras del mal, los tunos y las tunas, las inquietudes medrosas y los codos destrozados, los pícaros reducidos á la

indigencia, los malhechores mal recompensados, los vencidos del duelo social, los hambrientos que han sido los devoradores, los merodeadores del crimen, los pobres, en la doble y lamentable acepcion de la palabra; tal es el personal.

Allí la inteligencia humana es bestial. Aquello es el monton de basura de las almas. Todo se reúne en un rincon donde de cuando en cuando se da una de esas escobadas que se llaman visitas de policía. Este rincon en Saint-Malo era la Jacressarde.

Los que se encuentra en esas madrigueras no son los muy criminales, los bandidos, los salteadores, los grandes productos de la ignorancia y de la indigencia. Si en ellas se halla representado el asesinato, es por algun borracho brutal; los rateros y fulleros constituyen la mayoría.

Aquello es mas el esputo de la sociedad que su vómito. El pillo, sí; el bandolero, no. Sin embargo, es menester andarse con cuidado.

Una vez, echando la red barredera en el Epi-scié, que era para París lo que la Jacressarde para Saint-Malo, la policía pescó á Lacenaire.

Tales guaridas lo admitian todo. La caída es una nivelacion. Allí cae algunas veces la honradez que se cubre de harapos. La virtud y la probidad corren tambien á veces estrañas aventuras.

Es menester no honrar irreflexiblemente los Louvre ni despreciar irreflexiblemente los presidios. El respeto pú-

blico y la reprobacion universal deben discutirse. Porque hay sorpresas. Un ángel en un lupanar, una perla en un estercolero: este sombrío y deslumbrador hallazgo es posible.

La Jacressarde era mas que una casa un patio, mas que un patio un pozo. No tenía habitaciones que mirasen á la calle. Una alta tapia con una puerta baja era su fachada. El que queria entrar levantaba el picaporte, empujaba la puerta, y se encontraba en un patio.

En medio del patio se veia un agujero redondo, rodeado de una márgen de piedra al nivel del suelo. Era un pozo. El patio era pequeño, el pozo era grande. Servia de marco al brocal un empedrado desigual y desnivelado.

El patio, que era cuadrado, tenia tres frentes edificados. Por el lado de la calle, pero delante de la puerta, á derecha é izquierdá, habia habitaciones.

El que se arriesgaba á penetrar allí, entrada ya la noche, oia como una especie de ruido de alientos mezclados, y si habia bastante claridad de luna ó de estrellas para dar forma á los lineamentos oscuros que tenia ante la vista, hé aquí lo que vislumbraba:

El patio. El pozo. Alrededor del patio, delante de la puerta, un cobertizo figurando una especie de herradura que fuera cuadrada, galería carcomida, enteramente abierta; un techo de grandes y desiguales vigas, sostenido por pilares de piedra que guardaban todos entre sí diferentes distancias; en el centro el pozo, alrededor del pozo, en una pajera, formando como un rosario circular, suelas

de zapato verticalmente colocadas, tacones de bota desgastados, dedos pasando por agujeros de zapatos, y muchos talones desnudos, pies de hombre, pies de mujer, pies de niño. Todos aquellos pies dormian.

Mas allá de aquellos pies, la vista, abismándose en la penumbra del cobertizo, distinguia cuerpos, formas, cabezas adormecidas, desperezamientos inertes, andrajos de los dos sexos, promiscuidad en el estiércol, no se sabe qué siniestra confusion humana.

Aquel cuarto de dormir era de todo el mundo. Se pagaban allí dos sueldos por semana. Los pies tocaban el pozo. En las noches de tempestad, llovía sobre aquellos pies; en las noches de invierno, nevaba sobre aquellos cuerpos.

¿Quiénes eran aquellos seres? Los desconocidos. Entraban allí por la noche y salian por la mañana. El orden social se complica de esas larvas. Algunos pasaban una sola noche y no pagaban. La mayor parte no habian comido en todo el dia.

Todos los vicios, todas las abyecciones, todas las infecciones, todas las angustias; el mismo sueño de abatimiento en el mismo lecho de lodo. ¡Qué sueños los de todas aquellas almas!

¡Cita fúnebre, merced á la que se removian y amalgamaban en el mismo miasma las lasitudes, los desfallecimientos, las borracheras, las marchas y contramarchas de un dia sin un bocado de pan y sin un buen pensamiento, remordimientos, apetitos desordenados, cabelleras mez-

cladas con basura, semblantes que tenían la mirada de la muerte, tal vez besos de bocas de tinieblas.

Aquella podredumbre humana fermentaba en aquella tina. Estaba arrojada allí por la fatalidad, por el viaje, por el buque que había llegado la víspera, por una salida de cárcel, por la suerte, por la noche. Cada día el destino vaciaba allí su banasta.

Entraba quien quería, dormía quien podía, hablaba quien osaba. Porque aquel era un lugar de cuchicheo. Había prisa en comunicarse.

Se procuraba olvidarse en el sueño, ya que no era posible perderse en la sombra. Se tomaba de la muerte lo que se podía. Se cerraban los ojos en aquella agonía que volvía á empezar todas las noches. ¿De dónde salían aquellas gentes? de la sociedad, siendo la miseria; de la ola, siendo la espuma.

No tenían paja todos los que querían. Mas de un cuerpo desnudo se arrastraba por el suelo; algunos se acostaban derrengados, y se levantaban anquilosados (1).

El pozo, sin baranda y sin tapia, siempre abierto, tenía treinta pies de profundidad. Caía en él la lluvia, rezumaban en él las inmundicias, en él filtraban todos los arroyos del patio. A un lado estaba el cubo para sacar agua. El que tenía sed, bebía de aquel pozo, el que estaba cansado de vivir, se ahogaba en él. Desde el sueño en el estiércol se pasaba á otro sueño.

(1) Sin juego en las articulaciones.

En 1819, se sacó de aquella agua inmunda el cadáver de un joven de catorce años.

Para no correr peligro en aquella casa, era preciso ser de la cofradía.

Los legos eran mal vistos.

¿Aquellos seres se conocían entre sí? No. Se olian.

Era la dueña de la casa una mujer joven, bastante bien parecida, que llevaba una gorra con cintas, que se lavaba algunas veces con el agua del pozo, y tenía una pierna de palo.

Apenas amanecía, el patio se vaciaba, tirando los huéspedes cada cual por su lado.

Había en el patio un gallo y gallinas que estaban todo el día escarbando la basura. El patio estaba atravesado por un tirante horizontal que descansaba sobre dos postes ó pies derechos, figurando una horca que no parecía estar muy fuera de su lugar.

Con frecuencia, despues de una noche lluviosa, se tendía en el tirante, para que se secase, un vestido de seda mojado y lleno de lodo, que era de la mujer de la pierna de palo.

Encima del cobertizo y formando como éste un marco alrededor del patio, había un piso, y encima del piso una boardilla. Una escalera de madera carcomida, taladrando el techo del cobertizo, conducía arriba, y por esta escalera, que se bamboleaba, subía no sin trabajo y con mucho ruido la mujer coja.

Los inquilinos de paso, los que pasaban allí una se-

mana ó una noche, habitaban el patio; los inquilinos habituales vivian en los cuartos.

Ventanas, pero sin un cristal; jambas, pero sin una puerta; chimeneas, pero sin un fogon: tal era la casa. Se pasaba de una estancia á otra indiferentemente por un agujero cuadrado, que habia sido la puerta, ó por un hueco triangular, que era el espacio intermedio de las viguetas del tabique. La argamasa caida cubria el suelo.

No se comprendia cómo la casa no se venia abajo. El viento la movia.

Se trepaba como se podia por los gastados y resbaladizos peldaños de la escalera. Todo era una claraboya. El invierno entraba en las habitaciones como el agua en una esponja. La abundancia de arañas tranquilizaba respecto del hundimiento inmediato (1).

Ningun mueble. Dos ó tres jergones en los rincones, cuya abierta tripa dejaba ver mas ceniza que paja. En diferentes puntos un cántaro y un barreño que servian para distintos usos. Un olor repugnante y nauseabundo.

Las ventanas daban al patio, y desde ellas éste parecia la parte superior de un carro de basura. Las cosas, sin contar los hombres, que allí se pudrian, que allí se enmohecian, que allí se llenaban de herrumbre, eran indescriptibles. Las ruinas fraternizaban; caian de las paredes,

(1) Se cree generalmente que las arañas abandonan los edificios ruinosos cuando está muy próximo su hundimiento. Lo mismo se dice de las cigüeñas cuando amenazan ruina las torres en que tienen su nido.

caian de las criaturas. Los pingajos se sembraban en los escombros.

A mas de su poblacion flotante, acantonada en el patio, la Jacressarde tenia tres inquilinos, un carbonero, un trapero y un alquimista.

El carbonero y el trapero ocupaban dos de los jergones del primer piso; el alquimista vivia en la guardilla, que se llamaba, no se sabe por qué razon, el zaquizamí. Se ignoraba en qué rincon se acostaba la mujer.

El alquimista, fabricante de oro, era algo poeta. Tenia, debajo de las tejas, un cuarto en que habia una ventanilla estrecha, y una gran chimenea de piedra en que mugia el viento.

Como la ventanilla no tenia bastidor, él mismo habia clavado encima un pedazo de lona procedente de una vela de buque. La lona dejaba pasar poca luz y mucho frio.

El carbonero pagaba su alquiler de cuando en cuando con una espuerta de carbon, el trapero pagaba el suyo con un celemin de grano por semana para las gallinas, y el fabricante de oro no pagaba de manera alguna.

Entre tanto quemaba la casa.

Habia arrancado el poco maderámen que en ella habia, y á cada instante sacaba de la pared del techo una astilla para calentar su marmita de hacer oro.

En el tabique, encima del camastro del trapero, se veian dos columnas de guarismos, trazadas con yeso por el trapero semana por semana, una columna de 3 y otra

de 5, según que el celemin de grano costaba tres liards ó cinco céntimos.

La marmita de hacer oro del «químico» era una bomba vieja cascada, promovida por él al empleo de calderilla, en que combinaba sus ingredientes.

La trasmutacion le absorbía. Hablaba de ella algunas veces á los mendigos del patio, que se reían. Él decía: *Esas gentes están llenas de preocupaciones.*

Habia resuelto no morir sin echar la piedra filosofal al tejado de vidrio de la ciencia. Su hornillo comía mucho combustible. En él habia desaparecido todo un tramo de la escalera. Toda la casa pasaba por allí á fuego lento. La patrona le decía: No me dejareis mas que la cáscara. El la desarmaba haciéndola versos.

Tal era la Jacressarde.

Un chiquillo, que era tal vez enano, de doce ó de sesenta años de edad, escrofuloso, que tenia siempre una escoba en la mano, era el criado.

Los parroquianos habituales entraban por la puerta del patio; el público entraba por la tienda.

¿Qué era la tienda?

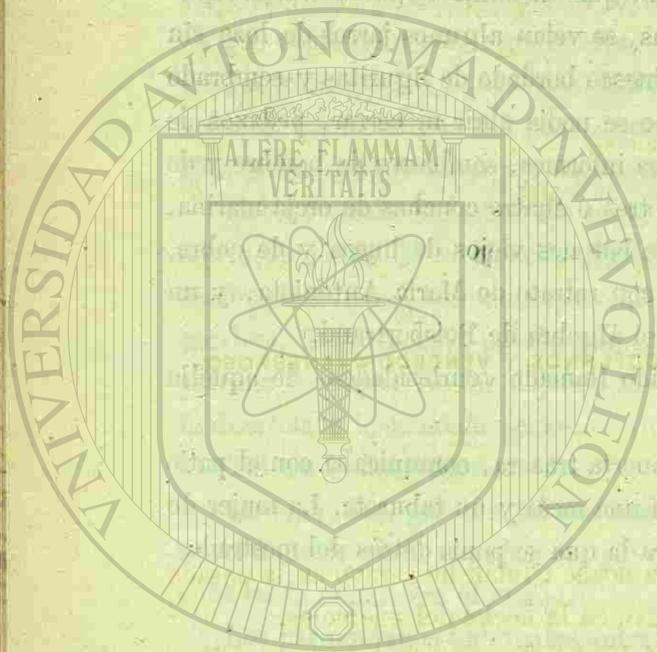
La alta tapia que formaba la fachada que daba á la calle tenia á la derecha de la entrada del patio una abertura en escuadra, que era á la vez puerta y ventana, con postigo y bastidor, único postigo en toda la casa que tenia goznes y cerrojos, único bastidor que tenia vidrios. Detrás de la delantera abierta en la calle habia un cuartito, tomado del cobertizo que era dormitorio comun.

Se leía, escrita con carbon en la puerta de la calle, esta inscripcion: *Aquí se enseñan curiosidades.* La frase hizo fortuna.

Sobre tres tablas, que en forma de estantería se aplicaban á las vidrieras, se veían algunos jarros de loza sin asa, un quitasol chinesco bordado de figuritas y sembrado de agujeros, que no se podia abrir ni cerrar, pedazos de hierro ó de porcelana informes, sombreros de hombre y de mujer desfundados, tres ó cuatro conchas de oreja marina, algunos paquetes de botones viejos de hueso y de cobre, una caja de tabaco con retrato de María Antonieta, y un tomo descabalado del álgebra de Boisbertrand.

Tal era el surtido llamado «curiosidades» de aquella llamada tienda.

Ésta, por una puerta trasera, comunicaba con el patio del pozo. Habia allí una mesa y un taburete. La mujer de la pierna de palo era la que se ponía detrás del mostrador.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La mujer de la pierna de palo se paró en la puerta de la tienda y se volvió a mirar a los hombres que entraban. Ella tenía una sonrisa reservada y se volvió a mirar a los hombres que entraban. Ella tenía una sonrisa reservada y se volvió a mirar a los hombres que entraban.

VII.

COMPRADORES NOCTURNOS Y VENDEDOR TENEBROSO.

El martes por la noche Clubin no estuvo en la posada Jean. Tampoco estuvo en la noche del miércoles.

En dicha noche, dos hombres penetraron en la calleja de Coutanchez, y se pararon delante de la Jacressarde. Uno de ellos dió un golpe en la vidriera. La puerta de la tienda se abrió. Entraron. La mujer de la pierna de palo les dirigió la sonrisa reservada á la gente regular. Encima de la mesa habia una vela.

Aquellos hombres eran en efecto dos personas regulares.

El que habia dado un golpecito en la ventana dijo: Buenos dias, patrona. Vengo por aquello.

La mujer de la pierna de palo se permitió una segunda sonrisa y salió por la puerta trasera que daba al patio del pozo.

Pero despues se volvió á abrir la misma puerta, y se presentó un hombre bostezando. Llevaba una gorrilla y una blusa, y por debajo de ésta salia un objeto. Tenia algunas pajas en los pliegues de su blusa y la mirada de un hombre á quien acaban de despertar.

Se adelantó. Se miraron todos unos á otros. El de la blusa tenia facha de desconfiado y de tuno. Él inició la conversacion, diciendo:

—¿Sois vos el armero?

El que habia llamado á la vidriera respondió:

—Sí. ¿Sois vos el parisiense?

—Llamado Peaurouge. El mismo.

—Veamos aquello.

El hombre sacó de debajo de su blusa un arma muy rara en Europa en aquella época, un revolver.

Era un revolver nuevo y brillante. Los dos recién venidos le examinaron. El que parecia conocer la casa, á quien el hombre de la blusa habia calificado de «armero,» estudió el mecanismo. Pasó el objeto á manos del otro, que parecia no ser tan de la ciudad y que permanecia de espaldas á la luz.

El armero preguntó:

—¿Cuánto?

El hombre de la blusa respondió:

—Acabo de llegar de América con él. Hay viajeros que

traen de allí monos, cotorras, y otros animaluchos, como si los franceses fuesen salvajes. Yo he traído el revolver. Es una invencion útil.

—¿Cuánto? replicó el armero.

—Es una pistola que hace el molinete.

—¿Cuánto?

—Paf. Un tiro. Paf. Otro. Paf... otro. Es para sacar de apuros á cualquiera.

—¿Cuánto?

—Tiene seis cañones.

—Y bien ¿cuánto?

—Seis cañones, seis luises.

—¿Quereis cinco?

—Imposible. Luis por bala. Es el precio.

—Si quereis venderlo, poneos en razon.

—He dicho el precio justo. Examinad bien esta pieza, señor arcabucero.

—La he examinado.

—El molinete da vueltas como monsieur Taillierand. Podria ponerse este molinete en el Diccionario de las vele-tas. Es una joya.

—Lo he visto.

—En cuanto á los cañones, son de fundicion española.

—Lo he notado.

—Son de herraduras retorcidos. Hé aquí cómo se hace eso. Se vacía en la fragua la banasta de un trapero de hierro viejo. Se coge todo el hierro viejo que se encuentra á mano, clavos de albeitar, herraduras rotas...

—Y hojas viejas de hoces y guadañas...

—Iba á decirlo, señor armero. Se da á todo ese revol-tijo una buena calda, con lo que se forma una magnífica pasta de hierro...

—Sí, pero que puede tener quebrajas...

—¡Toma! Todo eso se remedia con colas de golondrina, así como se evitan los riesgos de las hojas golpeando con fuerza. Se machaca la pasta con el martillo, se le dan otras dos caldas, y si el hierro se ha quemado, se le vuelve á su estado primitivo por medio de otras caldas lentas y batiéndolo mas suavemente. Y despues se le estira, y luego se le arrolla, y en seguida se hacen estos cañones.

—¿Por lo visto sois del oficio?

—Yo soy de todos los oficios.

—Los cañones hacen aguas.

—Es un nuevo mérito que tienen, señor armero. Esas aguas se dan con manteca de antimonio.

—Decimos, pues, que vamos á daros cinco luises.

—Me permito haceros observar que he tenido el honor de decir seis luises.

El armero bajó la voz.

—Escuchad, parisiense. Aprovechad la ocasion. Des-haceos de este instrumento. Una arma como ésta no sirve para vosotros. Llama demasiado la atencion.

—En efecto, dijo el parisiense, se ve demasiado. Es mejor para un hombre de su casa.

—¿Quereis por ella cinco luises?

—No, seis. Uno por tiro.

—Pues bien, seis napoleones.

—Quiero seis luises.

—Por lo visto no sois bonapartista. Preferís un luis á un napoleon.

El parisiense, llamado Peaurouge, se sonrió.

—Napoleon, dijo, es mejor, pero Luis vale mas.

—Seis napoleones.

—Seis luises. La diferencia es para mí de veinte y cuatro francos.

—Siendo así, no hacemos nada.

—¿Cómo ha de ser? Me quedaré con mi joya.

—Sí, quedaos con ella.

—No rebajo nada. No quiero que se diga que por un pedazo de pan me he deshecho de una maravilla.

—Entonces no hacemos nada.

—Es un progreso sobre la pistola, que los indios que sapeacos llaman Nortay-u-Hah.

—Cinco luises pagados al contado son algo.

—Nortay-u-Hah quiere decir *Fusil Corto*. Eso no lo saben todos.

—¿Quereis cinco luises, y un escudo para echar un trago?

—He dicho que seis.

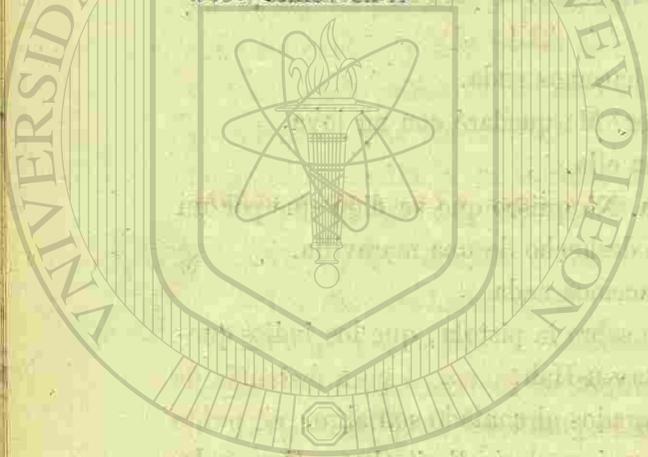
El hombre que estaba vuelto de espaldas á la luz y que no habia aun despegado sus labios, hacia durante el diálogo girar el mecanismo. Se acercó al armero y le dijo al oído:

—¿El objeto es bueno?

—Escelente.

—Doy los seis luises.

Cinco minutos despues, mientras el parisiense llamado Peaurouge metia en una escotadura secreta que tenia su blusa debajo del sobaco los seis luises de oro que acababa de recibir, el comprador, metiéndose el revolver en el bolsillo del pantalon, salia con el armero de la callejuela de Coutanchez.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

VIII.

CARAMBOLA DE LA BOLA ROJA Y DE LA BOLA NEGRA.

Al día siguiente, que era jueves, á poca distancia de Saint-Malo, cerca de la punta del Decollé, en un punto en que la costa es alta y el mar profundo, pasó una escena trágica.

Una lengua de rocas en forma de lanza, que se une á la tierra por un istmo estrecho, se prolonga en el agua y termina de pronto en una gran rompiente cortada á pico; no hay nada mas frecuente en la arquitectura del mar.

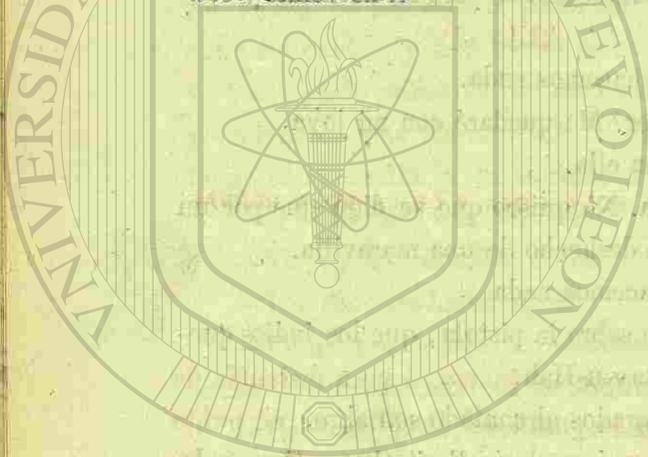
Para llegar, viniendo de la playa, á la meseta de la roca cortada á pico, se sigue un plano inclinado cuya subida es algunas veces bastante áspera.

En una meseta de este género se hallaba en pie á las

—Escelente.

—Doy los seis luises.

Cinco minutos despues, mientras el parisiense llamado Peaurouge metia en una escotadura secreta que tenia su blusa debajo del sobaco los seis luises de oro que acababa de recibir, el comprador, metiéndose el revolver en el bolsillo del pantalon, salia con el armero de la callejuela de Coutanchez.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y MUSEOS

VIII.

CARAMBOLA DE LA BOLA ROJA Y DE LA BOLA NEGRA.

Al día siguiente, que era jueves, á poca distancia de Saint-Malo, cerca de la punta del Decollé, en un punto en que la costa es alta y el mar profundo, pasó una escena trágica.

Una lengua de rocas en forma de lanza, que se une á la tierra por un istmo estrecho, se prolonga en el agua y termina de pronto en una gran rompiente cortada á pico; no hay nada mas frecuente en la arquitectura del mar.

Para llegar, viniendo de la playa, á la meseta de la roca cortada á pico, se sigue un plano inclinado cuya subida es algunas veces bastante áspera.

En una meseta de este género se hallaba en pie á las

cuatro de la tarde un hombre envuelto en un ancho capoton de ordenanza y probablemente con armas bajo el capoton, cosa fácil de reconocer por ciertos pliegues rectos y angulosos del capoton mismo.

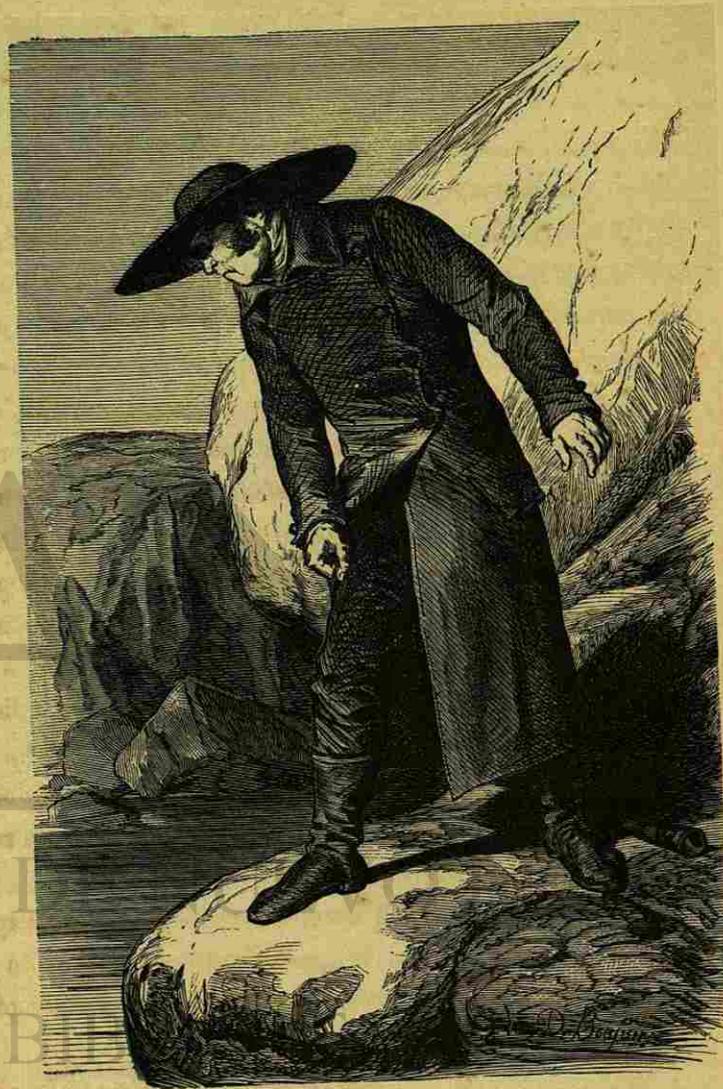
La cumbre en que se hallaba este hombre era una plataforma bastante espaciosa sembrada de gruesos cabos de roca parecidos á desmesurados morrillos de un empedrado gigantesco, y dejando entre sí estrechos desfiladeros. Aquella plataforma, en que crecía una menuda yerbecilla espesa y corta, terminaba por el lado del mar en un espacio libre que conducía á un barranco vertical.

Este barranco, que se elevaba unos sesenta pies encima del mar, parecía haberse cortado teniendo un albañil la plumada. Sin embargo, su ángulo izquierdo se deterioraba y ofrecía una de esas escaleras naturales propias de los acantilados de granito, cuyos peldaños poco cómodos exigen algunas veces zancadas de gigante ó saltos de volatinero. Aquella escalera de rocas bajaba perpendicularmente hasta el mar y en él se hundía.

Era casi un precipicio. Sin embargo, por allí se podía verificar un embarco y desembarco bajo la pared misma del acantilado.

La brisa soplaba. El hombre, envuelto en su capa, firme en su puesto, con la mano izquierda sirviendo de apoyo al codo derecho, cerraba un ojo y aplicaba al otro un antejo de larga vista.

Parecía absorto en una atención grave. Se había aproximado al borde del acantilado, y allí permanecía



RANTAINÉ.

inmóvil, con la mirada imperturbablemente fija en un punto del horizonte.

Habia subido la marea. El oleaje se estrellaba debajo de él en el acantilado.

Lo que aquel hombre observaba era un buque en alta mar que evolucionaba de una manera sospechosa.

Aquel buque, que hacia apenas una hora había salido del puerto de Saint-Malo, se había detenido detrás de los Banquetiers. Era una fragata. No había echado el ancla, tal vez porque el fondo no le hubiera permitido decaer del rumbo sobre el cable, y porque hubiera cerrado su ancla bajo el tajamar. Se limitaba á permanecer en facha (1).

El hombre, que era un guarda costas, como lo indicaba su capoton de uniforme, espiaba todas las maniobras de la fragata y parecía tomar mentalmente nota de ellas.

El buque se había puesto al paio barloventando, como lo indicaba el velacho que estaba cargado y la gabia que estaba desplegada; había entablado el palo de mesana y orientado el mastelero de juanete y vergas de periquito, de manera que unas á otras se contrariasen las velas, y de este modo podía arribar poco y derivar menos.

No se cuidaba de presentarse al viento, pues no había braceado el velacho sino perpendicularmente, con cuyo

(1) No definimos en notas las voces náuticas que tanto abundan en este libro, porque tendríamos al efecto que emplear un tecnicismo tan incomprendible para los que no han navegado mucho ni saludado la náutica, como la palabra misma definida. Los que se hallan en el caso de comprender la definición no la necesitan.

procedimiento, cayendo de un lado al otro, no derivaba mas que una media legua por hora.

Era aun de dia, sobre todo en alta mar y en la cumbre del acantilado. La parte baja de las costas se iba poniendo oscura.

El guarda costas, entregado todo entero al cumplimiento de su deber y espiondo concienzudamente el golfo, no habia pensado en escudriñar la roca debajo de él y á su lado. Tenia vuelta la espalda á la especie de escalera poco practicable que ponía en comunicacion la meseta del acantilado con el mar. No notaba que allí se movía alguna cosa.

En aquella escalera, detrás de una fragosidad, habia alguno, habia un hombre, oculto allí, segun todas las apariencias, antes de la llegada del guarda costas.

De cuando en cuando, en la sombra, salía una cabeza de debajo de la roca, miraba arriba, y acechaba al acechador.

Aquella cabeza, cubierta con un ancho sombrero americano, era la del cuákaro, la del hombre que diez dias antes habia en las piedras del Petit Bey con el capitán Zuela.

De repente pareció redoblar la atencion del guarda costas. Limpió rápidamente con su bocamanga el cristal de su antejo, y lo encaró con energía á la fragata.

Acababa de desprenderse de ésta un punto negro.

El punto negro, parecido á una hormiga en el mar, era una embarcacion.

La embarcacion queria al parecer acercarse á tierra. La tripulaban algunos marineros que bogaban vigorosamente.

El bote oblicuaba poco á poco y se dirigía á la punta del Decollé.

El acecho del guarda costas habia llegado á su mayor grado de fijeza. No perdía un solo movimiento de la embarcacion. Se habia acercado aun mas al borde del acantilado.

En aquel momento un hombre de alta estatura, el cuákaro, salió por detrás al guarda costas en lo alto de la escalera. El acechador no le veía.

El cuákaro se detuvo un instante, con los brazos caidos y los puños cerrados, y, con la vista de un cazador que apunta, miró la espalda del guarda costas.

Le separaban del guarda costas solo cuatro pasos; adelantó un pie, y luego se detuvo: dió un segundo paso, y volvió á detenerse; no hacia mas movimiento que el de andar, todo el resto de su cuerpo era una estatua; su pie se apoyaba en la yerba sin ruido; dió el tercer paso y se detuvo de nuevo; tocaba casi al guarda costas que permanecía inmóvil con su antejo.

Levantó lentamente sus dos manos cerradas á la altura de sus clavículas, despues, bruscamente, sus antebrazos se desplomaron, y sus dos puños, como soltados por el fiador de una llave de fusil, hirieron los dos hombros del guarda costas.

El choque fue siniestro. El guarda costas no tuvo

tiempo de lanzar un grito. Cayó de cabeza desde lo alto del acantilado al mar. Se vieron las dos suelas de sus zapatos, no mas que el tiempo que puede verse un relámpago.

Fue como una piedra caída al agua. Todo se volvió á cerrar en pos de él.

Dos ó tres grandes círculos se formaron en el agua sombría.

No quedó mas que el antejo escapado de las manos del guarda costas, que cayó encima de la yerba.

El cuákaró se puso de bruces sobre el borde del es-carpe, miró cómo los círculos se desvanecían en el agua, aguardó algunos minutos, y despues se volvió á enderezar cantando entre dientes:

El buen polizonte ha muerto
Porque ha perdido la vida.

Se inclinó por segunda vez. No reapareció nada. Pero en el punto en que el guarda costas habia sido engullido, se formó en la superficie del agua una especie de nube rojiza que se dilataba con el balance de las olas.

Era probable que el guarda costas se habia roto el cráneo contra alguna roca submarina. Su sangre subia y formaba una mancha en la espuma. El cuákaró, contemplando esta mancha rojiza, exclamó:

Muy poco antes de su muerte

Estaba de vida lleno...

No concluyó.

Oyó detrás de él una voz muy melosa que decia:

—¿Estais aquí, Rantaine? Buenos dias. Acabais de matar á un hombre.

Se volvió, y vió detrás de él, á quince pasos de distancia, á la salida de uno de los espacios que habia entre dos rocas, un hombrecillo que tenia un revolver en la mano.

Respondió:

—Aquí me teneis. Buenos dias, sieur Clubin.

El hombrecillo sintió como un estremecimiento.

—¿Me reconocéis?

—Tambien vos me habeis reconocido á mí, replicó Rantaine.

Se percibia ruido de remos que golpeaban el mar. Era la embarcacion observada por el guarda costas, que se acercaba.

Sieur Clubin dijo á media voz, como hablándose á sí mismo:

—La cosa se ha hecho pronto.

—¿En qué puedo serviros? preguntó Rantaine.

—En muy poca cosa. Hace próximamente diez años que no os habia visto. Habreis hecho buenos negocios. ¿Qué tal os va?

—Bien, dijo Rantaine. ¿Y vos?

—Muy bien, respondió sieur Clubin.

Rantaine dió un paso hácia sieur Clubin.

Un ruido secó llegó á su oido. Era sieur Clubin que amartillaba el revolver.

—Rantaine, estamos á quince pasos uno de otro. Es buena distancia. Permaneced donde estais.

—¿De esas tenemos? dijo Rantaine, ¿qué me quereis?

—Quiero que hablemos.

Rantaine no se movió. Sieur Clubin repuso:

—Acabais de asesinar á un guarda costas.

Rantaine levantó el ala de su sombrero, y respondió:

—Me habeis hecho ya el honor de decírmelo otra vez.

—En términos menos precisos. Antes habia dicho: un hombre, ahora digo: un guarda costas. El guarda costas asesinado llevaba el número 619. Era padre de familia. Tenia una mujer y cinco hijos.

—Asi será, dijo Rantaine.

Hubo una pausa imperceptible.

—Los guarda costas, prosiguió Clubin, son hombres escogidos, casi todos antiguos marinos.

—He notado, dijo Rantaine, que en general todos los que mueren dejan una mujer y cinco hijos.

Sieur Clubin continuó:

—Adivinad cuánto me ha costado este revolver.

—Es una buena pieza, respondió Rantaine.

—¿Cuánto os parece que vale?

—Debe valer mucho.

—Me ha costado 144 francos.

—Lo habeis comprado, dijo Rantaine, en la tienda de armas de la calle Coutanchez.

Clubin repuso:

—No ha gritado. La caida corta la voz.

—Sieur Clubin, esta noche hará viento.

—Yo solo estoy en el secreto.

—¿Seguís hospedándoos en la posada Jean? preguntó Rantaine.

—Sí. No se está allí mal.

—Me acuerdo de haber comido allí buenas berzas ácidas.

—Vos debeis ser escesivamente fuerte, Rantaine. Teneis espaldas muy anchas. No quisiera recibir un capiro-tazo vuestro. Yo, cuando nací, estaba tan encanijado y enclenque, que no creian lograme.

—Felizmente, se equivocaron.

—Pues sí, como íbamos diciendo, sigo en la antigua posada Jean.

—¿Sabeis, sieur Clubin, por qué os he reconocido? Porque vos me habeis reconocido á mí. Yo he dicho: Para eso no hay mas que Clubin.

Y dió un paso adelante.

—Volveos donde estábais, Rantaine.

Rantaine retrocedió, y dijo para sí:

—Un hombre se vuelve un niño delante de esas máquinas.

Sieur Clubin prosiguió:

—Situacion. Tenemos á la derecha, por el lado de Saint-Engat, á trescientos pasos de aquí, otro guarda costas, el número 618 que vive; á la izquierda, por el lado de Saint-Lunaire, un puesto de aduaneros. Total: siete hombres armados que pueden estar aquí antes de cinco minutos. La roca será cercada. La garganta del cerro

custodiada. Imposible evadirse. Hay un cadáver al pie del acantilado.

Rantaine echó al revolver una mirada oblicua.

—Como vos decís, Rantaine, es una hermosa pieza. Acaso esté cargado con pólvora sola. ¿Pero qué importa? Basta el ruido del tiro para hacer acudir la fuerza armada. Puedo disparar seis.

El choque alternativo de los remos se hacia mas distinto. El bote no estaba lejos.

El hombre alto miraba al otro de una manera estraña. Sieur Clubin hablaba con una voz mas tranquila y meliflua.

—Rantaine, los hombres del bote próximo á llegar, sabiendo lo que acabais de hacer aquí, ayudarán á prenderos. Vos por vuestro pasaje pagais 10,000 francos al capitán Zuela. Entre paréntesis, os hubieran costado menos los contrabandistas de Plainmont; pero ellos no os hubieran llevado mas que á Inglaterra, y, por otra parte, no podeis arriesgaros á ir á Guernesey donde tienen el honor de conoceros. Vuelvo á la situacion. Si hago fuego, os prenden. Diez mil francos dais á Zuela por vuestra fuga, y le habeis ya dado 5,000 adelantados. Zuela se quedaria con ellos, y se marcharia tan guapamente. Hé aquí todo. Rantaine, estais bien disfrazado. Ese sombrero, ese leviton y esas polainas os trasforman. Habeis olvidado los anteojos. Habeis hecho bien en dejaros las patillas.

Rantaine contestó con una sonrisa bastante parecida á un rechino. Clubin continuó:

—Rantaine, llevais unos calzones americanos que tienen dos bolsillos. En el uno está vuestro reloj. Guardadlo.

—Gracias, sieur Clubin.

—En el otro hay una cajita de hierro que se abre y cierra por medio de un resorte. Es una antigua caja de tabaco de marineró. Sacadla de vuestro bolsillo, y echádmela.

—¡Pero eso es un robo!

—Teneis libertad para llamar á la guardia.

Y Clubin miró fijamente á Rantaine.

—Oidme, mess Clubin... dijo Rantaine dando un paso y tendiendo su mano abierta.

Mess era una adulacion.

—Permaneced donde estais, Rantaine.

—Mess Clubin, arreglémonos. Os ofrezco la mitad.

Clubin se cruzó de brazos y ladeó un poco hácia Rantaine las seis bocas de su revolver.

—Rantaine, ¿por quién me tomais? Yo soy un hombre honrado.

Y añadió despues de una pausa:

—Lo necesito todo.

Rantaine murmuró entre dientes:—Es hombre que no se anda en chiquitas.

Los ojos de Clubin empezaban á echar fuego. Su voz se hizo sonora y cortante como el acero, y exclamó:

—Veo que os engañais. Sois vos quien se llama Robo, yo me llamo Restitucion. Rantaine, escuchad. Diez años

atrás os fuisteis de noche de Guernesey tomando de la caja de una asociación 50,000 francos que eran vuestros, y olvidándoos de dejar en ella 50,000 francos que eran de otro. Esos 50,000 francos, robados por vos á vuestro asociado, el excelente y digno mess Lethierry, forman hoy con los intereses compuestos durante diez años 80,666 francos 66 céntimos. Ayer fuisteis á casa de un cambista. Voy á nombrároslo: Rebuchet, calle de Saint-Vincent. Le habeis contado 76,000 francos en billetes de banco franceses, contra los cuales os ha dado tres bank-notes de Inglaterra de 1,000 libras esterlinas cada uno, sin contar el pico. Habeis metido los banks-notes en la cajita de hierro, y la cajita de hierro en vuestro bolsillo de la derecha. Esas 3,000 libras esterlinas equivalen á 75,000 francos, con los cuales, en nombre de mess Lethierry, me daré por satisfecho. Mañana parto para Guernesey, y pienso llevárselos. Rantaine, la fragata que está allí en facha es la *Tamaulipas*. En ella habeis hecho embarcar esta noche vuestros cofres confundidos con los sacos y maletas de la tripulación. Os marchais de Francia. Vuestras razones tendreis para ello. Vais á Arequipa. El bote viene á buscaros. Le aguardais aquí. Ya llega. Ya se oye el ruido de sus remos. De mí depende el que par-tais ó el que os prendan. Basta de palabras. Echadme la cajita de hierro.

Rantaine metió la mano en el bolsillo, sacó una cajita y la echó á Clubin. Era la cajita de hierro. Fue rodando hasta los piés de Clubin.

Clubin se inclinó sin bajar la cabeza, y cogió la cajita con la mano izquierda, teniendo dirigidos á Rantaine sus dos ojos y los seis cañones del revolver.

Después gritó:

—Camarada, volveos de espaldas.

Rantaine se volvió de espaldas.

Sieur Clubin se puso el revolver debajo del sobaco, y tocó el resorte de la cajita. Esta se abrió.

Contenia cuatro bank-notes, tres de 1,000 libras y uno de 10.

Volvió á doblar los tres bank-notes de 1,000 libras, los colocó de nuevo en la cajita de hierro, cerró la cajita y la metió en su bolsillo.

Cogió después un guijarro del suelo. Lo envolvió con el billete de 10 libras, y dijo:

—Volveos.

Rantaine se volvió.

Sieur Clubin repuso:

—Ya os he dicho que me contentaria con 3,000 libras. Hé aquí 10 que os devuelvo.

Y echó á Rantaine el billete á que el guijarro servia de lastre. Rantaine de un puntapie echó el bank-note y el guijarro al mar.

—Como querais, dijo Clubin. Vamos, veo que debeis ser rico. Estoy tranquilo.

El ruido de los remos, que durante este diálogo se habia ido acercando continuamente, cesó, lo que indicaba que el bote habia llegado al pie del acantilado.

—Teneis abajo el bote, Rantaine. Podeis marcharos. Rantaine se dirigió hácia la escalera, y se hundió en ella.

Clubin se acercó con precaucion al borde del escarpe, y avanzando la cabeza, miró como bajaba.

El bote estaba atracado cerca del último peldaño de rocas, en el punto mismo en que habia caido el guarda costas.

Al mismo tiempo que veia bajar á Rantaine, Clubin murmuró:

—¡Buen número 619! Él creia estar solo. Rantaine creia que no eran mas que dos. Yo solo sabia que éramos tres.

Vió á sus pies encima de la yerba el antejo que habia dejado caer el guarda costas, y lo recogió.

Volvió á empezar el ruido de los remos. Rantaine acababa de saltar á la embarcacion, y el bote se hizo á la mar.

Cuando Rantaine estuvo en el bote, despues de los primeros golpes de remo, que iban dejando atrás el acantilado, se puso de repente en pie, su cara se hizo monstruosa, enseñó los puños y exclamó:

—¡Ira de Dios! ¡hasta el mismo diablo es un canalla!

Algunos segundos despues, Clubin, desde lo alto del acantilado, asestando al bote el antejo de larga vista, oia distintamente estas palabras articuladas por una voz estentórea que dominaba el ruido del mar.

—Sieur Clubin, sois un hombre honrado; pero no os

parecerá mal que escriba á Lethierry para participarle lo que ha pasado, y hay aquí en el bote un marinero de Guernesey que es de la tripulacion del *Tamaulipas*, y se llama Alsier-Tostevin, el cual regresará á Saint-Malo en el próximo viaje de Zuch, y atestiguará que os he remitido para mess Lethierry la suma de 3,000 libras esterlinas.

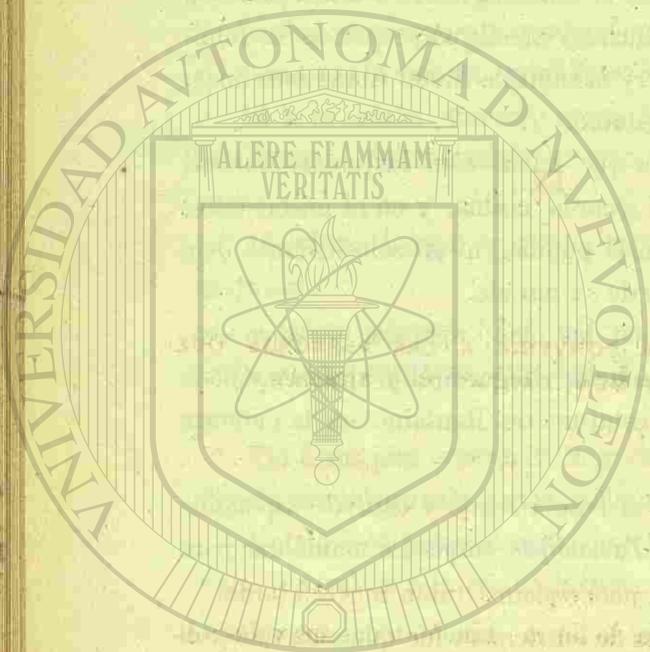
Era la voz de Rantaine.

Clubin era hombre que hacia bien las cosas. Inmóvil como habia estado el guarda costas, y en el mismo sitio, con el antejo fijo en la pupila, ni un solo instante dejó de tener el bote asido de su mirada.

Le vió decrecer en las olas, aparecer y reaparecer, acercarse al buque en facha, llegar á él y atracar, y pudo reconocer la elevada estatura de Rantaine en la cubierta del *Tamaulipas*.

Cuando subieron el bote á bordo y estuvo suspendido de los pescantes, el *Tamaulipas* empezó á maniobrar para hacerse á la mar.

El viento, que era de tierra, hinchó todas sus velas; el antejo de Clubin permaneció encarado á aquella silueta mas y mas simplificada, y, media hora despues, el *Tamaulipas* no era ya mas que un cuerpo negro que se empequeñecia en el horizonte, pintándose á lo lejos en el pálido cielo del crepúsculo. ®



IX.

DATOS QUE PUEDEN CONVENIR Á LAS PERSONAS QUE
ESPERAN, Ó TEMEN, CARTAS DE ULTRAMAR.

También aquella noche sieur Clubin regresó tarde. Una de las causas de su demora fue que antes de volver se había llegado á la puerta de Dinan, donde habia varios figones, en uno de los cuales, en que no se le conocia, habia comprado un frasco de aguardiente que se lo metió en el ancho bolsillo de su chaqueton como si lo quisiera ocultar, y luego, como la Duranda tenia que emprender su viaje al dia siguiente por la mañana, habia dado una vuelta á bordo para asegurarse de que todo estaba en orden.

Cuando sieur Clubin llegó á la posada Jean, no habia

en el salon bajo mas que el antiguo capitan de carrera larga, M. Gertrais-Gaboureau, que echaba su copa y fumaba su pipa.

Entre un trago y una bocanada de humo Mr Gertrais-Gaboureau saludó á sieur Clubin.

—Good bye, capitan Clubin.

—Buenas noches, capitan Gertrais.

—Con que, tenemos ya que la *Tamaulipas* ha partido.

—¿Sí? dijo Clubin, no he fijado en ello la atencion.

El capitan Gertrais-Gaboureau escupió y repuso:

—Ya se fué Zuela.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

—¿A dónde vá?

—Al diablo.

—Sin duda; pero ¿á dónde?

—A Arequipa.

—No sabia nada, dijo Clubin.

Y añadió:

—Me voy á acostar.

Encendió su vela, se dirigió á la puerta, y volvió.

—¿Habeis ido alguna vez á Arequipa, capitan Gertrais?

—Sí. Hace ya años.

—¿Dónde se toca?

—Un poco en todas partes. Pero ese *Tamaulipas* no hará escala en ninguna.

M. Gertrais-Gaboureau vació en el borde de un plato la ceniza de su pipa, y continuó:

—Ya sabeis que el queche marino *Cheval-de-Troie* y la hermosa fragata *Trentemouzin* han ido á Cardiff. Yo no era de opinion de que se hiciesen á la vela á causa del tiempo. Han vuelto de arribada en un estado lastimoso. El queche marino estaba cargado de trementina, ha hecho aguas, y funcionando con las bombas, ha vaciado con el agua todo su cargamento. En cuanto á la fragata, ha sufrido principalmente averías en los altos; el tajamar, el branque, las cofas, el cepo del ancla, todo roto. El botavante del foque partido al nivel del tamborete. Los obenques de foques y las sobarbadas han desaparecido. El palo mesana no ha tenido novedad, aunque ha experimentado un fuerte sacudimiento. Todo el hierro de bauprés voló; ¿y creereis que el bauprés no se ha hecho trizas no obstante haber quedado desnudo enteramente? Por la parte de babor la obra muerta tiene una abertura de 3 pies cuadrados. Hé aquí lo que resulta de no hacer caso de la gente.

Clubin habia dejado su vela encima de la mesa, y se entretenia en quitar y poner algunos alfileres que llevaba en el cuello de su chaqueton. Luego repuso:

—¿No deciais, capitan Gertrais, que la *Tamaulipas* no tocará en ninguna parte?

—En ninguna. Va en derecha á Chile.

—Siendo asi, no podrá en su marcha dar noticias suyas. ®

—Os equivocais, capitan Clubin. En primer lugar, puede entregar cartas á todos los buques que encuentre navegando hácia Europa.

—Verdad es.

—En segundo lugar, tiene el buzón del mar.

—¿Y á qué llamáis el buzón del mar?

—¿No sabéis eso, capitán Clubin?

—No.

—Cuando se pasa el estrecho de Magallanes...

—¿Y qué?

—En todas partes nieves, en todas partes temporal, malos vientos, con oleaje que sube al cielo.

—¿Y despues?

—Cuando se ha doblado el cabo Monmouth...

—Bien. ¿En seguida?

—En seguida se dobla el cabo Valentin.

—¿Y en seguida?

—En seguida se dobla el cabo Isidoro.

—¿Y despues?

—Se dobla la punta Ana.

—Bueno. ¿Pero á qué es á lo que llamáis el buzón del mar?

—A ello voy. Montañas á la derecha, montañas á la izquierda. En todas partes pájaros bobos y petreles amigos de las tempestades. Un punto terrible. ¡Fuego de Dios! ¡qué baraunda! ¡qué ruido! ¡Allí sí que hay que vigilar el yugo de la popa! ¡Allí sí que hay que quitar trapo! ¡Allí sí que hay que reemplazar las mayores con los foques y los foques con el tormentin. Viento y mas viento. Y algunas veces cuatro, cinco, seis dias soplando de proa. Con frecuencia de un velámen enteramente nuevo no quedan mas que hilas. ¡Qué bailoteo! rachas capaces de

hacer saltar una corbeta como si fuese una pulga. Yo he visto en un bergantin inglés, el *True-blue*, un grumete desde una cofa ser llevado á todos los quinientos mil millones de truenos de Dios. Se va por el aire como las mariposas. El contramaestre de la *Revenue*, hermosa goleta, fue arrancado de la cubierta y voló como una paja. Yo he tenido hechas trizas mi defensa y mis contratrancaniles. De allí se sale con todas las velas comidas. Fragatas de cincuenta hacen aguas como una banasta. ¡Y qué costa! No he visto ninguna mas áspera. Rocas cortadas como por entretenimiento. Se llega cerca del Puerto del Hambre. Allí peor que peor. Las olas mas impetuosas que he visto en la vida. Aquello es un infierno. De repente se leen estas dos palabras escritas con tinta roja: *Post Office*.

—¿Qué quereis decir, capitán Gertrais?

—Quiero decir, capitán Clubin, que inmediatamente despues de haber doblado la punta Ana, se ve en un chinarro, que tiene 100 pies de elevacion, un gran palo. Es un poste que lleva colgada una barrica. Esta barrica es el buzón. Ha sido menester que los ingleses escribiesen encima: *Post-Office*. ¿Con qué derecho? Es el buzón del Océano. No pertenece á ese distinguido gentleman, el rey de Inglaterra. Es un buzón comun. Pertenece á todas las naciones. *Post-Office* es una estravagancia que causa de pronto el mismo efecto que una taza de té que nos ofreciese el diablo. Vais á ver ahora cómo funciona el correo. Todo buque que pasa envia al poste una lancha con sus cartas. El buque que viene del Atlántico envia sus cartas

para Europa, y el que viene del Pacífico envía las suyas para América. El oficial que manda vuestra lancha mete en el barril vuestro paquete y toma el paquete que en él encuentra. Os encargáis de estas cartas; el buque que llegue despues, se encargará de las vuestras. Como se navega en sentido contrario, el continente de que vos venís es el continente á que yo voy. Yo me encargo de vuestras cartas, y vos de las mías. El barril está atado al poste con una cadena. ¡Y llueve! ¡Y nieva! ¡Y graniza! ¡Un mar estrafalario! Los diablos vuelan en todas direcciones. Por allí irá la *Tamaulipas*. El barril tiene una buena tapa con visagras, pero nada de cerraduras ni candados. Ya veis, pues, que se puede escribir á los amigos. Las cartas llegan.

—Malo es eso, murmuró Clubin meditabundo.

El capitan Gertrai-Gaboureau se volvió hácia su copa.

—Supongamos que ese bribonazo de Zuela me escribe; ese pelon mete un baturrillo de palabras en la barrica en Magallanes, y dentro de cuatro meses tengo en mi poder los garabatos de ese tunante. Pero á otra cosa, capitan Clubin; ¿estais resuelto á partir mañana?

Clubin, sumido en una especie de somnambulismo, no oyó lo que le decia el capitan Gertrai. Este repitió su pregunta.

Clubin volvió en sí de su absorcion.

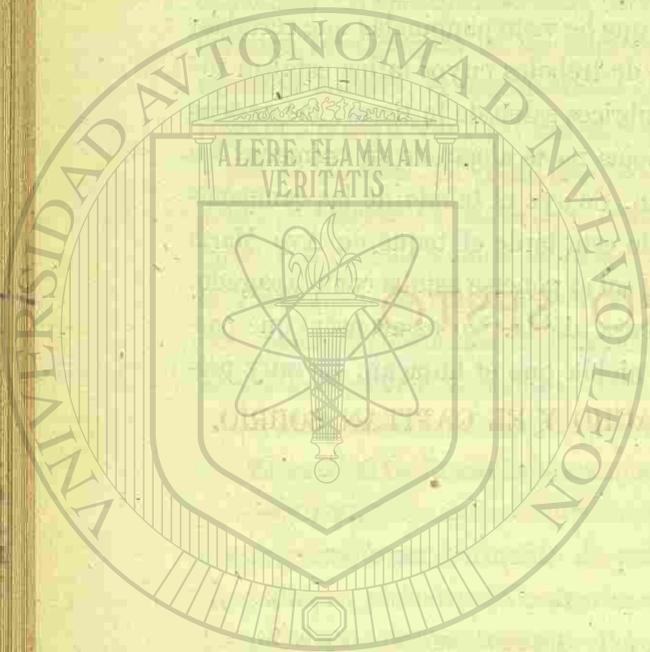
—Sin duda capitan Gertrai. Es el dia que me toca. Mañana parto.

—No partiria yo, si estuviese en vuestro pellejo. Capitan Clubin, la piel de los perros huele á pelo mojado.

Hace dos noches que las aves marítimas dan vueltas alrededor del faro. Mala señal. Yo tengo un storm-glass que hace de las suyas. Nos hallamos en el segundo octante de la luna. No há mucho que he visto pimpinelas que cerraban sus hojas y un campo de tréboles cuyos tallos estaban todos cubiertos. Las lombrices salen de la tierra, las moscas están pesadas, las abejas no se alejan de su colmena, los gorriones se consultan. Se oye el tañido de las campanas desde lejos. Yo he oido esta tarde el toque de Ave María de Saint-Lunaire. Y el sol al ponerse estaba como apagado. Mañana habrá una densa niebla. No os aconsejo que partais. Yo temo mas la niebla que el huracan. Es muy pérdida la niebla.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO





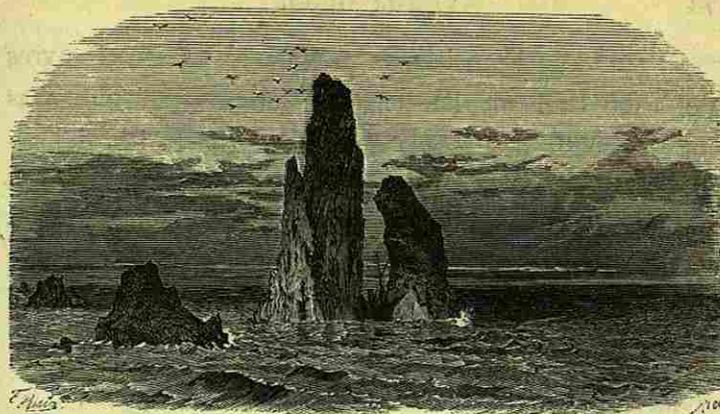
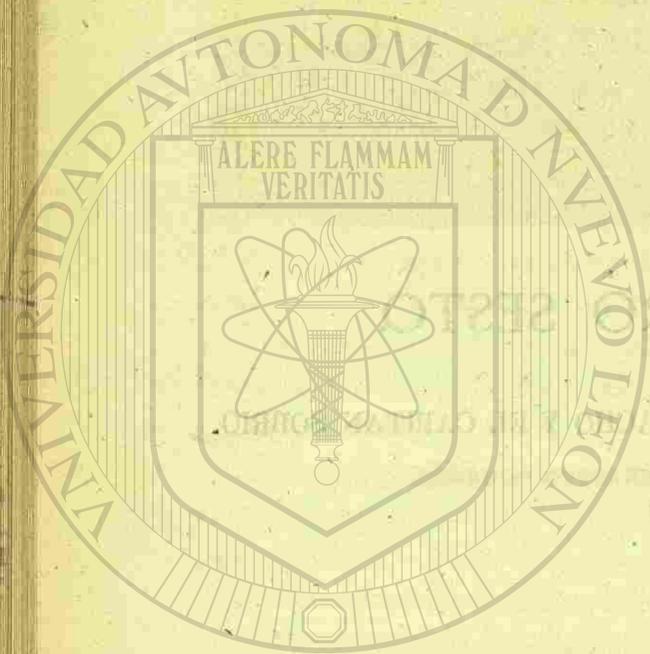
LIBRO SESTO.

EL TIMONEL BORRACHO Y EL CAPITAN SOBRIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





I.

LOS PEÑASCOS DOUVRES.

A unas cinco leguas mar adentro, al Sur de Guernesey, delante de la punta Plainmont, entre las islas de la Mancha y Saint-Malo, hay un grupo de escollos llamados los peñascos Douvres. Aquel es un lugar funesto.

El nombre de Douvre, *Dover*, pertenece á muchos escollos y alcantilados. Hay particularmente cerca de las Côtes du Nord una roca Douvre en la cual en este momento se está construyendo un faro, escollo peligroso también, pero que no se debe confundir con el otro.

El punto de Francia mas próximo al peñasco Douvres es el cabo Bréhant. El peñasco Douvres está algo mas lejos de la costa de Francia que de la primera isla del archipiélago normando.

Su distancia de Jersey se mide á poca diferencia por la gran diagonal de Jersey. Si la isla de Jersey girase alrededor de la Corbière como alrededor de un gozne, la punta Sainte-Catherine iria casi á tropezar con los Douvres. Aun hay allí una distancia de mas de cuatro leguas.

En nuestros mares, los mares de la civilizacion, las rocas mas salvajes rara vez están desiertas. Se encuentran contrabandistas en Hagot, aduaneros en Binic, celtas en Bréhat, cultivadores de ostras en Caucale, cazadores de conejos en Cesambre, la isla de César, cogedores de rustáceos en Brecqhou, pescadores de redes en Minquier y pescadores tambien en Érèhou. En los peñascos Douvres, nadie.

Las aves marítimas están allí en su casa.

No hay encuentro mas temido. Los Casquets en que, segun se dice, se perdió la *Blanche Nef*, el banco del Calvados, las agujas de la isla de Wight, la Ronesse, que tan peligrosa vuelve la costa de Beaulieu, el bajío de Préal que obstruye la entrada de Merquel y obliga á colocar á 20 brazas la baliza pintada de encarnado, las traidoras cercanías de Etables y de Plouha, las dos druidas de granito del Sur de Guernesey, el viejo Anderlo y el jóven Anderlo, la Corbière, los Hanois, la isla de las Ras recomendada al terror por este proverbio:—*Si una*

vez pasas el Ras y no mueres, temblarás; las *Mortes-Femmes*, el pasaje de la Bone y de la Frouquie, la Déroute entre Guernesey y Gersey, el Hardent entre los Minquiers y Chaussey, el Mauvais Cheval entre Boulay-Bay y Barneville, no tienen tan mala fama. Valdria mas tener que habérselas con todos los escollos enumerados uno tras otro que una sola vez con el peñasco Douvres.

En todo el peligroso mar de la Mancha, que es la mar Egea del Occidente, el peñasco Douvres no tiene quien le iguale en inspirar terror mas que el escollo Pater-Noster entre Guernesey y Serck.

Y al menos desde Pater-Noster se puede hacer una seña; allí en caso de apuro puede esperarse algun socorro. Se ve al Norte la punta Dicard, ó de Icaro, y al Sur Gros-Nez. Desde el peñasco Douvres no se ve nada.

La ráfaga, el agua, la nube, lo ilimitado, lo inhabitado. Nadie pasa por los peñascos Douvres que no vaya perdido.

Los granitos son de una estatura brutal y repugnante. En todas partes bajos y barrancos. En todas partes la severidad inhospitalaria del abismo.

Allí es alta mar. El agua es allí muy profunda. Un escollo absolutamente aislado como el peñasco Douvres atrae y abriga los animales que necesitan alejarse de los hombres. ®

Es una especie de vasta madrepora (1) submarina. Es un laberinto inundado.

(1) Género de políperos calcáreos, que juntándose los dos forman una planta de muchas ramas.

Allí, á la profundidad á que alcanzan difícilmente los buzos, hay antros, cuevas, grutas, encrucijadas y cruzamientos de calles tenebrosas. Allí pululan las especies monstruosas. Los cangrejos se comen los peces, y ellos á su vez son también comidos.

Formas espantosas, hechas para no ser vistas por ojos humanos, vagan por aquella oscuridad.

Confusos lineamentos de bocas, de antenas, de palpos, de tentáculos, de aletas natatorias, de mandíbulas abiertas, de escamas, de garras, de tenazas, flotan allí, y tiemblan, se desarrollan, se descomponen y se borran en la transparencia siniestra. Se arremolinan espantosos enjambres nadadores, haciendo lo que tienen que hacer. Es un peñasco de hidras.

Allí está el horrible ideal.

Figuraos, si podeis, un hormiguelo de holoturias (1). Ver lo interior del mar es ver la imagen de lo desconocido. Es verla por el lado terrible.

El abismo es análogo á la noche. Allí también hay sueño, por lo menos aparente, de la conciencia de la creación. Allí se perpetran con seguridad completa los crímenes de la irresponsabilidad.

Allí, en medio de una paz horrible, los esbozos de la vida, casi fantasmas, verdaderos demonios, se entregan á las feroces ocupaciones de la sombra.

Cuarenta años atrás, dos rocas de una forma extraordi-

(1) Género de radiarios, con muchos agujeros y parecidos á masas informes.

naria señalaban desde lejos el escollo Douvres á los pasajeros del Océano. Eran dos puntas verticales, agudas é inclinadas, que se tocaban casi por la cima. Se creía ver saliendo del mar los dos colmillos de un elefante engullido. Solo que aquéllos colmillos, altos como torres, eran de un elefante grande como una montaña.

Aquellas dos torres naturales de la oscura ciudad de los monstruos, no dejaban entre sí mas que un estrecho pasaje en que se retorcian las olas. Dicho pasaje, que era tortuoso y tenia en su longitud varios recodos y traspuestas, parecia un trozo de calle entre dos tapias. Las dos rocas gemelas se llamaban las dos Douvres, la mayor y la menor, teniendo la una 60 pies de altura y la otra 40.

El choque continuo de las olas ha acabado por desmoronar su base, y los violentos ventarrones equinocciales del 26 de octubre de 1859 han derribado una de ellas. La que queda, que es la pequeña, está truncada.

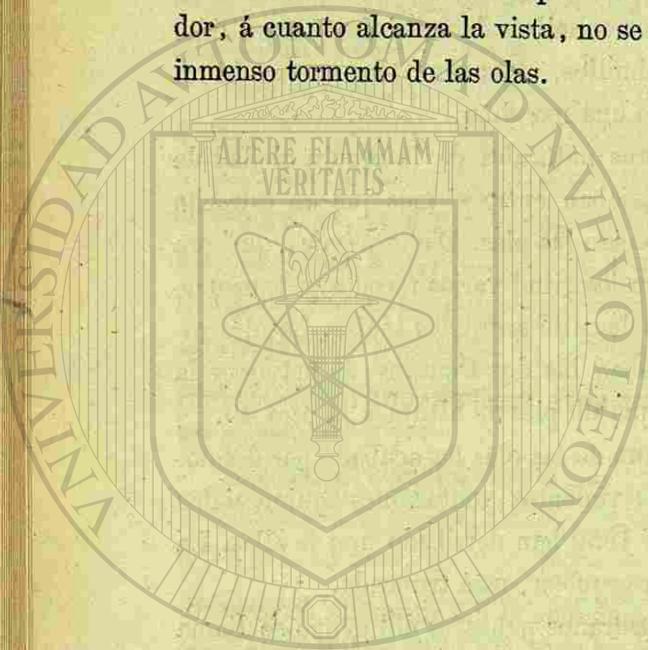
Uno de los mas estraños peñascos del grupo se llama el Homme, y subsiste aun actualmente. En el ultimo siglo, algunos pescadores, extraviados en aquellas rompientes, encontraron en lo alto del peñasco un cadáver, que tenia á su lado gran cantidad de almejas vacías.

Un náufrago, que se habria refugiado allí, moriria de hambre despues de haber vivido algun tiempo de las almejas que estaban á su alcance. Tal es el origen de su denominacion, el Homme (Hombre).

Las soledades de agua son lúgubres. Son el tumulto y el silencio.

Lo que en ellas sucede no atañe ya al género humano. Son de utilidad desconocida.

Es tal el aislamiento del peñasco Douvres, que alrededor, á cuanto alcanza la vista, no se descubre mas que el inmenso tormento de las olas.



II.

AGUARDIENTE INESPERADO.

El viernes por la mañana, al día siguiente de la partida de la *Tamaulipas*, la *Duranda* se hizo á la vela para Guernesey.

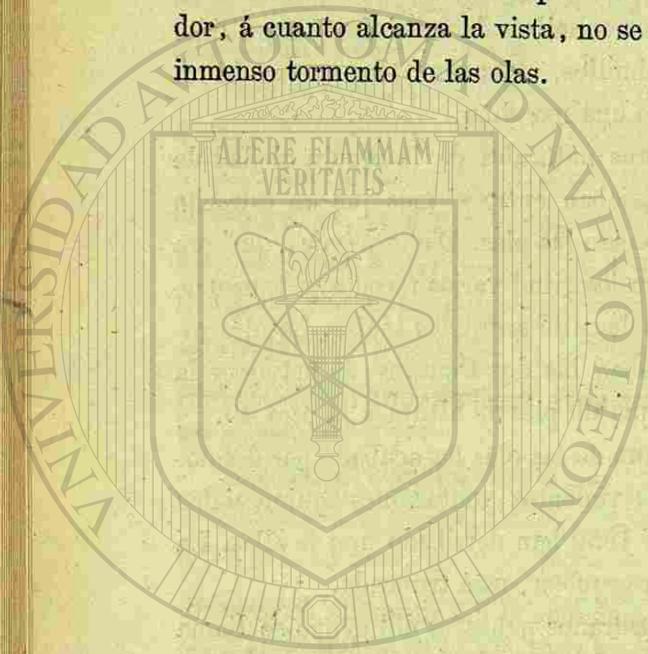
Zarpó de Saint-Malo á las nueve.

El tiempo estaba claro, sin ninguna nube; el viejo capitán Gertrais-Gaboureau habia al parecer chocheado.

Las preocupaciones de sieur Clubin le habian decididamente impedido practicar su cargamento. No habia embarcado mas que algunos artículos de París para las tiendas de comercio de Saint-Pierre Port, y tres cajas para el hospicio de Guernesey, una de jabon ordinario, otra de

Lo que en ellas sucede no atañe ya al género humano. Son de utilidad desconocida.

Es tal el aislamiento del peñasco Douvres, que alrededor, á cuanto alcanza la vista, no se descubre mas que el inmenso tormento de las olas.



II.

AGUARDIENTE INESPERADO.

El viernes por la mañana, al día siguiente de la partida de la *Tamaulipas*, la *Duranda* se hizo á la vela para Guernesey.

Zarpó de Saint-Malo á las nueve.

El tiempo estaba claro, sin ninguna nube; el viejo capitán Gertrais-Gaboureau habia al parecer chocheado.

Las preocupaciones de sieur Clubin le habian decididamente impedido practicar su cargamento. No habia embarcado mas que algunos artículos de París para las tiendas de comercio de Saint-Pierre Port, y tres cajas para el hospicio de Guernesey, una de jabon ordinario, otra de

velas, y otra de cuero de suela francés y de becerro escogido.

De su precedente cargamento se volvía á llevar una caja de azúcar terciada y tres cajas de té verde que la aduana francesa no había querido admitir.

Sieur Clubin había embarcado pocas reses; no había embarcado más que algunos bueyes que se hallaban en la sentina estivados con bastante negligencia.

Había á bordo seis pasajeros: un guernesiano, dos habitantes de Saint-Malo que comerciaban con ganado, un «turista,» como se decía ya en aquella época, un parisiense de la clase media, al parecer dependiente de una casa de comercio, y un americano que viajaba para repartir biblias.

Sin contar á Clubin, el capitán, la Duranda tenía siete hombres de tripulación: un timonel, un marinero carbonero, otro carpintero, un cocinero, que en caso necesario trabajaba en la maniobra, dos fogoneros y un grumete.

Uno de los dos fogoneros era al mismo tiempo maquinista. Este fogonero maquinista, muy bravo y muy inteligente, negro holandés, evadido de los ingenios de azúcar de Surinam, se llamaba Imbrancam.

El negro Imbrancam comprendía y servía admirablemente la máquina.

En los primeros tiempos, había contribuido, no poco, apareciendo enteramente negro entre el fuego y el humo, á dar un aspecto diabólico á la Duranda.

El timonel, guernesiano de nacimiento y cotentino de



SIEUR CLUBIN.

origen, se llamaba Tangrouille. Tangrouille era de una alta nobleza.

Lo era. Las islas de la Mancha son, como Inglaterra, un país gerárquico. Allí hay aun dos castas. Las castas tienen sus ideas, que son sus prohibiciones. Estas ideas de las castas son en todas partes las mismas, en la India como en Alemania.

La nobleza se conquista con la espada y se pierde trabajando. No hacer nada es vivir noblemente; el que no trabaja es honrado. Un oficio es una decadencia.

En otro tiempo, en Francia se esceptuaban solo de la regla general los vidrieros. Siendo una de las reglas de los hijo dalgos y los nobles vaciar botellas, no servia de deshonor el hacerlas.

En el archipiélago de la Mancha, é igualmente en la Gran Bretaña, el que quiere permanecer noble tiene que permanecer rico. Un workman no puede ser gentleman. Aunque lo hubiese sido dejaria de serlo. Tal ó cual marinero descende de caballeros mesnaderos y no es mas que un marinero.

Treinta años atrás, en Aurigny, un Gorges auténtico, que habria tenido derechos al señorío de Gorges, conquistado por Felipe-Augusto, recogia ova y fuco en el mar enteramente descalzo.

Un Carteret es carretero en Serk. Hay en Jersey un trapero y en Guernesey un zapatero llamados Gruchy, que se declaran Gruchy y primos del mariscal de Waterlloo.

Los antiguos registros del obispado de Coutances ha-

cen mencion de un señor de Tangroville, pariente incontestable de Tancarville sur la Basse-Seine, el cual es Montmorency. En el siglo XV Johan de Hérondeville, arquero del señor de Tangroville, llevaba detrás de él «su corselete y demás arneses.»

En mayo de 1371, en Pontorson, en presencia de Bertrand Duguesclin, «el señor de Tangroville ha cumplido con su deber como doncel.»

En las islas normandas, si la miseria sobreviene, la eliminacion de la nobleza es pronta, bastando una variante en la pronunciacion. *Tangroville* se convierte en *Tangrouille*, y no hay mas que hablar.

Asi le sucedió al timonel de la Duranda.

Hay en Saint-Pierre Port, en Bordage, un ropavejero llamado Ingrouille que es probablemente un Ingroville. Bajo Luis el Gordo, los Ingrovilles poseian tres parroquias en la eleccion de Velognes.

Un abate Trigan ha escrito la *Historia eclesiástica de Normandía*. El cronista Trigan era cura del señorío de Digoville. El señor de Digoville, si se hubiese vuelto plebeyo, se llamaria *Digouille*.

Tangrouille, Tancarville probable y Montmorency posible, tenia una antigua cualidad de hidalgo, defecto grave para un timonel; se embriagaba.

Sieur Clubin se habia obstinado en no despedirle, y habia respondido de él á mess Lethierry.

El timonel Tangrouille no salia jamás del buque y dormia á bordo.

La víspera de la marcha, cuando sieur Clubin, á hora bastante avanzada de la noche, habia pasado á visitar el buque, Tangrouille estaba durmiendo en su coy.

Por la noche Tangrouille se habia despertado, pues lo tenia de costumbre. Todo borracho que no es dueño de sí mismo tiene su escondrijo. Tangrouille tenia el suyo, que él llamaba su despensa. La despensa secreta de Tangrouille estaba en la sentina. Él la habia colocado allí para hacerla inverosímil. Creia estar seguro de que él solo conocia el escondrijo.

El capitan Clubin, siendo sobrio, era severo. El poco ron y ginebra que el timonel podia librar del vigilante acecho del capitan, lo tenia en reserva en aquel rincon misterioso de la sentina en el fondo de una cuba ancha, y casi todas las noches tenia en la despensa una cita amorosa con la botella.

La vigilancia era rigurosa, la orgía era pobre, y ordinariamente los excesos nocturnos de Tangrouille se limitaban á dos ó tres tragos, echados furtivamente. Hasta algunas veces la despensa estaba vacía.

Aquella noche Tangrouille habia hallado en ella una botella de aguardiente inesperada. Su alegría habia sido grande, y su admiracion mayor aun que su alegría. ¿De qué cielo le caia aquella botella? No pudo recordar cuándo ni cómo la habia él traído al buque.

La bebió inmediatamente, hasta cierto punto por prudencia, temiendo que la descubrieran y cogieran el aguardiente. Luego echó el casco al mar. Al dia siguiente, cuando se puso en el timon, Tangrouille oscilaba.

Gobernó sin embargo á poca diferencia como siempre. En cuanto á Clubin, sabido es que se volvió á la Posada Juan donde pasó la noche.

Clubin llevaba siempre debajo de la camisa un cinto de cuero en que guardaba unas veinte guineas, y no se lo quitaba sino de noche. En el interior del cinto habia un nombre, *sieur Clubin*, escrito de su puño y letra con tinta litográfica, que es indeleble.

Al levantarse, antes de partir, habia metido en el cinto la cajita de hierro que contenia los setenta y cinco mil francos en billetes, y despues, como de costumbre, se lo puso alrededor de la cintura.

III.

CONVERSACIONES INTERRUMPIDAS.

La partidá se hizo alegremente. Los viajeros, luego que hubieron colocado encima y debajo de los bancos sus maletas y sus abrigos, pasaron al buque la revista que es de rigor, habiéndola la costumbre hecho obligatoria.

Dos de los pasajeros, el turista y el parisiense, no habian visto nunca un buque de vapor, y á las primeras vueltas que dieron las ruedas, admiraron la espuma.

Despues admiraron el humo.

Examinaron pieza por pieza, en la cubierta y en el sollado, todos los aprestos marítimos de argollas, grapas, ganchos y pernos, que á fuerza de precision son una

Gobernó sin embargo á poca diferencia como siempre. En cuanto á Clubin, sabido es que se volvió á la Posada Juan donde pasó la noche.

Clubin llevaba siempre debajo de la camisa un cinto de cuero en que guardaba unas veinte guineas, y no se lo quitaba sino de noche. En el interior del cinto habia un nombre, *sieur Clubin*, escrito de su puño y letra con tinta litográfica, que es indeleble.

Al levantarse, antes de partir, habia metido en el cinto la cajita de hierro que contenia los setenta y cinco mil francos en billetes, y despues, como de costumbre, se lo puso alrededor de la cintura.

III.

CONVERSACIONES INTERRUMPIDAS.

La partidá se hizo alegremente. Los viajeros, luego que hubieron colocado encima y debajo de los bancos sus maletas y sus abrigos, pasaron al buque la revista que es de rigor, habiéndola la costumbre hecho obligatoria.

Dos de los pasajeros, el turista y el parisiense, no habian visto nunca un buque de vapor, y á las primeras vueltas que dieron las ruedas, admiraron la espuma.

Despues admiraron el humo.

Examinaron pieza por pieza, en la cubierta y en el sollado, todos los aprestos marítimos de argollas, grapas, ganchos y pernos, que á fuerza de precision son una

especie de joyería colosal, joyería de hierro, dorado con herrumbre por las tempestades.

Se pasearon alrededor del cañoncito de alarma amarrado á la cubierta con una cadena como un mastín, según observó el turista, y abrigado, según añadió el parisiense, con una blusa de lana embreada para que no cogiese un catarro.

Al alejarse de tierra, se trocaron las observaciones de costumbre acerca de la perspectiva de Saint-Malo, emitiendo un pasajero el axioma de que las cercanías de mar engañan, de suerte que á una legua de la costa nada se parece tanto á Ostende como Dunkerque. Se completó lo que había que decir sobre Dunkerque haciendo observar que sus dos buques-vigías pintados de encarnado se llaman *Buytingen* el uno y *Mardyck* el otro.

Saint-Malo se empequeñeció á lo lejos, y después se borró.

El aspecto del mar era el de la vasta calma. La estela formaba en el Océano detrás del buque una larga calle orlada de espuma que casi sin torcerse se prolongaba hasta que se perdía de vista.

Guernesey se halla en medio de una línea recta que se tirase desde Saint-Malo en Francia á Exeter en Inglaterra. En el mar la línea recta no es siempre la línea lógica. Sin embargo, los buques de vapor tienen hasta cierto punto el poder de seguir la línea recta no consentida á los buques de vela.

El mar, complicado con viento, es un compuesto de

fuerzas. Un buque es un compuesto de máquinas. Las fuerzas son máquinas infinitas, las máquinas son fuerzas limitadas.

Entre estos dos organismos, el uno inagotable y el otro inteligente, se empeña este combate que se llama navegación. Una voluntad en un mecanismo sirve de contrapeso á lo infinito. Lo infinito contiene también un mecanismo. Los elementos saben lo que hacen y á dónde van. Ninguna fuerza es ciega.

El hombre debe espiar las fuerzas, y procurar descubrir su itinerario.

En tanto que se encuentra la ley, la lucha continúa, y en esta lucha la navegación por medio del vapor es una especie de victoria perpétua que el género humano alcanza incesantemente en todos los puntos del mar.

Lo que hay de admirable en la navegación por medio del vapor, es que esta navegación disciplina al buque. Disminuye la obediencia al viento y aumenta la obediencia al hombre.

Nunca mejor que en aquel día había trabajado la *Duranda* en el mar. Se conducía á pedir de boca.

A cosa de las once, soplando una fresca brisa de Noroeste, la *Duranda* se hallaba engolfada delante de los *Minquiers*, con poco vapor, con rumbo al Oeste, con amarres á estribor y ciñendo el viento. El tiempo seguía claro y espléndido. Sin embargo, los faluchos se volvían.

Poco á poco, como si nadie pensase más que en volver á ganar el puerto, el mar se limpiaba de buques.

No se podía decir que la Duranda siguiese con todo rigor su rumbo de otras veces. La tripulación no tenía preocupación alguna, siendo absoluta la confianza en el capitán; sin embargo, tal vez por culpa del timonel, había alguna desviación. La Duranda parecía dirigirse hacia Jersey más que hacia Guernesey.

Poco después de las once, el capitán rectificó la dirección y encaró francamente la proa á Guernesey. No hubo más que un poco de tiempo perdido.

En los días cortos el tiempo perdido tiene sus inconvenientes. Brillaba un hermoso sol de febrero.

Tangrouille, en el estado en que se hallaba, no tenía muy seguros los pies ni los brazos muy firmes, de lo que resultaba que el bravo timonel declinaba del rumbo, lo que aflojaba la marcha.

El viento había caído casi completamente.

El pasajero guernesiano, que tenía en la mano un antejo, lo encaraba de cuando en cuando á una vedija de bruma cenicienta, lentamente empujada por el viento en el extremo horizonte hacia el Oeste, la cual se asemejaba á un copo de algodón manchado de polvo.

El capitán Clubin presentaba el austero semblante puritano que le era ordinario. Parecía redoblar su atención.

Todo era pacífico y casi risueño á bordo de la Duranda. Los pasajeros conversaban alegremente. Cerrando los ojos en una travesía, se puede juzgar del estado del mar por el *trémolo* de las conversaciones.

La plena libertad de ánimo de los pasajeros corresponde á la perfecta tranquilidad del agua.

Es imposible, por ejemplo, que una conversación como la siguiente se hubiese sostenido sin hallarse el mar en perfecta calma:

—Compañero, contemplad esa hermosa mosca verde y roja.

—Se ha estraviado en el mar y buscado refugio en el buque.

—Una mosca se fatiga poco.

—Como es tan ligera, el viento la lleva.

—Se ha pesado una onza de moscas, se ha contado después cuantas había, y han resultado seis mil doscientas sesenta y ocho.

El guernesiano del antejo se había acercado á los mercaderes de bueyes de Saint-Malo, y su charla era del siguiente género:

—El buey de Aubrac tiene el cuerpo redondo y rechoncho, las piernas cortas y el pelo leonado. Por la pequeñez de sus piernas es lento para el trabajo.

—Bajo este punto de vista el de Salers es preferible al de Aubrac.

—Compañero, yo no he visto más que dos bueyes perfectos en mi vida. El primero tenía las piernas bajas, la parte delantera gruesa, el cuarto trasero lleno, las nalgas anchas, bastante longitud desde la nuca á las ancas, largo el crucero, los movimientos sueltos, el pellejo poco adherido. El segundo ofrecía todas las señales de

habérsele engordado juiciosamente. Cuerpo carnoso, suelto, fuerte, piernas ligeras, color blanco y rojo, buenos cuartos traseros.

—Esa es la raza cotentina.

—Sí, pero mezclada con el toro angus ó el toro suffolk.

—Compañero, podeis creerme, en el mediodía hay concursos de asnos.

—¿De asnos?

—Tal como suena. Y los feos son los hermosos.

—Lo mismo pues que los mulos. Los feos son los buenos.

—Justamente. El jumento poitevino. Ventrudo, y piernas gruesas.

—La mejor mula conocida es una barrica sobre cuatro pies.

—La belleza de las bestias no es como la de los hombres.

—Ni como la de las mujeres.

—Cierto.

—Yo estoy por las mujeres bonitas.

—Yo por las aseadas y elegantes.

—Sí, limpias, pulcras, que se pongan de veinte mil alfileres.

—Y nuevecitas. Una jóven debe parecer siempre que acaba de salir de la joyería.

—Vuelvo á mis bueyes. Vi vender los dos en el mercado de Thonars.

—Es mercado que conozco. Los Bonneau de la Rochela y los Babu, los traficantes de trigo de Mulans, de los cuales habreis oido hablar, acuden á aquel mercado.

El turista y el parisiense conversaban con el americano de las Biblias. Tambien su convarsacion era un barómetro que señalaba buen tiempo fijo.

—Caballero, decia el turista, he aquí cual es el tonelaje flotante del mundo civilizado: Francia 706,000 toneladas; Alemania, 1.000,000; Estados-Unidos, 5.000,000; Inglaterra, 5.500,000. Añadid el contingente de los pequeños pabellones. Total: 12.904,000 toneladas distribuidas entre 145,000 embarcaciones diseminadas por el agua del globo.

El americano interrumpió:

—Caballero, son los Estados-Unidos los que tienen 5.500,000.

—No me opongo, dijo el turista. ¿Vos sois americano?

—Sí, caballero.

—Me lo habia figurado.

Hubo una pausa, durante la cual el americano misionero se preguntó si habia llegado la ocasion de ofrecer una Biblia.

—Caballero, repuso el turista, ¿es verdad que teneis en América tanta aficion á los apodos que condecorais con ellos á vuestros hombres célebres, y llamais á vuestro famoso banquero misuriano Tomás Benton, *el viejo Riel*?

—¿Asi como llamamos á Zacarías Taylor *el viejo Zach*?

—¿Y al general Harrison *el viejo Tip?* ¿no es verdad?
¿y al general Jackson *el viejo Hickory?*

—Porque Jackson es duro como el palo de hickory,
y porque Harrison batió á los Pielas rojas en Tippecanve.

—Es manera bizantina la vuestra.

—Es nuestra manera. Llamamos á Van Buren *el Pequeño-Brujo*, á Seward, que mandó dividir los billetes de Banco en billetes pequeños, *Billy el Pequeño*, y á Douglas, el senador demócrata del Illinois, que tiene cuatro pies de estatura y una grande elocuencia, *el Pequeño Gigante*. Si vais de Tejas á Maine, no encontrareis una sola persona que diga Cass, sino *el Gran Michignantero*, ni que diga Clay, sino *el mozo de molino del chirlo*. Clay es hijo de un molinero.

—Yo preferiria decir Clay ó Cass, observó el parisiense, porque es mas corto.

Faltaríais á la costumbre. Llamamos á Corwin, que es secretario de la tesorería, *el mozo de carro*, á Daniel Webster, *Dan-el-negro*.

En cuanto á Winfield Scott, como su primer pensamiento, despues de haber batido á los ingleses en Chippe-way, fue sentarse á la mesa, le llamamos *Pronto-una-taza-de-sopa*.

La vedija de bruma que se veia en lontananza habia aumentado. Ocupaba en el horizonte un segmento de unos quince grados. Se hubiera dicho que era una nube que por falta de viento se arrastraba sobre el agua. Apenas soplabá viento alguno. El mar estaba como un espejo. Aunque

no era aun medio dia, el sol palidecia. Alumbraba, pero no calentaba.

—Creo, dijo el turista, que el tiempo va á variar.

—Acaso tengamos lluvia, dijo el parisiense.

—O niebla, respondió el americano.

—Caballero, repuso el turista, en Italia, es en Mol-fetta donde cae menos lluvia y en Talmezzo donde cae mas.

Al dar las doce, segun costumbre del archipiélago, la campana llamó para comer. Comió el que quiso. Algunos pasajeros estaban provistos de fiamblera, y comieron alegremente sobre cubierta. Clubin no probó un bocado.

Mientras se comia, las conversaciones seguian su curso.

El guernesiano, oliendo las Biblias, se habia acercado al americano. El americano le dijo:

—¿Conoceis estos mares?

—Sin duda, pertenezco á ellos.

—Y yo tambien, dijo uno de los de Saint-Malo.

El guernesiano saludó ligeramente, y repuso:

—Ahora estamos en alta mar, pero no hubiera querido ver niebla cuando nos hallábamos hácia los Minquiers.

El americano dijo al de Saint-Malo:

—Los isleños son mas del mar que los ribereños.

—Es verdad; nosotros, los de la costa, no tenemos mas que medio baño.

—¿Qué son los Minquiers? continuó el americano.

El de Saint-Malo respondió:

—Peñascos de muy mal género.

—Hay tambien los Grebets, dijo el guernesiano.

—¡Toma! exclamó el de Saint-Malo.

—Y las Chouas, añadió el guernesiano.

—El de Saint-Malo soltó una carcajada.

—Si vamos á contar todos los escollos, dijo, hay tambien los Sauvages.

—Y los Moines, observó el guernesiano.

—Y el Canard, exclamó el de Saint-Malo.

—Camarada, replicó el guernesiano amablemente, vos no os quedais nunca sin respuesta,

—De Saint-Malo, malo.

Despues de esta respuesta, el de Saint-Malo guiñó un ojo.

El turista interpuso una pregunta:

—¿Tenemos nosotros que atravesar toda esa multitud de rocas?

—No. Las hemos dejado al Sur-sudeste. Quedan detrás de nosotros.

Y el guernesiano prosiguió:

—Entre peñascos grandes y pequeños, los Grelets tienen cincuenta y siete puntas.

—Y los Minquiers cuarenta y ocho, dijo el de Saint-Malo.

—Me parece, camarada, que hay tres rocas que no contais.

—Las cuento todas.

—¿Desde la Dérée hasta Maitre-Ile?

—Sí.

—¿Y las Maisons?

—Que son siete rocas en medio de los Minquiers. Sí.

—Veo que conoceis los escollos.

—Si no conociese los escollos, no seria de Saint-Malo.

—Me gusta oír los razonamientos de los franceses.

El de Saint-Malo saludó á su vez, y dijo:

—Los Sauvages son tres peñascos.

—Y los Moines dos.

—Y el Canard uno.

—Es claro, puesto que se nombra en singular, debe ser uno solo.

—No es regla, porque la Suarde se nombra tambien en singular y se compone de cuatro rocas.

—¿A qué llamais vos la Suarde? preguntó el guernesiano.

—Llamamos la Suarde lo que vosotros llamais los Chouas.

—No se pasa muy bien entre los Chouas y el Canard.

—No pueden pasar mas que los pájaros.

—Y los peces.

No tanto. Estando la mar gruesa, se pegan á las piedras.

—Hay arena en los Minquiers.

—Alrededor de los Maisons.

—Son ocho rocas que se ven desde Jersey.

—Justo, desde la playa de Azette. No son ocho, son siete.

—Cuando baja la marea es posible pasearse por los Minquiers.

—Sin duda quedan en gran parte en seco.

—¿Y los Dirouilles?

—Los Dirouilles nada tienen de comun con los Minquiers.

—Quiero decir que son peligrosos.

—Están por el lado de Granville.

—Se ve que, como nosotros, los de Saint-Malo teneis aficion á navegar por estos mares.

—Sí, respondió el de Saint-Malo, con una diferencia: nosotros decimos: tenemos costumbre, y vosotros decís: tenemos aficion.

—Vosotros sois buenos marinos.

—Yo trafico con bueyes.

—¿Qué gran marino era de Saint-Malo, que ahora no me acuerdo?

—Surcouf.

—Otro.

—Duguay-Trouin.

El viajero del comercio parisiense intervino.

—¿Duguay-Trouin? cayó prisionero de los ingleses.

Era tan amable como valiente. Supo agradar á una jóven inglesa, la cual rompió sus cadenas.

En aquel momento una voz de trueno exclamó:

—¡Estás borracho!

IV.

EN QUE SE PONEN EN EVIDENCIA TODAS LAS CUALIDADES
DEL CAPITAN CLUBIN.

Todos se volvieron.

El capitan interpelaba al timonel.

Sieur Clubin no tuteaba á nadie. Para dirigir al timonel Tangrouille una apóstrofe tal como la que le dirigió, preciso era que estuviese muy encolerizado ó que quisiera parecerlo.

Un arranque de cólera oportuno libra de responsabilidad, y algunas veces trasfiere la responsabilidad á otro.

El capitan, en pie entre los dos tambores, miraba fijamente al timonel, y repitió entre dientes: ¡Borracho! El honrado Tangrouille bajó la cabeza.

—Sin duda quedan en gran parte en seco.

—¿Y los Dirouilles?

—Los Dirouilles nada tienen de comun con los Minquiers.

—Quiero decir que son peligrosos.

—Están por el lado de Granville.

—Se ve que, como nosotros, los de Saint-Malo teneis aficion á navegar por estos mares.

—Sí, respondió el de Saint-Malo, con una diferencia: nosotros decimos: tenemos costumbre, y vosotros decís: tenemos aficion.

—Vosotros sois buenos marinos.

—Yo trafico con bueyes.

—¿Qué gran marino era de Saint-Malo, que ahora no me acuerdo?

—Surcouf.

—Otro.

—Duguay-Trouin.

El viajero del comercio parisiense intervino.

—¿Duguay-Trouin? cayó prisionero de los ingleses.

Era tan amable como valiente. Supo agradar á una jóven inglesa, la cual rompió sus cadenas.

En aquel momento una voz de trueno exclamó:

—¡Estás borracho!

IV.

EN QUE SE PONEN EN EVIDENCIA TODAS LAS CUALIDADES
DEL CAPITAN CLUBIN.

Todos se volvieron.

El capitan interpelaba al timonel.

Sieur Clubin no tuteaba á nadie. Para dirigir al timonel Tangrouille una apóstrofe tal como la que le dirigió, preciso era que estuviese muy encolerizado ó que quisiera parecerlo.

Un arranque de cólera oportuno libra de responsabilidad, y algunas veces trasfiere la responsabilidad á otro.

El capitan, en pie entre los dos tambores, miraba fijamente al timonel, y repitió entre dientes: ¡Borracho! El honrado Tangrouille bajó la cabeza.

La niebla se habia desarrollado. Ya ocupaba casi la mitad del horizonte.

Avanzaba á la vez en todas direcciones; hay en la niebla algo análogo á la gota de aceite. Se dilataba insensiblemente. El viento la impelia sin precipitacion y sin ruido, y ella tomaba poco á poco posesion del Océano.

Venia del Noroeste, y el buque la tenia delante de su proa. Era como un vasto acantilado vago y movedido. Se destacaba sobre el mar como una muralla.

Habia un punto preciso en que el agua inmensa entraba bajo la niebla y desaparecia.

Aquel punto de entrada en la niebla se hallaba aun á la distancia de media legua. Variando el viento, se podia evitar la inmersion en la bruma; pero era preciso que variase inmediatamente.

La media legua de intervalo disminuia de una manera visible. La Duranda andaba, y la niebla tambien.

La niebla venia al buque y el buque iba á la niebla.

Clubin mandó dar mas vapor y virar al Este.

Asi se costeo por algun tiempo la niebla, pero ella seguia siempre avanzando. El buque, sin embargo, se hallaba aun bañado de sol.

El tiempo se perdia en esas maniobras que podian dificilmente tener buen éxito. La noche llega pronto en febrero.

El guernesiano contemplaba la bruma, y dijo á los de Saint-Malo:

—Maldita niebla.

—Una verdadera porquería en el mar, observó uno de los de Saint-Malo.

El otro de Saint-Malo añadió:

—Que puede echar á perder un viaje.

El guernesiano se acercó á Clubin.

—Capitan Clubin, temo que la niebla nos va á alcanzar.

Clubin respondió:

—Yo queria quedarme en Saint-Malo, pero me han aconsejado que partiese.

—¿Quién?

—Marinos viejos.

—Bien mirado, replicó el guernesiano, habeis hecho bien en partir hoy. ¿Quién sabe si habrá tempestad mañana? En esta estacion hay siempre que esperar ir á peor.

Algunos minutos despues, la Duranda entraba en el banco de bruma.

Fue un instante singular. De repente los que se hallaban en la popa dejaron de ver á los que se hallaban en la proa. Un blando tabique ceniciento dividió en dos el buque.

Despues éste, todo entero, se sumergió en la bruma.

El sol no fue ya mas que una especie de luna grande.

De pronto todos empezaron á tiritar. Los pasajeros se pusieron sus abrigos, y los marineros sus capotones.

El mar, casi sin un pliegue, tenia la fria amenaza de la tranquilidad.

Parece que hay una mala intencion oculta en ese exceso de calma. Todo estaba pálido y descolorido. La chime-

nea negra y el humo negro luchaban contra la lividez que envolvía al buque.

El abatimiento de rumbo al Este no podía en lo sucesivo tener objeto. El capitán puso la proa hacia Guernesey y aumentó el vapor.

El pasajero guernesiano, paseándose alrededor de la máquina, oyó cómo el negro Imbrancam hablaba á su camarada el fogonero. Escuchó atentamente. El negro decía:

—Esta mañana cuando hacía buen sol, andábamos despacio, y ahora, que estamos envueltos en la niebla, vamos deprisa.

El guernesiano se acercó de nuevo á sieur Clubin.

—Capitán Clubin, no hay cuidado; ¿no damos, sin embargo, demasiado vapor?

—¿Qué quereis que le haga? Preciso es que ganemos el tiempo que nos ha hecho perder ese borracho de timonel.

—Es verdad, capitán Clubin.

Y Clubin añadió:

—Tengo prisa en llegar. Bastante tenemos con la niebla, no tengamos también la noche.

El guernesiano se juntó de nuevo con los de Saint-Malo, y les dijo:

—Tenemos un excelente capitán.

Por intervalos, grandes oleadas de bruma, á manera de cardadas de lana, sobrevinían pesadamente y tapaban el sol. Éste reaparecía en seguida más pálido y como enfermo.

El poco cielo que se entrevía se asemejaba al cielo su-

cio y manchado de aceite de una decoración vieja de teatro.

La Duranda pasó cerca de un falucho que había echado el ancla por prudencia. Era el *Shealtiel* de Guernesey.

El patrón del falucho notó la velocidad de la Duranda, y le parecía además que no seguía el derrotero exacto. Le pareció que apoyaba demasiado hacia el Oeste. Un buque, navegando á todo vapor envuelto en la niebla, le llenó de asombro.

A cosa de las dos, era la bruma tan densa que el capitán dejó su puesto y se acercó al timonel.

El sol se había desvanecido, todo era niebla.

Había alrededor de la Duranda una especie de oscuridad blanca. Se navegaba dentro de la palidez difusa. No se veía ya el cielo, ni se veía ya el mar.

No hacía ningún viento.

El barril de trementina, colgado de una argolla debajo de los tambores, no oscilaba siquiera.

Los pasajeros estaban silenciosos.

Sin embargo el parisiense, entre dientes, entonaba la canción de Beranger *Dios despertándose un día*.

Uno de los de Saint-Malo le dirigió la palabra.

—¿Venís de París?

—Sí, señor. *Asómose á la ventana*.

—¿Qué hacen en París?

—*Murió tal vez su planeta*. En París anda todo revuelto.

—Entonces está la tierra como el mar.

—Cierto es que nos rodea una niebla bien importuna.

—Y que puede ocasionar desastres.

El parisiense exclamó:

—¡Desastres! ¿por qué? ¿para qué queremos desastres? ¿de qué sirven los desastres? Son todos como el incendio del *Odeon*, que ha reducido á la miseria á muchas familias. ¿Es eso justo? Compañero, yo no sé cómo pensais vos, pero yo no estoy contento.

—Ni yo, dijo el de Saint-Malo.

—Todo lo que pasa en este mundo, repuso el parisiense, me causa el efecto de una cosa que se desconcierta. Opino que estamos dejados de la mano de Dios.

El de Saint-Malo se rascó la cabeza como el que se esfuerza en comprender una cosa. El parisiense prosiguió:

—Dejados de la mano de Dios, que no se acuerda de nosotros para nada. Así va ello. Es evidente que los negocios de este mundo están á cargo de algun vicario de la Providencia, de algun ángel seminarista, que no sabe dónde tiene la mano derecha y no acierta á corresponder á la confianza en él depositada.

La pronunciaci3n del parisiense era la de los pilluelos de los arrabales.

El capitán Clubin, que se habia acercado á él, le puso una mano en el hombro.

—¡Silencio! le dijo, Caballero, medid bien vuestras palabras. Estamos en el mar.

Nadie volvió á despegar los labios.

Pasados unos cinco minutos, el guernesiano que lo habia oido todo, murmuró al oido del de Saint-Malo:

—¡Y un capitán religioso!

No llovía, y sin embargo todos estaban mojados. Nadie se daba cuenta del camino que se iba andando sino por un aumento de malestar y displicencia. Parecía que se encontraba en la tristeza.

La niebla impone silencio al Océano; adormece las olas y ahoga el viento.

En medio de tanta calma, la respiración de la *Duranda* tenia no sé qué de inquieto y quejumbroso.

No se encontraban embarcaciones. Si á lo lejos, por el lado de Guernesey ó por el de Saint-Malo, hubiese habido algunos buques en el mar fuera de la circunscripción de la niebla, la *Duranda*, sumergida en la bruma, no hubiera sido visible para ellos, y su largo penacho de humo, sin estar asido á parte alguna, les hubiera causado el efecto de un cometa negro en un cielo blanco.

De repente Clubin exclamó:

—¡Maldito seas! acabas de dar un golpe falso. Vas á causarnos averías. Mereces un presidio. ¡Quítate, borracho!

Y se puso él en el timón.

El timonel humillado se refugió á lo último de la proa.

El guernesiano dijo:

—Nos hemos salvado.

Continuó la rapidez de la marcha.

A cosa de las tres, las capas bajas de la bruma empezaron á levantarse, y se volvió á ver el mar.

—No me gusta eso, dijo el guernesiano.

En efecto, la bruma no puede levantarse sino merced al sol ó al viento. Si la levanta el sol, parece bien, pero no tanto si la levanta el viento. Y para el sol era demasiado tarde.

A las tres, en febrero, el sol se debilita. Un viento que se levanta al llegar á este punto crítico de la jornada, es poco apetecible. Es con frecuencia un anuncio de huracan.

Por lo demás, si soplabá alguna brisa, se la percibía apenas.

Clubin, fija la vista en la vitácóra, sin separarse del timon, murmuraba entre dientes palabras poco tranquilizadoras que llegaban á oídos de los pasajeros.

—No hay tiempo que perder. Ese borracho nos ha retrasado.

Por lo demás, su semblante carecía absolutamente de espresion.

El mar estaba menos dormido bajo la niebla.

Se veían algunas cabrillas (1). Lucecillas garapiñadas flotaban en la superficie del agua. Estas manchas de luz en las olas preocupan á los marinos, porque indican agujeros hechos por el viento superior en el techo de la bruma. Esta se levantaba, y volvía á bajar mas densa.

A veces la opacidad era completa.

(1) Olas blanquecinas que se forman cuando empieza á soplar un viento fuerte.

El buque estaba como barado en una verdadera cinta de niebla.

Por intervalos, el nebuloso círculo se entreabría como una tenaza, dejaba ver un poco de horizonte, y volvía á cerrarse.

El guernesiano, armado de antejo, permanecía como una centinela en la proa del buque.

Se formó un poco de claridad, que luego se desvaneció.

El guernesiano se volvió azorado:

—¡Capitan Clubin!

—¿Qué hay?

—Vamos en derechura á los Hanois.

—Os engañais, dijo Clubin con frialdad.

El guernesiano insistió:

—Estoy seguro de ello.

—Imposible.

—Acabo de percibir rocas en el horizonte.

—¿Dónde?

—Allí.

—Imposible. Es una ilusion vuestra.

Y Clubin mantuvo la proa hácia el punto indicado por el pasajero.

El guernesiano volvió á coger su antejo.

Un momento despues corrió hácia la popa.

—¡Capitan!

—¿Qué hay?

—Birad de bordo.

—¿Por qué?

—Estoy seguro de haber visto un peñasco muy alto y muy cercano. Es el Hanois mayor.

—Habreis visto un poco de niebla mas densa.

—Es el Hanois mayor. ¡Birad de bordo, en nombre del cielo!

Clubin sacudió la caña del timon.

V.

CLUBIN LLEVA Á SU COLMO LA ADMIRACION QUE CAUSA.

Se oyó un crugido. El rompimiento del costado de un buque en un bajío en alta mar es uno de los ruidos mas lúgubres que imaginarse pueden. La Duranda se detuvo.

El choque hizo caer y rodar sobre la cubierta á algunos pasajeros.

El guernesiano levantó las manos al cielo.

—¡Los Hanois! ¡bien decia yo!

Resonó en el buque un grito prolongado.

—¡Estamos perdidos!

La voz de Clubin, seca y breve, dominó el grito.

—¡Nadie está perdido! ¡Silencio!

—¿Por qué?

—Estoy seguro de haber visto un peñasco muy alto y muy cercano. Es el Hanois mayor.

—Habreis visto un poco de niebla mas densa.

—Es el Hanois mayor. ¡Birad de bordo, en nombre del cielo!

Clubin sacudió la caña del timon.

V.

CLUBIN LLEVA Á SU COLMO LA ADMIRACION QUE CAUSA.

Se oyó un crugido. El rompimiento del costado de un buque en un bajío en alta mar es uno de los ruidos mas lúgubres que imaginarse pueden. La Duranda se detuvo.

El choque hizo caer y rodar sobre la cubierta á algunos pasajeros.

El guernesiano levantó las manos al cielo.

—¡Los Hanois! ¡bien decia yo!

Resonó en el buque un grito prolongado.

—¡Estamos perdidos!

La voz de Clubin, seca y breve, dominó el grito.

—¡Nadie está perdido! ¡Silencio!

El cuerpo negro de Imbrancam, desnudo hasta la cintura, salió por la escotilla.

El negro dijo con calma:

—Capitan, el buque hace aguas. La máquina va á apagarse.

El momento fue espantoso.

El choque se habia parecido á un suicidio. Hecho espresamente, no hubiera sido mas terrible. La Duranda se habia arrojado como si atacase el escollo.

Una punta de roca habia entrado en el casco del buque como un clavo.

Mas de una vara cuadrada de palmejares habia saltado, el estrave estaba roto, el tajamar destrozado, la proa hundida, y el casco abierto bebia el mar con un hervor horrible. Era una herida por la cual entraba el naufragio.

La repercusion habia sido tan violenta que en la popa habia hecho trizas la cadena que afianzaba el gobernalle, y éste quedó desencajado y suelto. El buque estaba desfondado por el escollo, y á su derredor no se veia mas que la niebla densa y compacta, á la sazón casi negra.

La noche llegaba.

La Duranda se sumergia por la proa. Era el caballo que lleva en las entrañas la cornada del toro. Estaba muerta.

Se hacia sentir en el mar la hora de la marea.

Tangrouille se habia serenado; nadie está ébrio en un naufragio; bajó al sollado, volvió á subir á cubierta, y dijo:

—Capitan, el agua inunda la sentina. Dentro de diez minutos llegará al nivel de los imbornales.

Los pasajeros corrian por la cubierta desolados, retorciéndose los brazos, asomándose por las orlas, mirando la máquina, haciendo todos los movimientos inútiles del terror. El turista se habia desmayado.

Clubin hizo con la mano una señal, y todos callaron. Interrogó á Imbrancam:

—¿Cuánto tiempo puede aun funcionar la máquina?

—Cinco ó seis minutos.

Interrogó despues al pasajero guernesiano:

—Yo estaba en el timon. Vos habeis observado la roca. ¿En qué banco de los Hanois hemos encallado?

—En la Mauve. Ahora poco, durante una clara, he reconocido la Mauve perfectamente.

—Hallándonos en la Mauve, repuso Clubin, tenemos el Hanois mayor á babor, y el Hanois menor á estribor. Estamos á una milla de tierra.

La tripulacion y los pasajeros, atentos y temblando de ansiedad, escuchaban con la mirada fija en el capitan.

Aligerar el buque no tenia objeto, y era además imposible. Para echar el cargamento al mar, hubiera sido menester abrir las portas, y aumentar la facilidad de entrar el agua.

Echar el áncora era inútil, habiendo encallado. Además, en aquel fondo en que el áncora se hubiera apalancado, la cadena no la hubiera podido sujetar. No hallándose estropeada la máquina y estando aun á disposicion

del buque en tanto que el fuego no se apagase, es decir, durante algunos minutos, se podía á fuerza de ruedas y vapor retroceder y arrancar la embarcacion del escollo.

En este caso, zozobraba inmediatamente. La roca, hasta cierto punto, tapaba la avería y dificultaba el paso del agua. Servia de obstáculo. Desobstruida la abertura, hubiera sido imposible cegar la via de agua y dominarla con las bombas.

El que saca el puñal clavado en el corazon, mata inmediatamente al herido. Desprenderse de la roca era irse á pique.

Los bueyes, alcanzados ya por el agua en la sentina, empezaban á mugir.

Clubin mandó:

—El bote al agua.

Imbrancam y Tangrouille se precipitaron y soltaron las amarras. El resto de la tripulacion miraba inmóvil como si estuviesen todos petrificados.

—Todos á la maniobra, exclamó Clubin.

Todos obedecieron.

Clubin, impasible, continuó dando voces de mando en aquella antigua jerga que no comprenderian los actuales marinos:

—Tieza.—Un verted los si está trabado el cabrestante.

—Basta de virar.—Arria.—Que no se junten las garruchas del cordaje arriado en banda.—Abatid.—Tirad de los dos cabos.—A la vez.—Hay demasiado roce.—Toca los fiadores del aparejo.—Atencion.

El bote estaba en el agua.

En aquel mismo instante, las ruedas de la Duranda se pararon y cesó el humo; el horno se habia apagado.

Los pasajeros, deslizándose á lo largo de la escala, ó colgándose de los cables en banda, no bajaban, sino que se dejaban caer dentro de la chalupa. Imbrancam levantó al turista desvanecido, lo dejó en el bote, y subió de nuevo al buque.

Los marineros se precipitaban detrás de los pasajeros, pisoteando al grumete que habia caido bajo sus pies.

Imbrancam les cerró el paso.

—Nadie ha de pasar antes que el chiquillo, dijo.

Con sus dos brazos de ébano separó á los marineros, cogió al grumete, y lo entregó al pasajero guernesiano que, en pie dentro del bote, recibió á la criatura.

Salvado el grumete, Imbrancam dijo á los otros:

—Pasad.

Clubin mientras tanto habia bajado á su camarote y formado un paquete con los papeles de á bordo y los instrumentos.

Sacó la brújula de la bitácora. Entregó los papeles y los instrumentos á Imbrancam y la brújula á Tangrouille, y les dijo:

—Bajad al bote.

Bajaron. La tripulacion les habia precedido. El bote estaba lleno. El oleaje besaba su borde.

—Ahora, gritó Clubin, marchad.

Un grito salió del bote.

—¿Y vos, capitan?

—Yo me quedo.

Los que naufragan tienen poco tiempo para deliberar y menos aun para enternecerse.

Sin embargo, los que se hallaban en el bote y relativamente seguros, experimentaron una conmocion que no era por ellos mismos.

Todas las voces insistieron á la vez:

—Venid con nosotros, capitan.

—Yo me quedo.

El guernesiano, que sabia lo que es el mar, replicó:

—Capitan, escuchad. Habeis varado en los Hanois.

A nado no hay que andar mas que una milla para ganar Plainmont. Pero en una barca no se puede atracar mas que á la Rocquaine, y hay dos millas. Hay rompientes y niebla. Este bote no llegará á la Rocquaine antes de dos horas. Hará una noche muy negra. La marea sube, el viento refresca. Una borrasca está próxima. Nada deseamos tanto como venir á buscaros luego, pero si el temporal arrecia, como es muy posible, nos será imposible.

Embarcaos con nosotros.

El parisiense intervino:

—Verdad es que el bote está lleno, demasiado lleno, y un hombre más sería un hombre sobrante. Pero somos trece, y este número es malo para la barca. Mas vale sobrecargarla con el peso de otro hombre que dejarla bajo el de este fatídico guarismo. Venid, capitan.

Tangrouille añadió:

—Toda la culpa es mia, y no vuestra. No es justo que seais vos quien se quede.

—Yo me quedo, dijo Clubin. El buque será hecho trizas esta noche por la tempestad. Yo no le abandonaré. Buque perdido, capitan muerto. Se dirá de mí: Ha cumplido su deber hasta el fin. Tangrouille, yo os perdono.

Y cruzando los brazos, gritó:

—Atencion á la voz de mando. Larga en banda la amarra. Partid.

El bote se estremeció. Imbrancam habia cogido el gobernal. Todas las manos que no remaban se dirigieron hácia el capitan. Todas las bocas exclamaron: ¡Viva el capitan Clubin!

—Hé aquí un hombre admirable, dijo el americano.

—Compañero, respondió el guernesiano, es el hombre mas honrado de toda la mar.

Tangrouille lloraba.

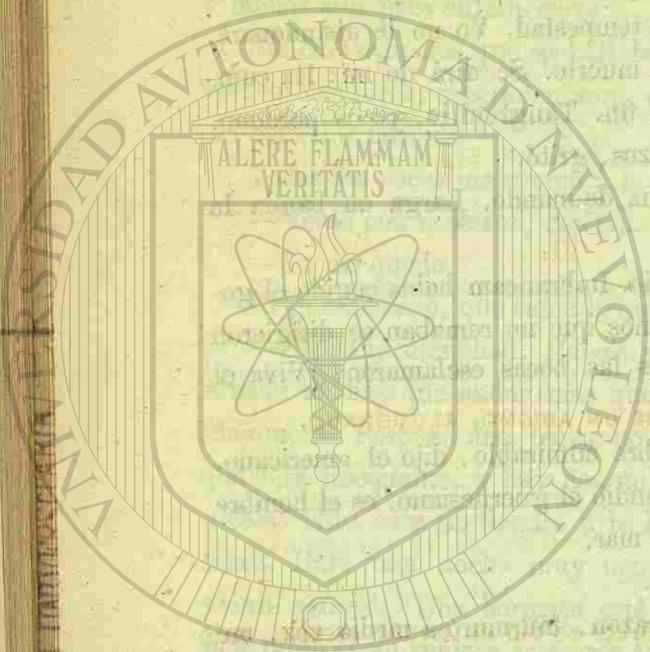
—Si yo tuviese corazon, murmuró á media voz, me habria quedado con él.

El bote se abismó en la niebla y desapareció.

No se vió ya nada.

El ruido de los remos fue decreciendo hasta desvanecerse completamente.

Clubin se quedó solo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RÊYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI.

EL INTERIOR DE UN ABISMO, ALUMBRADO.

Cuando aquel hombre se vió en aquel escollo, bajo aquella nube, en medio de aquella agua, lejos de todo contacto viviente, lejos de todo ruido humano, dejado por muerto, solo entre el mar que subía y la noche que llegaba, sintió una alegría profunda.

Había triunfado.

Él tenía su sueño. La letra de cambio á largo plazo que había girado contra el destino, le era pagada.

Para él, quedar abandonado era quedar emancipado.

Se hallaba en los Hanois, á una milla de distancia de la tierra, y tenía 75,000 francos. Nunca se había ve-

rificado con tanta habilidad un naufragio. Nada habia faltado; verdad es que todo estaba previsto.

Clubin, desde su juventud, habia tenido una idea: colocar la honradez como una puesta en la ruleta de la vida, pasar por hombre probo y partir de esta circunstancia, aguardar la ocasion propicia, aprovechar la coyuntura, adivinar el momento; no palpar, sino agarrar; dar un golpe y no dar mas que uno; cargar con todo, dejar atrás á los imbéciles.

Él queria hacer de una vez lo que los estafadores vulgares hacen en veinte, y al paso que ellos van á parar á la horca, ir él á parar á la fortuna.

El encuentro de Rantaine habia sido su rayo de luz. Combinó inmediatamente su plan.

Lo primero era hacer vomitar á Rantaine los 75,000 francos que se habia comido; en cuanto á sus revelaciones posibles, anularlas desapareciendo; para desaparecer pasar por muerto, que era la mejor de las desapariciones, y para pasar por muerto perder la Duranda.

Este naufragio era necesario.

Y, amen de todo, dejar un buen nombre, lo que habia de toda su existencia una obra maestra. Cualquiera que hubiese visto á Clubin en su naufragio, hubiera creído ver un demonio, pero un demonio feliz.

Habia vivido toda su vida para aquel minuto.

Toda su persona espresó esta palabra: ¡En fin!

Una serenidad espantosa volvió pálida su frente oscura. Sus ojos empañados, en cuyo fondo se creía ver un

tabique, se hicieron profundos y terribles. En ellos se reverberaba el incendio interior de su alma.

El fuero interno tiene, como la naturaleza exterior, su tension eléctrica.

Una idea es un metéoro; en el instante del buen éxito, las meditaciones acumuladas que lo han preparado, se entreabren, y de ellas brota una centella; tener en sí la garra del mal, y sentir dentro de ella una presa, es una felicidad que tiene su brillo; un mal pensamiento que triunfa ilumina un semblante; ciertas combinaciones que han salido bien, ciertos fines logrados, ciertas felicidades feroces, hacen en los ojos de los hombres aparecer y desaparecer lúgubres expansiones luminosas.

Estas expansiones son la tempestad alegre, la aurora amenazadora. Salen de la conciencia, sombría y nublada.

Brillaron en aquella pupila.

Aquel resplandor no se parecia á nada de lo que se puede ver lucir allá arriba ó acá abajo.

El bribon comprimido que habia en Clubin hizo explosion.

Clubin miró la oscuridad inmensa y no pudo contener una carcajada siniestra.

¡Era pues libre! ¡Era pues rico!

Su incógnita se despejaba en fin. Resolvía su problema.

Clubin tenia tiempo sobrado. La marea subía, y por consiguiente sostenia la Duranda, que acabaria tal vez por ponerse á flote. El buque mientras tanto estaba sóli-

damente adherido al escollo; ningun peligro habia de zozobrar.

Además, era preciso dejar al bote tiempo para alejarse, perderse tal vez, como Clubin esperaba.

En pie sobre la cubierta de la Duranda naufragada, cruzó los brazos, saboreando en las tinieblas el abandono en que se hallaba.

Treinta años habia pesado la hipocresía sobre aquel hombre. Era el mal y se habia apareado con la probidad. Odiaba la virtud con un odio de mal casado. Habia siempre tenido una premeditacion malvada; desde que tenia la edad de hombre llevaba esa armadura rígida, la apariencia. Era mónstruo interiormente; vivia dentro de un tegumento de hombre de bien con un corazon de bandido. Era el pirata almibarado. Era el prisionero de la honradez; estaba encerrado en esa caja de momia, la inocencia; tenia en la espalda alas de ángel, incómodas para un miserable. Se hallaba sobrecargado de estimacion pública.

El pasar por hombre honrado es duro. Mantener siempre en equilibrio el pensar mal y el hablar bien, ¡qué trabajo!

Habia sido la fantasma de la rectitud, siendo el espectro del crimen. Esta implicacion de términos habia sido su destino. Se habia visto en la precision de tener buenas maneras, de permanecer presentable, de hacer espuma debajo del nivel, de dar una apariencia de sonrisa al rechino de sus dientes. La virtud era para él la cosa que ahoga.

Habia pasado su vida deseando morder una mano, y para morderla tuvo que besarla.

Haber mentido es haber sufrido. Un hipócrita es un paciente en la doble acepcion de la palabra; calcula un triunfo y soporta un suplicio.

La premeditacion indefinida de un mal golpe acompañada de una dosis de austeridad, la infamia interior sazónada con una escelente reputacion, la necesidad de alucinar continuamente, de no ser nunca uno mismo, de causar ilusion, ¿puede haber mayor fatiga?

Con todo el negro que el hipócrita muele en su cerebro componer el candor, querer devorar á los que le veneran, ser cariñoso, contenerse, reprimirse, estar siempre alerta, espiarse sin cesar, poner buena cara á su crimen latente, hacer subir su fealdad en forma de belleza, fabricarse una perfeccion con su malignidad, hacer cosquillas con un puñal, azucarar el veneno, velar la afabilidad de su gesto y la música de su voz, no tener su mirada propia, no hay nada mas difícil, no hay nada mas doloroso.

Lo odioso de la hipocresía empieza oscuramente en el hipócrita.

Beber perpetuamente su impostura es una náusea. La dulzura que la astucia da á la maldad repugna al malvado, obligado continuamente á tener esta mistura en la boca, y hay instantes de arcadas en que el hipócrita está á punto de vomitar su pensamiento. Volver á tragar esta saliva es horrible.

Añadid á lo dicho el profundo orgullo. Hay minutos

extraños en que el hipócrita se estima. Hay un *yo* desmesurado en el bellaco. El gusano tiene la misma manera de arrastrarse que el dragon y tambien la misma manera de enderezarse.

El traidor no es mas que un déspota atado que no puede hacer su voluntad sino resignándose al segundo papel. Es la pequeñez capaz de enormidad.

El hipócrita es un titan, enano.

Clubin se figuraba de buena fe que él habia sido oprimido. ¿Qué razon hubo para que él no naciera rico? Nada hubiera deseado tanto como heredar de su padre y de su madre 100,000 libras de renta. ¿Por qué no las tenia? No era culpa suya. ¿Por qué, no dándole todos los goces de la vida, se le obligaba á trabajar, es decir, á engañar, á hacer traicion, á destruir? ¿Por qué, de esa manera, se le habia condenado al tormento de adular, de arrastrarse, de complacer, de hacerse amar y respetar, y de tener dia y noche en la cara una fisonomía que no era la suya?

El disimulo es una violencia sufrida. Se aborrece delante de quien se miente. En fin, la hora habia llegado. Clubin se vengaba.

¿De quién? De todos y de todo.

Lethierry no le habia hecho mas que bien; un agravio mas; se vengaba de Lethierry.

Se vengaba de todos aquellos ante quienes habia tenido que reprimirse. Tomaba su desquite. Cualquiera que hubiese pensado bien de él era su enemigo. Habia sido su cautivo.

Clubin estaba en libertad. Habia practicado su evasion. Estaba fuera de los hombres.

Lo que se tomara por su muerte, seria su vida; iba á comenzar. El verdadero Clubin desnudaba al falso.

Todo lo habia disuelto de un golpe. Habia de un puntapie abismado á Rantaine en el espacio, á Lethierry en la ruina, á la justicia humana en la noche, á la opinion en el error, á la humanidad entera fuera de él, Clubin. Acababa de eliminar el mundo.

En cuanto á Dios, esta palabra de cuatro letras le ocupaba poco.

Habia pasado por religioso. ¿Y qué?

Hay cavernas en el hipócrita, ó por mejor decir, el hipócrita entero es una caverna.

Cuando Clubin se encontró solo, se abrió su antro. Tuvo un instante de delicias; aireó su alma.

Respiró su crimen con toda la fuerza de sus pulmones.

El fondo del mal se hizo visible en su semblante. Clubin se abrió, se desplegó, si así puede decirse.

En aquel momento, la mirada de Rantaine al lado de la suya hubiera parecido la mirada de un niño recién nacido.

Haberse quitado la máscara, ¡qué desahogo! Su conciencia gozó al verse horriblemente desnuda y al tomar libremente un baño de cuerpo entero en el mal.

La compresion de un largo respeto humano acaba por

inspirar un anhelo furioso de impudencia. Se llega á cierta lascivia en la maldad.

En esas espantosas profundidades, morales tan poco sondeadas, existe no sé qué ostentacion atroz y agradable que es la obscenidad del crimen.

La sosería de la falsa buena reputacion escita un apetito de deshonor. Se desdeña tanto á los hombres que se quisiera ser de ellos despreciado.

Causa tedio el ser estimado. Se admiran las francas maneras de la degradacion. Se contempla con codicia la indecencia, que tan á sus anchuras está sumida en la ignominia.

Los ojos que se bajan á la fuerza tienen frecuentemente de esas miradas oblicuas.

Nada está mas cerca de Mesalina que María Alcoque. Ved á la Cadiere y á la religiosa de Lomiers. Clubin, él tambien, habia vivido bajo el velo. La desvergüenza habia sido siempre su ambicion.

Envidiaba á la mujer pública la frente de bronce del oprobio aceptado; se sentia mas mujer pública que ella, y tenia el disgusto de pasar por virgen.

Habia sido el Tántalo del cinismo. En fin, en aquella roca, en aquella soledad, podia ser franco, y lo era.

Sentirse sinceramente abominable, ¡qué voluptuosidad! Clubin esperimentó en aquel minuto todos los éstasis posibles del infierno; las cuentas atrasadas del disimulo le fueron saldadas; la hipocresía es un anticipo; Satanás le reembolsó.

Clubin se dió el embriagador placer de ser desvergonzado, habiendo desaparecido los hombres, y no teniendo allí mas que el cielo. Se dijo: ¡soy un miserable! y quedó contento.

Nada parecido habia pasado jamás en una conciencia humana.

Ninguna abertura de cráter es comparable á la erupcion de un hipócrita.

Estaba muy contento de que allí no hubiese nadie, y no le hubiera disgustado que hubiera habido allí alguno. Hubiera gozado en ser espantoso ante testigo.

Hubiera sido para él una dicha poder decir cara á cara al género humano: ¡Eres idiota!

La ausencia de los hombres aseguraba su triunfo, pero lo disminuía.

No se tenia mas que á sí mismo para espectador de su gloria.

El hallarse en la picota tiene su encanto. Todo el mundo ve que sois infame.

Obligar á la muchedumbre á examinaros, es ejercer un acto de poder. Un presidario, de pies sobre un tablado en medio de una calle, con la argolla de hierro en el cuello, es el déspota de todas las miradas que obliga á volverse hácia él.

En su cadalso hay un pedestal. Ser un centro de convergencia de la atencion universal, ¡qué mas hermoso triunfo?

Forzar á que os mire la pupila pública, es una de las

formas de la supremacía. Para aquellos cuyo ideal es el mal, el oprobio es una aureola. Desde allí se domina. Se está en lo alto de alguna cosa. Allí el hombre del oprobio se instala soberanamente.

Un poste que el universo ve no deja de tener alguna analogía con un trono.

Ser espuesto á la vergüenza es ser contemplado.

Un mal reinado tiene evidentemente goces de picota. Neron incendiando Roma, Luis XIV tomando por traicion el Palatinado, el regente Jorge matando lentamente á Napoleon, Nicolás asesinando á la Polonia en presencia de la civilizacion, debian experimentar algo de la voluptuosidad que soñaba Clubin.

La inmensidad del desprecio causa al despreciado el efecto de una grandeza.

Ser desenmascarado es una derrota, pero desenmascarse uno mismo es una victoria. Es una embriaguez, es una impudencia insolente y satisfecha, es una desnudez desatentada que insulta todos los pudores. ¡Suprema felicidad!

Tales ideas en un hipócrita parecen contradictorias, y no lo son. Toda la infamia es consecuente. La miel es hiel. Escobar confina al marqués de Sade. Prueba: Leotadio.

El hipócrita, siendo el malvado completo, tiene en sí los dos polos de la perversidad. Es por un lado falso sacerdote, y por el otro cortesano.

Su sexo de demonio es doble.

El hipócrita es el espantoso hermafrodita del mal. Se

fecunda solo. Se engendra y se trasforma él mismo.

Le quereis encantador, miradle; le quereis horrible, volvedle de otro lado.

Clubin tenia en sí toda esta sombra de ideas confusas. Las percibia poco, pero gozaba de ellas mucho.

Una procesion de las llamas del infierno, vistas en medio de la noche, era la sucesion de los pensamientos de su alma.

Clubin permaneció por algun tiempo en sus delirios; contemplaba su honradez del mismo modo que una serpiente contempla la vieja piel de que se ha desprendido.

Todo el mundo habia creido en su honradez, y hasta él mismo habia creido algo en ella.

Soltó una segunda carcajada.

Iban á creerle muerto, y estaba rico. Iban á creerle perdido, y estaba salvado. ¡Qué buen chasco dado á la estupidez universal!

Y en esa estupidez universal estaba comprendido Rantaine. Clubin pensaba en Rantaine con un desden sin límites. El desden que á la garduña inspira el tigre.

Él, Clubin, habia llevado á cabo la evasion que no pudo realizar Rantaine con buen éxito. Rantaine se iba chasqueado, y él desaparecia triunfante. Habia reemplazado á Rantaine en el lecho de su mala accion, y quedó para él el galardón.

En cuanto al porvenir, no habia formado aun ningun plan preciso.

Le bastaba saber que en la caja de hierro encerrada en

su cinto tenia sus tres billetes de Banco. Tomaria otro nombre. Hay países en que 60,000 francos valen 600,000. No seria una mala solucion ir á uno de ellos á vivir honradamente con el dinero cogido al pícaro Rantaine.

Especular, entrar en los grandes negocios, aumentar su capital, hacerse verdadero millonario, tampoco eso seria malo.

En Costa-Rica, por ejemplo, como entonces principiaba el comercio del café, habia probabilidades de ganar toneles de oro. Eso lo veria luego.

Tiempo tenia para pensar en ello. Por de pronto, lo difícil estaba hecho. El gran negocio era despojar á Rantaine y desaparecer con la Duranda. Ya lo habia conseguido. Lo demás era sencillo.

En lo sucesivo no era posible ningun obstáculo. Nada habia que temer. Nada podia sobrevenir.

Iba á ganar la costa ¡á nado; llegaría á Plainmont de noche, escalaría el acantilado, se dirigiria á la casa hechizada, entraria en ella sin pena por medio de su cuerda con nudos oculta de antemano en un agujero de la roca, hallaria en la casa hechizada su maleta que contenia vestidos secos y víveres; allí podria aguardar, estaba informado de todo, no trascurririan ocho dias sin que contrabandistas españoles, probablemente Blasquito, tocasen en Plainmont; por algunas guineas se haria transportar, no á Tor Bay, como habia dicho á Blasco para desorientarle y desviar las conjeturas, sino á Pasages ó

á Bilbao. De allí ganaria Veracruz ó Nueva-Orleans.

Entre tanto, el momento habia llegado de echarse al mar; el bote estaba lejos; una hora de natacion era muy poca cosa para Clubin; una milla solamente le separaba de la tierra, puesto que se hallaba cerca de los Hanois.

A tal punto estaba Clubin de sus propósitos, cuando se rompió la niebla y apareció el formidable peñasco Douvres.



VII.

LO INESPERADO INTERVIENE.

Clubin, sobresaltado, se quedó mirando.

Aquel era indudablemente el escollo aislado.

Era imposible equivocarse respecto de aquella silueta disforme. Los dos Douvres gemelos se levantaban horriblemente, dejando ver ante sí, como una trampa, su desfile.

Aquello parecía la ladronera del Océano.

Estaban muy cerca. La niebla les había ocultado, como un cómplice.

Clubin, en medio de la niebla, había equivocado el rumbo. No obstante toda su atención, le había sucedido lo

que sucedió á dos grandes navegantes, á Gonzalez, que descubrió el cabo Blanco, y á Fernandez, que descubrió el cabo Verde.

La bruma le habia estraviado. La bruma le habia parecido excelente para la ejecucion de su proyecto, pero tenia sus peligros. Clubin se habia desviado hácia el Oeste y se habia equivocado. El pasajero guernesiano, creyendo reconocer los Hanois, habia determinado la evolucion final.

Clubin habia creido encallar en los Hanois.

La Duranda, abierta por uno de los bajos del escollo, no estaba separada de los dos Douvres sino por algunos cables.

A doscientas brazas mas lejos, se percibia un cubo macizo de granito. En los bastiones escarpados se distinguian algunas estrias y algunos relieves á propósito para el escalamiento.

Las esquinas rectilíneas de aquellas rudas murallas cortadas en ángulo recto hacian presentir una meseta en su cumbre.

Aquel cubo macizo era el Homme.

La roca el Homme era mas alta aun que las rocas Douvres. Su plataforma dominaba su doble punta inaccesible. Aquella plataforma, que se desplomaba por los bordes, tenia un entablamento y no sé qué regularidad escultural. No se podia imaginar otra cosa mas afictiva y mas funesta.

Las oleadas se plegaban tranquilamente ante las cua-

dradas superficies de aquel enorme peñon negro, especie de pedestal para los espectros inmensos del mar y de la noche.

Todo el conjunto estaba como estancado. Apenas se notaba un soplo en el aire, una arruga en la ola.

En aquella muda superficie del agua se adivinaba la vasta vida anegada de las profundidades.

Clubin desde lejos habia visto muchas veces el escollo Douvres.

Se convenció de que él era el que tenia á la vista.

No podia dudar.

La peripecia era brusca y horrible. Los Douvres en lugar de los Hanois. En vez de una milla, cinco leguas de mar. ¡Cinco leguas de mar! Imposible salvarlas á nado.

La roca Douvres, para el náufrago solitario, es la presencia, visible y palpable, del último momento. Prohibicion absoluta de llegar á tierra.

Clubin se estremeció.

Él mismo se habia metido en la boca de la sombra. No le quedaba mas refugio que el peñasco el Homme. Era probable que por la noche sobrevendria la tempestad, y zozobraría el bote de la Duranda, estando sobrecargado.

No llegaría á tierra ningun aviso del náufrago. Ni siquiera se sabia que Clubin habia quedado abandonado en el escollo Douvres. No le quedaba otra perspectiva que morir de frio y de hambre.

Sus 75,000 francos no le darian un bocado de pan.

Todo el andamio que habia levantado habia servido

para edificarse su ruina. Era el arquitecto laborioso de su catástrofe. No había recurso ni salvación posible.

El triunfo se hacia precipicio. En lugar de la evasión, la captura. En lugar del próspero porvenir, la agonía. En un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo que tarda en desaparecer un relámpago, toda su construcción se había desplomado.

El paraíso soñado por aquel demonio había tomado su verdadera forma, el sepulcro.

Se había movido viento. La niebla, sacudida, taladrada, arrancada, se dispersaba por el horizonte dividida en informes pedazos. Todo el mar reapareció.

Los bueyes, mas y mas invadidos por el agua, seguían mugiendo en la sentina.

La noche se acercaba, y probablemente la tempestad.

La Duranda, movida poco á poco por la marea creciente, oscilaba de derecha á izquierda, después de izquierda á derecha, y empezaba á girar alrededor del escollo como alrededor de un eje.

Se podía presentir el momento en que una ola la arrancara y la arrastrara al fondo.

Había menos oscuridad que en el momento del naufragio. Aunque era mas tarde, se veía mas claro. La niebla, al marcharse, se había llevado una parte de la sombra.

El Oeste estaba enteramente despejado, sin una sola nube. El crepúsculo tiene un gran cielo blanco. Este vasto resplandor alumbraba el mar.

La Duranda había quedado encallada en plano incli-

nado de popa á proa. Clubin subió á la popa que estaba casi fuera del agua. Fijó en el horizonte su mirada.

Es propia de la hipocresía la esperanza. El hipócrita espera. La hipocresía no es mas que una esperanza horrible, y el fondo de aquella mentira se compone de esta virtud convertida en vicio.

Parece extraño que en la hipocresía haya confianza. El hipócrita se confía á no sé qué de indiferente en lo desconocido, que permite el mal.

Clubin miraba la estension.

La situación era desesperada, y su alma siniestra no lo estaba.

Él se decía que después de aquella larga niebla los buques, que bajo la bruma se habían quedado al paio ó anclados, emprenderían de nuevo su camino, y alguno tal vez se descubriría en el horizonte.

Y, en efecto, apareció una vela.

Venia de la parte del Este é iba hácia el Oeste.

Al acercarse, se distinguió la complicación del buque. No tenía mas que un palo, y estaba aparejado de goleta. El bauprés era casi horizontal. Era un falucho.

Antes de media hora, costearía de bastante cerca el escollo Douvres.

Clubin se dijo: me he salvado.

En un minuto como aquel en que se hallaba, no se piensa por de pronto mas que en la vida.

Aquel falucho era tal vez extranjero.

¿Quién sabe si era uno de los buques contrabandistas

que iban á Plainmont? ¿Quién sabe si era el mismo Blasquito?

En tal caso, no solo salvaria la vida, sino que tambien la fortuna, y el encuentro del escollo Douvres, acelerando la conclusion, suprimiendo la necesidad de esperar en la casa encantada, desenlazando en alta mar la aventura, habria sido un feliz incidente.

Toda la certeza del éxito volvió á entrar frenéticamente en aquel ánimo sombrío.

Es cosa rara la facilidad con que los malvados creen que el buen éxito les corresponde, que se les debe como de derecho.

No habia qué hacer mas que una cosa.

La Duranda, barada en los peñascos, mezclaba su silueta con la de éstos, se confundía con sus dentellones, de los cuales era solo un lineamento mas; allí estaba indistinta y perdida, y no bastaria, en lo poco que quedaba de dia, para llamar la atencion del buque que iba á pasar.

Pero una figura humana, destacándose en negro sobre la blancura crepuscular, en pie encima de la meseta del peñasco el Homme, y haciendo señales de auxilio, seria sin duda alguna percibida. Se enviaria una lancha para recoger el náufrago.

El peñasco el Homme no se hallaba mas que á doscientas brazas. Alcanzarlo á nado era sencillo, escalarlo era fácil.

No habia un minuto que perder.

Estando en la roca la proa de la Duranda era de lo

alto de la popa, y del punto mismo en que se hallaba Clubin, de donde debia éste echarse al agua.

Empezó por echar una sonda, y reconoció que debajo de la popa habia mucho fondo. Las conchas microscópicas de framiníferos y de policistíneas que se pegaron en el sebo de la sonda estaban intactos, lo que indicaba que habia allí espacios muy huecos en que el agua, cualquiera que fuese la agitacion de la superficie, estaba siempre tranquila.

Clubin se desnudó, dejando su ropa en la cubierta. Ya encontraria otra en el falucho.

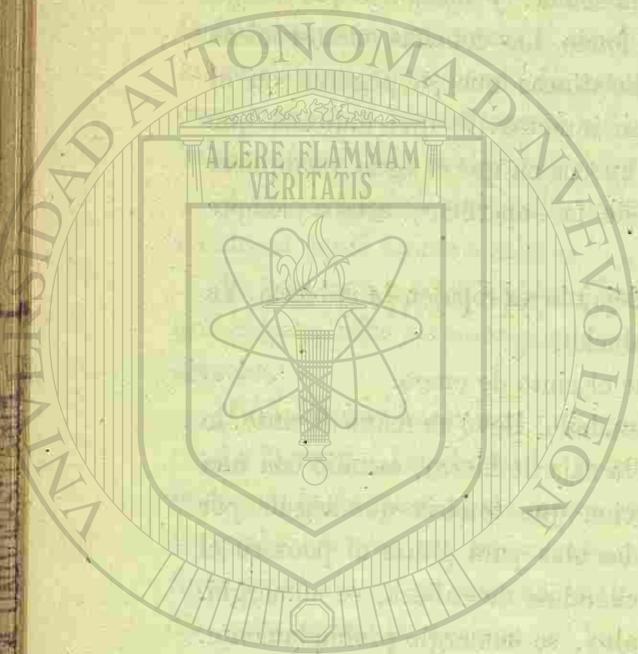
No conservó mas que el cinto de cuero.

Cuando se hubo desnudado, llevó su mano al cinto, lo sujetó bien, palpó en él la caja de hierro, estudió con una rápida mirada la direccion que tendria que seguir por entre las rompientes y las olas para ganar el peñasco el Homme, y despues, echándose de cabeza, se sumergió.

Como caia de muy alto, se sumergió profundamente.

Penetró muy á fondo por debajo del agua, alcanzó el fondo mismo, faldeó un momento las rocas submarinas, despues hizo un sacudimiento para subir á la superficie.

Entonces, sintió que le asian de un pie.



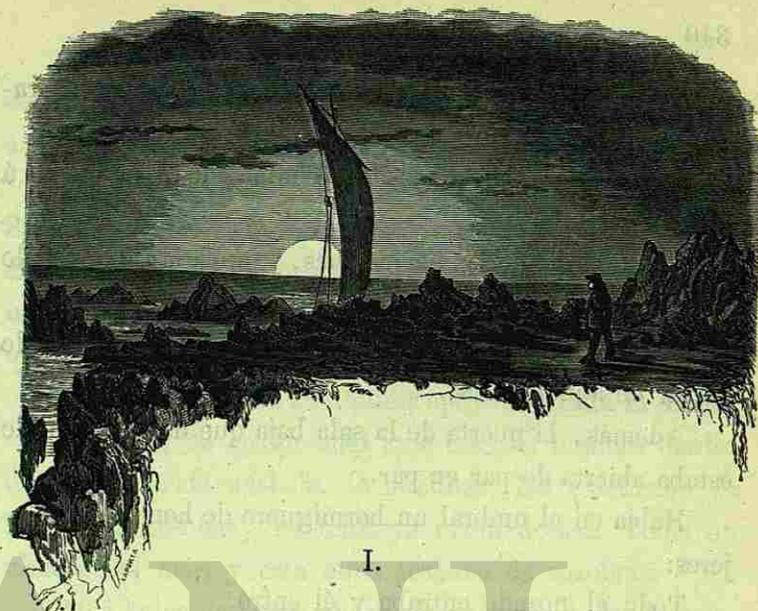
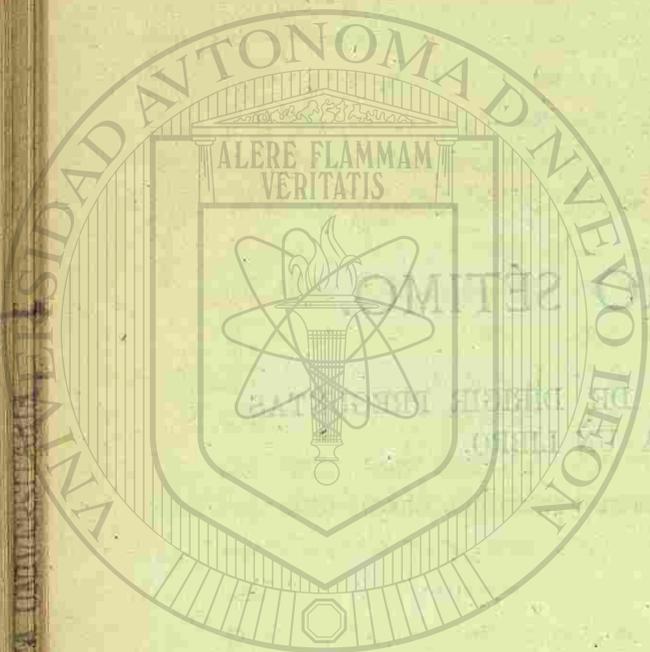
COPILLA ALFONCINA

LIBRO SÉTIMO.

IMPRUDENCIA DE DIRIGIR PREGUNTAS
A UN LIBRO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

LA PERLA EN EL FONDO DEL PRECIPICIO.

Algunos minutos despues de su breve coloquio con sieur Landoys, Gilliatt se hallaba en Saint-Sampson.

Gilliatt estaba inquieto hasta la ansiedad. ¿Qué habia pues sucedido?

Se oia en Saint-Sampson un ruido de colmena espantada. Toda la gente se hallaba en los portales. Las mujeres gritaban. Habia algunas que referian al parecer alguna novedad y gesticulaban, formándose grupos en torno suyo. Se oia esta exclamacion: ¡qué desgracia! Algunas caras se sonreian.

Gilliatt no interrogó á nadie. No estaba en su naturaleza el hacer preguntas.

Además, estaba demasiado conmovido para hablar á indiferentes.

Desconfiaba de las narraciones, y prefería saberlo todo de una vez, por lo que se fué derecho á los Bravées.

Era tal su inquietud, que ni siquiera tuvo miedo de entrar en aquella casa.

Además, la puerta de la sala baja que daba al muelle estaba abierta de par en par.

Había en el umbral un hormiguero de hombres y mujeres.

Todo el mundo entraba y él entró.

Al entrar, halló apoyado en el dintel de la puerta á sieur Landoys que le dijo á media voz:

—¿Sabeis sin duda ya el acontecimiento?

—No.

—No he querido decíroslo desde el camino para no parecer pájaro de mal agüero.

—¿Qué hay?

—La Duranda se ha perdido.

Había mucha gente en la sala.

Los grupos hablaban bajo, como en el cuarto de un enfermo.

Los asistentes, que eran los vecinos, los transeúntes, los curiosos, los primeros á quienes se ocurría entrar, estaban apiñados junto á la puerta con una especie de recelo, y dejaban vacío el fondo de la sala en que, al lado

de Deruchette que estaba sentada llorando, se veía en pie á mess Lethierry.

Este estaba arrimado de espaldas al tabique del fondo. Su gorro de marinero le caía sobre las cejas. Un mechón de cabellos grises le acariciaba una mejilla. No hablaba una palabra. Sus brazos no tenían movimiento, y parecía que ningún soplo de vida salía de su boca.

Era como una cosa cualquiera apoyada contra la pared.

Al verle, se comprendía que era un hombre dentro del cual la vida acababa de hundirse. No existiendo ya Duranda, Lethierry no tenía ya razón de ser. Tenía un alma en el mar, y esta alma acababa de zozobrar.

¿Qué había de hacer ahora? Levantarse todas las mañanas, acostarse todas las noches. No aguardar nunca más á la Duranda, no verla ya partir, no verla ya volver. ¿Y qué es un resto de existencia sin objeto? Beber, comer, ¿y después?

Aquel hombre había coronado todos sus trabajos con una obra maestra, y todos sus sacrificios con un progreso. El progreso quedaba abolido, la obra maestra estaba muerta. ¿A qué vivir aun algunos años vacíos?

Nada tenía que hacer en lo sucesivo. A su edad no se vuelve á empezar la obra, y, además, él estaba arruinado. ¡Pobre viejo!

Deruchette, llorando junto á él sentada en una silla, tenía entre sus dos manos uno de los puños de mess Lethierry. Las manos estaban juntas, el puño estaba crispado. Hé ahí la diferencia entre las dos angustias.

Las manos juntas indican que se espera aun algo; el puño crispado denota que no se espera ya nada.

Mess Lethierry le abandonaba su brazo y la dejaba hacer. Era pasivo. No tenia mas que la cantidad de vida que puede tener un hombre despues de ser herido por el rayo.

Hay ciertos empujes en el fondo del abismo que apartan al hombre de todos los seres vivientes. Las personas que van y vienen dentro de su cuarto son confusas é indistintas; le dan con el codo sin llegar hasta él. Él es para ellas intratable, y ellas son para él inaccesibles.

La dicha y la desesperacion no son los mismos medios respirables.

El desesperado asiste á la vida de los demás desde muy lejos; ignora casi su presencia; pierde el sentimiento de su existencia propia; por mas que sea de carne y huesos, no es ya para sí mismo un ser real; para sí mismo no es mas que un sueño.

Mess Lethierry tenia la mirada de los que se hallan en una de estas situaciones.

Los corrillos cuchicheaban. Cada cual decia lo que sabia. Hé aquí cuáles eran las noticias.

La Duranda se habia perdido la víspera en la roca de Douvres, con motivo de la niebla, cosa de una hora antes de ponerse el sol. A escepcion del capitán, que no habia querido abandonar el buque, la tripulacion y los pasajeros se habian todos salvado en el bote.

Una borrasca de Sud-oeste, que sucedió á la niebla,

á poco les hizo naufragar por segunda vez, y les echó mar á dentro mas allá de Guernesey.

Por la noche tuvieron la buena suerte de encontrar el *Cashmere*, que les recogió y dejó en Saint-Pierre Port. Toda la falta era del timonel Tangrouille, el cual estaba en la cárcel.

Clubin habia sido magnánimo.

Los pilotos, que abundaban en los grupos, pronunciaban esta palabra: *el escollo Douvres*, de una manera particular.—¡Mala posada! decia uno de ellos.

Se notaban encima de la mesa una brújula y un envoltorio de registros y de libros, que eran sin duda la brújula de la Duranda y los papeles de á bordo entregados por Clubin á Imbrancam y á Tangrouille en el momento de partir el bote.

¡Magnífica abnegacion, decian todos, la de aquel hombre, que salvó hasta los legajos en el instante mismo de dejarse morir! ¡Pequeña circunstancia llena de grandeza! ¡Olvido sublime de sí mismo!

Habia unanimidad en admirar á Clubin, y unanimidad tambien en creer que se habia afortunadamente salvado.

El falucho *Shealtiel* habia llegado algunas horas despues que el *Cashmere*, y traia las últimas noticias. Acababa de pasar veinticuatro horas en las mismas aguas que la Duranda. Se habia mantenido á la espera durante la niebla, y bordeado durante la tempestad.

El patron del *Shealtiel* estaba presente entre los concurrentes á la casa de Lethierry.

En el instante de entrar Gilliatt, el patron del *Shealtiel* acababa de hacer su relato á mess Lethierry. Este relato era un verdadero informe.

Al amanecer, concluida la borrasca y siendo ya el viento manejable, el patron del *Shealtiel* habia oido bramidos en alta mar. Este ruido, propio de las praderas, en medio de las olas le habia sorprendido, y se dirigió hácia el punto de que procedia.

Percibió á la Duranda en las rocas Douvres.

La bonanza le permitia acercarse. Hizo oír su bocina, á la cual solo contestaron los mugidos de los bueyes que en la sentina se estaban ahogando. El patron del *Shealtiel* estaba seguro de que no habia persona alguna á bordo de la Duranda, en cuya cubierta se podia permanecer perfectamente, y Clubin habia podido pasar en ella la noche, por violenta que hubiese sido la borrasca.

No era Clubin hombre que tan fácilmente soltase la presa. No estaba allí, luego estaba salvado.

Varios pailebots y lugres de Grainville y de Saint-Malo, desprendiéndose de la niebla, debieron la víspera por la noche costear de bastante cerca el escollo Douvres. Sobre el particular no podia haber duda. Uno de ellos habria evidentemente recogido al capitan Clubin.

Es menester recordar que el bote de la Duranda estaba completamente lleno al separarse del buque barado, que iba á correr muchos riesgos, que un hombre mas era un exceso de peso que podia hacerle zozobrar, y que esta circunstancia debió ser precisamente la que hizo tomar á

Clubin la resolucion de quedarse en la cubierta de la Duranda; pero una vez cumplido su deber, presentándose un buque salvador, ninguna dificultad tenia seguramente Clubin en aprovecharse de él.

No por haber sido un héroe, habia de ser despues un majadero.

Un suicidio hubiera sido tanto mas absurdo, cuanto que Clubin era intachable.

El culpable era Tangrouille y no Clubin.

Todo esto era concluyente; el patron del *Shealtiel* tenia evidentemente razon, y todos esperaban ver reaparecer á Clubin de un momento á otro. Se trataba de llevarle en triunfo.

Dos certezas resultaban del informe del patron. Clubin salvado y la Duranda perdida.

En cuanto á la Duranda, no habia mas que tener paciencia; la catástrofe era irremediable. El patron del *Shealtiel* habia asistido al último acto del naufragio.

La roca muy aguda en que la Duranda se habia en cierto modo clavado, habia resistido toda la noche el choque de la tempestad, como si quisiera guardar los despojos para ella; pero por la mañana, en el instante de irse á alejar el *Shealtiel* de la Duranda, convencido de que no habia que salvar persona alguna, sobrevino una de esas olas encrespadísimas que son como el último arrebató de cólera de las tempestades.

Aquella ola habia levantado furiosamente en alto la Duranda, la habia arrancado de la rompiente, y con la

velocidad y rectitud de una flecha la habia arrojado entre los dos peñascos Douvres.

Se oyó un crujido «diabólico,» decia el patron. La Duranda, subida por el oleaje á cierta altura, quedó barada entre los dos peñascos. Quedaba clavada de nuevo, pero con mas solidez que en la rompiente submarina.

Allí iba á quedar deplorablemente suspendida, entregada á todos los vientos y á todas las olas.

La Duranda, segun decia la tripulacion del *Shealtiel*, habia ya fracasado en sus tres cuartas partes. Evidentemente se hubiera ido al fondo durante la noche si el escollo no la hubiera sujetado y sostenido.

El patron del *Shealtiel* con su anteojo habia estudiado la obra muerta.

Daba con precision marina los pormenores del desastre; la aleta de popa de estribor estaba desfondada, los palos tronchados, el velámen desempalomado, los obenques casi todos cortados, la claraboya de la escotilla aplastada por la caida de una verga, las costillas de un costado partidas al nivel de la borda, el techo de la despensa desplomado, el árbol del gobernalle roto, los guardines del timon desclavados, las bitas perdidas, el codaste llevado por el agua, el estambor hecho pedazos. En cuanto á la grua de cargamento, puesta en el palo de proa, no queda nada, zafarrancho completo, ni guindaletas, ni cuadernales, ni molinetes, ni motones, ni polea de hierro, ni cadenas. La Duranda estaba dislocada; ahora el agua se entretendrá en reducirla á menudas astillas.

Nada quedará de ella dentro de muy poco tiempo.

Es sin embargo digno de notarse que la máquina apenas habia sufrido menoscabo, lo que probaba su escelencia.

El patron del *Shealtiel* creia poder afirmar que la cigüeñuela no ofrecia ninguna avería grave. Los palos del buque habian cedido, pero la chimenea de la máquina habia resistido. Las grapas de hierro estaban todas no mas que torcidas; los tambores habian sufrido bastante, pero no parecia que faltase á las ruedas una sola pala.

La máquina propiamente dicha estaba intacta. Tal era la conviccion del patron del *Shealtiel*, opinion de que participaba el maquinista Imbrancan, que se mezclaba con todos los grupos. El valiente negro, mas inteligente que muchos blancos, era el admirador de la máquina.

Levantaba los brazos abriendo los diez dedos de sus atezadas manos, y decia á Lethierry que permanecia mudo: Mi amo, la máquina aun vive.

Pareciendo segura la salvacion de Clubin, y habiéndose sacrificado el casco de la Duranda, toda la cuestion en las conversaciones de los corrillos se reducía á la máquina, que inspiraba tanto interés como si fuese una persona.

Todos elogiaban su buena conducta.—Hé aquí lo que se llama una señora sólida, decia un marinero francés.— ¡Es lo que no hay! gritaba un pescador guernesiano.— Necesario era que tuviese mucho manejo, replicaba el patron del *Shealtiel*, para salir de tan apurado trance sin mas que dos ó tres desolladuras.

La máquina se hizo poco á poco la preocupacion única. Exaltó las opiniones en pro y en contra.

Tenia amigos y enemigos. Mas de uno habia, patron de un buen buque de vela, que teniendo esperanzas de hacer suya la clientela de la Duranda, no sentia que el escollo Douvres hubiese dado su merecido á la nueva invencion.

El cuchicheo se convirtió en altercado. Se discutió casi con estrépito. Sin embargo, era siempre un ruido algo discreto, y por intervalos las voces se bajaban bajo la presion del silencio sepulcral de Lethierry.

Del coloquio empeñado en todos los puntos resultaba lo siguiente:

La máquina era lo esencial. Construir otro buque era posible, pero construir otra máquina no. Era una máquina única. Para fabricar otra igual faltaba el dinero, y mas aun el artifice. Se recordaba que el constructor de la máquina habia muerto. La máquina habia costado 40,000 francos.

Nadie en lo sucesivo arriesgaria un capital tan fuerte en una eventualidad semejante, con tanta mas razon, cuanto que el nuevo invento estaba ya juzgado, sabiéndose por esperiencia que los buques de vapor se perdian lo mismo que los otros.

El accidente de la Duranda esterilizaba todos sus pasados triunfos.

Triste era sin embargo considerar que aquella máquina tan ingeniosa se hallaba aun íntegra y en buen estado, y

que antes de cinco ó seis dias seria probablemente una ruina como el buque.

Mientras ella existiese, no se podia decir que habia habido un verdadero naufragio.

La pérdida de la máquina seria lo único irreparable. Salvar la máquina seria reparar el desastre.

Eso de salvar la máquina era cosa fácil de decir. ¿Pero quién se encargaria de salvarla? ¿era acaso posible?

Concebir un proyecto y ejecutarlo, son dos cosas muy diferentes, y si algun proyecto habia habido impracticable é insensato, era éste: salvar la máquina barada en los Douvres.

Absurdo seria enviar á trabajar en aquellos escollos un buque y una tripulacion; ni cuerdo siquiera pareceria soñar en una empresa semejante.

Era la estacion de los temporales. A la primera borrasca las cadenas de las áncoras serian partidas por las crestas submarinas de las rompientes, y el buque se haria pedazos contra las rocas. Seria enviar un segundo naufragio á socorrer el primero.

En la especie de agujero de la meseta superior, donde se habia albergado el naufrago de la leyenda muerto de hambre, habia apenas espacio para un hombre solo. Seria, pues, necesario para salvar la máquina que fuese un hombre á los peñascos Douvres, y que fuese á ellos solo, y que solo allí permaneciese, solo en aquel mar, solo en aquel desierto, solo á cinco leguas de la costa, solo semanas enteras, solo delante de lo previsto y lo imprevisto,

sin refresco de provisiones en medio de las angustias de un desenlace penoso, sin socorro alguno en los incidentes del peligro, sin otro vestigio humano que el del antiguo náufrago que espiró allí de hambre, sin otro compañero que aquel muerto. Y, además, ¿qué podría hacer para salvar la máquina? Sería necesario que fuese no solo marinero, sino también herrero. ¡Y en frente de cuántas dificultades!

El hombre que acometiese una empresa semejante sería más que un héroe, sería un loco. Porque en ciertas empresas desproporcionadas, en que lo sobrehumano parece necesario, encima de la intrepidez está la demencia. Y, en efecto, todo bien considerado, ¿sacrificarse por hierro viejo, no sería una extravagancia?

No, nadie irá a los peñascos Douvres. Fuerza es renunciar a la máquina como al resto del buque. El salvador que se necesitara no se presentará. ¿Dónde hallar un hombre semejante?

Tales eran, si no en la forma, en el fondo, las conversaciones de la concurrencia.

El patron del *Shealtiel*, que era un antiguo piloto, renunció al pensamiento delante de todos en alta voz:

—¡No! es asunto concluido. El hombre que irá allí y traerá la máquina no existe.

—Puesto que yo no voy, añadió Imbrancam, es evidente que no se puede ir.

El patron del *Shealtiel* sacudió su mano izquierda con la viveza que espresala convicción de lo imposible, y repuso:

—Si existiese...

Deruchette volvió la cabeza, y dijo:

—Yo me casaría con él.

Hubo un momento de silencio.

Un hombre muy pálido salió de uno de los grupos y preguntó:

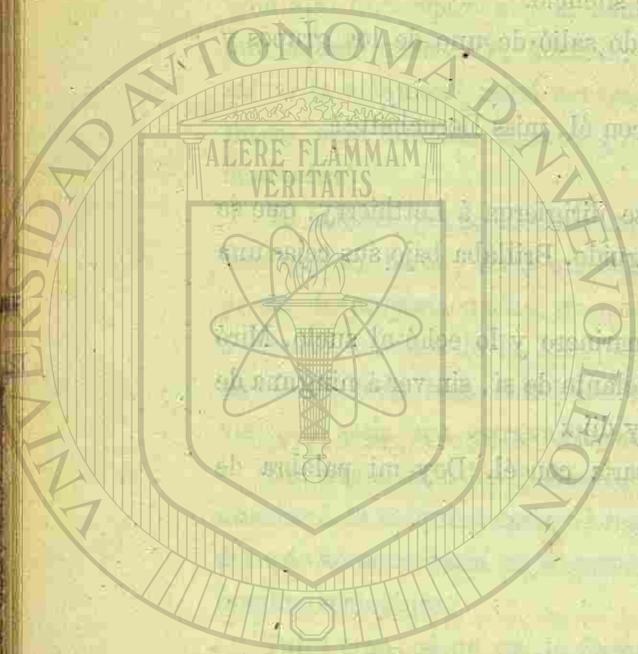
—¿Os casaríais vos con él, miss Deruchette?

Era Gilliatt.

Todas las miradas se dirigieron a Letthierry, que se puso de repente muy erguido. Brillaba bajo sus cejas una luz extraña.

Tomó su gorro de marinero y lo echó al suelo. Miró después solemnemente delante de sí, sin ver a ninguna de las personas presentes, y dijo:

—Deruchette se casaría con él. Doy mi palabra de honor al buen Dios.



MUCHO ASOMBRO EN LA COSTA DEL OESTE.

La noche que siguió á aquel día debía ser, despues de las diez, una noche de luna.

Sin embargo, cualquiera que fuese la buena apariencia de la noche, del viento y del mar, ningun pescador pensaba en salir ni de la Hougue la Perre, ni del Bourdeaux, ni de Houmet Benet, ni del Platon, ni de Port Grat, ni de la bahía Vason, ni de Perrelle Bay, ni de Pizeris, ni del Tielles, ni de la bahía de los Saints, ni de Petit Bo, ni de ningun puerto ni ensenada de Guernesey.

Y la razon era muy sencilla, el gallo habia cantado á las doce del dia.

Cuando el gallo canta á una hora extraordinaria, no se encuentra la pesca.

Sin embargo, á la caida de la tarde de aquel dia, un pescador que regresaba á Omptolle experimentó una sorpresa.

A la altura del Houmet Paradis, mas allá de las dos Brayes y de las dos Grunes, teniendo á la izquierda la baliza de las Plattes Fougeres, que representa un embudo vuelto al revés, y á la derecha la baliza de Saint-Sampson que representa una figura de hombre, creyó percibir una tercera baliza.

¿Qué significaba aquella baliza desconocida?

¿Cuándo la habian colocado en aquel punto? ¿qué bajío indicaba?

La baliza respondió á todas las interrogaciones; se movía y, por consiguiente, era un mástil.

No por eso disminuyó el asombro del pescador.

Una baliza llamaba la atencion; mas debia llamarla aun un mástil.

Allí no habia pesca posible.

Cuando todos los buques entraban, alguno salia.

¿Quién, y por qué?

Diez minutos despues, el mástil, caminando lentamente, llegó á alguna distancia del pescador de Omptolle, el cual no pudo reconocer la barca.

Oyó remar.

Era pues, probablemente un hombre solo.

El viento era Norte; aquel hombre bogaba sin duda alguna para ir á tomar el viento mas allá de la punta Fontenelle.

Allí, probablemente, se haria á la vela.

Contaba pues con doblar la Ancrese y el monte Crevel.

¿Qué significaba aquello?

El mástil pasó, el pescador entró.

Aquella misma noche, en la costa Oeste de Guernesey, varios observadores casuales, separados uno de otro y aislados, hicieron observaciones á distintas horas y en distintos puntos.

Cuando el pescador de Omptolle acababa de amarar su barca, un carretero de fuco, á una media milla mas de distancia, guiando sus caballos por la carretera desierta de las Clotures, en las inmediaciones de los postes seis y siete, vió en el mar, casi al estremo del horizonte, en un punto poco frecuentado, entre la Roque-Nord y la Sablonneuse, una vela que se izaba.

Paró poco entonces en ello la atencion, mas preocupado por su carro que por ningun buque.

Media hora habia trascurrido desde que el carretero habia distinguido aquella vela, cuando un albañil que volvía de su trabajo de la ciudad por las inmediaciones de la ciénaga Palée, se encontró de pronto casi delante de una barca que avanzaba muy atrevidamente entre las ro-

cas del Querun, de la Rousse de Mer y de la Gripe de Rousse.

La noche estaba oscura, pero el mar estaba claro, como sucede con frecuencia, y se podían distinguir á lo lejos las idas y venidas.

No había en el mar mas que aquella barca.

Un poco mas abajo, y un poco mas tarde, un revendedor de langostas, disponiendo su mercancía en el mégano que separa el Port-Soif del Port-Enfer, no pudo comprender lo que hacia una barca que se deslizaba entre la Boue Corneille y la Moulrette.

Necesario era para arriesgarse á tanto ser muy buen piloto y tener mucha precision de llegar á algun punto dado.

Las ocho estaban dando en Catel, cuando el tabernero de Cobo Bay observó con no poca estrañeza que habia una vela mas allá de la Boue du Jardin y de las Grunettes, muy cerca de la Suzanne y de las Grunes del Oeste.

No lejos de Cobo Bay, en la punta solitaria del Houmet de la bahía Vason, dos amantes estaban á la vez separándose y deteniéndose.

En el momento de decir la jóven al galan:—«Me voy, no porque no desee estar a tu lado, sino porque tengo mis ocupaciones,» les distrajo de su beso de despedida una barca bastante grande que pasó muy cerca de ellos dirigiéndose hácia las Messellettes.

Monsieur Le Pere des Norgiots, que habitaba en Co-

tillon Pipet, á cosa de la nueve de la noche estaba ocupado examinando un agujero hecho por algunos merodeadores en la cerca de su huerta, la Jennerotte, y de su plantacion de árboles.

Mientras se estaba haciendo cargo de los daños que le habian ocasionado, no pudo abstenerse de seguir con la mirada una barca que á aquellas horas de la noche doblaba temerariamente el Crocq-Point.

Al dia siguiente de una tempestad, cuando queda aun mar de fondo, semejante itinerario era poco seguro. Era una imprudencia escogerlo no sabiendo al dedillo todos los canalizos.

A las nueve y media, en el Equerrier, un pescador, que estaba trasportando sus redes, se detuvo algun tiempo para observar entre Colombelle y la Souffleuse cierta cosa que debia ser un buque.

Si era un buque, se esponia mucho, porque allí se producen repentinamente ráfagas de viento sumamente peligrosas.

La roca Souffleuse (Sopladora) se llama asi porque envia de repente á los buques un soplo inesperado.

En el instante de levantarse la luna, subida enteramente la marea y estando la mar tranquila en el pequeño estrecho de Li-Hou, el guarda solitario de la isla de Li-Hou se hizo cruces, viendo pasar entre la luna y él una voluminosa figura negra.

Aquella figura negra, alta y estrecha, parecia un sudario que andaba.

Se deslizaba lentamente por encima de la especie de muros que forman los bancos de rocas.

El guarda de Li-Hou creyó reconocer la Dama Negra.

La Dama Blanca habita el Tau de Pez d'Amont, la Dama Parda habita el Tau de Pez d'Aval, la Dama Roja habita la Silleuse al Norte del Banc-Marquis, y la Dama Negra habita el Grand-Étaqué, al Oeste de Li-Houmet.

Por la noche, á la claridad de la luna, las cuatro señoras salen, y algunas veces se encuentran.

En rigor aquella forma negra podía ser una vela.

Las largas barreras de rocas sobre las cuales parecía marchar podían en efecto ocultar el casco de una barca que bogaba detrás de ellas, y dejar solamente ver la vela.

Pero el guarda se preguntó qué barca á aquellas horas se atrevería á aventurarse entre Li-Hou y la Pécheresse y los Angulliéres y Lérée-Point. ¿Y con qué objeto?

Le pareció mas probable que fuese la Dama Negra.

Cuando la luna acababa de pasar mas allá del campanario de Saint-Pierre du Bois, el sargento del Château Rocquaine, al levantar el puente levadizo, distinguió en la embocadura de la bahía, mas allá de la Haute Canée y mas acá de la Sambule, un buque de vela que parecía bajar del Norte al Sur.

En la costa Sur de Guernesey, detrás de Plainmont,

en el fondo de una bahía cercada toda de precipicios y murallas y cortada á pico dentro del agua, existe un puerto singular que un francés, residente en la isla desde 1855, el mismo tal vez que escribe estas líneas, bautizó con el nombre de «*le Port au quatriéme étage*,» generalmente adoptado en la actualidad.

Aquel puerto, que se llamaba entonces la Moie, es una meseta de piedra, medio natural, medio tallada, que se eleva unos cuarenta pies sobre el nivel del agua, y comunica con las olas por medio de dos gruesas albitanas paralelas en plano inclinado.

Las barcas, izadas á fuerza de brazos por medio de cadenas y garruchas, suben del mar y vuelven á bajar á lo largo de los dos tablonés que hacen el oficio de dos rails. Para los hombres hay una escalera.

Aquel puerto estaba á la sazón muy frecuentado por los contrabandistas, para quienes era cómodo por lo mismo que era poco practicable.

A cosa de las once, algunos contrabandistas, los mismos tal vez con quienes habia contado Clubin, se hallaban con sus fardos en la cima de aquella plataforma de la Moie.

Como los contrabandistas espían, ellos estaban de acecho.

Les sorprendió una vela que desembocó de repente mas allá de la silueta negra del cabo Plainmont.

Habia claridad de luna.

Los contrabandistas vigilaron aquella vela, temiendo

fuese algun guarda-costas que iba á emboscarse en observacion detrás del Hanois mayor.

Pero la vela pasó mas allá de los Hanois, dejó en pos de sí al Nor-oeste la Boue Blondel y se perdió en el esfumino lívido de las brumas del horizonte.

—¿A dónde diablos puede ir aquella barca? se preguntaron los contrabandistas.

En aquella misma tarde, un poco despues de ponerse el sol, se habia oido á alguno que llamaba á la puerta de la casa del Bu de la Calle.

Era un jóven vestido de pardo con medias amarillas, lo que indicaba ser dependiente de la parroquia.

Una pescadora de almejas, que andaba dando vueltas por allí con un farol en la mano, habia llamado al mancebo, y entre las dos se cruzaron las siguientes palabras delante del Bu de la Calle.

—¿Qué se os ofrece, mocito?

—El hombre que vive aquí.

—No está.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Estará mañana?

—Tampoco lo sé.

—¿Ha partido acaso?

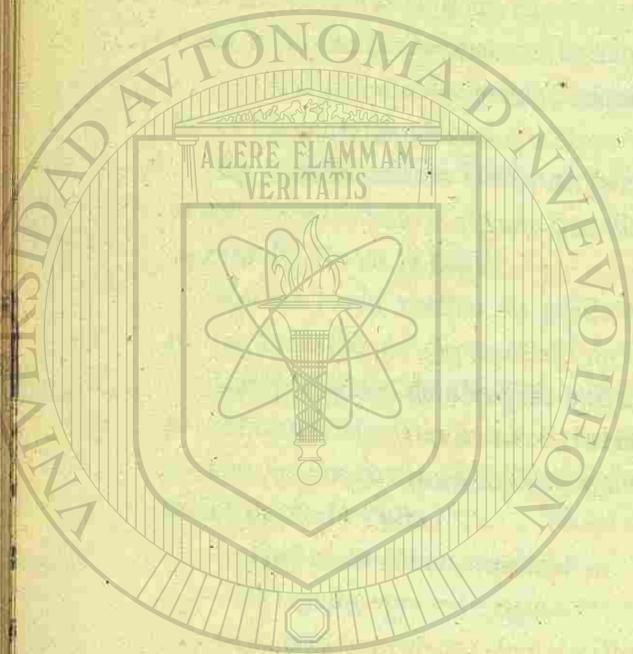
—Tambien lo ignoro.

—Sabed, buena mujer, que el nuevo rector de la parroquia, el reverendo Ebenezer Caudray, quisiera hacerle una visita.

—No sé dónde para.

—El reverendo me envia á preguntar si el hombre del Bu de la Calle estará mañana por la mañana en su casa.

—No lo sé.



CAPILLA ALFONSO X
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

NO TENDEIS Á LA BIBLIA.

En las veinte y cuatro horas que siguieron, mess Le-thierry no durmió, ni bebió, ni comió; besó en la frente á Deruchette, se informó de Clubin, del cual no habia aun noticias, firmó una declaracion renunciando á formular queja alguna, é hizo poner á Tangrouille en libertad.

Durante todo el dia siguiente estuvo medio apoyado en la mesa del despacho de la Duranda, ni en pie, ni sentado, respondiendole con afabilidad cuando se le hablaba.

Por lo demás, estando ya la curiosidad satisfecha, la soledad reinaba en los Bravées. Hay mucho deseo de ob-

servar en el afán de compadecer que manifiestan las gentes.

Se habia vuelto á cerrar la puerta, y se dejaba á Lethierry solo con Deruchette.

La luz que brilló un instante en los ojos de Lethierry se habia estinguido, y volvió á aparecer en ellos la mirada lúgubre del principio de la catástrofe.

Por consejo de Gracia y de Dulce, Deruchette, inquieta, habia puesto á su lado, sin decir una palabra, un par de medias que estaba haciendo cuando llegó la fatal noticia.

Sonrió amargamente, y dijo:

—Me tienen sin duda por imbécil.

Después de un cuarto de hora de silencio, añadió:

—Esas manías son buenas cuando uno es feliz.

Deruchette habia hecho desaparecer el par de medias, y se aprovechó de la ocasión para hacer desaparecer también la brújula y los papeles de á bordo, que mess Lethierry miraba demasiado.

Por la tarde, poco antes de la hora de tomar el té, se abrió la puerta, y entraron dos hombres vestidos de negro, uno viejo y otro joven.

Al joven quizás le hayamos visto en algun punto de nuestra narración.

Los dos tenían un aspecto grave, pero su gravedad era diferente: el viejo tenía la gravedad que pudiéramos llamar de estado, y el joven la gravedad de naturaleza. La una la da el traje, la otra la da el pensamiento.

Como indicaba bien la manera de vestir uno y otro, eran los dos eclesiásticos, perteneciendo los dos á la religión establecida.

Lo que respecto del joven hubiera á primera vista llamado la atención del observador es que su gravedad, que era profunda en su mirada y resultaba evidentemente de su alma, no resultaba en manera alguna de su persona.

La gravedad admite la pasión, y la exalta depurándola, pero aquel joven era, antes que todo, hermoso.

Siendo sacerdote, debía tener por lo menos veinticinco años, y parecia tener diez y ocho. Ofrecía una armonía que es también un contraste; en él el alma parecia hecha para la reflexión, y el cuerpo para la pasión.

Era rubio, rosado, fresco, muy fino y muy suelto en su severo traje, con mejillas de niña y manos delicadas; tenía un modo de andar vivo y natural, aunque reprimido.

Todo era en él encanto, elegancia y casi voluptuosidad.

La belleza de su mirada corregía su exceso de gracia. Su sonrisa sincera, que descubría sus dientes de niño, era pensativa y religiosa. Tenía la gentileza de un paje y la dignidad de un obispo.

Sus espesos cabellos, tan rubios que parecían dorados, coronaban un cráneo elevado, cándido y bien hecho.

Una ligera arruga de doble inflexión entre las dos cejas despertaba confusamente la idea del pájaro del pensa-

miento cerniéndose, con las alas desplegadas, en medio de su frente.

Se veía en él uno de esos seres benévolos, inocentes y puros, que progresan en sentido inverso de la humanidad vulgar, porque la ilusión les hace discretos y la experiencia entusiastas.

Su juventud trasparente dejaba ver su madurez interior.

Comparado con el eclesiástico de cabellos grises que le acompañaba, á la primera mirada parecía el hijo, y á la segunda parecía el padre.

El viejo era el doctor Jaquemin Hérode. Pertenecía á la alta Iglesia, la cual es casi un paganismo.

El anglicanismo estaba ya en aquella época trabajado por las tendencias que se han afirmado despues y condensado en el pureismo.

El doctor Jaquemin Hérode pertenecía á aquel matiz anglicano.

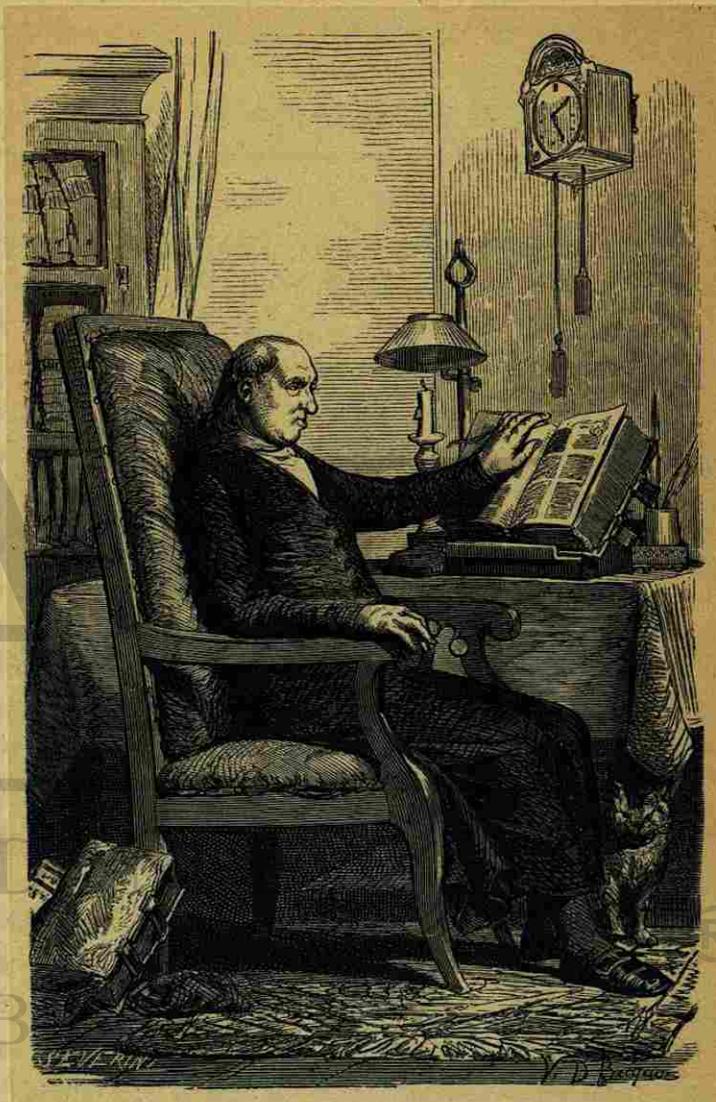
Era altivo, correcto, severo y superior. Su rayo visual interior salía apenas fuera.

Tenia por espíritu la letra. Fuera de esto, era altanero.

Todas sus maneras eran las de un personaje.

Menos parecía un reverendo que un monseñor. Su sobretodo tenía hasta cierto punto el corte de una sotana. Su verdadero medio hubiera sido Roma. Era prelado de cámara, nato.

Parecía haber sido creado espresamente para adornar



EL DOCTOR JAQUEMIN HÉRODE.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

un papa, y para marchar detrás de la silla de manos, con toda la corte pontificia, *in abito paonazzo*.

El accidente de haber nacido inglés, y una educación teológica más inclinada hacia el Antiguo Testamento que hacia el Nuevo, le habían separado de su gran destino.

Todos sus esplendores se resumían en esto: ser rector de Saint-Pierre Port, dean de la isla de Guernesey y coadjutor del obispo de Winchester. Su posición era seguramente gloriosa.

Esta gloria no impedía que, todo bien considerado, M. Jaquemin Hérode fuese bastante buen hombre.

Como teólogo, estaba bien colocado en el concepto de los conoedores, y formaba casi autoridad en la curia de los Arches, en aquella Sorbona de Inglaterra.

Tenia cara de docto, un exagerado movimiento de ojos de hombre capaz, las ventanas de la nariz velludas, los dientes visibles, el labio superior delgado y el inferior grueso, varios diplomas, una buena prebenda, amigos aristócratas, la confianza del obispo, y una Biblia siempre en el bolsillo.

Mess Lethierry estaba tan completamente embebido en sus meditaciones, que todo lo que pudo producir la entrada de los dos curas fue un imperceptible fruncimiento de cejas.

M. Jaquemin Hérode se adelantó, saludó, recordó, en algunas palabras sóbriamente altivas, su promoción reciente, y dijo que venía, según costumbre, á «introducir» cerca de los notables, —y en particular cerca de mess

Lethierry,—á su sucesor en la parroquia, el nuevo rector de Saint-Sampson, el reverendo Joë Ebenezer Caudray, en lo sucesivo pastor de mess Lethierry.

Deruchette se levantó.

El jóven cura, que era el reverendo Ebenezer, se inclinó.

Mess Lethierry miró á Mr. Ebenezer Caudray, y re-funfuñó entre dientes: mal marinero.

Gracia acercó sillas. Los dos reverendos se sentaron junto á la mesa.

El doctor Hérode empezó un discurso.

Habia llegado á sus oídos la noticia de un suceso. La Duranda habia naufragado. Venia como pastor á consolar y aconsejar.

El naufragio era una desgracia, pero tambien una dicha. Sondeémonos; ¿no estábamos hinchados por la prosperidad? Las aguas de la felicidad son peligrosas. Es menester no considerar como un mal los contratiempos. Las miras del Señor son desconocidas. Mess Lethierry estaba arruinado. ¿Y qué? ser rico es estar en peligro. Se tienen falsos amigos. La pobreza los aleja. Se queda el hombre solo. *Solus eris.*

La Duranda, segun se decia, dejaba anualmente un producto líquido de 1,000 libras esterlinas. Es una cantidad excesiva para el hombre prudente. Huyamos las tentaciones, desdeñemos el oro. Aceptemos con reconocimiento la ruina y el abandono.

El aislamiento está lleno de frutos. En él se obtienen

las gracias del Señor. En la soledad encontró Aia las aguas calientes, conduciendo los asnos de Sebem su padre. No nos rebelemos contra los impenetrables decretos de la Providencia.

El santo hombre Job, despues de su miseria, habia crecido en riquezas. ¿Quién sabe si la pérdida de la Duranda no tendrá sus compensaciones, hasta temporales?

El mismo doctor Jaquemin Hérode, habia empleado capitales en una muy buena operacion próxima á ejecutarse en Sheffield; si mes Lethierry, con los fondos que le quedasen, queria tomar parte en ella, conseguiria rehacer su fortuna.

La operacion se reducía á suministrar un gran número de armas al czar para reprimir la Polonia. Se ganaría en el negocio el 300 por 100.

La palabra czar sacó á Lethierry de sus meditaciones. Interrumpió al doctor Hérode:

—Yo no quiero nada con el czar.

El reverendo Hérode respondió:

—Mess Lethierry, los príncipes son queridos de Dios. Escrito está. Dad al César lo que es del César. El czar es César.

Lethierry, que de nuevo se habia entregado á su idea fija, murmuró:

—¿Quién es César? Yo no le conozco.

El reverendo Jaquemin Hérode volvió á su exhortacion. No insistió en el negocio de Sheffield. No querer César, es ser republicano.

El reverendo comprendía que se fuese republicano. En tal caso, que mess Lethierry volviese sus miradas de negociante hácia una república. Mess Lethierry podía restablecer su fortuna en los Estados-Unidos mejor aun que en Inglaterra.

Si queria decuplicar lo que le quedaba, no tenia que hacer mas que tomar acciones en la gran compañía de explotación de plantaciones de Tejas, la cual empleaba mas de veinte mil negros.

—Yo no quiero esclavitud, dijo Lethierry.

—La esclavitud, replicó el reverendo Hérode, es de institucion sagrada.

Está escrito: «Si el amo maltrata á su esclavo, no se le podrá castigar ni reconvenir, porque el esclavo es su dinero.»

Gracia y Dulce, de pie en el umbral de la puerta, recogian con una especie de éstasis las palabras del reverendo doctor.

El reverendo continuó. Como hemos dicho, bien considerado todo, era un buen hombre, y cualesquiera que pudiesen ser sus diferencias de casta ó de persona con mess Lethierry, le ofrecia sinceramente todo el auxilio espiritual; y hasta temporal, de que el doctor Jaquemín Hérode disponia.

Si mess Lethierry estaba arruinado hasta el punto de no poder cooperar fructuosamente á una especulación cualquiera, rusa ó americana, ¿porque no entraba en el gobierno y en las funciones asalariadas? Hay nobles destinos, y

el reverendo estaba dispuesto á introducir en ellos á mess Lethierry.

Precisamente en Jersey se hallaba vacante el cargo de comisario. Mess Lethierry gozaba de buen concepto, y el reverendo Hérode, dean de Guernesey y coadyutor del obispo, se empeñaba en obtener para mess Lethierry el cargo de comisario de Jersey.

El comisario es un oficial de campanillas; asiste, como representante de S. M., á la celebracion de los juicios, á las vistas de causa y á las ejecuciones de las sentencias.

Lethierry fijó su mirada en el doctor Hérode.

—Yo no soy partidario de la pena de muerte, dijo.

El doctor Hérode, que hasta entonces habia pronunciado todas las palabras con la misma entonacion, se puso mas severo y dió á su voz una inflexion nueva:

—Mess Lethierry, la pena de muerte está ordenada divinamente.

Dios ha puesto la espada en manos del hombre. Está escrito: «ojo por ojo, diente por diente.»

El reverendo Ebenezer acercó imperceptiblemente su silla á la del reverendo Jaquemin, y le dijo de manera que pudiese oírle mas que él:

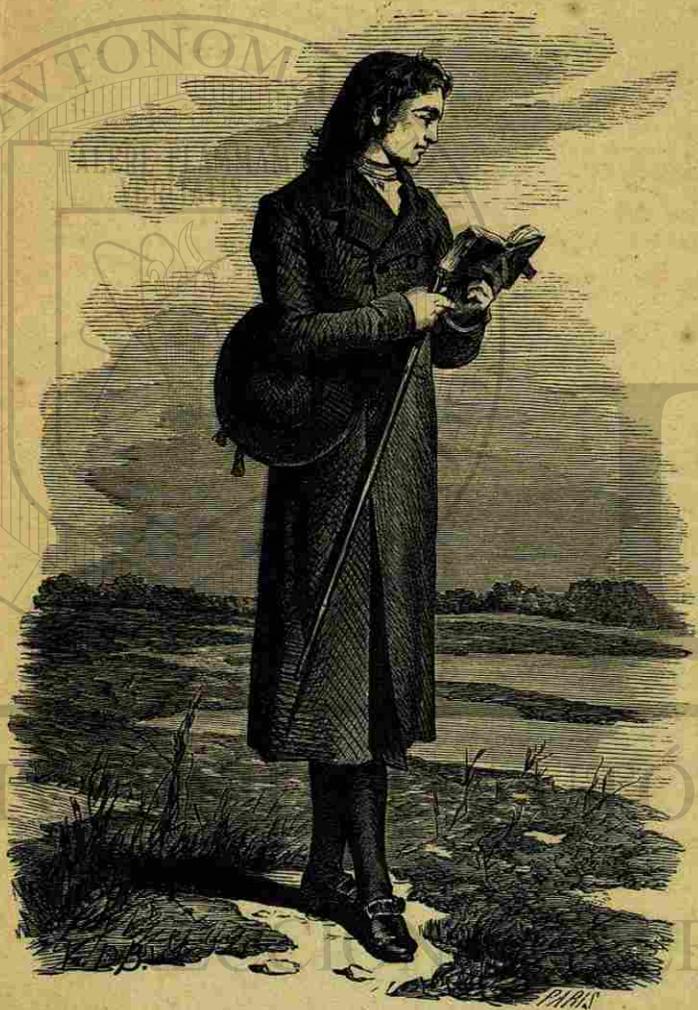
—A ese hombre le dictan lo que dice:

—¿Quién? preguntó con el mismo tono el reverendo Jaquemin Hérode.

Ebenezer respondió en voz muy baja:

—Su conciencia.

El reverendo Hérode sacó del bolsillo un tomo grueso



MR. EBENEZER.

encuadernado y con broches, lo dejó encima de la mesa y dijo en voz alta:

—La conciencia, héla aquí.

El libro era una Biblia.

El doctor Hérode se suavizó en seguida. Deseaba ser útil á mess Lethierry, á quien consideraba fuerte.

Como pastor, tenía el derecho y el deber de aconsejar; sin embargo, mess Lethierry era libre.

Mess Lethierry, abrumado de nuevo bajo el peso de su contratiempo, nada oía. Deruchette, sentada á su lado, y pensativa también, no levantaba los ojos, y añadía á aquella conversacion tan poco animada la cantidad de mortificacion que acarrea una presencia silenciosa.

Un testigo que nada dice es una especie de peso indefinible, lo que no parecia comprender el doctor Hérode.

Viendo que Lethierry nada respondia, el doctor Hérode quiso despachar pronto. El consejo viene del hombre y la inspiracion de Dios. En el consejo del sacerdote hay inspiracion. Bueno es aceptar los consejos, y peligroso rechazarlos.

Sochoth fue cautivo de once diablos por haber menospreciado las exhortaciones de Nathanael.

Tiburiano quedó cubierto de lepra por haber echado de su casa al apóstol Andrés.

Barjems, no obstante ser mago, se quedó ciego por haberse reído de las palabras de San Pablo.

Elxai y sus hermanas Marta y Martina gimen actualmente en el infierno por haber despreciado las adverten-

cias de Valencianus, que les probaba tan claramente como la luz del dia que su Jesucristo, de treinta y ocho leguas de altura, era un demonio.

Oolibann, que se llama también Judit, se sometia á los consejos. Ruben y Pheniel escuchaban las órdenes que venian de lo alto; sus mismos nombres bastan para indicarlo; Ruben significa *hijo de la vision*, y Pheniel significa *la cara de Dios*.

Mess Lethierry dió un puñetazo á la mesa.

—¡Por vida! exclamó, la culpa es mia.

—¿Qué quereis decir? preguntó M. Jaquemin Hérode.

—Digo que la culpa es mia.

—¿Vuestra? ¿por qué?

—Porque hacia regresar á la Duranda el viernes.

M. Jaquemin Hérode murmuró al oido de M. Ebenezer Candray:—Ese hombre es supersticioso.

Y repuso levantando la voz magistralmente:

—Mess Lethierry, es pueril creer en la mala influencia del viernes. Ninguna fe deben merecer las fábulas. El viernes es un dia como cualquier otro. Con mucha frecuencia es una data feliz. Melendez fundó la ciudad de San Agustin un viernes; viernes era cuando Enrique VII dió su comision á John Cabot; los peregrinos de *Mayflower* llegaron un viernes á Province-Town. Washington nació el viernes 22 de febrero de 1732, y Cristóbal Colon descubrió la América el viernes 12 de octubre de 1492.

No dijo más, y se levantó.

Ebenezer se levantó también.

Gracia y Dulce, adivinando que los reverendos iban á marchar, abrieron de par en par la puerta.

Mess Lethierry nada veía ni oía.

Mr. Jaquemin Hérode dijo á solas á Mr. Ebenezer Caudray:—Ni siquiera nos saluda. Eso no es tristeza, es embrutecimiento. Sospecho que está loco.

Sin embargo, cogió su Biblia de encima de la mesa y la tuvo entre sus manos como si fuese un pájaro que temiese se le escapase.

Su actitud llamó la atención de todos los presentes. Gracia y Dulce alargaron el cuello.

Su voz hizo cuanto pudo para ser magestuosa.

—Mess Lethierry, no nos separemos sin leer una página del Santo libro. Las situaciones de la vida se aclaran por medio de los libros; los profanos tienen los agüeros virgilianos, los creyentes tienen las advertencias bíblicas.

El primer libro que se nos viene á la mano, abierto por cualquiera de sus páginas, da un consejo; la Biblia, abierta por cualquiera de sus páginas, hace una revelación. Es principalmente buena para los afligidos.

Lo que infaliblemente se desprende de la Santa Escritura es un consuelo á nuestras penas. En presencia de los afligidos, es preciso consultar el santo libro sin escoger el punto en que se abre, y leer con candor el pasaje que primero hiere nuestra vista.

Lo que el hombre no escoge, lo escoge Dios. Dios sabe lo que nos conviene. Su dedo invisible se halla en las líneas inesperadas que leemos. Cualquiera que sea la pá-

gina, de ella brota necesariamente la luz. No busquemos otra, y atengámonos á ella.

Es la palabra que viene de lo alto.

Nuestro destino nos es misteriosamente revelado en el texto evocado con confianza y respeto. Escuchemos y obedezcamos.

Mess Lethierry, os hallais sumido en el dolor, este libro es un bálsamo de consuelo; os hallais enfermo, este libro es la salud.

El reverendo Jaquemin Hérode abrió los broches de la Biblia, deslizó una uña por entre dos páginas, tuvo un instante su mano sobre el libro abierto, y despues de otro instante de recogimiento, bajó los ojos con autoridad, y se puso á leer en alta voz.

Hé aquí lo que leyó:

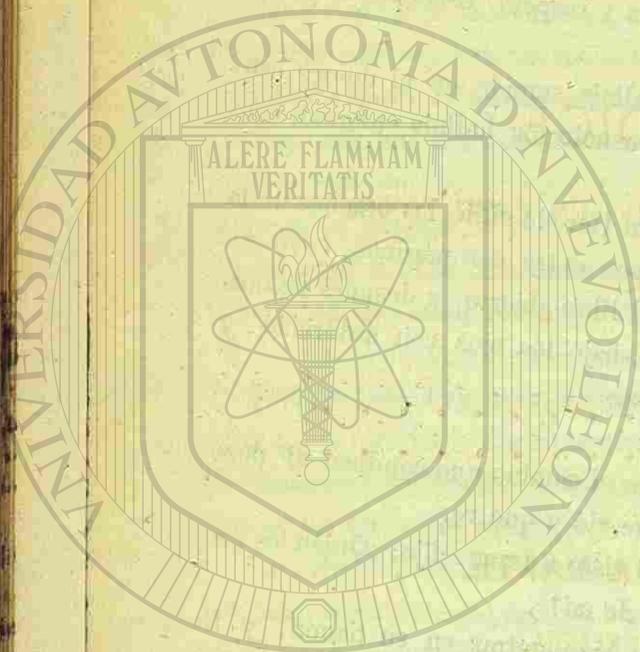
«Isaac se paseaba por el camino que conduce al pozo llamado el Pozo del que vió y que ve.

»Rebecca, habiendo visto á Isaac, dijo; ¿Quién es ese hombre que vá delante de mí?

»Entonces Isaac la hizo entrar en su tienda, y la tomó por mujer, y el amor que por ella sintió fue grande (1).»

Ebenezer y Deruchette se miraron.

(1) Víctor Hugo se permite modificar este pasaje de la Biblia. ®



CAPILLA ALFONCINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

DEDICATORIA.	V
PRÓLOGO.	V

PRIMERA PARTE.

SIEUR CLUBIN.

LIBRO PRIMERO.

DE QUE SE COMPONE UNA MALA REPUTACION.

I. Una palabra escrita en una página blanca.	1
II. El Bu de la Calle.	5
III. Para tu mujer, cuando te cases.	13
IV. Impopularidad.	19

V. Otros lados oscuros de Gilliatt.	33
VI. La panza:	39
VII. En casa endemoniada morador endemoniado.	47
VIII. La silla Gil-Holm-Ur.	51

LIBRO SEGUNDO.

MESS LETHIERRY.

I. Vida agitada y conciencia tranquila.	57
II. Un gusto que tenia.	61
III. La antigua gerigonza náutica.	65
IV. El hombre es vulnerable en lo que ama.	69

LIBRO TERCERO.

DURANDA Y DERUCHETTE.

I. Cháchara y humo.	75
II. Historia eterna de la Utopía.	81
III. Rantaine.	85
IV. Continuacion de la historia de la Utopía.	91
V. El buque-diablo.	95
VI. Entrada de Lethierry en la gloria.	103
VII. El mismo padrino y la misma patrona.	107
VIII. La Endecha Bonny Dundee.	111
IX. El hombre que habia adivinado á Rantaine.	117
X. Las narraciones de largos viajes.	121
XI. Ojeada sobre los maridos eventuales.	127
XII. Escepcion en el carácter de Lethierry.	131
XIII. La frivolidad forma parte de la gracia.	139

LIBRO CUARTO.

EL BUG PIPE.

I. Primeros resplandores de una aurora, ó de un incendio.	145
II. Entrada, un paso tras otro, en lo desconocido.	149
III. La cancion Bonny Dundee encuentra un eco en la colina.	153
IV. Pour l'oncle et le tuteur, bons hommes taciturnes, Les sérénades sont des tapages nocturnes.	157
V. El triunfo legítimo es siempre aborrecido.	161
VI. Fortuna fue de los naufragos encontrar la goleta.	165
VII. Fortuna fue para el distraido que le viera un pescador.	169

LIBRO QUINTO.

EL REWOLVER.

I. Las conversaciones de la posada Jean.	177
II. Clubin percibe á alguien.	189
III. Clubin lleva y no trae.	195
IV. Plainmont.	201
V. Los Deniquoiseaux.	213
VI. La Jacressarde.	229
VII. Compradores nocturnos y vendedor tenebroso.	241
VIII. Carambola de la bola roja y de la bola negra.	247
IX. Datos que pueden convenir á las personas que esperan, ó temen, cartas de Ultramar.	263

LIBRO SESTO.

EL TIMONEL BORRACHO Y EL CAPITAN SOBRIO.

I. Los peñascos Douvres.	273
II. Aguardiente inesperado.	279
III. Conversaciones interrumpidas.	285
IV. En que se ponen en evidencia todas las cualidades del capitán Clubin.	297
V. Clubin lleva á su colmo la admiración que causa.	307
VI. El interior de un abismo, alumbrado.	315
VII. Lo inesperado interviene.	329

LIBRO SETIMO.

IMPRUDENCIA DE DIRIGIR PREGUNTAS A UN LIBRO.

I. La perla en el fondo del precipicio.	339
II. Mucho asombro en la costa del Oeste.	353
III. No tenteis á la Biblia.	363

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Gilliatt.	pág. 40
Mess Lethierry.	105
Deruchette.	150
Los cazadores de nidos.	216
Rantaine.	250
Sieur Clubin.	283
El doctor Jaquemin Hérode.	366
Mr. Ebenezer.	371

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





AUTONOMA DE

UNIVERSITATIS

EC